

ARO SÁINZ DE LA MAZA

El ángulo muerto



«Esa era la verdadera tragedia: que la incompetencia de los gobernantes iba a destrozar una generación, arrebatándoles el futuro».

Milo Malart se enfrenta a dos asesinatos y una macabra matanza de perros en Barcelona. Como telón de fondo, una ciudad estigmatizada por los estragos de la crisis, el paro y la corrupción.



Aro Sáinz de la Maza

El ángulo muerto

Milo Malart - 02

ePub r1.2

Titivillus 20.07.17

Título original: *El ángulo muerto*
Aro Sáinz de la Maza, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



se

3^{er} Aniversario



Más libros, más libres

PARA BEATRIZ, NATURALMENTE

«Así es como acaba el mundo
No con un estallido sino con un quejido».

T. S. ELIOT

PRÓLOGO

Tenía que pensar en muchas cosas. Por ejemplo, en un plan; aunque lo suyo no fuera hacer planes.

Se subió el cuello del viejo abrigo y se frotó los brazos con las manos enguantadas. Allí dentro hacía más frío que fuera, en la calle. Encendió la radio y sintonizó un canal de noticias. No decían nada de lo ocurrido, pero aún era pronto. La niña. Le preocupaba la niña de rasgos orientales.

Debía cerrar aquel pequeño detalle.

El cachorro beagle, tras husmear el lugar, se meó en el suelo y luego fue a jugar con los bajos de sus pantalones.

—Eres un perro malo —le dijo, acariciando su cabeza—. Tendré que enseñarte buenos modales. A ti y a tu dueña. Todos debemos sacrificarnos, y más en estos tiempos que corren.

El cachorro jadeó, con la lengua colgando por un lado de la boca abierta. Parecía sonreír. Con ganas de jugar.

El hombre cogió una escoba, pisó el cepillo y estiró para desprenderlo. Acto seguido, apoyó el palo contra la pared y lo partió en dos. El beagle se lanzó enseguida a por uno de los trozos, lo agarró con los dientes y se lo llevó moviendo la cola.

Lo soltó a sus pies.

—No, si es para ti.

1

Nadie acudía allí por gusto, a pesar de ser uno de los edificios más frecuentados de la ciudad. De apariencia sobria y minimalista, se recortaba contra el cielo plumizo, abarrotado de nubes oscuras, y la gente accedía al interior con la cabeza baja y los rostros solemnes, en actitud resignada. La mayoría vestía ropas negras y hablaba en susurros. Apenas se oían risas. En un extremo de las puertas corredizas, un hombre de mediana edad lloraba cara a la pared; a un par de metros, aguardaban una mujer y un niño cogidos de la mano. Ella, con expresión de impaciencia; el pequeño, con cara de susto.

El inspector Milo Malart hizo una mueca y ascendió el último tramo de la cuesta que conducía a la entrada. A su lado, la subinspectora Rebeca Mercader se arrebujó en su grueso anorak.

—No me explico que solo lleves una cazadora estando como estamos a cero grados —dijo—. ¿No estás congelado?

—El frío es un estado mental. Y te recuerdo que venimos a ver a un sospechoso, no a cazar osos.

—¿Estado mental? Ya te daré yo a ti estado mental —dijo Rebeca, exhalando nubes de vapor como un tubo de escape.

Entraron en el tanatorio de Les Corts.

Mientras ella se quitaba los guantes y el gorro de lana, Milo se aproximó a una pantalla junto al mostrador de recepción para averiguar qué sala de velatorio estaba reservada a nombre de la familia Costa. Luego, se encaminó hacia las escaleras.

Rebeca apresuró el paso para alcanzarlo.

—¿Cuál es?

—La seis.

A diferencia de los antiguos tanatorios de Barcelona, el de Les Corts se caracterizaba por la luminosidad que le proporcionaba un amplio espacio interior abierto al cielo, alrededor del cual se distribuían las quince salas de la primera planta. Cerrado herméticamente por paredes de cristal, un cuidado césped, además de varios cipreses y cuatro bancos de granito, acogían a quienes necesitaban tomar el aire o sosegar un rato fumando un cigarrillo sin salir del edificio.

—Ni loca me meto en esa nevera —dijo ella.

Llegaron al final de las escaleras, y el inspector Malart dio un vistazo circular por el enorme distribuidor. Divisó la sala seis. Un grupo de unas treinta personas se agolpaba cerca de la puerta. Ellos, con trajes oscuros, camisa clara y corbata; ellas, con vestidos negros, tacones y medias. En el centro, un hombre con expresión compungida, grueso, de baja estatura, mandíbula redonda y cara plana recibía los pésames de rigor tras los abrazos y besos, y algunas condolencias sin sentido, como pudo escuchar Milo al llegar a su altura.

Marcelo Costa, el hijo del fallecido, lo reconoció enseguida. No podía ser de otra manera. Malart destacaba entre la gente por su indumentaria: tejanos, botas amarillas de leñador canadiense, duras y pesadas, jersey negro de cuello alto y cazadora deslustrada de piel, además de por su altura y aspecto descuidado, con barba de dos días, pelo despeinado y pinta de no haber dormido en una semana. Cruzaron una mirada, y los ojos saltones de Costa, subrayados por grandes bolsas de color morado, emitieron varios mensajes. Sorpresa, temor, alarma, ira, alivio. Milo tomó nota de todas aquellas señales contradictorias.

Extendió la mano y el otro la estrechó de forma mecánica. Su mano era blanda.

—Señor Costa, mi más sincero pésame. ¿Podríamos hablar un momento a solas?

El hombre tensó la expresión.

—No sé qué hacen aquí, ya les conté todo lo que sabía.

—Solo son unas preguntas, cuestión de pocos minutos.

—¿Y no pueden esperar? Estamos en pleno velatorio —dijo en un susurro. Con un gesto indicó al grupo de alrededor, cada vez más numeroso—. Tengo

que recibir a familiares y amigos, y mañana es el entierro. Con lo que han tardado en entregarnos el cuerpo de mi padre para poderle dar sepultura y ahora ustedes...

—Eso dígaselo al Instituto de Medicina Legal, señor, no es cosa nuestra. Otra posibilidad es que nos acompañe a comisaría.

Costa respiró hondo mientras miraba de reojo a las personas que, de forma disimulada, no les quitaban la vista de encima.

—Está bien, como quieran —dijo—. Pero ¿no podrían hacerme esas preguntas en otro sitio más apartado? Ya me entienden...

—Perfectamente —dijo Milo. Señaló las escaleras—. Como usted fuma, podríamos salir al jardín interior, ¿le parece bien?

Marcelo Costa asintió con un cabeceo impaciente.

—Terminemos cuanto antes —dijo, echando a andar.

El inspector Malart, sin hacer caso a la mueca de fastidio que le dedicó su compañera, se dispuso a imitarlo cuando una mujer se interpuso en su camino. Vestida con unos anchos pantalones a juego con un blusón negro, que apenas disimulaba su pronunciado embarazo, Marta Servert, de rostro anodino repleto de manchas rojas, y gesto tímido y apocado, se dirigió a su marido con expresión preocupada.

—¿Ocurre algo, Marcelo? ¿Qué hacen aquí estos policías?

—Tranquila, cariño, voy a hablar unos minutos con ellos y enseguida vuelvo. Atiende a la gente mientras, ¿quieres?

Ella se llevó una mano a la abultada panza.

—No entiendo, ¿hay algún problema? —Se encaró con Milo y Rebeca. Procurando aparentar naturalidad, se esforzó en no levantar la voz—. Estamos en un velatorio, nos están molestando, esto es muy inadecuado. ¿Cómo se atreven? Y..., y delante de nuestros... Es vergonzoso, hagan el favor de marcharse y...

—Señora, no se altere, no le conviene en su estado —cortó la subinspectora Mercader—. Solo son preguntas de rutina, nada de lo que deba preocuparse.

Ella la miró de arriba abajo, con recelo. Luego, agarró a su marido del brazo y, nerviosa, dijo que iba a llamar a un abogado.

—Hágalo, señora —dijo Milo—. Es buena idea si su esposo tuviera algo

que ocultar. —Se dirigió a él—: Señor Costa, ¿nos ha ocultado algo? ¿Desea llamar a un abogado?

—Cielo, estamos llamando la atención. —Soltó la mano de su mujer—. No compliquemos más las cosas, ¿para qué vamos a llamar a nadie? Responderé a sus preguntas y asunto concluido. ¿No es así, inspector?

—Así es, en efecto.

Costa besó a su esposa en la mejilla, y los tres reanudaron el camino hacia la planta baja. Marta Servert observó sus espaldas sin dejar de acariciarse la panza, como calmando a la criatura.

Rebeca abrió la puerta de cristal que daba acceso al pequeño jardín interior, Costa y Milo la franquearon, y luego lo hizo ella, cerrándola a continuación. Se ajustó el anorak hasta la barbilla y, mientras ellos ocupaban uno de los bancos, se recostó en la puerta, a pocos pasos, y se puso el gorro y los guantes sin dejar de sujetar una tablilla portafolios bajo el brazo.

Costa cruzó las piernas al tiempo que se tapaba el cuello con las solapas de la americana.

—Bien, ustedes dirán.

—¿De cuánto está su esposa? —preguntó Milo.

—Ocho meses.

—O sea que esperan a la criatura para febrero, buena fecha. Acuario o piscis, si no me equivoco. Da igual, ambos son buenos signos. ¿Y qué será, niño o niña?

El hombre parpadeó con estupor.

—Niño —dijo.

—Excelente noticia, le felicito. Y felicite a su mujer de mi parte. Es el primero, ¿verdad? Ya verá, los hijos son una bendición. No hay nada como traer un hijo al mundo, créame.

—Esto..., es usted muy amable, gracias.

—Le va a cambiar la vida —añadió Milo, sonriendo—. Son geniales. No se imagina la experiencia que va a vivir. Y si no, al tiempo. Ya me lo dirá dentro de unos meses.

Costa se rascó la nuca.

—Inspector, ¿podríamos ir al grano con esas preguntas?

Milo le palmeó la rodilla varias veces con suavidad.

—Marcelo, Marcelo, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Perdón, ¿cómo dice?

—Sabemos que fuiste tú quien mató a tu padre. Tenemos pruebas que demuestran sin ningún género de duda que tú eres el culpable —dijo.

Acto seguido, estudió al asesino. Sus reacciones.

El hombre lo negó por activa y por pasiva, una y otra vez. Milo se mantuvo en silencio, con la mirada clavada en su interlocutor. A pesar de la temperatura gélida de aquella nevera de cristal, descubrió que unas gotas de sudor empezaban a resbalar por su pálida frente.

—Por Dios bendito, le digo que yo no he matado a nadie.

Les repitió su teoría de que los asesinos habían sido unos ladrones, que habían logrado colarse en el vestíbulo del edificio, y, de ahí, tras forzar la puerta del patio, habían trepado por los bajantes hasta el segundo piso, donde habían roto la ventana del baño para entrar en el domicilio de su padre. E insistió en que estaba claro que los asaltantes sabían que guardaba una importante cantidad de dinero en la caja fuerte, que lo coaccionaron con violencia para que les dijera la combinación, pero que no contaban con que sufriera un infarto.

—La tensión, a su edad. Fue demasiado para mi pobre padre.

Milo atendió su relato sin mover un músculo de la cara. No le extrañó la profusión de detalles. Era lo habitual en alguien que fabulaba, en alguien que mentía.

El hombre prosiguió afirmando que este tipo de asaltos estaban a la orden del día, que ocurrían constantemente.

—No hay más que leer la prensa. Son bandas de profesionales, la mayoría de los países del Este, que... que al ver que estaba muerto se largaron sin llevarse nada.

Empezó a atropellarse con las explicaciones, a lanzar miradas huidizas hacia el grupo de amigos y familiares que se asomaba a las paredes acristaladas. Esbozó una sonrisa. Milo detectó que era falsa a todas luces por su asimetría, no había rastro de patas de gallo ni del leve descenso de las cejas.

—¿A usted le parece que tengo agallas para matar a alguien? Y, además, ¿qué motivo podría tener yo?

Mantuvo la sonrisa falsa hasta que consiguió mover los músculos orbiculares de los párpados, logrando que aparecieran por fin las patas de gallo. Pero las cejas, sin descender un ápice, volvieron a traicionarlo.

—Tiene que creerme, inspector. Soy inocente. Yo no tuve nada que ver.

Alzó las cejas, aunque no pudo evitar que se aproximaran entre sí, señal de temor e inquietud. «Maldito Ekman y su manual sobre cómo detectar cuándo mentía un sospechoso», pensó Milo, quien seguía sin despegar los labios, empezando a aburrirse. Y, cuando se descubrió analizando hacia dónde enfocaban sus ojos, se dijo que ya tenía suficiente de tanta pamema.

—Marcelo, voy a darte un consejo. Empeñarse en mantener la mentira te acarreará peores consecuencias que las que tendrás si confiesas, no sé si me explico.

—Se lo juro, yo no fui. Los responsables fueron esos asaltantes que ataron a mi padre a una silla y le metieron un pañuelo en la boca —dijo. Se aflojó el nudo de la corbata—. Esos hijos de puta son los culpables de su muerte, no yo.

Milo señaló hacia arriba, al grupo de familiares y amigos.

—Piensa, Marcelo, piensa. Se van a enterar de todos modos. Te irá mejor si confiesas. Sabemos que lo hiciste tú. Tenemos pruebas, pruebas irrefutables.

Costa aguantó su mirada unos segundos. Luego, sacó un paquete de tabaco y se entretuvo encendiendo un cigarrillo. Al exhalar el humo, descruzó las piernas y las volvió a cruzar.

Después de la tercera calada, dijo:

—No sé de qué pruebas me habla, yo no...

—Mientes —cortó Milo—. Sabemos que tú lo hiciste.

—A la hora en que se cometió el crimen yo estaba con...

—Con tu mujer, durmiendo. Es tu coartada. Consta en su declaración. Que no saliste de casa en toda la noche. Pero ella tiene el sueño muy pesado, y no se despertó cuando abandonaste el piso. Hemos hecho preguntas, investigado un poco. Marcelo, cometiste un error. Uno entre tantos. Olvidaste las cámaras.

—¿Cámaras? —Aceleró el ritmo de las caladas.

—De tráfico. Como las que hay en la plaza del doctor Barraquer, frente a tu domicilio. Te grabaron saliendo del *parking* en tu coche.

—Fui en busca de una farmacia de guardia porque...

—Y como las que hay en el cruce de Via Augusta con Santaló. Te grabaron torciendo en dirección a la calle Herzegovina. ¿Y quién vivía allí? Bingo. Tu padre, la víctima.

—Me dirigía a la farmacia de la calle Descartes, yo...

—Tercera cámara: la situada en la plaza Boston, donde desemboca Herzegovina. Y no me hables de la farmacia que hay en las proximidades porque aquella noche no estaba de guardia.

Costa se rascó detrás de la rodilla en un gesto inconsciente, y justificó no habérselo explicado antes porque no tenía nada que ver con el caso. Dijo que se había limitado a dar un paseo, nada más.

—Como quieras —dijo Milo—. ¿Más pruebas?

Marcelo se cruzó de brazos. Asintió.

—Tu padre tenía un perro, un pastor mallorquín, negro como el azabache. Ningún vecino lo oyó ladrar. ¿No te extraña? Esa raza es fiel a su amo hasta la muerte, y no estamos hablando de un perro de aguas. Por lo menos pesa cuarenta kilos, por eso tu padre lo llamaba *Gros*. Un pedazo de animal. ¿Y entran unos ladrones y se queda tan pancho, sin ladrar ni defender a su dueño? A otro con ese cuento, Marcelo.

—A lo mejor lo drogaron, eran unos prof...

—No te canses, lo hemos comprobado. Ni rastro de drogas.

Marcelo tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato.

—No se crea todo lo que dicen de los perros —dijo. Se frotó la cara interna del antebrazo. Extrajo otro cigarrillo—. *Gros* es manso como un corderito, dócil con los extraños. Mi mujer no lo soporta, no quiere que le ensucie el piso, lo tenemos en el coche, en el *parking* del tanatorio. Dice que...

—Con todo respeto, me importa un carajo lo que diga tu mujer. Mira, puede que tuvieras tus motivos para matarlo, es algo que puedo entender. Pero ya puestos, podrías haberlo hecho bien. Eres un chapucero.

Costa se incorporó.

—No tengo por qué aguantar...

—Siéntate, Marcelo —dijo Milo. Obedeció en el acto—. Sigo con tus errores. La ventana rota del baño, por ejemplo. Hallamos los cristales en el

patio de luces, y no en el aseo, que es donde deberían haber caído. Error de primero de párvulos. Luego está lo de la puerta del patio, que, según tú, es por donde se colaron los ladrones tras forzarla. Pero no encontramos marcas de tal cosa, otro detalle que se te olvidó.

—El conserje la pudo dejar sin cerrar, es mayor y...

—Y tampoco descubrimos marcas ni huellas de pisadas en los bajantes. ¿Me estás diciendo que tu padre abrió la puerta a unos desconocidos poco después de medianoche?

—¿Qué quiere que le diga? Ustedes son los investigadores.

—Un chapucero, Marcelo. Eso es lo que eres.

El hombre enrojeció. Al cabo de unos instantes, reiteró que él no había matado a nadie en su vida, que era un hombre pacífico, trabajador, fiel amante de su esposa..., y que nunca se le pasaría por la cabeza cometer nada parecido. Que sentía mucho no haber sido sincero con ellos respecto al paseo que había dado la noche de autos, pero que consideró que era un detalle que no aportaba nada a la investigación y que por ese motivo lo había soslayado. Que comprendía que aquello hubiera levantado sospechas hacia él, pero que eran infundadas, una pérdida de tiempo, y que lamentaba haber silenciado el episodio, deshaciéndose a continuación en disculpas.

Milo escuchó su palabrería sin pestañear. No le gustaba aquel tipo tan untuoso. Sin embargo, hablar con él era parte de su trabajo. En concreto, arrancarle una confesión. Sabía que era culpable, no albergaba ninguna duda, pero no disponían de pruebas de peso, tan solo de algunas circunstanciales, y la única forma de ponerlo a disposición del juez era lograr que admitiera haber cometido el asesinato. El manual señalaba el camino: aumentar su ansiedad, provocarle la necesidad de liberarse del peso de su crimen, demoler su resistencia, reducir las consecuencias negativas que temía padecer si confesaba, ofrecerle excusas morales, minimizar la gravedad de su acto, desplazar la culpa...

Pero el manual no siempre funcionaba.

Además, él no se fiaba de los manuales.

Con aquel tipo tendría que improvisar otro camino. Y sabía cuál. Lo percibía con claridad. Tendría que pulsar en su ánimo la emoción de la que estaba más necesitado. Su punto flaco. La avería. Aunque hacerlo le

revolviera las tripas.

—Hablas de puta madre, Marcelo. Pero no me convences. Haces trampa, y eso no vale. Tu declaración está repleta de inconsistencias y mentiras. Nada encaja.

—Yo no he matado a nadie —dijo, la voz monótona.

—Según la autopsia, tu padre no murió por un infarto, sino por asfixia. Se ahogó en su propio vómito. Es una muerte horrible. —Señaló hacia arriba—. Por eso ahora está ahí, en la sala de velatorio. Solo. Recibió su castigo, ¿no es eso?

Costa dilató los ojos, confundido.

—¿De qué demonios habla?

—De que era un capullo como la copa de un pino.

El hombre arrugó los labios toda vez que elevaba la vista al cielo encapotado. Hizo que no suavemente con la cabeza.

—En eso acierta. Era un cabrón.

Milo estrechó la distancia que los separaba en el banco.

—Suele suceder. Para ser padre no se necesita sacar carnet. Si yo te contara cómo era el mío... Por eso digo que puedo entenderte. A veces, no hay otra salida. Y se te ocurrió lo de aparentar un robo, para disimular el asesinato.

Costa permaneció en silencio, la cabeza hacia las nubes cada vez más densas y oscuras. Dejó escapar un suspiro.

—Va a llover —dijo—. O tal vez, con un poco de suerte, a nevar. ¿No sería genial? Es cielo de nieve.

Milo se volvió hacia Rebeca y, con disimulo, le hizo el típico gesto del surfista, pero acercando el pulgar a la oreja y el meñique a los labios. Ella, de inmediato, extrajo el móvil del bolsillo.

—Marcelo.

—Yo no he hecho nada —dijo, sin bajar la mirada.

Milo se levantó despacio, se situó frente a él, y se dobló hasta acercar la cara a escasos centímetros de su rostro.

Le puso las manos en los hombros y dijo:

—¿Te cuento cómo veo yo que fue la cosa?

—Haga lo que quiera. Total, para lo que va a servir.

2

—Lo llevabas dentro bastante tiempo. Pero ocurrió algo que colmó el vaso. Pasada la medianoche, una vez tu mujer duerme profundamente, vas a casa de tu padre. Llamas al timbre. Él acude a la puerta. Al ver que eres tú, piensa que ha pasado algo malo y te abre. No te quitas el abrigo ni los guantes. Vais a la sala. El perro no se alarma, te conoce. Con la excusa de hablar sin interrupciones, le persuades para que lo encierre en el dormitorio. Cuando regresa, tratas de convencerle de alguna cosa. Algo referente a la fábrica. El dinero es el móvil en estos casos, y tú vas a tener un hijo, gastos a manta. Pero tu padre se niega. Opina que eres un tipo despreciable, un vago, la vergüenza de la familia. Y a sus sesenta y ocho años, viudo, siendo un hombre que se ha forjado a sí mismo, no le hacen mella tus amenazas. Te dice algo hiriente y el dolor te ciega. No puedes aguantarlo, es superior a tus fuerzas, y le sueltas un golpe que lo deja aturdido. Estás confuso, el pulso te va a cien, y lo ves en el suelo, a tu merced. No te lo piensas dos veces y vas a la cocina en busca de un rollo de cinta aislante. Sabes dónde lo guarda, es uno de los productos que fabricáis. Luego, lo atas de pies y manos a una silla. Y para que no grite una vez recupere el sentido, alertando a los vecinos y al perro, le metes un pañuelo en la boca, un pañuelo tuyo, y lo sujetas con la cinta adhesiva. Entonces tomas asiento frente a él y te dedicas a esperar a que recobre el conocimiento. ¿Voy bien hasta ahora?

Marcelo no dijo nada.

Milo se irguió, dio unos pasos por el jardín. Sonriendo, agitó una mano hacia Marta Servert y volvió a plantarse ante Costa.

—No sabes cómo envidio que vayas a tener un hijo. Te lo digo en serio. Un hijo es algo grande. Lo más grande de la vida. Pero claro... —Dejó de

sonreír—. También puede ser la mayor de las decepciones. Tú ya me entiendes.

Aguardó la reacción de Marcelo.

Algo se resquebrajó en su rostro. Sus ojos reflejaron tristeza, una vulnerabilidad infinita. Milo se sintió un miserable.

—Tu padre no solo te despreciaba como hijo, sino también como futuro padre.

Un ligero temblor apareció en los labios de Costa.

—Te humilló. A conciencia. Para destruirte.

Costa apretó las mandíbulas y afirmó con la cabeza.

—Era una de sus diversiones.

—¿Qué te dijo?

Marcelo lo enfocó con la mirada. Las bolsas de sus ojos saltones habían adquirido una tonalidad negra.

—Que los inútiles no deberíamos tener descendencia, que mi hijo ya tenía la marca del fracaso grabada en la frente. Que era una aberración que un hombre como yo pudiera ser reproducido.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada, no hice nada en absoluto —dijo. Pareció regresar de un trance. Se incorporó—. ¿Cuántas veces se lo tengo que repetir? Mis huellas no están en la cinta, no disponen de pruebas en mi contra. No tienen nada de nada, ¿me entiende? Nada.

—Dermatitis atópica.

—¿Cómo dice?

—Tus picores. Son por el frío. Ataca a las pieles sensibles, como la tuya; zonas como las corvas, la parte interna de los antebrazos y el cuero cabelludo. El médico te recetó corticoides en pomada y un emoliente a base de crema de almendras, justo los restos que hallaron los de la Científica en el pañuelo que introdujiste en la boca de tu padre. Tu pañuelo. Otro error. Lo cogiste en tu casa, antes de salir, cuando no llevabas guantes.

Marcelo sintió flaquear las piernas y tomó asiento de nuevo.

—¿Qué hago yo aquí? —murmuró—. Yo no he hecho nada.

—Tranquilo, ahora llegamos a eso —dijo Milo. Se sentó a su lado—. Sigo con la historia de lo que ocurrió, ¿te parece? Ahora viene lo más interesante.

Marcelo se encogió de hombros.

—Tu padre abre los ojos. Lees su pánico, su terror. No te creía capaz. Forcejea para librarse de las ataduras, pero no lo logra. Le cuesta respirar. Tose. Y a causa de la tela en el paladar, comienzan las arcadas. Pugna por arrojar el vómito que le sube por la garganta, tu pañuelo se lo impide, y es el turno de las convulsiones. Permaneces quieto, sentado en la silla, sin mover un músculo. Y observas su agonía, lenta, angustiada... Cómo su piel se pone roja, luego púrpura. Su muerte. Sin hacer nada. Sin piedad. En asiento de primera fila. ¿Valió la pena el espectáculo?

—Yo no hice nada —dijo con la voz clara, sin titubeos.

Milo detectó un nuevo matiz. Orgullo. Presumía. Acto seguido, vio que se le escapaba una sonrisa desprovista de humanidad, esta vez con patas de gallo y descenso de cejas. El odio, la ira. Todo por dolor. Se dijo que era ahora o nunca.

—Te has pasado la vida oyendo que no vales para nada, que no tienes iniciativa, que no eres bastante. ¿No tienes ganas de decir que sí por una vez? Joder, tu padre quería más a su perro que a ti, su propio hijo. Lo castigaste, ¿y qué? Cualquiera hubiera hecho lo mismo que tú. Lo mismo. ¿Me oyes, Marcelo?

El hombre permaneció inmóvil.

Milo acercó la boca a su oído. Le susurró:

—Yo hice algo parecido y ya ves, aquí estoy, de rositas.

Costa entornó los párpados. Tragó saliva.

—¿Es eso cierto?

—Afirmate. Te sentará de cojones, sé de lo que hablo.

Lo vio dudar, debatirse entre dos opciones.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Al fin y al cabo, no fue como ponerle un revólver en la sien y disparar.

Faltaba poco, lo presentía.

—No eres un asesino. Estabas bajo una fuerte impresión y te quedaste bloqueado. Hay atenuantes. No eras tú, eras otro.

Únicamente requería un ligero empujón.

—Recibió su merecido, eso es todo.

—Me despidió —dijo Marcelo, la voz ronca—. Me despidió de la fábrica. A mí. A su único hijo.

Ya solo era cuestión de tirar de la cuerda.

—Por eso fuiste a su casa, para convencerle de que reconsiderara su decisión.

—Y se burló de mí. Como siempre. —Guardó silencio. Al cabo, chasqueó la lengua y dijo—: Hace un par de años le tocó un buen pellizco en la lotería, unos doscientos mil. ¿Y sabe qué hizo? Me dio dos mil euros, dos mil sucios euros. Un puto uno por ciento. El muy capullo. Era un viejo egoísta.

Milo pensó en decirle que nada cambiaría aquel dolor, que siempre lo cargaría consigo, que toda su vida arrastraría la decepción de haber nacido. Que no estaba al alcance del ser humano borrar la marca indeleble de las palabras dañinas. Se le ocurrieron muchas más cosas por el estilo, pero nada de su propia experiencia iba a servir para que confesara.

Tomó aire y dijo:

—Confiesa, como haría una persona honrada. Porque tú eres honrado, Marcelo, yo lo sé. De ahí tus ojeras. No puedes dormir.

Costa se dobló hacia delante, bajó la cabeza y apoyó los codos en las piernas. Observó el suelo con fijeza.

—¿Y quién dice que no puedo dormir?

—A lo hecho, pecho. Si no quieres quedar como un mierdas, confiesa. Es preferible ser un indeseable.

Costa se rascó la nuca otra vez. Con un suspiro, se enderezó, lo miró y abrió la boca.

—Maldita dermatitis —dijo.

Luego, asintió muy despacio.

Milo hizo un gesto a la subinspectora Mercader para que se aproximara con papel y bolígrafo. Entretanto, Costa encendió un pitillo y soltó el humo hacia lo alto.

Desde la primera planta, su mujer lo vio sonreír, relajado. Se volvió para atender a los familiares y amigos de su marido.

Apoyado sobre un hombro contra el cristal, Milo observó los andares elásticos de su compañera al acercarse.

Ella le mostró la tablilla portafolios.

—Ya tenemos su confesión, escrita de su puño y letra, leída y firmada — dijo, sin ocultar su satisfacción—. Ya no podrá retractarse. Has hecho un buen trabajo.

—¿Dónde están Rojo y Cervera?

—En la entrada, aguardando en el coche.

—Pues ya puedes avisarles para que vengan y procedan a la detención. Y oye, no te olvides de leerle sus derechos.

—¿Te vas? —se extrañó.

—No me apetece ver cómo su esposa se pone histérica. Te espero fuera, en el jardín.

Sin más, abrió la puerta y se alejó. En recepción se cruzó con los inspectores Rojo y Cervera. El primero se llevaba un pañuelo a la nariz mientras el segundo ahogaba unas toses con el puño. Sin detenerse, intercambió un cabeceo con ellos y prosiguió su camino hacia la salida.

Una vez al aire libre, torció a la izquierda y se dirigió a la zona de juegos infantiles. Siempre le había parecido que estaba fuera de lugar en un tanatorio. Comprendía que era una buena manera de distraer a los niños mientras se celebraba un funeral, pero a su juicio los niños eran precisamente lo que allí estaba fuera de lugar. La muerte y los críos no casaban en su cabeza.

Ocupó uno de los columpios y se balanceó con suavidad. La zona estaba desierta. Se entretuvo intentando formar con los labios círculos de vaho en el aire. Misión imposible.

La escena le asaltó como un foganazo. «Te mataré por esto; si le vuelves a poner la mano encima, juro que te mataré». Unas palabras que no gritó, sino que pronunció con toda la fuerza que un niño de corta edad pudo concentrar en cada sílaba. Y la réplica de su padre: «¿Un nenaza como tú? No me hagas reír». Su sonrisa sardónica, enloquecida, y los ojos brillantes, idos.

Los niños y la muerte.

No, no casaban.

Inspiró hondo y sacudió la cabeza para desterrar la marca indeleble, la avería permanente. Misión imposible. Acto seguido, se dedicó a contemplar la procesión de gente que subía por la cuesta hacia el edificio minimalista. Desfilaban a docenas. Giró el cuello. Por el otro lado, los coches fúnebres surgían del sótano con su carga cada tanto. Entraban vivos, salían fiambres. Todo perfectamente organizado, como una fábrica macabra.

Cerró los ojos.

Al rato, la subinspectora Mercader se sentó en el columpio de al lado. Sin abrirlos, le preguntó si todo había ido bien y ella le contó que Marta Servert había montado en cólera, derramado lágrimas y amenazado con una legión de abogados.

—Lo de siempre. Menudo individuo, ¿no?

—De tal palo, tal astilla —dijo Milo, lacónico.

—Pues parecía que os llevabais muy bien.

—Interpretaba mi papel. No siento ninguna pena por ese tipo. Un hijo matando a su padre. No puede haber crimen peor.

Guardaron silencio.

Poco después, ella le cogió de la mano y dijo:

—El inspector Malart ataca de nuevo con su parabólica, ¿eh? Has intuido todo lo que sucedió en casa de la víctima. Imagino que fuiste anoche, más o menos a la misma hora en que murió el señor Costa. Para empatizar con el asesino o para lo que sea que haces en los lugares del crimen. —Milo abrió los ojos y soltó un resoplido—. Pero lo de los restos que halló la Científica en el pañuelo de Marcelo te lo has sacado de la manga. ¿Cómo sabías que tenía dermatitis atópica? Ha sido un pedazo de farol.

—Tenemos la confesión, ¿no? Pues eso. —Le soltó la mano y bajó del columpio—. Oye, me largo.

—¿Adónde?

—A la Central. No está lejos y necesito caminar, estirar las piernas. Nos vemos allí —dijo, iniciando la marcha.

Rebeca fue tras él. Le preguntó si no quería que lo llevara. Ante su negativa, lo agarró del hombro y lo detuvo.

Se encaró.

—Inspector, te he oído. Antes. A pesar de bajar la voz, te he oído. Tú no

tuviste nada que ver en la muerte de tu padre. Lo ingresaste en el psiquiátrico y él acabó con su vida. Él solito.

Milo apretó los labios.

—Lo hiciste por su bien —añadió ella.

—Por su bien.

—Exacto. ¿O no fue así? —se exasperó.

—Hay formas y formas de ver las cosas.

—Y formas y formas de intoxicar la memoria.

La atravesó con la mirada. Reprimió un temblor.

Ella lo señaló con expresión de triunfo.

—¡Lo sabía! Tienes frío, un frío de tres pares de narices. Ni estado mental ni hostias. Confiesa que disimulas.

Milo negó con la cabeza, sin energía.

—Es este sitio. Lo que esconde detrás de las paredes, en el sótano. Me da escalofríos.

—Joder, ¿no podrías actuar como una persona normal? Tío, acabamos de cerrar un caso. En vez de pensar en cadáveres, deberíamos celebrarlo y montar esta noche una fiesta en tu casa o en la mía.

Los ojos de Milo centellearon.

—Conmigo ahórrate lo de «normal», «estado mental» y expresiones por el estilo. ¿Lo pillas? Y otra cosa: mi nombre es Milo, Malart o inspector. Llámame como quieras, pero no «tío». Rebeca tardó unos segundos en responder.

—Lo pillo —dijo, la voz inexpresiva—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. ¿Cómo me llamo?

—¿Gilipollas?

Milo se encogió de hombros. Luego, apretó los puños y echó a caminar cuesta abajo. Una ligera llovizna comenzó a caer.

3

Saludó con un gesto al agente que guardaba la puerta y franqueó la entrada de la Comisaría Central. Cabizbajo, recorrió el vestíbulo sin prestar atención a las voces de comerciantes y particulares que se quejaban en los mostradores, donde se tramitaban las denuncias en primera instancia, protestando por la falta de presencia policial en el barrio. Era el pan de cada día. Con la crisis, una ola de robos y hurtos se había desatado en la ciudad. Y con los recortes, el número de unidades que patrullaban las calles había descendido.

Llegó a los ascensores y pulsó la llamada. Una vez en la cabina, apretó el botón de la cuarta planta. Descorrió la cremallera de la cazadora, se frotó los ojos, y aguardó a que se detuviera. Luego, avanzó hacia la amplia oficina del GEHME, el Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, y se dirigió hacia su mesa sin despegar la vista del suelo.

Se sentó ante el ordenador y empezó a redactar el informe.

—Por lo que he oído, parece que has bordado el interrogatorio, inspector —dijo el sargento Toni Crespo, parándose ante él.

—Habladurías —dijo.

Terminó de teclear una frase y se volvió hacia el sargento, el experto en búsqueda de datos. Inteligente, meticulado, con ese aire distraído de los genios informáticos. Obsesionado con adelgazar, se apuntaba a todas las carreras populares de la ciudad. Lo vio sacudir la cabeza con incredulidad, la expresión afable.

—El tipo se moría de ganas de confesar —añadió Milo.

—No es lo que me han dicho Rojo y Cervera.

—Ni caso. ¿Tienes algo para mí?

—Singla quiere verte. —Señaló a su espalda, hacia el despacho del

inspector jefe. Tenía cerradas las persianas de cortinillas.

—¿Ahora? Estoy redactando el informe.

—Ha dicho en cuanto llegaras a la oficina.

—Bien, entonces aún no he llegado. Tú no me has visto. El jefe Singla ya sabe que soy un poco lento.

—Ya veo, nubes en la azotea. ¿Una aspirina?

—Me has leído el pensamiento, Toni.

Malart se volvió hacia el monitor. Se dobló sobre el teclado.

Veinte minutos después, se levantó de la silla y fue hacia el despacho situado al fondo de la oficina. Fiel a su costumbre, abrió la puerta, entró sin llamar y tomó asiento.

—Inspector jefe, ¿querías verme?

—Llegas tarde —dijo Jordi Singla sin apartar la vista de un dossier.

El rostro del inspector jefe, rostro marcado por la viruela, se ensombreció un instante. Habían mantenido una tensa relación en el pasado a causa de un asunto personal, y todavía quedaban rescoldos de aquel enfrentamiento. Sin embargo, tras la resolución del caso Gaudí, ambos habían logrado limar las asperezas casi por completo. Relajó la expresión, soltó el dossier y se reclinó contra el respaldo.

—Media hora tarde —concluyó Singla.

—Pues, como ves, todavía no he tenido tiempo ni de quitarme la cazadora. Acabo de llegar hace un par de minutos.

—Déjalo, no te esfuerces —dijo Singla. Se recolocó sobre el pecho la corbata azul a juego con la camisa. Luego, se llevó una mano al bigote y empezó a atusarlo—. Háblame de la confesión.

Milo se la refirió en pocas palabras, de forma escueta.

—Afirmar que el pañuelo era suyo ha sido una jugada muy arriesgada —dijo el inspector jefe—. De no haber sido así, se nos habría caído todo el caso. Y no podías saberlo con certeza.

—He tenido una epifanía, ha salido bien.

—Pero podría haber sido una pifia. Una pifia muy grave.

—Pifia, epifanía. Tenemos la confesión. Punto.

Singla reprimió su impaciencia.

—La comisaria jefe Bassa quiere felicitarte.

—Mensaje recibido.

—En persona —dijo, incorporándose—. Ahora mismo.

—Inspector jefe, tengo que redactar el informe y...

—Ahora mismo. —Señaló la puerta—. Es una orden.

Milo se levantó despacio. Mostrando a las claras su renuencia, salió del despacho mascullando por lo bajo y fue tras él. De camino a los ascensores, dirigió una mirada hacia la mesa de la subinspectora Mercader. Aún no había llegado, y aquello le extrañó. Iba a soltar una nueva excusa, pero el inspector jefe le dijo que cerrara la boca y, juntos, recorrieron el tramo final.

En la cabina, Singla dio al botón de la quinta planta.

Esbozó media sonrisa.

—Apenas te va a doler —dijo.

Anna Bassa ocupaba el cargo desde que al anterior comisario jefe, Benet Bastos, le obligaron a dimitir para evitar un escándalo de proporciones inimaginables. Se desconocían los auténticos motivos, pero por todo el edificio se rumoreaba que la corrupción, el tráfico de influencias y algo relacionado con unos escabrosos vídeos con menores podían ser las causas. Solo media docena de personas estaban al corriente de lo ocurrido, pero nadie había abierto la boca, por el bien del Cuerpo, y habían tapado el asunto a conciencia.

—¿Sabes qué ha sido de Bastos? —preguntó Milo.

—Ocupa el cargo de director de no sé qué, algo de Fomento.

—Esos pájaros siempre caen de pie. Tienen siete vidas.

—No tendrían que haber nombrado comisario jefe a un gestor, por muy bueno que fuera. Los de arriba se equivocaron.

—¿Bueno? —ironizó Milo—. Lo que me faltaba por oír.

El ascenso de Anna Bassa fue aplaudido por todos los departamentos. La exresponsable de Relaciones con los Medios, tras ser la primera mujer de la policía autonómica en alcanzar el grado de intendente, galones que había logrado después de catorce años de duro esfuerzo, gozaba de gran popularidad y respeto. Era de la casa, conocía el oficio de primera mano, las circunstancias que entrañaba el trabajo de los hombres y las mujeres bajo su

mando, y no dudaba en respaldarlos con firmeza y seguridad. Sin dejarse apabullar por nadie, ya fueran superiores, políticos o miembros a sus órdenes, no le temblaba el pulso a la hora de destituir a cualquiera de estos últimos, fuera cual fuese su grado en el escalafón. Fuerte, inteligente y tranquila, por los pasillos circulaba la peregrina historia de que su perfil había sido la fuente de inspiración para redactar el lema del Cuerpo: «La fuerza tranquila de la inteligencia».

Salieron del ascensor y avanzaron por el ancho pasillo.

Milo comenzó a notar un cosquilleo de inquietud en el estómago. No se sentía cómodo en los despachos de la quinta planta. Su relación con Anna Bassa siempre había sido fluida y cordial, pero en su fuero interno opinaba que los cargos cambiaban a las personas, y ahora ella dirigía la División.

Singla golpeó el marco de una puerta con los nudillos.

—Comisaria jefe —dijo.

Anna Bassa se levantó con presteza y les dijo que podían pasar, al tiempo que les hacía un ademán. De facciones suaves, ojos despiertos y cabello castaño recogido en una coleta, rodeó la mesa y fue a su encuentro con la mano extendida. Tras un cálido apretón de manos, les señaló unos sillones habilitados en una de las esquinas del despacho, frente a una mesa baja.

—Inspector Malart, quería darte mi enhorabuena por la resolución del caso —dijo. Se echó hacia delante y juntó los dedos—. Has hecho un buen trabajo; rápido, eficaz, sin fuegos artificiales. Como a mí me gusta.

Milo se preguntó a qué debía de referirse con aquello de «fuegos artificiales». Puso cara de paisaje y guardó silencio.

Anna Bassa puntualizó, muy satisfecha, que en apenas cuarenta y ocho horas el culpable ya estaba a disposición judicial.

Envarado, Milo continuó sin saber qué decir.

Singla soltó una tosecilla.

—Comisaria, el inspector Malart no es amigo de medallas.

Bassa sonrió solo con la boca.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Es de sobra conocida su aversión por los parabienes y... por la autoridad. Por este motivo quería felicitarlo en persona. Es otra de las cosas que me he propuesto cambiar en la comisaría. —Replegó sus finos labios—. Lo que me gustaría saber, Malart, es cuál ha sido el punto

de inflexión para lograr que el detenido confesara.

—Ni idea. Solo he hecho mi trabajo.

—Pero algo sabrás. No es frecuente que un sospechoso admita haber cometido un delito, y mucho menos un crimen.

Milo se repantigó en el sillón. Intuía las intenciones de la comisaria jefe, y por nada del mundo iba a caer en la trampa.

—La mente es una máquina de establecer conexiones, y mi oficio consiste en hacer hablar a la gente. Me he limitado a estirar de la cuerda, a ponerle las cosas fáciles. Nada del otro mundo.

Anna Bassa sostuvo su mirada.

—Está bien —dijo—. No voy a obligarte a que nos reveles tus secretos. —Se incorporó, y Singla la imitó en el acto. Milo se demoró unos segundos—. Inspector jefe, creo que el cierre del caso bien se merece una celebración. A mi cuenta, por supuesto, y con el Grupo al completo. Encárgate de hacérselo saber a todos. Inspector Malart, estás incluido. Es una orden.

Milo carraspeó, incómodo.

—¿Algún problema? —preguntó ella sin mover un músculo de la cara.

—Ninguno, ninguno. Celebro que lo celebres.

—Entonces, asunto concluido. Envíame pronto el informe para que se lo haga llegar al juez instructor del caso. Lo leeré con suma atención, Malart.

—Ahora mismo me pongo a ello, jefa.

La reunión se dio por finalizada. Volvieron a estrecharse las manos, y Singla y Milo desfilaron hacia el pasillo.

—Malart, estás como un cencerro —dijo el inspector jefe—. No te conviene ponerte a la comisaria en contra.

—Dime algo que no sepa.

—Si yo tuviera tu talento, no lo escondería.

—No sé de qué demonios me hablas.

—Y claro, no piensas acudir. ¿Me equivoco? Ni aunque hoy sea viernes y este fin de semana no estés de guardia. A la comisaria no le va a hacer ninguna gracia. Lo sabes, ¿verdad?

Sin responder, Milo dejó atrás los ascensores y se dirigió a la puerta de las escaleras. La empujó y bajaron andando.

Encontraron al Grupo reunido en el centro de la oficina. Todos rodeaban a la subinspectora Mercader. Un perro, negro como el carbón, con un collar del mismo color y blasones plateados, se hallaba tendido a sus pies con expresión melancólica. El sargento Crespo le acariciaba la cabeza mientras Rebeca explicaba que Marta Servert, al salir del tanatorio, se había plantado delante de su coche obligándola a frenar. A gritos, tirando con excesiva fuerza del perro del difunto señor Costa de la correa —os lo juro, un poco más y la detengo por maltrato—, le había dicho que no quería hacerse cargo de ese maldito animal y que si ella no se lo llevaba consigo lo entregaría a la perrera.

—¿Qué queríais que hiciera? —dijo—. Ya sabéis que el Centro de Acogida de Animales de Compañía es como Siberia. Jaulas heladas, sin calefacción, llenas de moho y humedad. Las limpian a manguerazos y siempre están encharcadas. ¿Os imagináis algo más insalubre? Además, con la crisis, ha aumentado el número de animales abandonados, y aquello está a reventar. No podía permitirlo. —Repasó con la mirada a cada uno de los presentes—. Alguno de nosotros tiene que quedarse con *Gros* hasta que le encuentre un hogar.

Cervera, entre toses, dijo que él no podía, que era alérgico a los animales; Rojo, tras soltar un estornudo, explicó que ya tenía tres y que si entraba en casa con otro perro su mujer lo echaría a la calle; el inspector Sena adujo que su esposa no soportaba a las mascotas, y su nuevo compañero, el inspector Boada, recién ingresado en el GEHME proveniente de la comisaría de Gracia, balbuceó que le encantaría, pero que su madre tenía la salud delicada y que no le parecía buena idea.

—¿Todavía vives con tu madre? —dijo Cervera.

El inspector Boada enrojeció. Treinta y pocos, rubio, ojos azules, buena planta, con cara de no haber roto un plato en su vida, aún no estaba habituado a la dinámica del Grupo. Según algunos, su incorporación se debía a influencias en las altas esferas, y la opinión general era que todavía estaba verde como sustituto de Bruno Bachs, el inspector expulsado del Cuerpo y antiguo compañero de Milo tras el escándalo del caso Gaudí.

—¿Qué pasa? —dijo—. Es mayor, necesita compañía.

—Ya, y tú ahorrarte un alquiler y que alguien te lave la ropa.

—¿Y tú, Toni? —preguntó Rebeca, animosa—. Es un perro muy

espabilado, y dócil, ya lo ves. Y cariñoso, muy tímido.

—Tengo gato, subinspectora —dijo el sargento.

Rebeca se dirigió a Singla.

—¿Inspector jefe?

—Mi piso es pequeño, y lo tengo prohibido por contrato. Si mi casera no fuera la vecina de la puerta de al lado...

—Me pasa lo mismo —dijo ella—. La mía vive justo en el piso de abajo y oiría sus pasos. Y con las ganas que tiene de echarme, no me puedo arriesgar.

—Resopló—. Joder, ¿es que no hay nadie que pueda ocuparse de él durante unos días?

Todas las cabezas se volvieron hacia Milo.

—A mí no me miréis. Los animales y yo no nos entendemos.

—Es cuestión de un par de días, te lo prometo. Es un perro magnífico, no puedes hacerle esto, fíjate en sus ojos, ¿no tienes la impresión de que piensa, de que solo le falta hablar?

Milo arrugó la cara. Los ojos del perro eran vivaces, ligeramente almendrados. Una mirada enigmática, inteligente y triste a la vez, con cierto matiz de desconfianza. Permaneció callado.

Los demás inspectores empezaron a desfilar.

—Me he informado en Google —dijo Rebeca—. Es reservado, su sentimentalismo llega a límites insospechados, y es de una gran nobleza, fiel a su amo, y valiente y pendenciero.

—Inspector Malart, es tu alma gemela —dijo Crespo.

—No me des la brasa, sargento. Por cierto, ¿sabes algo de Bruno Bachs? ¿Qué ha sido de él?

—Trabaja en el Casino, como jefe de seguridad.

—Me alegro por sus tres hijos.

Rebeca pasó del cambio de tema y arremetió de nuevo.

—Eres su última opción, Malart. O tú o Siberia. Tengo el pálpito de que te llevarás bien con él, estáis hechos el uno para el otro. Confía en mí.

—Deberías dedicarte a vender pólizas de seguros.

—¿Eso quiere decir que aceptas? —dijo, ilusionada.

—No me gusta su nombre.

—¡Pues se lo cambias y ya está! En el fondo tienes un gran corazón,

inspector. —Le entregó la correa—. Ya verás, os haréis grandes colegas. Incluso puedes hablar con él, dominas el lenguaje de gruñidos de puta madre.

El sargento y Rebeca lo dejaron solo con el perro. Milo se sintió como un idiota con la correa en la mano, sin saber qué hacer. Miró a uno y otro lado. Singla informaba al Grupo de que luego había reunión en el bar de la esquina para celebrar el cierre del caso. Milo, resignado, hincó una rodilla en el suelo.

—Eres el chucho más feo que he visto en mi vida. —*Gros* emitió un leve gimoteo—. Yo —se llevó un dedo al pecho—, independiente. Tú —lo señaló—, independiente. ¿Queda claro?

El perro levantó las orejas, un momento, y volvió a bajarlas con gesto sumiso, los ojos rehuyendo su mirada, como un alma en pena.

Milo suspiró.

—Así no vamos a entendernos.

Le acarició el lomo con suavidad.

—Tranquilo —dijo, bajando la voz—. Enero es un mes triste, gris. Quizá por la cuesta, o por ser el que viene a continuación de las Navidades. Sea por lo que sea, es uno de los más difíciles del año y tú has pasado un par de días jodidos. Es lógico que añores a tu dueño. Todos echamos en falta a alguien, no eres el único.

Rebeca pasó por delante.

—Qué, ¿ya os estáis haciendo amigos?

—Subinspectora —dijo sin alzar la cabeza. Ella se detuvo—. ¿Por qué antes en el tanatorio me has cogido de la mano?

—No sé, ha sido un impulso. A lo mejor es porque esa clase de sitios me ponen un poco tonta.

—¿A lo mejor?

—Retiro lo dicho. En el centro del pecho no tienes nada. Solo un agujero, un agujero negro. —Reanudó sus pasos—. Eres un rompehuevos.

Milo sonrió. Dio al perro un par de palmadas en el lomo.

—Te llamaré *Tío* —dijo.

4

Envió a Singla el informe desde su ordenador; luego, estiró de la correa para que el perro fuera con él, y se escabulló de la oficina sin llamar la atención. Una vez en el *parking* de la comisaría, hizo subir al pastor mallorquín al asiento de atrás de su viejo Volkswagen y después se acomodó tras el volante. Dio al arranque. El motor sonó de forma extraña, empezó a traquetear y se caló. Repitió la operación, intentando jugar con el pedal del gas. Por un momento creyó haberlo conseguido, pero de nuevo volvió a calarse con un ruido ahogado.

—No me jodas.

Giró la llave por tercera vez. Idéntico resultado. A la sexta, se dio por vencido, se apeó del vehículo e hizo bajar al perro. Lo cerró de un portazo y se encaminó hacia la cuesta. En la calle, lo recibió un intenso aguacero. Se subió el cuello de la cazadora y se internó bajo la cortina de agua. Antes de llegar al paso de peatones, atravesaron corriendo Travessera de les Corts y caminó en dirección contraria al bar de la esquina. Lo último que le apetecía era reunirse con el Grupo. Odiaba las celebraciones. Mientras él se mantenía sobrio, corría el alcohol, la gente hablaba más de la cuenta y perdía los papeles. Era el inconveniente de permanecer seco. No encajaba en ninguna fiesta. Y estaba harto de que lo miraran como un bicho raro. Aceleró el paso y torció por la primera calle hacia la boca del metro. Entonces cayó en la cuenta de que los transportes públicos no admitían perros. Y su bolsillo no estaba para pagar un taxi hasta la Barceloneta.

—Tío, tendremos que ir a pie. No queda otra. —El perro no se inmutó—. Me gusta cómo te tomas las cosas.

Echaron a andar. A pesar de que solo eran las diez de la noche de un

viernes, el tráfico era escaso en comparación con el de unos años atrás y las calles estaban casi vacías, al igual que los bares y restaurantes. Atravesó el Ensanche resguardado bajo las cornisas y avanzó con el pastor mallorquín trotando detrás de él con paso cansino, sin detenerse a husmear, sin tirar de la correa, solo dejándose llevar. A media manzana vislumbró la fornida espalda de un tipo que caminaba con un perro de pequeño tamaño. A causa del aguacero no distinguió la raza, pero sí que algo similar a unas flores asomaba bajo el brazo que sostenía el paraguas. Milo se volvió un instante, comprobó que nadie le seguía, y retornó la vista al frente. El hombre fornido con el perro se había esfumado.

Continuó calle abajo y llegó a la Gran Vía, una de las principales arterias de Barcelona. Allí el tráfico era algo mayor; aparte de los ruidosos autobuses nocturnos, circulaban algunos vehículos a cada tanto, pero las aceras estaban desiertas. Se enganchó a las paredes de los edificios con la extraña sensación de caminar por una ciudad abandonada. Los vestíbulos de los bancos y las cajas de ahorros, en cambio, estaban a rebosar de gente echada en el suelo, durmiendo hacinados, algunos envueltos en papel de periódico. Le avergonzó mirar, y le avergonzó no hacerlo. La crisis se estaba cebando en la gente de manera cruel. Era como volver al siglo pasado, a un país en blanco y negro. Sintió el rescoldo de la vieja rabia. Vieja, porque la situación ya no era nueva, se venía alargando demasiado, y la costumbre hacía que uno se habituara incluso a lo más innombrable. Y rabia, porque el número de infelices que se veían obligados a abandonar sus casas era cada vez mayor.

Se internó por las callejuelas que llevaban a las Ramblas, las cruzó sin despegar la vista del suelo y se dirigió hacia el Born. Poco antes de llegar a la catedral vio que un individuo se aproximaba en su dirección. Pese a llevar paraguas, caminaba también bajo las cornisas. La estampa era absurda. Milo apostó a que aquel sujeto no le cedería el paso y decidió no apartarse tampoco ni un milímetro.

Una vez cara a cara, ambos se detuvieron.

—Qué —dijo—, ¿temes que se te encoja el paraguas?

El tipo lo observó, luego al perro, y de nuevo a Milo. Sin abrir la boca, como un fantasma, se apartó para dejarlos pasar; a continuación, volvió a refugiarse de prisa junto a las paredes.

En la Barceloneta, cerca ya de su domicilio, entró en Casa Leo para cenar algo. No había clientes y le dieron la bienvenida los pósteres de Bambino y Camarón de la Isla, un vestido de sevillana en miniatura y una guitarra española. La dueña, una fan de la rumba y el flamenco, le señaló el perro con gesto hosco, y luego, la calle. Milo reprimió un comentario, ya que en aquel local la higiene no era precisamente una tradición, y le pidió que le pusiera lo de siempre. La mujer se frotó las manos en una bata inmundada y dijo que no tenía judías blancas, solo lentejas. Milo se encogió de hombros, agarró el periódico del día y salió a la calle. Se apoyó en el dintel y leyó la portada: el proceso soberanista. Pasó las páginas hasta dar con la del horóscopo. Buscó el suyo. «Aprovecha los influjos positivos de la energía de tu signo, disfrutarás de un día lleno de amor y armonía». Soltó un gruñido. A sus pies, el pastor mallorquín alzó las orejas.

—El tipo que escribe esto —golpeó la página con el dedo— es un cachondo. O un cabronazo de mucho cuidado.

La mujer entreabrió la puerta y le dio un plato con lentejas, una butifarra requemada y dos rebanadas de pan con tomate; salvo por las judías, su menú de invierno. Mientras le tendía unos cubiertos, le preguntó qué quería para beber. Milo le devolvió el periódico, agarró todo como pudo y le dijo que nada. Empezó a comer observando la lluvia, los charcos que se formaban en el pavimento. El perro soltó un gimoteo.

—La hostia, me había olvidado de ti. —Cogió la butifarra entera y se la acercó al hocico—. Buen provecho.

Se apresuró a tragar las legumbres, escupiendo las piedrecitas que encontraba de vez en cuando, y al terminar entró en el local, dejó el plato en la barra y le dijo a la mujer que se lo apuntara en la cuenta.

Recorrió las dos islas de casas que lo separaban del edificio de la calle Atlántida. Poco antes de llegar, miró a izquierda y derecha por encima del hombro. Nadie. Abrió el portal, dio a la luz y subió los cuatro pisos hasta el ático, dejando ambos un reguero de agua en las escaleras.

Trajinó un rato con las llaves y empujó la puerta con el pie.

—Pasa.

El pastor mallorquín no se movió. Plantado en el rellano, parecía esperar a

su antiguo dueño. Sin remilgos, Milo estiró de la correa y el perro entró cohibido, con la cola entre las patas. Se respiraba un ambiente frío, húmedo.

—No es muy acogedor en invierno, pero es lo que hay, *Tío*. ¿Tienes sed?

Fue a la cocina y buscó algo parecido a un cuenco. Se conformó con un plato hondo. Lo llevó a la sala junto a una garrafa de agua. Lo dejó en el suelo y lo llenó hasta el borde. Luego se quitó las botas, la cazadora, que colgó en el respaldo de una silla, y por último la HK dentro de su funda, la cual metió en un cajón del aparador. Acto seguido, se dejó caer en el sofá.

Rebuscó el mando y encendió la televisión.

En la pantalla apareció el rostro de un anciano llorando; a su lado, una mujer de ochenta y tantos, apoyada en un caminador, se enjugaba las lágrimas mientras su marido ponía cara de no entender nada. A su espalda asomaban las ruinas de la que durante cuarenta años había sido su casa, una humilde vivienda del extrarradio, hasta que, aquel día, treinta y tres guardias civiles, cumpliendo órdenes y armados hasta los dientes en previsión de altercados, habían sido enviados para desalojarlos y proceder al desahucio. Las excavadoras ya habían hecho su trabajo, al igual que los guardias civiles, y los dos ancianos, que ni siquiera habían tenido tiempo de recoger sus escasas pertenencias, miraban a la cámara aturridos, como buscando una explicación.

Cambió de canal.

—*Tío*, no es bueno ver estas imágenes, hay que mantener la cabeza limpia. —El perro permanecía en el centro de la sala, con la cabeza gacha y las patas en posición ligeramente oblicua, todo él temblando—. Está bien, pondré la estufa —dijo, incorporándose—. Pero si le das al cuerpo lo que te pide, estás perdido.

Conectó el radiador. A continuación trajo un par de toallas y lo secó como pudo. Cuando acabó, hizo otro tanto con su propio pelo. Tenía la ropa empapada. Fue al dormitorio a cambiarse. El perro caminó tras él con paso lánguido. Lo observó desde la puerta, sin atreverse a entrar. Luego lo siguió a la cocina, y después de vuelta al sofá, sin levantar la cabeza. Milo abrió una tableta de chocolate y arrancó un trozo de una barra de pan. Estaba blando, como chicle. No sabía si los perros podían comer cacao, pero de todos modos le dio un pedazo que el pastor mallorquín, después de olisquearlo, se zampó de un bocado.

—¿Te gustan los dibujos animados?

Sintonizó la enésima reposición de *Los Simpson*. Al rato, vio de reojo que Tío caminaba despacio hasta situarse a su lado. Vieron la televisión juntos, comiendo pan con chocolate. Se estiró en el sofá y cerró los ojos. Las voces de Homer y su familia llenaron la sala con sus gritos. Intentó coger el sueño.

Al cabo, notó la cabeza del perro sobre la pierna.

—Lo sé —dijo sin abrir los ojos—. Mi vida es un asco, y este piso no es una mansión. Pero al menos tenemos casa.

El cansancio le cayó encima como una losa, sin avisar. Más tarde oyó una musiquilla y no supo descifrar de dónde provenía. Por entre la espesura mental se abrió paso la idea de una llamada. Se tanteó el cuerpo en busca del móvil. Miró la hora, las cinco y diez, y leyó el nombre, Sara. La mujer de su hermano. Su hermano. Supo que algo malo podía haberle sucedido a Hugo. Que algo malo le había sucedido a Sara.

Se lo llevo a la oreja.

Cruzaron unas frases. Se enderezó, puso los pies en el suelo, y se dobló para delante. Apoyó los codos sobre las rodillas sin separar el aparato de la cara.

Se apretó el puente de la nariz.

—Sí, continúa, Sara. Te estoy escuchando.

Aún no había amanecido cuando llamó a la subinspectora Mercader. No hizo caso a sus exabruptos por haberla despertado tan temprano un sábado por la mañana, y le preguntó qué diablos comían los perros. Una vez obtuvo la respuesta, colgó sin miramientos. Se puso una sudadera, se calzó unas viejas deportivas y agarró una toalla.

En la puerta, cogió el último libro que quedaba en el suelo.

—¿Te vienes conmigo o prefieres quedarte?

El perro salió muy despacio del ático.

La lluvia caía a cántaros. Cruzaron el paseo Marítimo y caminaron por la playa hacia la orilla. Mientras el sol empezaba a asomar por el horizonte, se despojó de la ropa a toda prisa y, temblando, corrió hacia el mar. La primera zambullida lo electrificó de pies a cabeza. Con la respiración entrecortada,

comenzó a batir brazos y piernas con fuerza hacia lo hondo. Notaba el corazón a punto de estallar, pero desterró de su pensamiento aquella posibilidad y continuó nadando. Veinte minutos después, se detuvo. Jadeante, volvió la mirada hacia la orilla.

El pastor mallorquín avanzaba en su dirección a duras penas, con la boca abierta. Sin importarle los cero grados ni la cortina de agua que le azotaba la cara, movía las patas con torpeza intentando acortar la distancia. Milo sintió una extraña corriente de calor que lo caldeó por dentro. Nadó hacia él.

—Tío, eres la leche —resopló—. Habíamos quedado en ser independientes. Tira para la orilla, anda, que aún te vas ahogar.

Salieron del mar. Mientras el perro se sacudía el agua salada del cuerpo, Milo agarró la toalla mojada y se preguntó para qué demonios la había traído. Se vistió a toda prisa, los dientes castañeando, y luego recogió el libro y se dirigieron al paseo. Se adentraron por el barrio hasta llegar a una tienda pakistani de alimentos. Preguntó por comida para perros. Eligió del estante una bolsa pequeña, pagó en caja, y de camino de vuelta compró una barra de pan y abandonó el libro en una repisa de la panadería, junto al mostrador. Ya en el ático, buscó otro plato hondo, lo llenó con aquella porquería de galletas granuladas de varios colores, y luego se metió en la ducha. Fue al enjabonarse cuando se dio cuenta de que tarareaba una canción.

—¿Qué estás haciendo, idiota? Si te sigue es porque le das de comer, eso es todo.

Lo encontró donde se figuraba. En plaza Letamendi, en el pequeño parque frente al edificio de Hacienda. Ni Sara ni Milo sabían el motivo, pero era el lugar al que Hugo acudía después de atacar a su mujer. Ocupaba un banco, no prestaba atención a nada ni a nadie, y se limitaba a pasar las horas meciéndose atrás y adelante con suavidad, solo, con la mirada perdida. Milo se preguntó por los derroteros de su mente, si aún generaba algún pensamiento racional o si, como se temía, el desvarío campaba a sus anchas por su cerebro. Ya había vivido aquella experiencia una vez con su padre y los recuerdos no eran nada agradables. Sabía cómo iba a acabar todo. Mal. Arrugó la cara al pensar en su padre. Desde muy pequeño ya empezó a darse cuenta de que algo no le

funcionaba bien en la cabeza. Los súbitos cambios de humor, los arranques de violencia, los gritos sin motivo. Y su madre soportándolo sin rechistar, resignada, callada. Hasta que un día, poco antes de morir, ella tomó una decisión.

Se sentía en deuda con Hugo y sabía perfectamente por qué.

Fue hacia él con el pastor mallorquín de la correa. Se sentó a su lado al tiempo que el perro se guarecía de la lluvia bajo el banco. Hugo siguió con su desesperante balanceo, y Milo permaneció quieto, los dos hermanos formando una curiosa estampa. Al instante percibió su tufo a alcohol. Irritado, fue a decirle que aquello precipitaba su deterioro, pero se contuvo. Ya se lo había repetido hasta la saciedad sin que sirviera para nada. Necesitaba beber para calmar sus demonios, aunque lo que lograba era exactamente el efecto contrario. Y ya era tarde para conseguir que entrara en razón. Tarde para evitar que el maldito gen familiar causara sus estragos. Tarde para escapar de la sentencia anunciada. Pero no para salvar de la quema a su mujer.

—Hugo, ¿me oyes? —dijo, con calma. Su hermano continuó con su movimiento incesante—. Sé que me oyes, no juegues conmigo. Esto tiene que acabar. Sara no se lo merece.

El agua caía sobre el ridículo sombrero de pescador que llevaba su hermano, goteaba por las estrechas alas y resbalaba hasta empapar su ajada gabardina. Milo observó sus ojos hundidos, sin luz, la piel pálida, demacrada. Nada que ver con el Hugo de hacía diez años, fuerte, altivo, vivo. Claro que, por entonces, su hijo aún no se había suicidado, y aquella estafa que el sistema se empeñaba en llamar crisis no había arruinado sus ilusiones de labrarse un buen porvenir.

—Nuestra madre aguantó lo mismo, ¿recuerdas? Hasta que su corazón dejó de resistirlo. La querías mucho, ella te quería mucho. No puedes haberlo olvidado.

Hugo mantuvo el silencio, con las manos juntas en el regazo, para atrás, para delante. Ausente, chorreando agua. Era como hablar con la pared, y Milo se subió el cuello de la cazadora. Su padre había educado a Hugo para que fuera un hombre duro, resistente, preparado para sobrevivir. A golpes, el cinturón. Apretó los puños y los hundió en el fondo de los bolsillos.

—Esto no puede seguir así. Y ya sabes cuál es el paso siguiente. No quiero

hacerlo, pero no queda otra alternativa. Es por Sara, no se lo merece —dijo, sin energía—. Hugo, la estás matando. Tú no tienes la culpa, estás enfermo. Pero ella tampoco, ¿lo entiendes? Ella no tiene la culpa, es inocente. ¿Me oyes?

Un leve brillo apareció en su mirada. Milo intentó discernir si eran lágrimas o gotas de lluvia. Sin lograrlo, desvió la vista hacia el cielo encapotado, las nubes gris plomo.

Hugo había sido el preferido de su padre mientras que a él lo consideraba un caso perdido, demasiado sensible. Y le echó la culpa a su madre por mimarlo en exceso, siempre pegado a sus faldas. Fue entonces cuando ella decidió protegerlo, enviándolo a vivir a Port de la Selva con sus abuelos, lejos de la ciudad. ¿Por qué a él y no a Hugo? ¿Porque era el pequeño? ¿Quizá lanzó una moneda al aire? Se libró de vivir con un tipo alcoholizado, de recibir toda la carga de su constante violencia, y a cambio creció en un clima de afecto. Respiró hondo. Ahora podría ser como su hermano, calzar sus zapatos. Tuvo suerte y salió cara. Le debía algo a Hugo.

Se volvió hacia él.

Le explicó una vez más la situación, lo que iba a suceder y el porqué. Luego, mientras Hugo seguía sin abrir la boca, le pasó un brazo por los hombros y lo estrechó contra él. Se balancearon juntos unos segundos. Después lo levantó del banco, caminaron hasta la calzada y alzó la mano para detener un taxi. Tras pasar varios libres, por fin uno accedió a llevar al perro. Dio la dirección de un centro público de salud mental, uno donde ya habían atendido a su hermano en otras crisis. Durante el trayecto, tuvo que aguantar al taxista, quien despoticaba contra los políticos que gobernaban a espaldas del país y que habían abandonado a los ciudadanos a su suerte.

El centro de salud mental estaba abarrotado, y aguardaron en la sala de espera, con el perro atado en un poste de la calle. El médico de guardia, una mujer con el rostro desmejorado por el agotamiento, atendió sus explicaciones y accedió a hacerse cargo de Hugo. Se lo quedaban, pero solo podría ser por unos días, matizó.

—Lo comprende, ¿verdad? Es por los recortes.

Milo salió del centro, desató al pastor mallorquín y llamo a Sara para ponerla al corriente. Luego, añadió que aquella noche podría dormir tranquila.

Le preguntó si necesitaba más dinero y ella le dijo que no, que con lo que tenía llegaba a fin de mes. Quedaron en que Milo pasaría un día a verla. Un día. Sin concretar. Colgaron.

Bajo la lluvia, se apoyó en un árbol. Tuvo ganas de gritar.

Dos de tres. Ya solo quedaba él.

Gritó.

En el ático, Milo se metió en la cama y durmió un par de horas. Le despertó una pesadilla y ya no pudo conciliar el sueño. Se echó en el sofá, encendió la tele. Según el hombre del tiempo, las temperaturas iban a bajar. Por lo visto, algo procedente de Siberia era la causa, pero no lo acabó de entender. Sintonzó un canal que echaba una película. La persecución de coches se le hizo interminable y empezó a notar un peso en los párpados. Dormitó a intervalos.

El pastor mallorquín le dio en el hombro con el hocico. Milo tardó en descubrir qué quería: *Tío* se movía inquieto, gimoteaba, y daba unos pasos hacia la puerta para volver de inmediato. Por fin cayó en la cuenta, y salieron a la calle. El perro corrió disparado hacia el primer árbol. Ya era de noche, la lluvia continuaba cayendo, y el frío había vaciado casi por completo el paseo Marítimo. En el cielo no brillaba ni una estrella. El perro regresó a su lado, con la cara destensada y expresión de alivio.

—*Tío*, lo siento, tendrías que haberme dado tus horarios.

Echaron a andar. Otras personas paseaban a sus perros, pero, a diferencia de Milo, todas portaban paraguas. Se dijo que a este paso acabaría cogiendo una pulmonía cuando el pastor mallorquín tensó la correa y estiró el cuello hacia delante, en dirección a un perro de pelo sedoso y color crema que sujetaba una mujer. Pegó un tirón y se le escapó. Al llegar hasta el golden retriever, ambos se olisquearon, al tiempo que empezaban a jugar.

Fue hacia ellos. Sonrió a la dueña sin saber cómo actuar.

—Soy nuevo en esto —dijo, recogiendo la correa.

—¿Cómo se llama?

—Milo Malart.

La mujer se echó a reír.

—Me refiero al perro.

—*Tío*. No es muy original, pero es el que se me ocurrió.

—Me gusta, es un buen nombre. —Acarició el lomo del pastor mallorquín —. Es un perro precioso.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—Bueno, yo no entiendo mucho de perros. —Se encogió de hombros y los señaló—. Parece que hacen buenas migas.

—Sí, *Bruna* es muy sociable —dijo. Y al ver su expresión, añadió—: *Bruna* es mi perra, una golden retriever. Tiene tres años y le encanta jugar. ¿Cuántos tiene el tuyo?

—Pues más o menos, diría yo.

La mujer lo miró con desconfianza.

—Oye, no lo habrás robado.

—Digamos que es al revés. Me lo han colocado por unos días, hasta que le encuentren un hogar. Soy su canguro.

—¿Y por qué no te lo quedas tú?

La mujer tenía el cabello castaño, lo llevaba despeinado, y sus ojos reflejaban una mirada franca, resuelta. Eran marrones, sin rastros de maquillaje, y por las comisuras empezaba a estriarse la piel. Por debajo, unas bolsas levemente abultadas denotaban su cansancio, mientras las cejas, cuidadas, eran su único rasgo de coquetería. De altura media, vestía un tres cuartos acolchado amarillo chillón, impermeable, y calzaba unas botas de agua de color negro, con los tejanos remetidos por dentro.

—Mi vida es muy complicada —dijo Milo.

—Ya, como la de todos. ¿Vives por aquí?

Milo señaló a su espalda. La mujer soltó un silbido.

—Vaya, primera línea de mar. Pasta gansa.

—Segunda, y el piso no es mío. Me lo han dejado unos amigos. Son periodistas, viajan mucho, y yo se lo estoy cuidando. Ya ves... —Hizo una mueca—. Perros, pisos. Si tienes algo que cuidar, soy tu hombre.

—Lástima no haber conocido antes a tus amigos. Acabo de mudarme, ahora vivo en la calle Sal, detrás del mercado. No veas la renta que me cobran por cincuenta metros cuadrados.

—Ya te los presentaré. Pero te aviso, van a tardar. Ahora están en El Cairo, y de momento no quieren volver ni locos. Prefieren quedarse en Egipto a regresar, con la que está cayendo allí.

—No me extraña, yo haría lo mismo. Son gente sensata. No como nosotros, que ni siquiera llevamos paraguas.

—Porque somos optimistas. Algún día dejará de llover, ¿no?

Ella le rio la broma y ambos pasearon un rato sin perder de vista a los perros. Conversaron del tiempo, del supuesto fin de ciclo del Barça, del timo de la TDT. Entonces Milo le contó lo del hombre que caminaba bajo las cornisas a pesar de llevar paraguas, una anécdota que les llevó al tema de la insolidaridad, y, de ahí, a la crisis, lo que arruinó el aire alegre de la charla. Ella adujo que tenía que irse; cogieron a sus perros y cada uno se fue por su lado, quedando en que ya se verían por el barrio.

De vuelta, Milo compró provisiones para la cena. Nada más llegar, repuso los platos del pastor mallorquín con comida y agua, y luego se metió en la cocina para prepararse la butifarra con judías blancas y el pan con tomate. Comió en el sofá, ante el televisor, y al terminar se estiró a lo largo para tratar de coger el sueño. Antes de darse cuenta, se quedó dormido. Lo despertó el sonido del móvil. Leyó la hora, las siete y cuarto, y el nombre, Rebeca Mercader.

—Subinspectora —dijo con la voz pastosa—, no te imaginaba tan vengativa como pará llamarme un domingo tan temprano.

—Calla y escucha. La Central me acaba de pasar un aviso, ha aparecido un cadáver en Collserola. Tenemos trabajo.

—Este fin de semana no estamos de guardia.

—Cervera ha cogido la gripe, como Rojo. Nos toca pringar junto a Sena y Boada. Así que mueve el culo y espabila.

—Subinspectora.

—¿Todavía estás ahí?

—Tienes que venir a recogerme. Se me ha estropeado el coche y no voy a gastarme una fortuna en un taxi.

—No soy tu chofer. Te habré dicho más de mil veces que ese viejo trasto te iba a dejar tirado.

Milo apartó el móvil. Y cuando oyó que su compañera arremetía con la

bronca, lo dejó en el sofá y se fue a la ducha.

5

El día era desapacible, y se respiraba un aire gélido, denso. La lluvia había cesado, pero el cielo, cubierto por densos nubarrones, seguía amenazando con nuevas descargas. Atravesaron la ciudad a bordo del Ford KA rojo de Rebeca. Milo, con la cabeza tocando el techo, lo que le obligaba a ir algo encogido, y con las rodillas chocando contra el salpicadero, se sintió encajonado.

—¿Para cuándo un Hummer, subinspectora?

Ella le lanzó una mirada asesina.

—¿Hablas conmigo?

—Sí, no veo por ninguna parte el cartel de PROHIBIDO HABLAR CON EL CONDUCTOR. Claro que tampoco hay espacio.

—¡Y encima piensas que esto es un transporte público! Eres la hostia, de verdad. —Cabeceó con incredulidad—. Y para colmo, a la comisaria jefe no le hizo gracia que no vinieras a la celebración por el cierre del caso. Ninguna gracia. Y ¿a qué no sabes a quién le dio la tabarra?

Milo puso las manos entre las piernas sin pronunciar palabra.

Mostrando a las claras su enfado, Rebeca empujó con fuerza un cedé en la disquetera. Las notas de un bajo retumbaron en el interior del coche.

—¿Qué es?

—*Papa was a rolling stone*, de los Temptations.

Dejaron atrás Sarriá y tomaron por la C-16.

—No son los Rolling Stones —dijo Milo.

—No, The Temptations.

—¿Entonces por qué has dicho que son los Rolling Stones?

La subinspectora Mercader resopló.

—Intento escuchar un poco de música.

Milo captó el mensaje y cerró la boca. Ella condujo en silencio. Más adelante, dobló para coger la BV-1468 y aminoró la marcha para trazar las numerosas curvas de la sinuosa carretera.

—¿Vas a estar así mucho tiempo?

—Todo el que haga falta.

La sierra de Collserola, con sus más de ocho mil hectáreas, uno de los parques metropolitanos más grandes del mundo, se alzaba como una atalaya sobre Barcelona. Era el pulmón de oxígeno más importante de la ciudad y el espacio preferido para ciclistas, corredores y caminantes, quienes solían recorrer los senderos y rutas que se repartían por las faldas del Tibidabo.

Vio el letrero que anunciaba Can Merles y tomó el desvío. Una vez allí, avanzaron por un camino de grava que se internaba entre la arboleda hasta desembocar en Can Carbonell.

—Creo que nos hemos perdido —dijo Milo.

—Sé perfectamente dónde estamos y adónde nos dirigimos.

Al torcer por un recodo, vislumbraron los vehículos con sus luces estroboscópicas y la cinta balizadora. Rebeca se aproximó dando tumbos con el coche hasta detenerlo a pocos metros. Presionó un botón para extraer el cedé y apagó el motor.

—¿Lo ves? Yo nunca me pierdo —dijo, apeándose.

Milo fue tras ella con las manos en los bolsillos y mirando el suelo, sin percatarse de los saludos de agentes y guardias forestales. Se agachó para sortear la cinta que acordonaba el supuesto camino sucio y, tras ascender un leve repecho, llegó hasta el grupo que rodeaba un cuerpo tendido sobre la pinaza. Los miembros de la Científica ya habían recorrido el lugar en busca de pruebas y repartido muy pocas cuñas numeradas.

—Llegáis tarde, para variar —dijo el inspector Sena.

Rebeca señaló a Milo con un gesto por encima del hombro.

—Eso díselo al fenómeno. El señor necesitaba un chofer. Bien, ¿qué tenemos?

Sena ojeó varios carnets de una billetera.

—Carolina Estrada, veinte años. Cursaba Derecho en la UB y era vecina de Sants, calle Alcolea, cerca de la Central. La ha encontrado una mujer muy madrugadora que suele venir por aquí a cazar sonidos de pájaros. No

preguntas —dijo al ver que Rebeca alzaba una ceja—, que te lo cuente ella misma. Por lo que explica, el cuerpo estaba medio tapado por la hojarasca, suponemos que empujada por el viento ya que no parece que el asesino se esforzara mucho en esconderlo. Tenía el bolso abierto a su lado. El camino sucio que han marcado los de la DPC es el que conduce directo al sendero, pero no hay huellas de pisadas ni de rodaduras. La puñetera lluvia.

—¿Y ayer sábado no vieron nada los forestales?

Sena se rascó la nariz mientras bajaba la voz.

—Digamos que ellos se ocupan del control de los jabalíes y de que no se produzcan incendios, ¿entiendes? Vamos, que con tanto chaparrón imagino que no bajaron del 4X4.

—¿Causa de la muerte?

—Asfixia por estrangulamiento —dijo Goyo Bonhora, forense jefe del Instituto de Medicina Legal, incorporándose con esfuerzo—. Marcas en el cuello, hemorragias petequiales, el lote habitual. Sabré más cosas después de la autopsia.

—¿Y la hora?

—Es difícil de ajustar con esta temperatura, y más en casos de asfixia. El margen es amplio. —Se sacó los guantes de látex—. Por el *rigor mortis*, hace más de veinticuatro horas que está muerta; pero como la rigidez está desapareciendo paulatinamente, diría que se produjo hace unas treinta y seis horas más o menos, entre el viernes por la tarde y la madrugada del sábado. De momento no puedo ser más preciso.

La subinspectora Mercader echó un vistazo alrededor.

—No veo huellas de forcejeo, ¿el cuerpo fue trasladado?

Bonhora frunció los labios.

—Las suelas de sus botas están limpias de tierra y barro. Pero la lluvia nos ha echado a perder el escenario, como ha comentado el inspector Sena. Sin embargo, por la posición del cuerpo y la ausencia de huellas de resistencia, me inclino a pensar que fue estrangulada en otra parte y luego transportada hasta aquí.

—¿Heridas defensivas?

—Un par de uñas rotas, y otras dos melladas. Nada más.

—¿Indicios de agresión sexual?

—Ninguno, pero es...

—Demasiado pronto, lo sé. —Rebeca se volvió hacia Sena, quien seguía revisando el bolso de la víctima, uno negro con cierre de hebilla—. ¿El robo pudo ser el móvil?

—No hay dinero en efectivo ni tarjetas.

—¿Y sus pertenencias?

—Un reloj barato, de imitación, anillo y collar de bisutería, como los pendientes, y un *smartphone*, un Samsung M4.

—Joder, eso vale un pico. En la calle te podrían dar por él unos doscientos euros. ¿Y el ladrón no lo sabía?

—O no quiso complicarse la vida.

—¿Después de asesinar a una joven?

El inspector Sena guardó silencio.

En cuclillas, sin perderse una palabra de la conversación, Milo contemplaba con detenimiento el cuerpo de Carolina Estrada. Iba vestida con ropa sencilla, no de marca: abrigo, camisa, jersey, vaqueros y botas de tacón alto. La habían recostado sobre un talud, boca arriba y con las manos una encima de la otra; unos mechones de su cabello castaño oscuro le caían sobre la cara. Las facciones del rostro eran finas, casi delicadas; la expresión, relajada, como la de una niña dormida. Detrás de la máscara de la muerte adivinó una chica normal, ni llamativa ni anodina. Regresó a sus manos. Pequeñas, cuidadas, con las uñas restantes no muy largas, pintadas de color rojo; una manicura perfecta. Pero lo que más le llamó la atención fue la delgadez que se intuía bajo sus ropas. Era extremadamente liviana, rozando la anorexia; calculó que no pesaría más de cuarenta o cuarenta y cinco kilos. Muy ligera de transportar, concluyó para sí.

La subinspectora Mercader se acuclilló a su lado.

—¿Qué opinas?

—Que lo estás haciendo muy bien, chica dura —dijo, sin dejar de escrutar el cadáver—. Todavía no me has preguntado cómo le va a tu perro conmigo.

—¿Esta vivo?

—Le gusta el pan con chocolate.

El cuerpo estaba empapado, sucio de pinaza y salpicaduras de lodo, con el pelo pegado al cráneo y los insectos introduciéndose por orificios y pliegues

de la ropa. Una universitaria estrangulada. ¿Para robarle unos cuantos euros? Truncar una vida cargada de futuro, de planes, ¿solo por calderilla? No era la primera vez que lo veía. Y luego, la urgencia de llevarla a un sitio tan apartado para abandonarla en el bosque, sola, a merced de las alimañas y los elementos. Le sobrevino un súbito cansancio.

—Vivimos en un mundo infame —dijo.

—¿Ves algo extraño?

—No lleva gabardina ni chubasquero. Tampoco paraguas.

—A lo mejor se lo quitó el asesino o se quedó olvidado en el lugar del crimen.

—O era una optimista.

—¿Cómo dices?

Milo apartó el aire con gesto apesadumbrado.

—No llovía cuando salió a la calle, lo que más o menos coincidiría con lo dicho por Bonhora. La lluvia empezó a caer coa fuerza hacia las nueve de la noche del viernes.

—Cuando nos marchamos del tanatorio empezaba a chispear —dijo ella—. Eso no quiere decir nada. La gente coge los paraguas por si acaso, además de cuando ya está lloviendo.

—Y luego está lo de los guantes. No lleva. —Señaló sus manos—. Alguien que se las cuida con tanto esmero no saldría a la calle sin protegérselas del frío.

—También se los pudo llevar el asesino después de estrangularla. ¿Crees que lo del bolso abierto es para simular un robo?

Milo se incorporó sin responder.

—La persona que la trajo hasta aquí no se limitó a dejarla y marcharse, ni tampoco se esmeró en ocultarla para retrasar su hallazgo. La acomodó, le arregló la ropa, y se largó.

—Ya me había fijado. Remordimientos, lo más probable.

Milo echó un último vistazo a la víctima. Cuando la muerte la atrapó, no sonaba góspel de fondo, ni el himno *Amazing Grace* entonado por gaiteros escoceses; solo tuvo tiempo de oír su propio quejido, y se acabó el mundo.

—Carolina Estrada no lo vio venir.

Rebeca se situó frente a Milo. Lo miró con fijeza.

—¿Qué quieres decir?

Malart le sostuvo la mirada unos segundos.

Las inconsistencias, siempre los malditos detalles. El modo en que se deshizo del cuerpo, el lugar escogido, uno de difícil acceso, pero sin ocultarlo a fondo. La plácida postura del cadáver. Las manos. Una encima de la otra. Como en una sala de velatorio. La conciencia. El dolor. ¿Sintió el impulso de velar a la víctima unos instantes antes de marcharse? La intuición lo empujaba hacia una hipótesis, pero eso y nada era lo mismo. Sin pruebas, solo era humo desvaneciéndose en el aire.

—Nada —dijo, sombrío.

—¿Entonces no sabes por dónde van los tiros?

—Ni puta idea.

Dio media vuelta y caminó hacia Boada.

El inspector recién incorporado al Grupo, blanco como el papel, se irguió al verlo llegar. Se apartó el flequillo de la frente y procuró disimular el mal rato que estaba pasando. Milo le preguntó dónde estaba la mujer que había hallado el cuerpo, la que cazaba sonidos de pájaros.

Tragando saliva, Boada hizo un gesto hacia los forestales.

Apoyada en el capó de un todoterreno, una pelirroja aguardaba con cara de circunstancias a que le tomaran declaración. Llevaba un maletín de grabación al hombro, unos auriculares en el cuello y sujetaba una antena parabólica. Vio que Rebeca ya iba hacia ella.

Milo se volvió al inspector.

Lo estudió un instante.

—Edgar, ¿verdad? —Boada asintió—. Escucha, no pasa nada. Es lógico que estar cerca de un cadáver te revuelva el estómago, nos ha ocurrido a todos la primera vez. —Boada cabeceó de nuevo—. Quiero que me hagas dos favores. El primero, que me avises cuando llegue el juez; y el segundo, es personal, debe quedar entre nosotros. —Asintió por tercera vez—. No nos conocemos mucho, pero diría que eres creyente, muy religioso. Creo que estaría bien que rezaras una oración por el alma de Carolina Estrada. —Señaló a la víctima—. ¿Te importa?

Sin aguardar su respuesta, Milo se dirigió hacia el 4x4.

La mujer estaba dando sus datos a la subinspectora Mercader, y esta los anotaba en un bloc de notas. Vestía parka verde, tejanos, botas de agua y una gruesa bufanda de lana. De expresión alegre, su largo pelo rizado enmarcaba un rostro lleno de pecas, nariz respingona y ojos despiertos. Por lo que Milo pudo oír al llegar a su altura, Natalia Molina era bióloga, profesora en un instituto, y aficionada a grabar trinos de pájaros que luego subía a su propia página web.

—Este lugar es magnífico. A solo quince minutos de la ciudad y puedes oír al ruiseñor, al reyezuelo listado y al petirrojo, ¿lo estáis oyendo? Es una bolita de plumas de solo nueve gramos, con un cerebro minúsculo, pero capaz de producir unos trinos que requieren un gran control neurológico. Es flipante.

—Verá, Natalia, nos gustaría que...

—Y ese es un escribano soteño —dijo la bióloga alzando un índice y ladeando la cabeza—. Y ese otro un chochín.

—Bonito nombre —dijo Milo.

La mujer se puso seria de repente.

—Queréis que os cuente cómo la he encontrado, claro. Pobre chica. Yo suelo aparcar más abajo en el sendero, a medio kilómetro de aquí. Cojo mis trastos y me adentro por el bosque virgen. La he visto enseguida. Al principio he pensado que estaba durmiendo, pero me he dicho: ¿con este frío y aquí, en medio de la arboleda? No, no podía ser. Me he acercado y, en fin, al verla tan pálida, con las hojas en la cara y todos esos... ya sabéis, esos bichos, no me lo he pensado dos veces y he llamado al 112.

—¿Ha tocado algo? —dijo la subinspectora Mercader.

—Escuchad. —Alzó el índice otra vez—. Ese es un zorzal común. Su *tuit-tuit-tuit-ti-tiit, ti-tiit, ti-tiit* es inconfundible. ¿Que si he tocado algo? Nada, por supuesto. ¿Para qué? Con el repelús que me ha dado ni se me ha pasado por la cabeza. A ver, no es el primer muerto que veo. Hace dos veranos un chico se ahogó en la playa de Badalona y estuvo un buen rato en la orilla hasta que se lo llevaron. Pero una nunca se acostumbra a estas cosas, y menos a solas. La muerte es horrible.

—El bolso —dijo Rebeca—. Háblenos del bolso negro.

La bióloga se volvió hacia Milo.

—Lo que le has dicho a tu compañero, ese que no tiene estómago, lo he

oído. —Señaló sus auriculares al cuello—. Aunque no los lleve puestos, tengo el sentido auditivo muy fino. Me basta con dirigir la antena parabólica con disimulo y lo oigo todo.

—Yo hago algo parecido —dijo Milo, inexpresivo.

—¿Sabías que era religioso o lo has adivinado?

—Mi trabajo consiste en deducir. ¿Nos habla del bolso?

—El bolso negro, sí. Estaba abierto, a su lado. Y antes de que me lo preguntéis, no, tampoco lo he tocado. ¿Qué iba a hacer yo con el bolso de una muerta? —Arrugó la nariz—. Me estáis interrogando, ¿verdad? El primer testigo es el primer sospechoso. He visto muchas películas. —Sonrió—. Ah, qué maravilla. Ese *toc-toc... tic-tic-tic-tix-tix-tix* tan rápido es la señal de alarma de un mirlo. ¿Sabéis?, escuchar la naturaleza sienta bien emocionalmente y mejora la salud mental.

Rebeca lanzó una mirada inquisitiva a su compañero.

—Toma nota, inspector Malart.

Milo no hizo caso y preguntó:

—¿Alguna cosa más que nos pueda servir de ayuda?

—Pues no sé. Iba a venir ayer sábado, como tengo por costumbre, pero con la lluvia era absurdo. —Levantó la antena—. Me arruina las grabaciones. Y esta madrugada, al ver que había parado, he cogido los trastos y he subido hasta aquí. La verdad, si llego a saber que me iba a encontrar este marrón, me habría quedado en casa, bien calentita, escuchando mis trinos. Os diré una cosa: un sonido es capaz de hacerte revivir un momento de forma más vívida y emocional que una imagen.

Comprendieron que aquello era todo lo que iban a obtener de la bióloga, y la subinspectora le agradeció la información.

—Es una lástima que sus pájaros no hablen, nos facilitarían mucho el trabajo.

—¿Y quién ha dicho que no hablan? Los limitados somos nosotros, que no los entendemos.

Iban a dar media vuelta cuando la mujer se dirigió a Milo.

—Me ha gustado mucho eso que le has dicho de que rezara una oración. Ha sido un detalle muy hermoso. Es agradable saber que nuestras fuerzas del orden son tan consideradas.

Milo respiró hondo.

—Yo no creo en la salvación y esas cosas —dijo—. Pero rezar, para un creyente como mi compañero, sienta bien emocionalmente. Él lo necesitaba más que la fallecida.

Regresaron al talud en el preciso momento en que el juez hacía su llegada acompañado por el secretario judicial. Abrigado con un caro chaquetón de piel, a juego con los guantes, se detuvo ante la víctima y adoptó una expresión solemne. Se ajustó las gafas de cristales al aire, con varillas calabaza, y la observó unos segundos. De modo inconsciente, se atusó el cabello blanco.

Al cabo, se volvió hacia los demás.

—Señores, señorita —dijo, con una leve inclinación de cabeza—, soy Martín Losada, el juez que se va a encargar de la instrucción de este caso. Si no les importa, y dado que aquí debemos de estar a dos o tres grados bajo cero, procedamos con rapidez antes de que se nos congelen las pelotas.

El forense jefe Bonhora fue el primero en ponerle al corriente. Luego le llegó el turno a Manu Márquez, responsable de la Científica, y por último intervino la subinspectora Mercader; haciendo de portavoz del Grupo, consultó las notas de su bloc y le hizo un resumen. El secretario judicial transcribió las declaraciones en un formulario apoyado sobre una tablilla sujetapapeles con letra menuda y apretada. El juez pidió un par de aclaraciones sobre detalles sin importancia y, a continuación, dirigiéndose a Bonhora y Márquez, les preguntó si ya habían terminado. Después de asentir ambos con un cabeceo, repitió la pregunta al secretario. Tras obtener la misma respuesta, firmó el acta y ordenó el levantamiento del cadáver.

Bonhora hizo una seña a sus ayudantes y estos, con gesto parsimonioso y mecánico, extendieron una bolsa negra de nailon junto a la víctima. En silencio, mientras el inspector Boada se daba la vuelta santiguándose de forma fugaz, la introdujeron, cerraron la cremallera, y la cargaron sin dificultad camino abajo por el repecho hasta el furgón blanco.

Cerrando su gruesa maleta de color plateado, Márquez comentó a Milo que le haría llegar el informe cuanto antes.

—¿Mañana, por ejemplo? Apenas habéis repartido cuñas.

—Cuanto antes —dijo Márquez, encaminándose hacia el furgón forense. Malart se quedó observando el suelo, pensativo.

—No te comas el coco —dijo Bonhora. Posó una mano en su hombro—. No vale la pena.

Milo hizo un chasquido. Se esforzó en aparentar normalidad.

—Oye —dijo—, tienes que perdonar a mi compañera por lo de antes. Es joven, impulsiva, y no entiende el respeto a la veteranía. No se lo tengas en cuenta. Aunque la prefiero así, en vez de pasiva, se ha pasado tres pueblos.

—No hace falta que lo jures, está como una moto, en plan sargento. ¿Se puede saber qué le has hecho?

—A mí que me registren, soy inocente.

—¿Se puede saber entonces lo que *no* le has hecho?

Distinguió un brillo travieso en los ojillos del forense jefe.

—No seas cotilla, Goyo. A tu edad no va contigo.

—¿Mi edad? —Se hizo el ofendido—. ¿Qué le pasa a mi edad? Malart, deberías saber que la edad es solo un concepto. Mi mente me dice que soy un joven de veinte años.

—Con las hormonas a tope, ya veo. Un día de estos tendré que hablar con tu mujer.

—Hablando del demonio, a ver cuándo vienes a cenar a casa. Te invitó hace una eternidad y empieza a sospechar que no te gusta cómo cocina. Si me guardas el secreto, ya somos dos.

El forense jefe le guiñó un ojo y se echó a reír.

—Una cosa, Goyo. Trata de aclarar si la víctima fue atacada por la espalda. Necesito saberlo.

Bonhora lo miró con largueza.

Un rato y dijo:

—Algo te ronda la cabeza, te conozco. —Suspiró con resignación—. Esa parabólica tuya es un fastidio. No entiendo cómo lo soportas. El autocontrol, Malart, la clave es el autocontrol.

Milo no abrió la boca.

—Bien, me largo, que me están esperando. Apenas han recogido rastros para procesar, vamos a ver si tenemos suerte en el laboratorio de la General. —Agarró la maleta y empezó a descender por el repecho con cautela—.

Menos mal que alguien ha descubierto el cuerpo antes de que los jabalíes dieran con él. —Sacudió una mano en el aire—. Pásate un día por la guarida para echar un partido de citas.

Milo observó su ancha espalda alejarse.

—Te machacaré vivo —dijo.

Bonhora detuvo la mano. Luego, bajó el pulgar.

El juez Losada repasó los rostros de los miembros del Grupo.

—Caballeros, señorita —dijo—. Móvil, arma y oportunidad. Las tres columnas donde se basa toda buena investigación. Empiecen por aquí, y andando haremos camino.

Pateó el suelo con las botas para sacarse el frío de encima, un calzado muy exclusivo, de marca británica, impermeable y con material aislante, como Milo pudo observar. Batió un par de veces las palmas enguantadas y decretó el secreto de sumario.

—Quiero celeridad y resultados. Y no tolero filtraciones a la prensa. De ningún tipo. ¿Queda claro? Mi tolerancia es cero con este tema. Muy bien, despacito y buena letra. Manténganme informado. Buenos días, señores... y señorita.

Entró en el vehículo de los juzgados, seguido por el secretario, y el coche arrancó, rechinando los neumáticos al resbalar en la escarcha que perlaba la grava del sendero. Sonó a arañazos.

—Este tipo es un genio —dijo Sena—. ¿Investigar el arma en un caso de estrangulamiento? —Puso cara de majadero—. Y en qué quedamos, ¿celeridad o despacito?

—Está claro, es un rompepelotas —dijo Rebeca.

—No sé de qué te quejas —dijo Milo—. Te ha llamado señorita. Tres veces.

El inspector Boada, con un hilo de voz, preguntó quién iba a encargarse de notificar la noticia a la familia Estrada.

Una densa neblina los envolvió, difuminando sus rostros.

6

El piso olía a col hervida, y Milo arrugó la nariz mientras observaba la foto, sin marco, desgastada y con tres esquinas dobladas, que le mostraba Isabel, la madre de Carolina Estrada.

—Era muy buena chica —repitió, ahogando un sollozo.

Una colegiala miraba a la cámara sin sonreír, sin posar, como si hubiera accedido a que le tomaran la instantánea en contra de su voluntad. La cabellera castaña le tapaba media cara, al igual que hacen los adolescentes inseguros con su imagen, pero no impedía distinguir el color gris, o quizá verde, de sus ojos.

—Aquí tenía quince años, acababa de terminar cuarto de ESO con muy buenas notas. Mi Lina era muy lista, iba adelantada.

Milo alcanzó la fotografía. La mirada de la chica era directa, pero no tenía brillo; parecía no sentirse especialmente orgullosa de haber aprobado el curso. Por más que se esforzó, no logró vislumbrar el menor rastro de alegría. La instantánea se había tomado en la calle, al fondo se distinguía la zona de juegos de un parque, y era de cuerpo entero. Carolina permanecía de pie, las piernas en paralelo, con un brazo sujetando una carpeta contra el pecho, y el otro colgando flácido. Vestía una camiseta blanca y *shorts* azul claro, y calzaba unas menorquinas. De nuevo volvió a sorprenderle su delgadez. Las piernas como palillos, las costillas marcadas, los brazos esqueléticos. El cuello de cisne.

—Todos en el instituto le decían que llegaría muy lejos, que podría estudiar cualquier carrera. Mi..., mi pobre Lina. Yo...

No pudo continuar. Se llevó las manos a la cara y estalló en sollozos, el cuerpo convulsionado por el llanto. La subinspectora Mercader le tendió un

paquete de pañuelos de papel, pero la madre no reparó en ello y Rebeca mantuvo el brazo extendido, sin saber si bajarlo al regazo o seguir con el ofrecimiento.

Lo habían echado a suertes en Collserola y ellos perdieron, para disgusto de Milo. Todos los miembros del GEHME habían sido instruidos en la academia de Mollet sobre cómo notificar la muerte de un ser querido a la familia, pero eso no les evitaba el mal trago, y procuraban escaquearse a la primera oportunidad. Mientras subían por las angostas escaleras del inmueble, Milo había recordado a Rebeca que las distancias cortas no eran lo suyo, que no se desenvolvía bien ahí, y que por tanto era preferible que ella llevara la voz cantante mientras él se mantenía en un discreto segundo plano. La subinspectora había resoplado irritada, replicando con un arisco y tajante: «Ni me lo recuerdes».

Milo desvió la mirada y estudió la sala. Era una estancia pequeña, humilde, desangelada. Todo allí dejaba claro que los Estrada no estaban pasando por un buen momento. El suelo de linóleo, imitación de parqué, se levantaba por varios sitios; las cortinas, sucias y arrugadas, lucían media docena de zurcidos a diferentes alturas; por las paredes se repartían los desconchones, algunos con trozos de pintura a punto de saltar y en medio de grandes manchas de humedad. El aparador, al igual que el resto de muebles, parecía recogido de la calle, y la atmósfera que se respiraba allí dentro era turbia, una penetrante mezcla de sudor rancio y comida pasada. A todo ello había que sumarle un insalubre helor, resultado de las corrientes de aire que se colaban por las ventanas así como por debajo de la puerta de entrada, la cual daba directamente a la sala.

Un televisor de los antiguos la presidía, con la abultada caja trasera de medio lado y el descodificador de TDT sobre el marco. El cajetín de los mandos manuales no tenía tapa.

Sentado en un viejo sillón ante el aparato, como un mueble más, Emilio Estrada no apartaba la vista de la pantalla. Su rostro alelado no transmitía ninguna señal de vida. Nada en sus ojos, nada en su expresión. Su mujer posó una mano sobre la suya.

—¿Y ahora qué va a ser de nosotros, Emilio?

El hombre apretó con fuerza los brazos del sillón.

—¿Qué le ocurre? —dijo Rebeca.

La mujer interpretó que se refería a la reacción de su marido.

—No lo sé, ninguno lo sabemos. ¿Quién puede saber lo que pasa por su cabeza? —Hizo una pausa. Al cabo, dijo—: ¿Qué cabeza?

Desde el accidente de tráfico ya no era el mismo, explicó. Emilio trabajaba como transportista; conducía su propio camión, cuando, en un viaje, diez años atrás, se precipitó por un terraplén al tratar de hacer un adelantamiento. No vio al turismo que venía de cara. Para evitar el choque, pegó un volantazo que lo sacó de la estrecha carretera. Se despeñó montaña abajo, dando vueltas y más vueltas de campana. Sobrevivió de milagro. Pero se destrozó el cráneo y tuvieron que extirparle parte del lóbulo frontal. Perdió el habla, amén de otras capacidades, aunque por suerte mantenía algunas funciones orgánicas, ya saben; pero había dejado de ser el mismo y pasado a depender de la familia. Salió de aquí un hombre trabajador que traía el pan a casa y regresó un vegetal incapaz de valerse por sí solo.

—Desde entonces está así, viendo la tele todo el día. —Le acarició la mano—. Los domingos, cuando hace buen tiempo, lo llevo a pasear por el parque que hay aquí cerca, para que le dé un poco el sol, el aire. Pero si les digo la verdad, hay veces que pienso que ya no es mi marido.

El silencio se extendió por la sala.

Incómodos, Milo y Rebeca intercambiaron una mirada.

Isabel retiró la mano y se volvió hacia ellos. Tenía cincuenta y dos años aunque aparentaba más de sesenta. La piel ajada, las bolsas bajo los ojos, el pelo gris y grasiento con raya en medio y coleta por atrás. Gruesa, vestida con bata y varios jerséis, era una mujer que había dejado de cuidarse hacía tiempo. Se secó las lágrimas con uno de los pañuelos de papel y luego les contó que había obtenido del Estado una ayuda por dependencia de doscientos cincuenta y seis euros —ya ven, una miseria—, pero que ahora, con la crisis y los recortes, temía que se la quitaran.

—Al mediodía trabajo cocinando menús en un bar del barrio. Salgo a las cuatro y voy a una casa a hacer faenas, dos días a la semana, los martes y viernes, hasta las ocho. Acabo reventada, no puedo hacer más. Y todo para no

llegar ni a mil euros al mes. Nuestro Eloy, de quince años, me ayuda. Él no es de estudiar, y está de aprendiz en un taller mecánico al salir del instituto y los sábados, pero solo le dan propina, ni cien euros. —Clavó en ambos sus ojos anegados—. Lina nos entregaba todo su salario, no sé cómo me las voy a apañar sin ella.

Rebeca se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿su hija trabajaba?

La mujer asintió con orgullo.

—De becaria, por las tardes, en un bufete de abogados, gestionando no sé qué de morosos. No le gustaba, pero en nuestra situación no tenía más remedio hasta que no le saliera otra cosa. Y no se vayan a creer, ¿eh? Mucho bufete y mucho abogado, pero también le pagaban una miseria. Al ser joven y sin acabar la carrera, se aprovechaban de ella, lo de siempre. Por eso son ricos, porque no pagan. Y luego van en esos cochazos. Se les debería caer la cara de vergüenza.

Milo le pasó la fotografía a Rebeca. Ella la contempló un instante, enderezando las puntas dobladas.

—Mi Lina nunca hizo mal a nadie. ¿Quién pudo hacerle algo así? ¿Por qué?

—Barajamos varias posibilidades. Una de ellas es que se trató de un robo, su hija pudo resistirse y..., y la cosa se torció. ¿Solía llevar mucho dinero encima?

La mujer enmudeció, con la incredulidad grabada en la cara.

—Me refiero a que alguien pudo pensar que era una chica bien —dijo la subinspectora—. Vestía sencillo, pero estas cosas pueden llevar a engaño, y más hoy en día.

—Mi Lina se compraba la ropa en el mercadillo de Cornellá, pero tenía buena percha. ¿Alguno de ustedes tiene hijos? —Los dos negaron con un gesto—. Entonces no lo pueden entender.

—Señora, lamentamos hacerle estas preguntas, pero...

—Tener hijos y no tener dinero. No saben lo que es eso.

Milo le quitó la foto a Rebeca y se la devolvió a la señora Estrada. Titubeó un momento, dudando si intervenir o no.

—Carolina era una gran chica —dijo, al fin.

Isabel destensó la expresión de su rostro. Ladeó la cabeza y miró la instantánea, repasando con un dedo el cabello de su hija, como si la estuviera peinando. Asintió.

—Muy trabajadora y responsable. Nunca se metió en problemas. Eso sí, en casa era muy señorita. Nada de lavar los platos. Tendrían que haberla visto. Ni a gritos metía las manos en el fregadero o en el váter. ¿Ella tocar jabón o lejía? Ni loca. Era muy puñetera con eso. No las metía en el agua ni con guantes de goma. Virgen santa, estaba obsesionada con sus manos. Eso sí, las tenía preciosas. Podría haber hecho de modelo de manos para la publicidad. Se lo dije más de mil veces: «Lina, no sacas partido de tus manos, en la tele te pagarían una fortuna». Pero ella, ni caso. ¿Y las lacas de uñas? Eran su pasión, se las compraba a cientos, por no hablar de cremas y potingues. Pero en el chino, no se vayan a pensar. Mi Lina no era una derrochadora. Y si no me creen, les voy a enseñar una cosa.

Se levantó de la silla con esfuerzo y, del aparador, cogió una cesta de mimbre. Se la dio a Milo, quien la sujetó algo pasmado.

Echó un vistazo al montón de pintauñas. Los había de todos los colores, pero destacaba el rojo en diversas tonalidades. Leyó los nombres: rojo sangre, rojo Burdeos, rojo geranio, rojo fiebre, rojo Borgoña, rojo clandestino...

—Qué, ¿les decía la verdad o no? —dijo Isabel, ufana, volviendo a tomar asiento—. Los compraba en todos los chinos, aunque a veces iba a las perfumerías del centro y conseguía que le regalaran unas muestras, y no me extraña..., las dependientas se enamoraban de sus manos. Era más experta que todas ellas juntas, mi Lina. Pero eso sí, en casa no cogía un estropajo ni que la mataran, la muy señoritinga.

Milo revolvió los esmaltes con gesto distraído. Ya estaba acostumbrado a aquel tipo de salidas. No eran por falta de sentimientos, sino la manera de reaccionar de algunas personas ante la muerte violenta de un familiar. Pasados los primeros momentos, se blindaban ante el suceso para dejarlo fuera del plano de la realidad. Así, tras un primer derrumbe, seguía un repentino desapego, un «aquí no ha pasado nada», como si sus cerebros, incapaces de aceptar el hecho terrible de un asesinato, extendieran una membrana para protegerse. Lo oían, lo comprendían, pero no lo asimilaban. Como si algo tan monstruoso no pudiera ser real. Solo en contadas ocasiones había tropezado

con personas emocionalmente frías que lo asimilaban a la primera, desplomándose a continuación a causa de la tragedia. Le resultaba una curiosa paradoja.

—Se las cuidaba mucho, sí —dijo la mujer. Se le quebró la voz—. Y ya ven para qué le ha servido. Mi Lina, mi pobre hija.

Milo observó el calefactor que no calentaba, las bombillas desnudas, el semblante desconectado del padre de Carolina.

La subinspectora Mercader carraspeó de nuevo.

—¿Cuándo la vieron usted o su hijo por última vez?

La señora Estrada meditó la respuesta.

—El viernes... Sí, debió de ser el viernes, antes de que se marchara a la universidad. Verán, les preparo la comida de buena mañana y me voy al bar a seguir cocinando. Lina venía directa a casa después de clase y se encargaba de servir los platos a mi marido y a Eloy. Luego se iba al trabajo y no volvía hasta la tarde. El viernes la dejaban salir a las siete. Su hermano no aparece por aquí hasta la noche, como yo. Lina llenaba su mochila con un par de cosas y los libros, y sobre las ocho se iba a casa de una amiga de la facultad, a estudiar.

—¿Y no les extrañó su ausencia desde el viernes?

La mujer arrugó el pañuelo.

—Pasaba los fines de semana en casa de su amiga. Decía que allí podía concentrarse, que aquí, con la tele encendida y todo lo demás, no había manera. ¿Qué quieren que les diga? Tenía veinte años y hacía su vida. Sacaba muy buenas notas, ¿saben? Empezó a hacerlo en septiembre, segundo de Derecho no es fácil y le preocupaba no sacarlo adelante. Ya les he dicho que era muy responsable. Sí, mi marido debió de verla salir de casa el viernes por la tarde, claro que él... Él no cuenta.

Rebeca siguió la dirección de su dedo y observó un instante al señor Estrada. Impasible, continuaba con la mirada ausente y los ojos fijos en la pantalla.

—¿No les preocupa dejarlo solo en casa?

—¿Y qué quiere que hagamos? —dijo la mujer—. Es imposible que

siempre haya uno de nosotros con él, no llegamos a todo. ¿Cree que me gusta dejarlo solo? ¿Y de dónde quiere que saquemos el dinero para pagar a alguien que nos ayude? Los pobres no tenemos derecho a esa clase de lujos.

El hombre apretó de nuevo los brazos del sillón y su mujer se apresuró a acariciarle la mano otra vez.

—Todo va bien, tranquilo —dijo. De inmediato, sus nudillos dejaron de estar blancos y ella se volvió—. Lo hace constantemente. Los médicos dicen que es un acto reflejo, del córtex o algo así. —Hizo una mueca—. Si quieren saber lo que pienso, diría que los doctores están tan a oscuras como yo.

Rebeca soltó una tosecilla.

—¿Sabe el nombre de esa amiga? —dijo con el bolígrafo en una mano y el bloc de notas en la otra.

—Sí, creo que me lo dijo; vamos, seguro, pero no lo recuerdo. Aunque no tiene pérdida, si van por la facultad darán con ella. Era su mejor amiga. Se ayudaban con las asignaturas.

—¿Notó en ella algo extraño últimamente? ¿Algún cambio en su personalidad, tal vez más preocupada, más callada?

Negó con la cabeza.

—No era muy habladora, pero no vi nada de eso. Mi Lina era una chica normal, parlanchina si estaba alegre y callada de vez en cuando. Con la regla se ponía insoportable, saltaba por cualquier tontería, pero eso es normal, ¿no? Mi Eloy les podrá contar más cosas. Se llevan muy bien, él la adora; es su hermana mayor y besa el suelo que pisa. Hoy libra y está con sus amigos, que ya se merece un poco de diversión. —Su rostro se congestionó de nuevo—. No sé cómo se lo voy a contar... El pobre se va a venir abajo, la quería mucho..., muchísimo.

—Tendremos que hablar con él —señaló Rebeca—. ¿Dice que trabaja en un taller mecánico?

—Sí, en la calle Tenor Masini, aquí cerca. Todas las tardes al salir del instituto y los sábados, por cuatro duros.

Tomó nota y ambos se levantaron.

—Señora, no la molestamos más. Solo otra pregunta. ¿Su hija tenía novio? La mujer gimió al tiempo que negaba con un gesto.

—No..., no que yo sepa. Era muy especial con sus cosas... Estaba

centrada en los estudios, no tenía tiempo para eso. Pero me lo habría dicho, ¿no? Yo soy su madre.

—¿Podría darnos la dirección del bufete de abogados?

Asintió mientras sorbía por la nariz. Rebuscó en uno de los cajones del aparador hasta dar con un papel que les entregó sin levantar la vista del suelo.

Antes de marcharse, Milo no pudo evitarlo y preguntó:

—¿Su hija era anoréxica?

Isabel parpadeó, confundida.

—Mi Lina nunca ha sido de comer —dijo, tras unos segundos—. Pero sí, tuvo un problema hace tiempo con la comida, cuando la cambiamos de instituto. Fue a terapia y la cosa se solucionó. Con el apoyo de la familia. Lo éramos todo para ella.

Se dirigieron a la puerta. Rebeca le repitió el trámite de la identificación, que tendría que ir a reconocer el cuerpo al Instituto de Medicina Legal en la Ciudad de la Justicia, y volvió a decirle que sentían mucho lo sucedido. Por último, le entregó una tarjeta donde constaba el teléfono de un departamento de los Mossos, experto en soporte emocional, por si necesitaban recibir ayuda psicológica.

—¿Ayuda psicológica? —murmuró—. Lo que necesitamos es ayuda económica.

Ambos bajaron las escaleras del inmueble con paso rápido, sin despegar los labios. Una vez en la calle, respiraron hondo.

—Un segundo más y me desmayo —dijo Rebeca, los brazos en jarras—. Me estaba ahogando. Tanta miseria puede conmigo.

Milo se subió el cuello de la cazadora.

—El otro día me diste la mano, ahora te muestras sensible a la desgracia de los demás... Te estás ablandando, chica dura.

—No digas bobadas. Hay que ser de piedra para que no te afecten estas cosas. Y yo soy de carne y hueso, inspector.

—De hueso, sí. Escucha, yo no sé mucho de pintauñas, pero juraría que la mayor parte de los que he visto en la cesta no eran de los chinos. ¿Te has fijado? Todo ese esmalte vale una pasta.

La subinspectora se quedó inmóvil.

—De modo que Carolina Estrada era una mentirosilla.

Él se encogió de hombros.

Dio una patada a una lata y dijo:

—Necesitamos reproducir sus pasos desde el momento en que salió del trabajo. No sabemos si regresó a casa. El hombre que solo ve la tele no nos sirve como testigo.

Ella reprimió un temblor y se ajustó el anorak.

—Ese tipo me pone los pelos de punta. ¿Te imaginas vivir así? Te lo juro, yo preferiría estar muerta.

Milo afirmó con un suave cabeceo.

—Bueno —dijo Rebeca—, ¿qué hacemos ahora? El bufete y la universidad están cerrados, y hasta que no dispongamos de una lista de sus amigos y conocidos no podemos investigar si alguno tenía algo en contra de ella.

—Esperaremos a mañana lunes.

—¿Te apetece ir a tomar algo, charlar un rato? Aquí nos estamos congelando el culo para nada.

—Otro día. Me están esperando.

—¿Y esta noche?

—Tengo una cena.

—Ya, como cada domingo por la noche.

—¿En serio? No había caído.

—Estás muy solicitado —dijo Rebeca, mirándolo de arriba abajo.

Milo separó los brazos con las palmas hacia arriba. Ella se mordió los labios, prohibiéndose formularle la pregunta. No lo logró:

—¿Puedo saber con quién?

—Con la justicia.

7

Seguía opinando que era como una gigantesca piscina. Soso, sin gracia. El vertedero de la ciudad. Un mar muerto. Pero ahora, en invierno, con su color gris acerado, sacudido por las olas y el viento, tenía un aspecto amenazante que lo atraía como un imán.

—*Tío*, el día que se cabree nos va a joder a todos. Y se cabreará seguro. Solo es cuestión de tiempo.

Acarició al pastor mallorquín que se hallaba a sus pies.

—No pienso perderme el espectáculo por nada del mundo.

Milo apartó la vista del mar y se dobló hacia el animal.

—Oye, he venido corriendo para sacarte de casa y que hicieras tus cosas, pero también para que corretearas por ahí, ¿a qué esperas? —El perro lo miró con sus ojos almendrados, la cola golpeando con languidez las baldosas—. Olvídalo, no voy a moverme de este banco.

La noche comenzó a caer mientras los escasos paseantes desfilaban hacia sus hogares. Sentados en la orilla, una pareja de adolescentes permanecía abrazada, al margen del mundo, inmóvil, sin hacer caso del frío, la cabeza de ella apoyada en el hombro de él. Al verlos, una imagen se formó en su cerebro: los dos últimos supervivientes. O quizá no, puesto que algo en el lenguaje corporal de ella presagiaba una ruptura. Se sintió un mirón y giró la cabeza. En el paseo, un anciano vestido con un elegante abrigo negro y bufanda se aproximaba haciendo movimientos extraños. Caminaba con la vista clavada en el suelo, a pasos cortos, de manera sincopada, cambiando de dirección una y otra vez sin dejar de mirar a ambos lados. De repente, muy despacio, se agachaba, recogía algo, se lo metía en el abrigo y arrancaba de nuevo. Le recordó una gaviota buscando alimento. Después de repetir la

operación media docena de veces, el hombre ocupó el banco contiguo. Con un suspiro, extrajo sus capturas, las soltó en el regazo, y empezó a desgajar las colillas sobre una mano, tirando los filtros al pavimento. Una vez hubo amontonado suficiente tabaco, metió la mano libre dentro del abrigo, a la altura del pecho, sacó un papel de fumar y, sin prisa, saboreando el momento, se lio un cigarrillo.

Milo arrugó la cara.

—*Tío*, me has convencido. Vamos a pasear.

Las toses del hombre del abrigo elegante resonaron a su espalda cuando una exhalación dorada se plantó ante el pastor mallorquín despertándolo de su letargo.

—Volvemos a vernos —dijo la desconocida del otro día, sonriendo de oreja a oreja—. Parece que Bruna se ha hecho amiga de tu perro, Milo Malart.

—Se llama *Tío*, yo soy quien... Vale, me has pillado.

La golden brincó alrededor del perro mientras la mujer le acariciaba el lomo. *Tío* se dejó hacer, estoico.

—No lo veo muy contento.

—Ha vivido unos días duros, pero se le pasará la depresión —dijo Milo. En ese instante reparó en que ella había recordado su nombre—. Es un gandul, eso sí.

—Lo tienes mal acostumbrado. Los pastores necesitan hacer ejercicio. Cuanto más se mueven, más quieren moverse, les encanta. Es culpa tuya, no lo sacas lo suficiente.

Se enderezó, se situó delante de los dos perros, y arrancó a correr. Ambos fueron tras ella; *Tío*, algo retrasado. Milo observó la escena desde lejos. En la orilla, la pareja de adolescentes ya no se abrazaba. Contemplaban el mar en silencio.

La mujer regresó. Jadeaba.

—¿Lo ves? Solo faltaba darle un empujoncito. El problema viene después, cuando es hora de ir a casa y no quieren parar de jugar.

Los observó corriendo de una palmera a otra, en constantes zigzagueos y cambios de ritmo. *Tío* iba con la lengua fuera, tratando de no perder comba. Parecía contento.

—¿Está permitido dejarlos sueltos, sin correa?

—¿Quién eres tú, de la Guardia Urbana? ¿Acaso molestan a alguien? La normativa es solo para cuando hay gente.

—Ajá —dijo—. Está especificado.

—Bueno, no exactamente, pero es de sentido común.

—Las normas son las normas, para eso las hacen.

La mujer ladeó la cabeza, frunció el ceño. Al cabo, dijo:

—Me estás tomando el pelo.

—¿De veras?

—Me estás tomando el pelo —dijo ella. Le soltó un leve empujón—. Por un instante me has hecho dudar.

Milo se frotó el hombro.

—Mujer, tampoco hay por qué tomárselo tan a pecho.

—Exageras, ni te he rozado. Un hombretón como tú. —Le dio la espalda. A lo lejos, los perros seguían con sus juegos—. Da gusto verlos, ¿no? Son tan puros de espíritu. Les das un poco de cariño y a cambio te devuelven toneladas. —Se volvió—. No como los humanos, que nos complicamos la vida con tonterías y no sabemos hacer otra cosa que mentir y atropellarnos.

—Pensaba que eras una optimista.

—Depende del día —dijo—. ¿Tú eres un mentiroso, Milo Malart? ¿Atropellas a la gente?

—A todas horas. Es mi naturaleza, no puedo evitarlo.

La mujer entornó los ojos. Lo miró con atención.

—Tu cara me suena, ¿nos conocemos?

Milo sacudió la cabeza con pesar.

—Ya solo falta que me preguntes si estudio o trabajo.

—No, en serio, juraría que te he visto en alguna parte. Yo nunca olvido una cara.

Los adolescentes de la orilla se habían levantado. Situados uno enfrente del otro, el chico movía los brazos; la chica, con la cabeza baja, aguantaba el sermón.

—Cruzando el río —dijo Milo—. Accediste a llevarme al otro lado. Y eso que sabías que yo era un escorpión.

—¿Estás de broma? A mí nadie se me sube a la espalda.

Milo señaló a los jóvenes de la orilla.

—Me refería a ellos. Es lo que la chica le ha dicho a él.

Recogieron a los perros y cruzaron el paseo. Milo comentó que iba en su dirección y la acompañó a casa. De camino, se volvió un par de veces. A la tercera, ella le preguntó en plan de broma si creía que lo seguían. Milo hizo un gesto despreocupado, repuso algo sobre retrovisores y sensaciones, y recorrieron el último tramo en silencio. Al llegar al portal de su edificio, en la calle Sal, la vio introducir la llave, vacilar un instante.

—Esto..., verás, estoy separada.

—Ya somos dos.

—Y estoy quemada con las relaciones, no sé si me explico.

—Ya somos dos.

—Genial. —Se lo quedó mirando. Un instante y señaló hacia arriba—.

¿Quieres subir a tomar un café?

—Otro día, tengo un compromiso.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio, dijo que se llamaba Leire y se despidieron. Milo aguardó a que entrara en el portal. Luego se dirigió a la calle Ginebra para torcer hacia el paseo Juan de Borbón. En la esquina, sustituyendo a los clásicos locales de toda la vida, ahora se ubicaban, uno al lado del otro, una hamburguesería norteamericana, un Dóner Kebab turco y una pizzería italiana; los tres, franquicias de otras tantas cadenas, y los tres vacíos de clientes.

Paseo arriba, se dispuso a cruzar media ciudad hasta la calle Bertrán, en el barrio del Putxet, por encima de la Ronda del Mig.

—Tío, ¿no querías ejercicio? Pues dos tazas.

Hora y media después, pulsó el timbre de un interfono. Una vez en el ascensor, el perro se echó al suelo.

—Levanta, que ya falta poco. Espero que te portes bien en casa de mi amiga. También vivió unos momentos muy duros. Con un poco de suerte, accederá a quedarse contigo. Ella también necesita compañía. Ya verás, tiene un gran corazón.

El ascensor se detuvo en el último piso, y los dos salieron de la cabina. La única puerta del rellano estaba abierta.

—No sé cómo te lo haces, pero vuelves a llegar tarde.

—Me han entretenido —dijo Milo.

—¿Este es tu amigo? Cuando me has dicho que pusiera otro plato en la mesa pensaba que sería para un invitado de dos patas.

—Y las tiene, ¿o no? *Tío*, te presento a Susana Cabot, jueza; Susana, te presento a *Tío*, tu futura mascota.

El ático era confortable, cálido, acogedor; nada que ver con el piso donde vivía. La iluminación indirecta, sumada a unas notas de *jazz* que se escuchaban de fondo, daba al ambiente una sensación íntima, relajante, de oasis en medio del caos. Como cada domingo, Milo apartó las cortinas de la puerta de la terraza y contempló en silencio las espléndidas vistas de la ciudad. A su espalda, el pastor mallorquín se había tendido sobre el parqué, la cabeza entre las piernas, sin quitarle el ojo de encima.

—Cualquiera diría que lo maltratas. Está exhausto.

Le explicó, sin volverse, que habían venido andando desde la Barceloneta. Que su viejo Volkswagen lo había dejado tirado.

—Ya no puedes fiarte de nadie —dijo.

—Si necesitas un coche de manera eventual, te dejo mi Mercedes. Y subrayo lo de eventual.

—Tranquila, mañana hablaré con Singla para que me preste uno del GEHME por unos días, hasta que me lo arreglen.

—¿Tranquila? —dijo ella—. ¿Acaso me ves preocupada?

Milo sonrió a su reflejo en el cristal. Le gustaba oírla hablar así de nuevo, sin rodeos, de forma directa. Por fin. Después de varios meses, demasiados, sumida en una profunda depresión, volvía a ser ella. Siempre se había caracterizado por ser una mujer con una fortaleza mental inquebrantable. Su sentido común dominaba las emociones del corazón, y nunca perdía la cabeza. De hecho, si había logrado sobrevivir a la terrible experiencia del caso Gaudí, el último en el que había intervenido como jueza instructora, había sido gracias a esta cualidad, su «único talento natural», como decía ella. Pero ser enterrada viva, y ver la muerte cara a cara, le había pasado una dura factura.

Nueve años mayor que él, se habían conocido cuando Milo era un novato

recién salido de la Academia de Policía y Susana estrenaba despacho como jueza de instrucción. Su relación había pasado por diferentes niveles; primero como amantes, luego como fríos conocidos, más tarde como amigos, y, por último, tras enfrentarse juntos a la crueldad en persona, como algo más que amigos sin que ninguno de los dos se atreviera a definir el nuevo estado. Lo llamaban «estrecha amistad» y lo dejaban ahí, sin darle más vueltas. Durante estos meses de intensa terapia psicológica, ambos habían rehuido hablar de lo ocurrido; él, para no interferir con los médicos, y ella, porque todavía temblaba al recordar el episodio.

Milo se giró despacio.

—Señoría, ¿es que nunca vamos a cenar en esta casa?

Susana, sin moverse del sofá, señaló la cocina.

—Ya sabes dónde está todo. Yo aún estoy convaleciente.

—Tienes más cara que espalda.

—¿Te estás dejando barba o es que no te afeitas?

Sentados a la mesa, Susana empezaba el segundo plato cuando Milo y el perro ya se habían zampado el suyo en pocos bocados, sin paladearlo.

—Es un crimen malgastar un solomillo de primera con dos como vosotros.

—Ya te he dicho que yo, con una butifarra, iba más que servido, pero tú te has empeñado. Aunque a *Tío* no le va mal comer algo más nutritivo de vez en cuando, conmigo lo tiene claro.

—Sabes que no puedo quedármelo. Y no insistas —dijo, al ver que Milo abría la boca para protestar—. Dentro de una semana me dan el alta y antes tengo que ponerme al día de muchas cosas. Además, me arruinaría. Pero te agradezco el detalle.

Milo se quitó el jersey. Después, alzó la copa llena de agua.

—¿No te abrasas con tanta calefacción? —dijo—. Es una gran noticia.

—Sí, de vuelta a los juzgados, a batallar con expedientes interminables, a instruir casos con criminales de la peor especie. —Observó el fondo de su copa—. No las tengo todas conmigo, si te soy sincera. Me siento mejor, recuperada, pero...

—Lo harás a la perfección, no me cabe ninguna duda.

Ella bebió un sorbo de agua. Luego, se limpió los labios con la servilleta y se reclinó contra el respaldo.

—Me has ayudado mucho estos meses.

—Puro egoísmo. Pusilánime y asustadiza no me eres de utilidad. Sin ti, ¿quién me cubriría las espaldas?

—Estoy hablando en serio, Milo.

—Y yo, jueza. Por cierto, el próximo domingo no te olvides del pan con tomate. Conociéndome, es un error imperdonable.

—¿Vas a seguir viniendo?

—Me gustan las tradiciones. ¿Qué sabes del juez Losada?

—¿Instruye el nuevo caso? —Milo asintió—. Es muy estirado, formalista, con fama de severo. Las insubordinaciones le ponen de los nervios. Un consejo: que no se entere de que lo desobedeces. Es rencoroso, y te puede ocasionar problemas.

—Cojonudo.

Susana cortó un trozo de carne mientras le preguntaba cómo le iban las cosas. Milo reflexionó un momento, se rascó la nuca.

—Aprendiendo a compaginar la vida con el trabajo, lo que no es fácil —dijo, con desgana—. Ya sabes, no siempre es posible. Si no me implico por completo en el caso, no funciona. Y si funciona, la vida se dedica a abrir vías de agua. En fin, que no se puede estar en misa y repicando.

Se levantó y empezó a recoger la mesa. Cuando regresó de la cocina, Susana empujó el plato vacío hacia él.

—¿Problemas con la familia? —dijo—. ¿Hugo?

Milo se dejó caer en la silla. Le explicó de forma concisa la recaída de su hermano. El ingreso en un centro por unos días.

—Dos de tres, Susana. ¿Sabes lo que significa esto?

—No adelantemos acontecimientos, Milo.

—Primero mi padre, ahora mi hermano. Es genético, ¿no lo ves? Tengo todos los números. Por la maldita herencia. Y no me gusta el panorama que se me avecina. La esquizofrenia no es ninguna broma. —Oscureció el semblante—. Dame cualquier otra cosa, la que quieras, incluso algo terminal, pero no esta. Ya he visto en qué te puede transformar, y no, yo no...

Enmudeció. No supo cómo explicarle su temor a terminar con la mente

escindida, convertida en una cárcel, encerrado con los demonios, con los fantasmas. La alteración de las percepciones, los delirios, las alucinaciones. Las voces que ordenaban poner fin a la tortura, acabar con todo. El enemigo dentro, en su propia cabeza. El balanceo de su hermano, para atrás, para adelante; el reguero de saliva que se escapaba por los labios siempre mal cerrados de su padre. Por Dios. Era preferible cualquier otro tipo de agonía menos aquella, cualquier otra prisión.

—El factor genético no es determinante al cien por cien, Milo. Hay excepciones.

—Vale, la espada de Damocles no está afilada, ¿y qué? Sigue habiendo muchas posibilidades de que tenga la enfermedad latente. Genéticamente hablando, continúo siendo vulnerable.

—De acuerdo, pongamos que estés en lo cierto, pero te mantienes seco, no eres un alcohólico como Hugo. Tú no estás acelerando el proceso.

—Basta, Susana, tú no lo entiendes, no lo puedes entender.

La jueza se inclinó hacia delante. Lo señaló con un dedo.

—Más de lo que te imaginas. De ahí tu afán de cortar lazos con las personas que se encariñan contigo.

Milo golpeó la mesa. *Tío* levantó las orejas, alerta.

—No tengo futuro, cómo tengo que decírtelo. ¿Cuántos años me quedan de lucidez? ¿Tres, cinco? Malart y futuro no riman, es así de sencillo. Me guste o no me guste, mi cabeza tiene fecha de caducidad.

—No estoy de acuerdo.

—No quieres estarlo, que es diferente —dijo, cansado—. Y te lo agradezco, pero no me sirve para nada. Nada sirve para nada. ¿Y quieres que te diga una cosa? Más de una vez he estado tentado de coger una buena borrachera. Una detrás de otra. No me faltan ganas, te lo juro. Quizá sea mejor acabar como ellos que cuerdo en este mundo de locos.

Susana respiró hondo.

—Y seguro que sigues con la estúpida idea de que fuiste responsable de la muerte de tu padre. —Lo vio apretar los labios—. Y no sé por qué; tú solo actuaste como un buen hijo.

«Si le vuelves a poner la mano encima, juro que te mataré».

—Hiciste lo que había que hacer, Milo. Nada más.

«Como un buen hijo».

—¿No dices nada?

Milo le sostuvo la mirada sin hacer ningún comentario.

—Eres imposible. Te empeñas en ver lo que no hay y nadie puede sacarte de ahí.

Observó su rostro inexpresivo y dejó escapar el aire de forma sonora. Hablar con él de ese tema era como hacerlo con un frontón. Llegados a aquel punto, sabía que lo mejor era desistir en vez de proseguir en una espiral que no conducía a ninguna parte. Se incorporó y dijo que ya se encargaba ella de acabar de recoger la mesa. De camino a la cocina, añadió que iba a preparar café, que pasara a la zona de los sofás.

Milo obedeció como un autómata.

Al sentarse, vio el periódico sobre la mesilla baja. Se dobló y leyó la portada. El proceso soberanista. Empezó a pasar las páginas, a leer los titulares. «35.000 familias desahuciadas el último año». «Crece el 15 % el patrimonio de las seis fortunas más importantes del país». Fue directo a la del horóscopo. Leyó el suyo: «Hoy lo verás todo de color de rosa, estarás cargado de energía positiva. Ante ti se abre un espléndido horizonte».

Notó que Susana tardaba más de lo esperado.

—¿Va todo bien con esos cafés?

Su respuesta llegó mortecina. Minutos después, apareció con una bandeja en las manos, el paso lento, inseguro. La posó en la mesilla y se dispuso a servirlo.

—Deja, ya lo hago yo.

Ella se arrellanó en el sofá. Luego, se abrazó a las piernas y apoyó la cara en las rodillas.

—Sin azúcar, ¿verdad?

Susana afirmó con voz apagada.

—¿Te han robado el bolso en la cocina? —preguntó Milo al tiempo que le entregaba una taza humeante.

La jueza forzó una sonrisa desvaída.

—Menos mal que me acompaña un miembro de las fuerzas del orden. —

Bebió un sorbo—. ¿Qué tal el nuevo caso?

—Sabes perfectamente que no te puedo explicar nada.

—Entonces cuéntame cómo te va con esa subinspectora tan atractiva.

¿Sigues saliendo con ella?

—Nunca he salido con ella.

Susana detuvo la taza a pocos centímetros de los labios.

—No sé por qué te empeñas en negar la evidencia —dijo—. He estado de baja, pero no he perdido la memoria.

Milo advirtió su cambio de tono.

—Señoría, hablemos de otra cosa. Te queda una semana de vacaciones. Yo, de ti, me iría de viaje. ¿Qué tal al Caribe?

Susana meneó la cabeza con disgusto.

—Es lo que te decía antes. A la que alguien se muestra interesado por ti, empiezas a poner trabas, tierra de por medio. Y lo haces adrede.

—Sentencias sin conocimiento de causa. Fin del asunto.

Susana bajó las piernas al suelo. Torció el gesto.

—A otra con ese cuento —dijo, arisca—. Crees que no puedes permitirte ataduras emocionales, comprometerte con ninguna mujer, y siembras con minas la relación mientras te distancias. Eres como un libro abierto.

Milo no entendió su reacción. ¿Le estaba juzgando? Sus palabras le sonaron a condena y se sintió como un estúpido.

—¿Por qué estamos hablando ahora de esto, jueza?

La taza de café comenzó a temblar en la mano de Susana.

Pálida de repente, la soltó con torpeza sobre la mesilla.

—¿Qué te ocurre?

—Escucha —dijo ella. Lo cogió por la muñeca—. Yo no vi ninguna luz blanca allí... allí dentro. No hay nada más allá. ¿Me oyes? El hoy y aquí es todo lo que tenemos. Tienes que aprender a valorar lo que sientes, lo que sienten por ti. ¿Me has entendido, pedazo de idiota? Y ahora abrázame, haz el favor. Muy fuerte.

La notó estremecerse. El cuerpo agitado por pequeños espasmos. Su esfuerzo por contener el llanto.

Transcurridos unos momentos, la llevó en volandas al dormitorio. Ella se acurrucó entre las sábanas con los ojos apretados.

—No... no apagues la luz, por favor.

Milo le apartó un mechón de la cara.

—Tranquila, no voy a dejarte sola —dijo.

Le susurró palabras al oído hasta que desaparecieron los espasmos. Se acomodó contra las almohadas. Acto seguido, acarició su rostro hasta que se le normalizó la respiración.

«La marca indeleble».

«La avería permanente».

«¿Como un buen hijo?».

La luz permaneció encendida durante toda la noche.

8

Nadó sus largos de costumbre, con el pastor mallorquín obstinado en seguirle desde la distancia, y salió del mar tiritando. A la carrera, subió hasta el ático, se dio una ducha rápida, y se vistió a toda prisa. No quería llegar tarde a su cita con la subinspectora Mercader. La espera en la parada de autobús se le hizo eterna. Por fin, vio el 39 enfilarse el paseo Juan de Borbón y estiró un brazo para que se detuviera. No llevaba el bono T-10 y pagó en efectivo, con lo cual se armó un revuelo entre los pasajeros que se agolpaban a su espalda, todos con su tarjeta preparada para introducirla en la máquina validadora y ansiosos por abrirse paso hasta los asientos. Vio libre uno doble cerca de la conductora. Maldiciendo la avería de su coche, se dejó caer como un peso muerto.

Durante el trayecto, nadie se sentó a su lado.

Se distrajo mirando por la ventanilla, escuchando conversaciones ajenas. En una de ellas, la conductora explicaba a un revisor que ayer un tipo le preguntó si podía dejar a su padre con demencia senil en el autobús durante unas horas, que debía hacer varias gestiones importantes y no tenía con quién dejarlo, asegurándole que horas después lo recogería.

—Se pensaba que esto era un asilo ambulante, ¿te lo puedes creer? Quería que paseara a su padre.

El revisor sacudió la cabeza con incredulidad.

—La gente está como para que la encierren —dijo.

Milo se bajó a un par de calles de Pau Claris con Mallorca.

Rebeca lo esperaba apoyada en el capó de un coche, los brazos cruzados y cara de pocos amigos, frente al edificio donde estaba ubicado el bufete Pons, Galver y Puig.

Fue a su encuentro. Al ver sus ojeras, dijo:

—¿Una mala noche?

—No sé de qué me hablas.

El despacho de los abogados estaba en la primera planta. A su paso, se abrió una puerta corrediza con el nombre y el logo del bufete grabados en el cristal esmerilado. Una recepcionista les dijo que tomaran asiento mientras avisaba a los socios.

Milo dio un vistazo a las instalaciones.

—¿Ya has encontrado un hogar para tu perro?

Detrás del mostrador se extendía una amplia oficina, cuarteada en diferentes espacios por tabiques bajos y plantas naturales. La decoración era moderna, funcional. Moqueta gris en el suelo, estucado blanco en las paredes, vistosas litografías, mesas de cristal con los ordenadores de la manzana, sillas ergonómicas. Sin ser lujosa, la apariencia transmitía el buen funcionamiento del negocio, el dinámico y progresivo aumento del flujo de capital.

—Oye, no pagues conmigo tu mal humor. Si estás irritado es tu problema, no el mío.

Se encaró con ella.

—¿Lo has encontrado o no?

—Inspector, será mejor que hable yo con los socios. No estaría bien empezar la semana con una demanda por acoso policial, ¿no te parece?

Dos hombres se aproximaron sorteando las mesas, precedidos por la recepcionista. El mayor era alto, delgado; el otro, que Milo calculó de su edad, algo más bajo y grueso en comparación. Ambos portaban trajes de corte impecable y zapatos lustrosos, y lucían un llamativo bronceado. Milo y Rebeca les mostraron sus placas al tiempo que explicaban el motivo de su visita.

Adoptando una expresión doliente, el alto les señaló la oficina mientras les rogaba que los acompañaran. Fueron tras ellos.

—El gordo y el flaco —dijo Milo al oído de la subinspectora—. ¿Quién será el tercero?, ¿Groucho Marx?

Rebeca lo fulminó con la mirada.

Los guiaron hasta una sala que se abría al fondo, apartándose para dejarlos entrar primero. Una mesa de cristal, larga y rectangular, ocupaba el centro, con

tres sillas a cada lado y una en cada cabecera. Un amplio ventanal daba a la calle, hermético y aislante, tapado por cortinillas de anchos listones de tela color crema. La pared opuesta, también acristalada y con las cortinas corridas, daba a la oficina. El logo del bufete presidía la sala, destacando las tres iniciales con letras de molde en plata. El alto les indicó que tomaran asiento, ocupando una de las cabeceras, y el otro permaneció de pie, a su lado.

Tras aclararse la garganta, este último dijo:

—La trágica muerte de Carolina Estrada supone una gran pérdida para nosotros. Pese a su juventud, realizaba un trabajo excelente, con eficacia y prontitud. Teníamos grandes planes para ella. Una verdadera tragedia. En fin, ustedes dirán en qué podemos ayudarles.

Rebeca extrajo el bloc de notas y el bolígrafo.

—¿Usted es el señor...?

—Galver, Jordi Galver. —Milo observó el logo. La «G» ocupaba el segundo lugar. El hombre señaló al hombre sentado—. Les presento a Antonio Pons, socio fundador de la firma.

El abogado los saludó con un leve cabeceo, y luego explicó que el tercer socio, Lorenzo Puig, no se hallaba en aquellos momentos en la oficina.

—Los lunes se le suelen pegar las sábanas —dijo.

—Estará realizando alguna visita, Antonio. Verán, nuestro bufete asesora a pequeñas, medianas y grandes empresas en el área de civil, mercantil, laboral y jurídico, y por suerte poseemos una amplia cartera de clientes. Lo más probable es que Lorenzo esté atendiendo a alguno de ellos.

—¿Qué trabajo realizaba exactamente Carolina para ustedes?

—Formaba parte del departamento de gestión de impagos.

—O recobro de morosidad, si lo prefieren —intervino Pons.

—Las grandes empresas de suministros tienen en la actualidad gran número de impagos —dijo Galver—. Ya saben, por la crisis. Y después de fracasar en su intento de cobro, delegan en nosotros esta función. No se imaginan la picaresca que existe hoy en día. Cambios de domicilio, de nombre...

—Cuando hablan de suministros se refieren a gas, luz, agua.

—En efecto —dijo Pons—. Nuestro departamento se encarga de realizar la investigación, a través de bases de datos, de las nuevas direcciones y

teléfonos de los morosos, ya sean particulares, empresas o administradores. Una vez localizados, procedemos a reclamar las obligaciones de pago.

—La señorita Estrada era una de nuestras investigadoras más eficaces —dijo Galver—. Su índice de resultados era de los más altos del departamento.

Milo empezó a tamborilear las uñas sobre la superficie de cristal. «Control», se recomendó.

—Una becaria —dijo, sin embargo.

—¿Perdón?

Rebeca se apresuró a intervenir.

—¿La señorita Estrada vino a trabajar el viernes?

—Por supuesto —dijo Galver—. Que yo recuerde, nunca ha faltado al trabajo desde el año largo que está en la firma. Y siempre puntual. Ya les digo, era una gran colaboradora.

—¿La vieron nerviosa? ¿Algo en ella fuera de lo habitual?

Galver y Pons se observaron un instante. El segundo pulsó un botón en el interfono que había sobre la mesa. Contestó la voz de una mujer. Acto seguido, le ordenó que acudiera a la sala de juntas.

—Es la jefa del departamento —dijo Galver—. Ella podrá responder mejor a su pregunta.

Cristina Sanz se presentó de inmediato. Joven, bien parecida, vestía un conjunto de falda y chaqueta de color negro. Rebeca le formuló la cuestión y la mujer, enrojeciendo, titubeó un instante.

—No, bueno, no sé —dijo—. Carolina miraba mucho el reloj, pero es normal los viernes, a punto de salir de fin de semana.

—¿Le dijo si pensaba ir a algún sitio?

El repiqueteo de Milo en el cristal aumentó de intensidad.

—Seguro —dijo—, a esquiar a Baqueira.

La joven sonrió con afectación. Se arregló la falda.

—A Carolina no le gusta esquiar —explicó—. Lo suyo es la playa, pero con este tiempo... Aunque no, no me contó que tuviera planes para el fin de semana.

—¿A qué hora se fue de las oficinas? —preguntó Rebeca.

—A las siete, como cada viernes; el resto de días lo hacemos a las ocho. Cogió su bolso y se despidió de nosotros.

—¿Un bolso negro, con cierre de hebilla?

—No, uno claro, de color crema, con cremallera; uno de imitación —dijo, enrojeciendo otra vez.

—¿Carolina se llevaba bien con usted, con los demás?

La joven asintió preocupada.

—Es algo reservada, por su timidez, pero afable. Se lleva bien con todo el mundo. ¿Le ha..., le ha pasado algo?

Rebeca hizo un gesto hacia los dos socios, quienes escuchaban impertérritos, y dijo que ellos se lo explicarían más tarde.

—Por lo que deduzco, usted, como jefa de su departamento, distribuye a cada empleado los historiales y nombres de quienes deben investigar. —La joven asintió—. ¿Carolina tuvo problemas con alguno de los morosos a su cargo?

—Lo de siempre —dijo. Se retorció las manos—. Algún grito que otro, las amenazas habituales, nada fuera de lo normal.

—¿Ha dicho amenazas?

—Son parte de nuestro trabajo, estamos acostumbrados. Y es comprensible. En ocasiones nos vemos obligados a mencionar la posibilidad del embargo de bienes si no pagan, o los cortes de suministro, en función de la deuda, y, claro, eso no es plato de gusto para nadie. Las empresas aún, pero los particulares... ya me entiende, no siempre reaccionan de forma civilizada.

Milo apretó los dientes y se ordenó cerrar la boca. Sobre todo, no perder los estribos. «Control», se contuvo.

Su compañera preguntó:

—¿Recuerda alguno que destacara más allá de lo usual?

—Bueno, dos o tres casos, tal vez más. —Exhibió un amago de sonrisa—. Algunos son huesos difíciles de roer. Si quiere, puedo buscarlos en el archivo.

La subinspectora Mercader afirmó con un gesto.

—Bastará con los del último mes, por ejemplo —dijo. Se lo pensó mejor—. Pongamos los del trimestre pasado.

La joven dio un cabeceo y abandonó la sala. Rebeca bajaba la vista al bloc de notas cuando oyó a Milo carraspear, y se volvió hacia él con alarma. Por su expresión, dedujo que estaba debatiéndose entre intervenir o no. Rezó para que no lo hiciera. Sus plegarias no fueron escuchadas.

—De abogado a abogados, tienen montado aquí un buen chiringuito, si me permiten la opinión.

—¿Usted es abogado? —dijo Pons, enarcando una ceja.

—Grandes empresas les encargan apretar las tuercas a quienes no pagan, y ustedes ponen a becarias y jóvenes a hacer el trabajo sucio a cambio de un sueldo ridículo.

—No hacemos nada ilegal —dijo Galver, ofendido.

—Un trabajo duro, desagradable, triste. Ustedes escondidos en su urna de cristal mientras ellos se las ven con dramas de primera mano por cuatro euros. Muy aleccionador. —Se levantó. Hizo rotar la mano abarcando la sala—. Y financian todo esto a costa de la desgracia de los demás.

—¿Qué está insinuando?

Malart clavó los ojos en las letras de plata.

—Apuesto a que la mayoría de esos morosos son particulares, personas que han perdido el trabajo.

—También hay empresas, y...

—Y encima hablan de picaresca —dijo Milo. «A la mierda el control». Había cosas con las que no podía lidiar—. Asfixian a la gente. Les amenazan con embargos. Les cortan las salidas. Y todo, al servicio de las grandes empresas. —Se volvió—. Imagino que pronto abrirán nuevas sucursales, ¿me equivoco?

Galver balbuceó que en efecto, que pronto iban a expandirse por otras provincias, pero Milo, inclinándose hacia el otro socio, no le prestaba atención.

Acercó la cara a un palmo de su rostro.

—¿Estaba a su gusto la nieve este fin de semana?

Antonio Pons permaneció quieto, sin inmutarse.

—En polvo, y las pistas vacías, sin rebaños de gente. Como a mí me gusta. Señores, si no tienen más preguntas, ya saben dónde está la salida.

La subinspectora cogió a Milo del brazo y lo arrastró fuera de la sala. Caminaron en silencio hacia recepción bajo la atenta mirada de una docena de empleados con la expresión cansada, los rostros tensos. Tras verlos desfilar, volvieron a su trabajo.

Cristina Sanz los alcanzó en el mostrador. Les entregó una carpeta, se

despidió a toda prisa y se alejó con un taconeo nervioso hacia su mesá.

Franquearon las puertas acristaladas.

—Bueno —dijo Milo—, no ha ido tan mal. Hemos confirmado dos cosas: que Carolina Estrada estaba viva el viernes a las siete de la tarde, y que fue a su casa para, como mínimo, cambiar de bolso. Ya solo nos falta rellenar los huecos a partir de aquí. —Se detuvo en el rellano—. ¿Qué pasa, por qué me miras con esa cara?

Los ojos de Rebeca centellearon. Empleó unos momentos en decidir si valía o no la pena explicárselo.

—¿No puedes tener cerrada tu estúpida boca? —dijo, al cabo—. Tu trabajo no consiste en juzgar a nadie, y menos a alguien que puede facilitarnos información sobre una víctima. ¿Quién coño te crees que eres?

—Solo he dado mi opinión.

—¿Y cuándo te enterarás de que tus opiniones no le importan a nadie?

—Tengo derecho a estar cabreado.

—¡Pero no cuando estamos de servicio!

El inspector Boada consultó su bloc de notas, se aclaró la garganta, y explicó con voz insegura lo que habían averiguado en la universidad.

—En general, los profesores definen a la víctima como una estudiante normal; seria, aplicada, sin meterse en problemas con nadie, de la media. Se esforzaba, aunque era poco participativa. El viernes por la mañana faltó a clase, algo por completo inusual en ella. Sus compañeros, en cambio, dicen otra cosa. Hemos encontrado opiniones para todos los gustos. Según algunos, una tía buena que se lo tenía muy creído; según otros, una tímida romántica. Pelota, solitaria, tramposa, alma sensible, mala compañera, falsa. Ellas son quienes se han mostrado más duras: una arpía de mucho cuidado, una «levantanovios», una egoísta.

—Hemos hablado con uno que nos ha contado que salió con ella el curso pasado —dijo el inspector Sena—, un alumno de matrículas. En su opinión, la víctima era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. Por lo visto, después de obtener su ayuda para superar los exámenes, ella lo plantó en junio, antes de las vacaciones, sin darle ninguna explicación.

—Un resentido, está claro —dijo Rebeca.

—Por último —dijo Boada—, unas chicas nos han explicado un rumor, pero no le damos mucha credibilidad; todo ha sido «parece que», «dicen», «se comenta». Hace referencia a un lío que mantenía con un profesor este curso. Hemos hablado con él, un cincuentón medio calvo y con barriga cervecera. Como es lógico, lo ha negado de forma tajante. La verdad, no tiene pinta de provocar el interés de una joven de veinte años; por añadidura, calificó su examen del último cuatrimestre con un aprobado por los pelos, lo que no cuadraría demasiado si estuviera manteniendo una aventura con ella.

Todas las cabezas se volvieron al inspector jefe Singla.

La reunión estaba teniendo lugar en la sala de revista. En la pizarra magnética, el sargento Crespo había adherido una ampliación de la foto del DNI de Carolina Estrada junto a otras de cuerpo entero obtenidas en el bosque donde había sido hallado. Milo observaba el retrato de la víctima en completo mutismo. A pesar del poco ángel de la instantánea, típico de las realizadas en un fotomatón del metro, la cara de la joven le resultaba cada vez más fascinante de mirar. Lo que en un principio no le había parecido ni llamativo ni anodino, ahora, sin la rigidez del *rigor mortis*, le provocaba una extraña atracción. La nariz imperfecta, los pómulos demasiado pronunciados, el cabello castaño mal peinado, la curvatura de los labios; todo en conjunto le producía unas intensas ganas de mirarlo con curiosidad, como si fuera una rareza. Perplejo, estudió la sencillez de sus rasgos sin hallar una razón del porqué no podía apartar la mirada. Quizá por un halo indefinido, o por la melancolía que parecía desprender, la cuestión es que aquel rostro lo tenía intrigado. Mientras la subinspectora Mercader desgranaba el relato de su visita a la familia Estrada y al bufete de abogados, escrutó la profundidad de sus ojos gris verdoso. Inexpresivos, miraban al frente de forma desapasionada, como si hubiera pretendido exactamente eso: no expresar nada. Mantenerse oculta. Cuando la joven se hizo aquella foto, concluyó para sí, no quiso llamar la atención, como si su voluntad fuera pasar desapercibida. Se preguntó por qué.

—¿Algo que añadir, inspector Malart? —dijo Singla.

Negó con un leve cabeceo.

Rebeca se volvió hacia los inspectores Boada y Sena, y les preguntó si

habían dado con la mejor amiga de Carolina, la compañera con quien estudiaba cada fin de semana en su casa. Ambos pusieron cara de no saber de quién les hablaba, afirmando que en la universidad nadie se había referido a ella.

—Por lo averiguado hasta ahora —dijo Sena—, no todos los que se relacionaron con la víctima la veían de la misma manera.

—Yo no me fiaría de los testimonios de sus compañeros de clase —dijo Rebeca—, ya sabemos cómo funcionan estas cosas.

—Bien, ¿entonces cómo era Carolina Estrada? —dijo Singla.

—Delgada —dijo Milo—. Una chica delgada que vivía rodeada de miseria.

9

El inspector jefe Singla ordenó investigar la lista de los morosos más problemáticos, por si alguno pudo llevar a la práctica sus amenazas, y continuar removiendo en la vida personal de la víctima en busca de otros posibles sospechosos.

—Dejando fuera a ancianos y mujeres, la lista se reduce considerablemente.

—¿Entonces descartamos que se trate de un robo con resultado de homicidio? —dijo Boada.

—De momento no descartamos nada, iremos paso a paso.

—¿Ha llegado el informe de la Científica?

—No, y tampoco el del forense.

—¿Quién se ha hecho cargo del móvil? —preguntó Rebeca.

—Nosotros —dijo Sena—. Fuimos a buscarlo después de que lo analizara la DPC en la General. El sargento Crespo está ahora trabajando en la agenda de contactos.

Singla distribuyó los expedientes de la carpeta a cada equipo de inspectores y luego dio por finalizada la reunión. Cuando todos desfilaban hacia la puerta, Milo fue hacia él.

—Jefe, ¿tienes un momento?

Asintió al tiempo que indicaba que lo acompañara de camino a su despacho. Milo le contó lo de la avería de su coche, que había llamado al taller, y que después de oír sus explicaciones el mecánico le había dicho que lo más probable es que fuese el carburador, que se hubiera estropeado el cuerpo de la mariposa.

—El cuerpo de la mariposa, ¿te lo puedes creer?

Atravesaron la oficina.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Mi Volkswagen es de los viejos, un modelo antiguo, y la pieza hay que pedirla a Alemania. Si la encuentran, la cosa va a llevar su tiempo. Y me pide tres mil euros, tres mil euros del ala.

Singla dejó escapar un silbido mientras entraban en el despacho. Fue a ocupar su silla tras la mesa.

—Mucha pasta para una antigualla, pero sigo sin ver qué tiene que ver esto con nosotros.

Milo respiró hondo.

—Necesito un coche del parque móvil.

—¿Bromeas? Estamos en cuadro, Malart. Nos falta munición para las prácticas de tiro, no acaban de llegar los chalecos antibalas ni los nuevos efectivos, y un tercio de nuestros vehículos está en mal estado a causa de los jodidos recortes del presupuesto. Como Interior solo cuida a la BRIMO, los recursos para los malditos antidisturbios parecen ilimitados y a nosotros que nos zurzan. ¿Y tú me vienes pidiendo un coche?

—¿Qué tal el de Rojo y Cervera?

—Está en el taller, con el cárter rajado.

Milo soltó un exabrupto y se echó contra el respaldo.

—Podrías presentar un informe de incidente.

Singla lo miró con fijeza.

—Siempre y cuando haya ocurrido a resultas de tu trabajo.

—Pasó aquí, en el aparcamiento —dijo Milo, con candor.

—¿Me estás tomando el pelo? Eso no cuenta.

—Pues miente.

El inspector jefe le señaló la puerta.

Milo se dispuso a abandonar el despacho.

—¿Puedo hacerte otra pregunta, jefe?

En aquel instante sonó el teléfono, y Singla se apresuró a descolgarlo al ver que parpadeaba la luz roja de la quinta planta. La conversación fue breve. Al terminar, soltó un resoplido de impaciencia.

—La comisaria jefe Bassa quiere verte —dijo. Apoyó los puños en la mesa para levantarse—. De inmediato.

—¿Y adónde vas tú? No creo que me pierda por el camino.

—Cierra el pico y sígueme. Ha ordenado que te acompañe; el protocolo. Esto me da mala espina.

Cruzaron de nuevo la oficina y se dirigieron a los ascensores.

—¿Cuál era esa pregunta?

—El parque de Collserola se extiende por nueve municipios además de lindar con varios distritos de la ciudad, y ninguno es Les Corts. Nosotros somos el Grupo Especial de Homicidios.

Entraron en la cabina. Singla pulsó el botón con fuerza.

—No he escuchado ninguna pregunta.

—¿Por qué nosotros?

El inspector jefe pestañeó con estupor.

—Me refiero a qué tiene de especial este asesinato —dijo Milo, la voz plana.

—¿Y a mí qué me cuentas? Órdenes de arriba.

Milo bajó la cabeza y hundió las manos en los bolsillos.

—Solo tenía curiosidad, eso es todo.

—¿Te preocupa que no sea un caso de portada esta vez, no salir de nuevo por la tele?

—Jefe —dijo. Indicó la cámara del ascensor con un gesto—. Yo soy inspector de policía, no un maldito mediático.

Las puertas se abrieron.

—Pues no te quejes, y andando.

La comisaria jefe Bassa adoptó una expresión grave y dijo que en Barcelona había censadas más de doscientas mil mascotas aproximadamente, la mayoría perros, y eso sin contar las que no llevaban un microchip incorporado.

—¿Entendéis por qué tenemos que tomar cartas en el asunto? Va a generar preocupación, mucha preocupación, y nuestra labor es evitar que los ciudadanos estén angustiados por asuntos que nosotros podemos, y debemos, resolver.

Singla y Milo intercambiaron una mirada de incomodidad.

En un parque, entre la zona de juegos infantiles y la zona canina, había

aparecido plantado en el suelo de tierra, de un modo que recordaba a un pequeño y escabroso espantapájaros, el cuerpo en vertical de un cachorro beagle. Un palo afilado lo atravesaba de abajo arriba, surgiendo por la boca, mientras las patas delanteras le colgaban flácidas por los costados.

El hallazgo había sido descubierto por unos paseantes con sus perros el sábado a primera hora de la mañana. Tras la consternación inicial, alguien propuso retirar al pobre animal, pero otros se negaron indignados diciendo que aquello era un crimen, que había que llamar a la policía y no tocar nada hasta su llegada. Pronto fueron extraídos los móviles para sacar fotografías. Mientras un alma caritativa cubría el cuerpo con un fular para evitar que los niños lo vieran, la noticia se extendió por el barrio como un reguero de pólvora, preguntándose todos, sin excepción, quién podía haber sido capaz de hacer una salvajada así.

Por fin llegó una patrulla de la Guardia Urbana, y el numeroso grupo de personas que los aguardaban bajo la lluvia los rodeó para indicarles el macabro descubrimiento. Los agentes, descolocados al principio, no supieron bien cómo actuar, y la gente reaccionó cada vez más crispada, exigiéndoles que hallaran al responsable de tamaña atrocidad. Al ver los ánimos tan encendidos, uno de ellos llamó a la Central pidiendo instrucciones, y luego intentó calmar a los presentes anunciando que un equipo iba hacia el lugar para retirar el cuerpo. Entretanto, su compañero fue al coche en busca de la cinta balizadora. Los gritos de protesta arreciaron. Sin embargo, cuando los agentes empezaron a precintar la zona, todos los allí reunidos guardaron un respetuoso silencio. Al instante, las fotografías y vídeos comenzaron a circular por la red.

El inspector jefe Singla soltó una tosecilla.

—Comisaria, comprendo lo de la alarma social, y no quisiera ser políticamente incorrecto, pero ¿todo esto por un perro?

—Por tres perros, jefe Singla. Apareció otro ayer domingo y uno más esta mañana, ambos en parques de la ciudad y también plantados del mismo modo. Los teléfonos empiezan a echar humo, y me temo que los medios no tardarán en hacerse eco de la noticia. —Miró a ambos con dureza—. Repito: ¿entendéis por qué tenemos que tomar cartas en el asunto?

Milo se removió inquieto en la silla.

—¿Quieres decir que aparquemos el asesinato de la universitaria? ¿Es eso?

—En absoluto. Pero como andamos cortos de efectivos, puedes llevarlo de forma paralela. Ahora más que nunca necesitamos de tu especial... talento. Tienes que averiguar si se trata de unos gamberros, con un horrendo sentido de la diversión, o de algún tipo trastornado. —Hizo una pausa—. Y pararles los pies.

Milo arrugó la nariz. El Código Penal castigaba el maltrato animal con una pena de tres meses a un año de prisión, lo que en la práctica significaba que nadie iba a la cárcel por aquel motivo salvo que fuera un reincidente.

—Pararles los pies, muy bien. ¿Y luego? Les costará muy barato, saldrán impunes, sin castigo.

—Ese no es nuestro problema, sino el de los jueces.

—Sí lo es, desde el momento en que nos vemos obligados a dividir nuestros esfuerzos cuando hay un asesino libre en la calle después de estrangular a una joven de veinte años.

Milo había levantado la voz, y la comisaria Bassa tensó la comisura de los labios.

—¿Me estás diciendo cómo hacer mi trabajo?

—No, solo te informo de cuál es el mío.

El inspector jefe Singla se apresuró a intervenir.

—¿Los perros fueron torturados?

Bassa tardó unos segundos en relajar la expresión.

—Se les partió el cuello de forma limpia y luego fueron empalados. Los animales no sufrieron. —Deslizó un dossier hacia ellos—. Aquí está la información que tenemos de momento. No es mucha, pero confío en que sirva de ayuda.

Milo observó su semblante hierático. Sabía que aquello se iba a propagar con inusitada rapidez por las redes sociales y los medios. Un asunto así era muy llamativo para la gente; los defensores de animales, las protectoras, las asociaciones de todo tipo... La ciudad entera iba a poner el grito en el cielo, y nada ni nadie podría hacer nada por evitarlo. Se preguntó si la comisaria habría cambiado de opinión acerca de los fuegos artificiales.

Soltó un sonoro suspiro.

—¿Algún testigo?

Bassa negó muy despacio con la cabeza.

Acto seguido, Milo preguntó si alguno de los parques tenía cámaras, si alguna de las cercanías había grabado algo. Obtuvo idéntica respuesta. Dejó escapar un resoplido.

—¿Sabemos al menos de dónde salieron esos perros? ¿O si eran propiedad de los responsables?

—No me gusta tu tono, Malart —dijo la comisaria.

—Lo lamento, pero ¿sabes lo que nos estás pidiendo?

—Yo no pido nada, inspector. Yo ordeno y tú obedeces, aunque no tengas la costumbre, como sucedió el viernes por la noche. —Aguardó un instante hasta que Milo asintió de mala gana—. Respondiendo a tu pregunta, los perros tenían dueño. Ignoramos cómo fue obtenido el primero, pero los otros dos fueron robados en la puerta de sendos supermercados, donde sus amos los habían atado. Alguien los desató y se los llevó. También eran dos cachorros, un mestizo y un jack terrier. Ninguno de los tres llevaba microchip. La ley no obliga a ponerlo hasta después de vacunarlos, más o menos entre los tres y seis meses, pero hay amos que no se preocupan de normalizar su situación.

El inspector jefe Singla se levantó con rapidez.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, comisaria. ¿Alguna cosa más?

Milo se adelantó, respondiendo con un murmullo desabrido.

—Sí, que podrían encargarse los de la Brigada Móvil.

—¿Cómo dices, Malart?

—Que si no tendrás por ahí un coche que te sobre, jefa.

La comisaria Bassa lo miró sin entender a qué se refería mientras ambos abandonaban su despacho. Singla ojeó el dossier de camino a los ascensores.

—El primer perro apareció en un parque no muy lejos de la Central, en Marqués de Sentmenat con Numancia. Te lo digo porque puedes acercarte andando. Es un paseo.

Sin hacer caso de la pulla, Milo le preguntó cuándo se iban a reincorporar los inspectores Rojo y Cervera.

—Si no llegan nuevos efectivos, vamos a necesitar su ayuda.

Singla se encogió de hombros.

—La gripe está haciendo estragos en la ciudad.

—¿Solo la gripe?

Milo soltó el dossier en su mesa y se dejó caer en la silla.

—¿Malas noticias? —dijo la subinspectora Mercader.

Empujó hacia ella la carpeta. Rebeca le echó un vistazo.

—Joder. El mundo está desquiciado —dijo, con asco—. Qué puede mover a alguien a cometer una canallada como esta.

—Te refieres al estrangulamiento de una joven, claro.

—Sí, también. Pero... ¿a un cachorro indefenso?

Milo la atravesó con la mirada sin despegar los labios.

—¿Interrumpo, inspector? —dijo el sargento Crespo situándose entre ambos. Milo le hizo una seña negativa—. Ninguno de los morosos de la lista tiene antecedentes.

Malart cogió la hoja.

—Me lo esperaba —dijo—. Son personas que atraviesan dificultades económicas, no delincuentes.

—Había que comprobarlo.

—¿Cómo vas con el móvil de la víctima? ¿Sabes a quién realizó la última llamada y a qué hora?

—Fue a las 12.44 del viernes, a un número a nombre de Mario Calatrava. Le he llamado varias veces, pero sale un mensaje diciendo que está fuera de cobertura. Ya daré con él.

—¿Y la última que recibió?

—Un número hizo media docena de perdidas el viernes, a partir de las 21.16 y a intervalos de diez minutos hasta las 22.15. Luego, el mismo número lo intentó el sábado un par de veces más, a las 14.10 y a las 18.30, siendo esta la última llamada que quedó registrada.

—¿Sabes la identidad de esa persona tan insistente?

El sargento consultó su bloc.

—Elisa Roca. Con domicilio en la calle Valencia, entre Muntaner y Aribau. También he tratado de localizarla, pero tiene el móvil apagado.

—Sigue intentándolo, Toni; puede ser su amiga de la universidad. Si no das con ella a lo largo del día, me lo dices y le haré una visita en su casa. Quiero hablar cuanto antes con esa chica, quizá sepa algo. ¿Y el resto de contactos?

—Los tengo todos, unos doscientos, y ahora estoy con los mensajes y con las llamadas salientes y las entrantes, buscando los números más frecuentes para obtener sus identidades.

Milo se rascó la nuca.

—También voy a necesitar los movimientos bancarios de la víctima, sus cuentas. Y lo siento, Toni, pero todo es urgente.

El sargento Crespo esbozó media sonrisa.

—Para ayer, lo sé —dijo, tomando nota—. Luego voy a echar un vistazo en las redes sociales, por si la víctima tenía cuenta en alguna de ellas. Siempre son una gran fuente de información.

Milo se volvió hacia Rebeca.

—¿Alguna idea más, subinspectora?

Ella dejó de leer y levantó la cabeza.

—Es repugnante, de veras. No me explico cómo alguien en su sano juicio puede hacer una barbaridad de este calibre a un animal, a una mascota que solo es fuente de cariño, de lealtad...

—Hablamos del caso de Carolina Estrada.

—También sería interesante conseguir el ordenador personal de la víctima, si lo tenía —dijo el sargento—. Podría contener datos de mucha utilidad para nosotros.

—Toni, tus deseos son órdenes para mí —dijo Milo. Dirigió una mueca a la subinspectora—. ¿Lo ves? Es así como se hace. Pensar. Prueba algún día. No es tan difícil.

Rebeca le pasó el dossier al sargento Crespo.

—Lee y verás —le dijo. Y a Milo—: No me rayes.

Malart se enderezó de golpe.

—¿Qué decías hace un momento?

—Oye, si te vas a poner borde, yo...

—No te embales, Mercader. Me refiero a que qué estabas diciendo cuando te he interrumpido, lo de las mascotas.

—Pues qué son fuente de lealtad, de juego, de cariño. Que son seres sin maldad. Y menos, unos cachorros.

—Continúa.

—¿Te estás burlando de mí?

—Que continúes, subinspectora. ¿De qué más son fuente las mascotas?

—¿De compañía? —dijo, insegura. Milo hizo rodar la mano para que prosiguiera—. De ternura, de afecto incondicional.

—Si alguien mata a esa «fuente» —dijo Crespo, marcando las comillas con los dedos—, puede ser porque haya perdido la facultad de sentir cariño, de sentir afecto incondicional.

—O por nada —murmuró Milo—, por ningún motivo en concreto.

—O porque de repente odia todo ese afecto —añadió Rebeca—, y a quienes lo sienten. Hombres, mujeres, ancianos... ¿niños?

La cara del sargento Crespo se iluminó.

—Los niños. Eso explicaría que haya plantado los cuerpos en parques infantiles. ¿Tal vez para que los críos «pierdan» ese afecto? Si yo no puedo, porque lo he perdido, vosotros tampoco, porque yo lo digo.

—Toni, ya tienes más trabajo —dijo Rebeca—. Buscar en la base de datos gente que haya perdido un hijo en fecha más o menos reciente. —Se encaró con Milo—. ¿No opinas lo mismo, inspector?

Malart se mantuvo callado. Aquello le recordaba muchas cosas. La imposibilidad de sentir afecto, la locura, la venganza ciega. El daño que podía ocasionar el odio. Trató de quitarse aquellos recuerdos de la cabeza, lo que no le resultó fácil. Los tenía grabados con fuego en la memoria.

Segundos después, asintió muy lentamente.

—Puede ser —dijo—. El dolor es egoísta.

10

Lo encontró comiendo en Casa Rafa, un bar de mala muerte situado a tres manzanas de la Central, encorvado sobre la barra.

Tomó asiento en un taburete a su lado.

—Sabía que estarías aquí, lejos de los demás.

—Es el único lugar donde preparan la butifarra con judías como a mí me gusta.

Rebeca enarcó las cejas.

—¿Es que tiene algún secreto?

—Ninguno, solo la cocinan —dijo Milo. Se limpió los labios con la servilleta—. Y el pan con tomate está de cojones. Por no hablar del agua, justo en su punto.

—Eres más raro que un perro verde.

—¿Quieres un café? —Se bajó del taburete—. De paso, pídemelo para mí. Voy al baño.

—Ese truco es muy viejo, no pienso pagarte la comida.

—Relájate, subinspectora. Nunca te haría una cosa así.

Cuando regresó, apuró la taza de un sorbo, le dijo al dueño que se lo apuntara en la cuenta y ambos salieron a la calle. El frío se le clavó en la cara de forma tan violenta que incluso le resultó placentero. Los alfilerazos le despejaron la cabeza.

—Menuda rasca —dijo Rebeca.

—Exageras, es un frescor de nada.

—Habla por ti, yo echo de menos el verano.

—No dirías lo mismo si tuvieras neuronas. El sol te las fríe.

Tomaron por Travessera de les Corts en dirección al parque donde había

aparecido el primer perro plantado.

—Vamos a hacer horas extras por un tubo —dijo Rebeca, apretando los dientes—. Y con la excusa de los recortes, sin cobrarlas.

—Eso, alégrame el día.

Ella se detuvo cerca de un paso de peatones.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? Estás a la que salta.

—Prohibido temas personales en horas de servicio.

Milo observó que el semáforo estaba boca abajo, con el muñeco rojo de cabeza, suspendido en el aire. Lo señaló.

—Un buen resumen de la situación —dijo.

Rebeca soltó un bufido y ninguno de los dos volvió a pronunciar palabra hasta que llegaron al cruce con Numancia. En la esquina confluían dos enormes bloques de viviendas, uno de quince pisos de altura y el otro de doce. Doblaron a la derecha.

—Vivir ahí debe de ser como vivir en una colmena —dijo Rebeca—. Los ascensores sacarán humo.

—Pero, con tantos vecinos, el anonimato está asegurado.

En el siguiente cruce torcieron de nuevo a la derecha, por Marqués de Sentmenat, hasta que llegaron al parque. Ocupaba todo el espacio interior del ángulo recto formado por los dos gigantescos edificios. De hecho, también eran dos los parques; el primero, Jardins Can Cuiàs, y el segundo, Jardins de les Infantes. En uno se extendían los columpios y toboganes, y en el otro, la zona canina con un pipican cercado por una valla de madera. En la intersección de ambos es donde había aparecido el macabro hallazgo.

—Ya es mala leche haberlo plantado ahí —dijo Rebeca—. Justo en medio del paso de niños y perros.

Malart asintió en silencio, observando el escenario. A pesar de la gélida temperatura, un grupo de hombres y mujeres, la mayoría de edad avanzada, paseaba a sus perros o, sentados en los bancos, los contemplaban correr a sus anchas. En cambio, la zona de juegos infantiles estaba casi desierta, ocupada por apenas media decena de criaturas.

Se aproximaron a los ancianos de los bancos. Tras mostrarles las placas, Rebeca les explicó el motivo de su presencia.

—Pues ya era hora de que vinieran por aquí, joven —se quejó una mujer

de cabello blanco, ligeramente tintado de color violeta—. Los de la Urbana no hicieron nada, ¿me oye? Nada.

—Nos trataron de forma indignante —dijo un hombre, abrigado hasta las cejas—. A empujones nos hicieron apartar de la zona diciendo que no generáramos más alarma. ¿Que nosotros generábamos alarma? Fueron muy ofensivos.

Al reclamo de sus voces, nuevos dueños de perros se acercaron, formando entre todos un corro de protestas.

Rebeca trató de apaciguarlos.

—Por favor, un poco de calma. ¿Qué quieren que les diga?

—Que van a detener al miserable que mató a ese pobre chucho, ¿qué va a ser si no? —dijo la mujer del cabello lila—. Si usted es policía, haga su trabajo. Pero claro, como se trata de un perro, si te he visto no me acuerdo. ¡Y sepa que es un crimen como una catedral! —apostilló con fiereza.

Los allí reunidos corearon sus palabras.

—Cuando descubrieron al perro, ¿vieron a alguien de fuera del barrio curiosear por aquí? —dijo Milo. La gente lo miró en silencio—. Me refiero a si observaron a algún desconocido en actitud sospechosa, ya saben, mirando más de la cuenta, fijándose en ustedes en vez de en el cuerpo empalado. —El grupo continuó enmudecido—. Los responsables de algo así suelen estar presentes cuando se produce el hallazgo —explicó—, disfrutan con la sensación de espanto que provocan entre los testigos.

—Éramos muchos —dijo un anciano—, y no podíamos apartar los ojos del..., del chucho, ¿entiende lo que quiero decir?

—No somos policías —remachó la mujer del pelo morado.

Los presentes asintieron con vehemencia.

—¿Alguno reconoció al..., a la víctima? —dijo Milo—. ¿Habían visto al cachorro beagle con anterioridad por aquí? Nos sería de mucha utilidad saber quién es su dueño o si vive por el barrio, para hablar con él.

—Con ella —dijo una anciana de corta estatura. Doblada hacia delante, sujetaba con mano temblorosa la correa de un yorkshire terrier tapado por un voluminoso jersey de lana—. No estoy segura, pero juraría que mi *Nala* jugó alguna vez con ese beagle. Lo llevaba una niña, una niña chinita. Pero ya le digo, no estoy segura, a mi edad no distingo mucho.

Rebeca extrajo su bloc y le preguntó si sabía dónde vivía. La anciana negó con la cabeza. Tampoco les pudo decir su nombre.

—Ya saben cómo son los chinos, apenas hablan con nadie.

—Tiene que ser del barrio —dijo el anciano de antes—. Ahora que lo dice esta señora, creo que yo también tengo vista a esa chinita.

—¿Y tú qué vas a ver si no distingues tres en un burro? —se burló la mujer del pelo con tonalidad violeta—. No lías a estos policías con pistas falsas, que bastante trabajo tienen con detener a ese desalmado. Porque lo detendrán, ¿verdad?

Rebeca dijo que iban a hacer todo lo posible y, después de formular un par de nuevas preguntas, abandonaron el lugar.

—Estaban indignados, ¿eh? Sobre todo esa mujer.

Milo no respondió. Había visto la repulsión y el horror reflejados en los rostros de aquellas personas, pero también otro matiz, uno que ya estaba habituado a percibir: la fascinación por el mal que anidaba en el cerebro humano.

Aprovechando que se hallaban cerca del domicilio de uno de los morosos de la lista, decidieron ir a visitarlo. Unas nubes oscuras empezaban a agolparse en el cielo. Aceleraron el paso.

—Sabemos que la víctima falleció entre las siete de la tarde, cuando la vieron salir del bufete, y las nueve y dieciséis de la noche, cuando dejó de contestar al móvil.

—Pudo estar viva y no responder por otros motivos —dijo Milo—. Yo no siempre hago caso de las llamadas.

—Tú no sirves de referencia, eres un irresponsable. Y también sabemos que fue a su casa, aunque es una pena que los Estrada no nos puedan confirmar la hora en que se marchó. Hubiéramos podido acortar el intervalo. Pero el padre no cuenta.

Poco después se detuvieron ante un portal de la calle París, cerca de la confluencia con Viladomat. Consultaron la lista y pulsaron un botón del interfono. Contestó una voz apagada. Tras unas breves palabras, oyeron la puerta abrirse con un chasquido. Subieron los tres pisos en ascensor. Una

mujer les aguardaba en el rellano con expresión preocupada.

Le mostraron las placas.

—¿A qué han venido? No hemos hecho nada malo —dijo. Y, angustiada, añadió—: ¿Qué más nos puede suceder?

Rebeca respiró hondo y le explicó con calma lo ocurrido.

—¿Sospechan de nosotros?

—Preguntas de rutina, señora, para descartar posibilidades. ¿Podemos pasar? Acabaremos enseguida.

La mujer se mostró indecisa; al cabo, bajando la cabeza, accedió. Nada más traspasar el umbral, ambos notaron la baja temperatura que había en el piso. Una estufa de butano, apagada, ocupaba el centro de la sala; a un lado, el televisor encendido, y enfrente, un sofá con el asiento hundido, como si alguien lo hubiera ocupado segundos antes.

—Disculpen el frío —dijo. Señaló la estufa—. Solo la ponemos cuando nuestro Julián regresa del colegio.

—¿No está su marido, el señor... Arnau Milans? —dijo Rebeca, tras ojear la lista—. Nos gustaría hablar también con él, si no es mucha molestia.

La mujer enrojeció. Miró hacia el pasillo, a ellos, y otra vez al pasillo. Balbuceó unas palabras.

—Perdón, ¿cómo dice?

La mujer se estrujó las manos.

—Mi marido no se encuentra bien desde..., desde que está en el paro. No logra superarlo. Ya no quiere hablar con nadie.

—Lo entendemos, señora, pero tenemos que verlo, es nuestra obligación —dijo Rebeca—. Por favor, intente convencerlo. Será solo un momento.

Milo carraspeó.

—Dígale que no tiene que hablar con nosotros. Solo venir a la sala. Es para contrastar un retrato robot con su rostro, nada más. ¿Comprende?

Ella se agarró a las solapas de la bata, las cerró sobre el par de jerséis que llevaba debajo, y permaneció unos instantes con las manos cruzadas a la altura del pecho. Luego, dio unos pasos hacia el pasillo, se detuvo y, dubitativa, se internó hacia el dormitorio. Escucharon unas voces. Las femeninas, de súplica; las masculinas, de reproche. Después, un silencio espeso. A continuación, la mujer regresó a la sala. Detrás, irrumpió un hombre

barbado de unos cuarenta años. Vestía pantalón de chándal, una sudadera dos tallas más pequeña con la capucha puesta, y una bufanda al cuello; calzaba unas viejas zapatillas de estar por casa. Sin levantar la mirada, fue directo al sofá ante el televisor y tomó asiento. En el escaso par de segundos durante los cuales Milo pudo atisbar su cara, reconoció las huellas de la depresión, de la falta de sueño y de algo más que le resultó muy familiar.

Rebeca aguardó a que la señora Milans ocupara una silla. Entonces les preguntó por Carolina Estrada, cuándo fue la última vez que la vieron o hablaron con ella.

—Nunca la hemos visto en persona —dijo la mujer—, solo la tratamos por teléfono, la última ocasión hará cosa de un mes.

—¿Sucedió algo en esa última conversación?

La señora Milans bajó una vez más los ojos. Con pesar.

—Mi marido tuvo un altercado con ella —dijo.

Milo desvió la vista. La clavó en las zapatillas del hombre, en el agujero a la altura del dedo pulgar, en su tamborileo incesante contra el suelo, irritado.

—Fue después de que empezara con las llamadas reclamando el pago de una deuda. —La mujer alzó una cara sin rastro de orgullo—. Discutió con esa chica porque... porque nos amenazó con cortarnos el gas, en pleno invierno, con las Navidades a un paso. Y nosotros, nosotros tenemos un hijo, y él y yo estamos en el paro. No cobramos subsidio ni nada. Apenas logramos sobrevivir. ¿Con qué quería que pagáramos? Y todo por una deuda de ochenta y siete euros. Se... se puso insufrible, era como tratar de razonar con una máquina. Y mi marido perdió los nervios. Por eso discutieron. Fue muy desagradable. Lamentamos mucho lo que le ha pasado a esa chica, pero nosotros, yo..., no tenemos nada que ver, somos gente cumplidora, jamás hemos tenido deudas, nunca hemos estirado más el brazo que la manga. Hasta que..., hasta que...

—Calla, Mariana —dijo su marido con una voz ronca aunque no exenta de cariño—. Estás hablando demasiado.

—¿Tienen coche?

—Un Ferrari, para llevar a Andorra nuestros millones —dijo con desprecio, rehuendo el contacto visual.

—Responda a la pregunta, señor Milans.

El hombre se puso rígido.

—Arnau, por favor —dijo su mujer.

El señor Milans inspiró con fuerza.

—Lo vendimos para comprarle unos zapatos nuevos a nuestro hijo y los libros del colegio.

—¿Podría decirnos dónde estaban usted y su esposa el pasado viernes entre las siete de la tarde y la madrugada del sábado?

La señora Milans se adelantó a responder con rapidez.

—En casa —dijo—. Casi no salimos a la calle para... para que los vecinos no nos pregunten. ¿El viernes, dice?

Enmudeció de golpe.

—¿Ocurrió algo el viernes? —preguntó Rebeca.

La señora Milans se volvió hacia su marido.

—Arnau...

—Tuvimos una pelea antes de la cena —dijo él sin inflexión—. Y me fui a tomar el aire. Llovía. Las calles estaban vacías. Di una vuelta y regresé en unas horas. ¿Algo más?

—¿Fue a algún sitio en concreto? ¿Lo vio alguien, alguien que pueda corroborarlo?

Milo intentó escrutar los indicios de su rostro, descubrir las señales de la mentira; pero todo en la expresión de aquel hombre denotaba derrota, sin asomo de sonrisas, y lo dejó estar.

—No me atreví a entrar en el metro. —Apretó los labios al tiempo que sacudía la cabeza en una negación—. No tuve valor.

Rebeca fue a decir algo, pero Milo la detuvo. El silencio era más efectivo como medida de presión que cualquier pregunta.

—¿Van armados? —preguntó el hombre, de improviso.

—Si está pensando en hacer una estupidez, olvídalo —dijo Milo—. Tenemos otros métodos.

Arnau Milans no rehusó su mirada.

—Son afortunados.

—¿Por tener trabajo? —dijo Rebeca.

—Por tener un arma.

Se levantó sin prisa, cruzó la sala con paso inseguro y se perdió en la

oscuridad del pasillo.

Su mujer deslizó el cuerpo hasta el borde de la silla.

—La angustia no le deja vivir —explicó—, no se lo tengan en cuenta. El día a día nos come poco a poco, y él solo desea que le diagnostiquen un tumor cerebral o que le atropelle un autobús, para dejar de sufrir. Pero está sano, ¿comprenden? —Hizo una pausa—. Su drama es que está sano físicamente.

Rebeca y Milo se quedaron inmóviles, sin respirar.

—He intentado llevarlo a un centro de salud mental, a grupos de terapia, pero todos están desbordados por los recortes. Somos muchos los que estamos así, no pueden atendernos a todos. —Esbozó una sonrisa desdibujada—. Mi marido es un buen hombre, tendrían que haberle conocido antes del ERE. Fue de un día para otro, sin más. Pero no es capaz de hacer daño a nadie, se lo juro. Tendrían que haberle conocido hace seis meses.

—No lo vio venir —dijo Milo, pensando en voz alta—. Ninguno lo supimos ver. Nadie.

La mujer asintió sin energía.

—Y nos han dejado solos.

Una vez en la calle, Rebeca comentó con hastío que había días en que odiaba su trabajo. Luego, al verlo callado, le preguntó sobre el retrato robot que había mencionado.

—Confío en que pronto obtengamos una descripción —dijo, echando a andar—. Simplemente, me he adelantado.

—Eres un optimista.

Caminaron en silencio sin ir en ninguna dirección concreta.

—No podemos descartar a Arnau Milans.

—No —dijo Milo, cabizbajo.

Recorrieron un par de manzanas, sorteando peatones, hasta que Rebeca señaló que no estaban muy lejos del domicilio de Elisa Roca, la amiga que había llamado con insistencia a Carolina Estrada el viernes por la noche. Extrajo el móvil y pulsó el nombre del sargento Crespo. Mantuvo una breve conversación. No, no había logrado ponerse en contacto con la joven. Tras colgar, le planteó a Milo que podían acercarse a hablar con ella.

Malart aceptó con una mueca y prosiguieron avanzando.

—Empiezo a mirar a la víctima con otros ojos.

—¿Por qué? —dijo él, y ladeó la cabeza para dar un vistazo a su espalda por encima del hombro—. Solo hacía su trabajo.

—¿Hablas en serio?

—Fumar mata, ¿los estancos son culpables?

Cruzaron la calle por en medio de la calzada y torcieron para bajar por Muntaner. A medida que caía la tarde, la sensación de frío iba en aumento. Ella se subió la cremallera del anorak hasta el cuello. A su lado, observó que Milo volvía a mirar hacia atrás.

—¿Temes un ataque por la espalda? —bromeó.

Llegaron a la calle Valencia y enseguida dieron con el edificio. El vestíbulo era elegante, amplio, con varias plantas y un gran espejo a un lado. El conserje les indicó el piso de la joven. Subieron al ascensor en compañía de un vecino. Milo rogó que no hablaran del tiempo. La cabina se detuvo en el tercero y se quedaron solos. Soltó un suspiro mientras Rebeca pulsaba el botón del quinto. Ante la puerta, hicieron sonar el timbre varias veces. Oyeron una voz juvenil antes de que se abriera.

Somnolienta, la voz se quejaba:

—La cita era a las ocho.

11

Abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra. La subinspectora preguntó si podían pasar y ella accedió con un gesto mecánico. Cerró la puerta despacio. Afectada por la noticia, apoyó la cabeza en el marco. Milo dio un vistazo. El recibidor era pequeño, con pocos muebles. En una esquina destacaba un ficus con grandes hojas, flanqueado por dos sillones de formas modernas. Un corto pasillo se adentraba hacia el fondo, con el suelo de parqué nórdico, levemente iluminado por luz indirecta. La temperatura era cálida, acogedora. Se desabrochó la cazadora, se la quitó, y Rebeca hizo otro tanto con el anorak.

Se volvió hacia ellos, el rostro anegado en lágrimas.

—¿Jaque asesinada? —dijo—. ¿Cómo es posible?

Fijó en Milo sus ojos color ámbar, sin maquillar, y aguardó una respuesta. Incómodo, él señaló hacia el interior del piso.

—¿Qué tal si nos sentamos?

Elisa Roca inició la marcha como una sonámbula. Vestía un kimono de un estridente color rojo, largo hasta las rodillas, con un dragón dorado a la espalda retorciéndose sobre sí mismo. De una altura en torno al metro setenta, la melena rubia le caía en cascada sobre los estrechos hombros. Caminaba descalza, con pasos cortos, pero sus movimientos eran elásticos, como los de alguien acostumbrado a acudir al gimnasio. Se sentó en un sofá de diseño, como el resto de muebles, encendió una lámpara, y extrajo un pañuelo de una caja.

Sin entrar en detalles, Rebeca le explicó lo ocurrido, terminando con el intervalo horario durante el cual, según las primeras averiguaciones, deducían que se había producido.

—Los viernes venía a las nueve, más o menos. Por eso, al ver que no

llegaba, empecé a preocuparme y la llamé al móvil. —Se limpió las lágrimas—. No era normal en ella, y menos si tenía una cita. Era muy puntual, siempre bromeábamos con eso. También la llamé el sábado un par de veces, pero como no me contestó, pensé que estaba ocupada o con gripe y lo dejé estar.

—Señorita Roca, la ha llamado Jaque y...

—Era su nombre de guerra —dijo, levantándose—. Jacqueline. Pero todos la llamábamos Jaque, para acortar. Como en el ajedrez. —Se dirigió hacia una puerta—. El mío es Tiffany, como la joyería, pero sin la ese. Qué gran película, ¿verdad? Voy un segundo al baño, debo de estar horrible.

Desapareció con un revuelo de la seda del kimono.

Su voz les llegó amortiguada.

—Estaba durmiendo una siesta después del ajetreo de ayer.

Al instante oyeron correr el agua. Y poco después, a ella preguntándoles si querían beber algo. Milo y Rebeca se miraron sorprendidos. Entonces la joven regresó y, con pasos largos, se dirigió hasta una barra situada en un extremo de la sala. Mientras se preparaba una copa, les repitió la pregunta. Milo se encogió de hombros y dijo que un vaso de agua estaría bien.

—Entiendo, estáis de servicio. ¿Y tú?

Rebeca respondió que lo mismo, y Elisa sacó dos botellines de cristal, dos vasos de boca ancha, y lo puso todo en una bandeja. Fue hasta ellos y repartió las bebidas. Acto seguido, se encaminó al sofá, frente al tresillo donde ambos aguardaban algo envarados, y se sentó como un indio, dejando caer la mano libre entre las piernas. Por último, dio un par de tragos al *gin-tonic*.

—Lo necesitaba —dijo, exhalando un suspiro—. Todo esto es tristísimo. En fin, vosotros diréis.

Rebeca se inclinó hacia delante.

—Esto, verá, Tiffany, nos gustaría saber...

—Elisa, ahora no estoy trabajando. Y de tú, si no te importa.

Mientras Rebeca le formulaba las primeras preguntas, Milo contempló su rostro ovalado, la piel blanca sin mácula, los labios carnosos, ni finos ni gruesos. El brillo de la juventud. Sin ser especialmente guapa, la sencillez de sus rasgos al natural, sin afeites, le confería una agradable apariencia.

—Jaque quería ser independiente, no soportaba la situación de su casa —dijo—. Por eso, cuando el año pasado le propuse que trabajara conmigo,

aceptó sin pensárselo dos veces. Y creedme, enseguida le cogió la onda al asunto. Si no hubiéramos sido amigas, pero amigas de verdad, me la habría sacado de encima. Podía ser una rival temible, arramblar con todos mis clientes. Pero —sonrió— la cosa nos ha ido muy bien juntas.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Elisa adoptó una expresión de extrañeza.

—Sí, soy una *escort*, ¿pasa algo? No te escandalizará...

—Una prostituta, te refieres —dijo Rebeca.

—Llámalo como quieras, no me avergüenzo de nada. Sé a lo que me dedico y por qué, no tengo problemas con el nombre de lo que hago. —Dio un nuevo trago a su copa—. Vivo mi sexualidad con alegría, en libertad, ¿algún inconveniente con eso? Y Jaque también era una chica de sexualidad desinhibida. Le gustaba disfrutar de su cuerpo, y punto.

Milo alargó el brazo para coger el botellín. Se entretuvo leyendo la etiqueta al tiempo que Rebeca preguntaba cuándo comenzó Carolina a dedicarse a aquello. La marca era francesa.

Elisa meditó la respuesta.

—Junio, julio, antes del verano. Yo empecé a mediados de Primero. Me apunté a Derecho por el título, pero no tengo prisa en acabar el grado. Jaque sí, para ella los estudios eran lo primero. Si os digo la verdad, nunca he entendido esa obsesión suya con el dichoso grado. Me pasaba los apuntes, me ayudaba con los exámenes, se lo tomaba muy en serio. De ahí que solo hiciera esto de viernes a domingo, no como yo que trabajo toda la semana salvo los martes, que me lo tomo libre.

—¿Sabes si alguien de la facultad tenía algo en su contra?

Se encogió de hombros.

—No voy mucho por allí —dijo—, pero no creo. Jaque se llevaba bien con todo el mundo. Me lo hubiera contado.

—¿Compartíais clientes?

—¿Con esa loba? Ni loca, los hubiera perdido —dijo—. Jaque les despertaba el morbo con sus largas piernas, la cintura estrecha. Les ponía, y más vestida de forma especial. Al principio le presenté a unos cuantos de los míos, era la mejor forma de que se iniciara. ¿Y sabéis una cosa? Acabaron satisfechos, muy satisfechos. Empezaron a correr la voz, y hasta hoy.

Bajó las piernas al suelo y dejó la copa en la mesilla, sobre un posavasos. El kimono le quedó abierto.

—Nosotras no nos anunciamos —dijo—. Nuestra política es muy sencilla: para evitarnos problemas, preferimos complacer a nuestros clientes. Si les gustamos, que les gustamos, ellos se encargan de poner en marcha el boca a boca. Y no aceptamos a nadie sin cita previa fuera de aquí, para comprobar el terreno, o sin recomendación. Es una forma de librarnos de los tipos raros. Y nos ha funcionado. Jamás hemos tenido un problema. Nunca. Ni ella ni yo.

—¿Tenéis un... un protector?

—¿Para qué? —dijo Elisa. Se reclinó contra el respaldo—. No somos chicas de la calle, somos independientes, tenemos nuestra dignidad. Yo estoy dada de alta en la Seguridad Social y en Hacienda, pago mis impuestos y por tanto tengo mis derechos. Y además disfruto de la mejor sanidad privada. ¿Un protector? Eso no es para unos pibones como nosotras, de nuestro nivel. De lujo, si sabes lo que te quiero decir.

—¿Y Carolina? Quiero decir, Jaque.

—No sé si siguió mi consejo, era muy reservada con el tema del dinero. —Hizo un mohín—. Imagino que sí.

Milo dejó el botellín sobre la mesa. Oteó en varias direcciones hasta fijar la vista en el último lugar que pretendía.

Elisa dejó escapar unas risas.

—El sexo está aquí, inspector. —Se señaló la cabeza—. No solo aquí —dijo, levantando y bajando el faldón del kimono en un movimiento fugaz—. Por eso hemos logrado una cartera fiel de clientes, porque utilizamos ambas cosas.

—¿Fiel? Curioso concepto en este contexto.

—Estás escandalizada, lo percibo. A ver, ¿cómo te lo puedo explicar? —Se rascó la frente mientras adoptaba un semblante pensativo—. Tenemos cultura, hablamos inglés, somos divertidas y discretas. Solo hemos escogido una manera fácil de ganar dinero, mucho dinero. Nosotras llevamos las riendas, no nos metemos en cosas que no nos apetecen, y elegimos cuidadosamente a los candidatos. Solo es piel.

Rebeca tensó los músculos de la cara.

—¿Soñabas de pequeña con ser puta? Es que, perdona, tal como lo

cuentas, parece que todo sea coser y cantar. Y a mi juicio, es algo degradante.

Elisa giró la cara hacia Milo.

—¿Opinas lo mismo que tu compañera?

—Yo no entro en temas personales estando de servicio.

—Y haces bien. ¿De verdad eres poli? Es que con esa pinta tan descuidada, no sé, pareces más bien un delincuente. Y oye, no es que no me guste tu aspecto, pero me imaginaba otra cosa, si sabes lo que te quiero decir.

—Se volvió despacio hacia Rebeca—. No juzgues, y no serás juzgada. No lo digo yo, lo dice Jesús, Dios, no sé, la Biblia. Deberías librarte de tus prejuicios. Eres muy mona para ir de dinosaurio por la vida. Y ahora, si me perdonáis, tengo una cita en media hora y debo prepararme.

Se levantó de un salto y se dirigió hacia su cuarto.

—No hemos terminado con nuestras preguntas.

—Te oigo desde aquí, o pasa si quieres —dijo desde la habitación de al lado—. Voy a darme una ducha, ¿te importa?

La subinspectora se incorporó de mala gana. Mascullando por lo bajo, entró en su dormitorio. Milo hizo una mueca y fue en dirección opuesta, hacia la otra habitación.

Abrió la puerta y encendió la luz.

En realidad era una *suite*. Una gran cama ocupaba el centro, con espejos en la cabecera y en el techo. Asomó la cabeza por la puerta del fondo. Un baño completo, muy espacioso, con bañera de hidromasaje incluida. Curioseó por el armario empotrado en la pared. En el cuerpo central pendía ropa para todo tipo de juegos sexuales; uniformes, disfraces y también vestidos de noche. Uno de los laterales era un zapatero; tacones de aguja, merceditas, botas, una amplia gama de calzado. El otro contenía una cajonera y los fue abriendo uno por uno. Toda clase de lencería multicolor, artilugios variados, complementos. En el penúltimo, regalos en sus estuches; pulseras, pendientes, collares, algunos de bisutería, otros de valor. En el último halló ropa de calle, varias carpetas con apuntes, y otros artículos de uso diario. Iba a cerrarlo cuando distinguió, debajo de unas prendas, una foto de tamaño normal. Era un retrato de un muchacho de unos doce años. Sonreía a la cámara. Por el parecido,

dedujo que sería Eloy, su hermano. Lo dejó todo como estaba y repasó la estancia con un vistazo. Ningún objeto personal, ninguna otra fotografía, nada que revelara la identidad de Carolina Estrada.

Salió de la *suite*, apagó la luz y cerró la puerta a su espalda.

La voz de Elisa llegó hasta sus oídos.

—Y te lo aseguro, cuando hay ferias en la ciudad, y hay muchas, nos forramos. Tenemos clientes por medio mundo. —Soltó de nuevo unas risas cantarinas—. Sabemos tratar un gatillazo, no sé si sabes lo que te quiero decir.

Milo se detuvo a un par de metros de la *suite*. La puerta seguía abierta. La voz de Rebeca sonaba sin su seriedad habitual.

—¿Y no tienes ningún reparo en... bueno, en hacer lo que te pidan que hagas?

—Es mucho más sencillo de lo que te crees, la mayor parte de las veces solo hacemos lo que le harías a tu pareja. Muchos son maridos que no obtienen de sus esposas el rollo del débito conyugal y todo eso. Con nosotras se les abre el cielo.

—Yo no sé si podría. Hay que tener estómago.

Estallaron nuevas risas por parte de Elisa.

—A ver, no te voy a engañar —dijo. Cruzó la habitación envuelta en una toalla—. Algunos son más rebuscados, con fantasías. Pero tampoco es tan sórdido. Ya te digo, solo es piel.

—¿Y si no queréis acceder a sus peticiones?

—Pero, mujer, que no nos piden cosas tan raras. El cliente de ahora, por ejemplo, se pirra por las medias, los ligueros y los zapatos de tacón alto. Eso es todo. Lo demás es conversación, algo de psicología, y lo típico entre hombres y mujeres. Ya te he dicho que a los rarillos los detectamos en la cita previa.

—¿Y nunca se os ha colado ninguno?

—Tampoco somos unas mojigatas. A nosotras nos va casi todo, aunque cada una tiene su especialidad. ¿Te gusta cómo me queda este conjunto? Cuando salgo a recibirle así, pone unos ojos como platos. A veces no me da tiempo ni de llegar a la sala.

—¿Cuáles son?

—Secreto de sumario, cariño. Paga cuatrocientos euros y te la enseño. Te

abriré las puertas del paraíso. Tienes cara de necesitarlo, si sabes lo que te quiero decir.

Milo soltó unas toses.

La voz de Rebeca recuperó su tono habitual.

—¿Guardas algún registro de los clientes de Jaque?

—¿Piensas que somos un banco o qué? Tengo un ordenador, pero no estamos informatizadas. ¿Me explico?

—Y afirmas que ninguno de los clientes fijos de Jaque le causó problemas, ¿no es así?

—¿Con nuestros precios? Lo dudo. La mayoría son ejecutivos ricachones que van de aquí para allá, de nivel cultural medio alto, y ninguna de las partes queremos conflictos. Ellos, sus alivios, y nosotras, la pasta. Todos, más o menos, nos movemos por lo mismo, ¿o no? —Hizo una pausa—. Me sabe fatal lo que le ha pasado a Jaque. Y justo ahora. Vamos a echarla mucho de menos —dijo con repentina tristeza—. Tendré que buscar a una sustituta.

—¿Por qué justo ahora?

Elisa abandonó la *suite* con el kimono en la mano.

Se detuvo ante Milo. Apoyó un brazo en la cadera.

—¿Qué te parece? —dijo.

La transformación lo dejó sin aliento. Maquillada y vestida de aquella manera, la joven parecía otra distinta. La sencillez de lo natural había dejado paso al artificio provocativo, sensual. Se imaginó a Carolina. Con la misma lencería. Tan delgada. Los huesos marcados. Se sintió culpable. Como un mirón. Y algo más, algo sin sentido. Ira. Una ira intensa y profunda.

—¿Por qué justo ahora? —dijo, la voz grave.

Elisa se puso el kimono con ademán de fastidio.

—Solo es piel, inspector. ¿Que por qué ahora? Porque ahora todo le iba bien, sus planes. Ya había dejado atrás la angustia de llegar a fin de mes y recuperado la autoestima. El dinero cura muchas cosas.

—¿Lo sabían en su casa?

Ella hizo un gesto de desdén apenas perceptible.

—No vamos presumiendo por ahí, a nadie le interesa lo que hacemos o dejamos de hacer.

A continuación, repitió que tenía una cita, que lo sentía mucho, pero que

debían marcharse.

—Podéis volver otro día si queréis —dijo—. Pero avisadme antes, no vayáis a escandalizaros. Sabéis mi móvil, ¿no?

Por el pasillo, Milo le preguntó si Jaque solía usar su ordenador. Taconeando nerviosa, ella contestó que en efecto, para enviar trabajos a la UB y consultar las notas y el correo desde su cuenta de usuario. A la cuestión de si tendría algún inconveniente en que uno de sus informáticos pasara por el piso para volcar aquella información en un disco duro, respondió que ninguno, les abrió la puerta y se despidió con prisas.

—Si os cruzáis con mi cliente en el vestíbulo, por favor no le digáis que sois policías, ¿vale?

Cerró la puerta sin hacer ruido.

Mientras Rebeca pulsaba el botón de llamada del ascensor, Milo extrajo el móvil y llamó al sargento Crespo. Le dijo que ya habían localizado a Elisa Roca, le encargó el asunto y colgó.

En el ascensor, ambos miraron hacia el suelo.

—No lo olvides, solo es piel —dijo Milo.

—Si sabes lo que te quiero decir.

Soltaron unas risas que sonaron como graznidos. Sin alegría.

En la calle, les recibió un intenso aguacero. Se resguardaron bajo una cornisa mientras se ajustaban las prendas de abrigo.

—Diga lo que diga Elisa, no podemos descartar tan rápido a un cliente de Carolina. Podría haberse colgado de ella y, ante su negativa, en un raptó de pasión... —dijo Rebeca.

Milo hizo una mueca.

—Tal vez, pero es poco probable. La clase de tipos que frecuentan *escorts* no quieren líos, no matan. Cambian de cuerpo, compran los servicios de otra, y asunto resuelto.

—Yo no estaría tan segura.

—¿Recuerdas alguna *escort* asesinada en la ciudad durante los últimos años? Prostitutas de carretera o jóvenes atrapadas en redes de trata de blancas, sí; pero esta clase de chicas, no. Y eso que hoy en día abundan a cientos en nuestra bonita Barcelona, y no tan jóvenes. También hay amas de casa, con marido al corriente del asunto. La pasta es la pasta, y la crisis es la

crisis.

Guardaron silencio. Al rato, Rebeca dejó escapar un suspiro.

—¿Quién era en realidad Carolina Estrada?

—Una chica común muy poco común.

Permanecieron unos minutos viendo caer la lluvia.

—Nos queda otro moroso de la lista por visitar.

La subinspectora Mercader resopló de cansancio.

—¿Más miseria? No me apetece nada.

—Ni a mí.

—¿Y si lo dejamos para mañana?

Se miraron un instante. Milo ahogó un bostezo.

—¿Vamos?

—Vamos.

12

Entraron en el edificio. A causa de la lluvia, el conserje había extendido una alfombra verde a lo largo del vestíbulo y fueron por ella hasta el ascensor. Allí encontraron al hombre retirando un par de grandes cubos cargados de bolsas de basura.

—¿Adónde van?

Rebeca consultó la hoja.

—Primero segunda, señores Soler.

—Ya no viven aquí. —Forcejeó con el último cubo para sacarlo de la cabina. Milo lo ayudó manteniendo la puerta abierta—. Se fueron hace un mes, no podían pagar el alquiler.

—¿Conoce la nueva dirección?

El portero asintió con gesto malhumorado. Dejó los cubos en medio del vestíbulo y se metió en su garita. Rebuscó en un cajón. Al cabo, extrajo un trozo de papel mal cortado.

—Calle Sepúlveda, a pocas travesías. La mujer viene aquí de vez en cuando a buscar el correo, pero solo son facturas. Eran buena gente. —Forzó una mueca—. Pero ya sabe, con la crisis...

Dejó sin acabar la frase y cerró el cajón.

Milo y Rebeca salieron de nuevo a la calle. Sin dejar las cornisas, doblaron por Casanova. La calle estaba cortada al tráfico. Al llegar a la Gran Vía averiguaron el motivo. Una gran masa de gente, compuesta por hombres, mujeres, niños y ancianos, desfilaba en silencio por la calzada central. La mayoría portaban paraguas, por entre los cuales sobresalían pancartas contra los recortes en sanidad y educación, contra los desahucios y el paro, y otras pedían pan, trabajo y techo. Por una de las calzadas laterales de la avenida

circulaba a poca velocidad una hilera de furgones de la BRIMO. Nuevos, relucientes, último modelo. Milo calculó unos cuarenta.

—¿Temen que asalten el Banco de España? —dijo Rebeca.

El silencio de los manifestantes, sumado al rumor sordo de sus pasos, y con la lluvia cayendo de forma incesante, confería una extraña dignidad a la escena. Sobre el mar oscuro de paraguas, las pancartas semejaban velas al viento. La amenaza latente de las fuerzas antidisturbios, prestas a intervenir a la menor señal de desórdenes, era la única nota discordante.

—Son personas pacíficas, ¿dónde está el peligro?

Milo indicó los furgones con la barbilla. Le hirvió la sangre.

—Esto es jodidamente perverso —dijo, la voz queda.

Cruzaron la manifestación. A su paso, la gente se fue apartando para dejarles llegar al otro lado. Luego, volvían a agruparse como un organismo vivo bajo la fina cortina de agua. Una masa muda. El ambiente gélido. Las luces azules intermitentes. El despliegue desproporcionado. La protesta justa.

Milo apretó los puños. Rebeca lo cogió del brazo.

—No pienses y sigamos con lo nuestro —dijo, estirando de él—. Acabemos cuanto antes, ¿te parece?

Prosiguieron hasta Sepúlveda con la cabeza gacha.

Rebeca buscó el número del inmueble con los ojos.

En el ascensor, pulsó el botón del segundo piso. Un hombre de avanzada edad les abrió la puerta. Le preguntaron por los señores Soler y le dijeron que querían hablar con ellos.

—Mi hija Merche aún no ha llegado. Está cuidando a un anciano, pero no tardará en regresar.

—¿Y su marido, Domingo Soler?

El hombre distorsionó la cara.

—No vive aquí —dijo. Intentó cerrar la puerta, pero Rebeca la paró con la mano—. Oiga, esta es mi casa, váyanse o...

—Nosotros somos la policía —cortó Rebeca, cansada.

—¿Qué ha hecho ahora ese inútil?

—No es asunto suyo. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

El hombre cambió el tono de inmediato. Les explicó que ahora vivía en un almacén medio abandonado de la calle Mercaders, cerca del mercado de

Santa Caterina. A cambio de vigilar unas mercancías sin valor, el dueño le dejaba instalarse allí, en un local sucio, lleno de ratas y de humedad.

—En un tugurio, que es lo que se merece. Tuve que pagarle todas sus deudas —dijo, airado—. Nuestra pensión gastada por ese... por ese... ¡Un hombre que no es capaz de sacar adelante a su familia no es un hombre!

Dejaron atrás la catedral y avanzaron hacia el mercado. La gente caminaba encorvada, con los hombros encogidos; unos, el paso rápido; otros, arrastrando los pies. No les resultó difícil adivinar a quiénes les iban las cosas bien o regular y a quienes todo lo contrario. Se metieron en la calle Mercaders, un callejón apenas iluminado. A cincuenta metros, distinguieron a un hombre recostado en la pared, junto a una persiana metálica, bajada y con una pequeña puerta lateral. Fumaba un cigarrillo, y el humo que exhalaba se mezclaba con el vaho.

Rebeca fue a golpear la persiana con el puño.

—¿Domingo Soler? —le preguntó Milo.

El hombre levantó la cara en su dirección. Rechoncha, barba mal cortada, ojos redondos y pequeños, ligeramente achinados, la expresión algo bobalicona. Vestía un desgastado abrigo gris, con bufanda, guantes y gorro de lana, y calzaba unos enormes zapatones negros. De estatura media, y grueso, Milo le echó unos cuarenta años.

—Soy yo —dijo, mirando más allá de su hombro.

—Queríamos hablar con usted —dijo Rebeca. Señaló la persiana—. ¿Qué tal si pasamos adentro?

El hombre dejó la boca abierta, sin comprender.

—¿Hablar? —dijo—. ¿Hablar conmigo?

Rebeca y Milo le mostraron las placas. Las miró con curiosidad, las mejillas arrugadas. Alzó la cabeza. Sin lograr establecer contacto visual, les dijo que dentro hacía más frío que fuera y que, además, allí no podía fumar.

—Hay bidones, de combustible. Lo tengo prohibido. —Les enseñó el cigarrillo liado, el papel amarillento. Encogió un hombro—. En la esquina hay un bar. Es un buen bar. Van los del mercado. Es barato. Pero yo no tengo dinero.

—Vamos —dijo Rebeca—. Pagamos nosotros.

Echaron a andar.

—Ya verán, es un buen bar —repitió Domingo Soler, apurando la colilla—. Van los del mercado.

Tomaron asiento en una mesa del fondo. El local estaba medio vacío, pero la temperatura era agradable. Aguardaron en silencio hasta que el camarero les trajo un café con leche muy caliente para él, un cortado para ella y un agua para Milo. Domingo agarró la taza con ambas manos, sin quitarse los guantes.

Las preguntas de Rebeca, después de explicarle lo ocurrido, volvieron a incidir sobre el tema de las amenazas. Milo, entretanto, acercó un periódico que había en la mesa. Era del día, con el proceso soberanista en portada. Pasó distraído las páginas.

—¿La señorita Estrada ha muerto? —dijo Domingo, los ojos desorbitados—. ¿Está muerta?

—¿Dónde estuvo el pasado viernes entre las siete de la tarde y la madrugada del sábado?

El hombre parpadeó confuso. Sin soltar el tazón, clavó la mirada en el techo. La boca abierta. Pareció meditar profundamente.

—En el Corte Inglés..., o en el FNAC, no recuerdo. Allí se está muy calentito. Y después... No sé. En el almacén. Duermo en el almacén, tengo una cama. Me la construí yo.

—¿Tiene algún testigo que nos lo pueda corroborar?

Movió la cabeza de un lado para otro, aturdido.

—Háblenos de sus amenazas a Carolina Estrada.

Domingo se dobló hacia delante hasta acercar los labios al tazón. Fue dando varios sorbos antes de responder.

—La señorita Estrada fue muy buena conmigo, muy buena. Entendió mis nervios cuando me disculpé. ¿No lo sabían? Me disculpé con ella, por mis malos modos. —Levantó la cara—. No era yo, y ella se puso en mi lugar. Tuvo mucha paciencia conmigo. Pasé muy mala época, hasta que conseguí pagar las deudas. Ahora no tengo deudas. Ya no consumo, casi no gasto.

Rebeca contempló su aspecto apocado, tímido. Le resultó evidente que no tenía muchas luces y se sintió hastiada.

—Fue muy amable —dijo Domingo—. Me prometió que si sabía de algún

trabajo me llamaría. Fue un ángel conmigo. Yo jamás le haría daño —agregó, frunciendo el ceño—. No podría. La señorita Estrada fue muy buena conmigo, muy buena —repitió. Se persignó muy despacio, con un respeto casi reverencial—. Yo sé lo que es soportar broncas y amenazas de los clientes. Por mi anterior trabajo. Pero ella no se merecía una cosa así. Dios mío, pobre señorita Estrada.

Rebeca puso cara de circunstancias. Miró a Milo en busca de ayuda, pero él estaba absorto leyendo el periódico. Furiosa, le soltó si se le ocurría alguna pregunta más.

—¿Tiene coche? —dijo Milo sin quitar la vista de la prensa.

Domingo aproximó la taza a la boca. Tragó de forma ruidosa hasta apurar el café con leche. Entretanto, Milo leyó su horóscopo: «Es un excelente día para cualquier actividad social. Gustarás y podrás conocer a gente interesante con la que congeniarás». Cerró el periódico de golpe.

—Le he preguntado si tiene coche.

—No, no. Mi mujer decidió venderlo. Hace tiempo. Pero ¿saben?, yo no me he venido abajo como otros. Saco un poco de dinero vendiendo *kleenex* por los semáforos. Y mecheros.

Milo se levantó de súbito. Rebeca lo imitó, más lentamente.

—¿Te importa pagar? Es que no llevo suelto.

Ella lo atravesó con la mirada. Luego, renegando, se encaminó a la barra. Milo se llevó el botellín de agua a la boca.

—Encontraré un trabajo, ya lo verán —dijo Domingo, apretando el tazón—. Yo no soy un parásito.

—No lo dudo, amigo. Buena suerte.

Ya se alejaba cuando lo oyó seguir hablando. Se detuvo.

—A lo mejor Merche tiene razón y no soy muy espabilado, pero encontraré un empleo. —Mantuvo la cabeza baja, dirigiéndose al tazón—. Saldré de esta. Y recuperaré a Merche y Rosina. No soy un inútil, diga lo que diga mi suegro.

Irguió la cabeza poco a poco. Sin cerrar la boca, miró por encima del hombro de Milo. Sus ojos mostraban dolor.

—La señorita Estrada fue muy buena conmigo. Muy buena.

Salieron a la calle.

—Joder —dijo Rebeca—. Estamos perdiendo el tiempo. Ese tipo no sabía

que Carolina había muerto. ¿Has visto su sorpresa cuando se lo hemos dicho? Solo es un don nadie que lleva una vida de perros.

Milo asintió, los ojos cerrados.

Caminaron Vía Layetana abajo, en dirección al mar. La calle estaba desierta. Continuaba cayendo la llovizna, pero ninguno de los dos pareció darse cuenta. Rebeca comentó que ya estaba bien por hoy, que daba la jornada por terminada.

—¿El señor me da permiso para hablar de temas personales?

—Me están esperando —dijo Milo, sin inflexión.

—¿Otra mujer?

—¿Y qué si lo fuera?

Rebeca respiró hondo, se contuvo.

—No me gusta ir detrás de los tíos. Y tú y yo teníamos algo, algo bueno. Pareces haberlo olvidado.

Milo hundió las manos en los bolsillos.

—Los contratos sociales no son mi fuerte.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Hablar de lo que siento o dejo de sentir no servirá de nada.

—Te escaqueas, como siempre. Conozco tus trucos.

—No sabes nada de mí, de mi situación.

—Sé lo suficiente.

—Pues no lo parece. —Se detuvo en seco—. Te dije que no soy un tipo normal. Te avisé de que no reacciono como todo el mundo. No me vengas ahora con quejas.

Rebeca se encabritó.

—¡Me has estado utilizando, pedazo de hijoputa!

—Eh, mal genio, para el carro. Hacen falta dos labios para silbar y nadie te puso una pistola en la sien. Ya somos adultos.

—Unos más que otros —dijo ella, cortante.

—No seas pueril.

—¡Habló la madurez! Esto no nos lleva a ninguna parte.

—¿Qué problema tienes exactamente conmigo?

Rebeca sacudió la cabeza con incredulidad. Dio unos pasos y separó los brazos. Al cabo, volvió a plantarse ante él.

—No era esto lo que me imaginaba —dijo—. El principio fue..., fue algo increíble. En Port de la Selva, tú y yo... En cambio, ahora, todo ha cambiado. Ya no hay restaurante, copa y, luego, tu casa o la mía. Y no me explico por qué.

Milo señaló la estatua de un hombre en medio de la plaza.

—Ese tipo era un negrero. Antonio López. La ciudad erigió una estatua a un negrero. Y aún está aquí. ¿Te parece algo con sentido? Aquí nada tiene sentido. ¿Por qué me lo exiges a mí?

—No soy feliz.

—¿Quién es feliz? Nadie es feliz. Estamos en crisis.

—Quiero más. Como al comienzo.

Observó su rostro tenso, cómo entornaba sus ojos de gata, un ligero temblor en los labios.

—Escucha, la música no es lo mío, pero hasta yo sé que el inicio de *Smoke on the water* es portentoso, de leyenda. Pero el resto del tema es flojo, no está a la altura. —Se calló, no sabía cómo continuar—. Pues eso. Que no te fíes de los comienzos.

Rebeca le dirigió una mirada de odio.

—Detesto tu palabrería, todo ese bla, bla, bla. No eres diferente, eres como todos. Y no tienes ni puta idea de música.

Milo soltó un suspiro.

—Has tardado mucho en plantarte.

Sin mediar palabra, Rebeca se acercó al asfalto y escudriñó la noche en busca de un taxi. Ni rastro de ninguno. La espera se hizo eterna. Minutos después, divisó uno y alzó la mano. Se subió de forma apresurada. El vehículo arrancó con celeridad.

Milo lo siguió con la vista hasta que se perdió a lo lejos.

Empapado, abrió el portal de la calle Atlántida, echó un vistazo a su espalda, y luego entró en el reducido vestíbulo. Subió cabizbajo los cuatro pisos hasta el ático. En el rellano, empujó la puerta con desgana. El pastor mallorquín asomó la cabeza.

Fue verlo y sentir el corazón en un puño.

En un arranque, se agachó y lo abrazó con fuerza, acariciando su lomo sin cesar. Por el impulso, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Sin soltarlo, ambos se revolcaron. Un extraño golpeteo le llamó la atención. Era el perro, agitando la cola.

—*Tío*, debes de estar a punto de reventar. Bajemos a la calle.

Fue a coger la correa. Se detuvo.

—No la necesitamos, ¿verdad?

Corrieron por el paseo Marítimo. Milo, animándolo a ir más rápido; y el pastor mallorquín, jadeando con la lengua fuera.

Poco después, se sentó en un banco.

Echó un vistazo alrededor. El rumor de las olas en la orilla, el tableteo de la lluvia al caer en el pavimento, la ausencia de los ruidos del tráfico o el griterío de los turistas en los chiringuitos.

Acercó la cara al pastor mallorquín.

—Esto es gloria bendita, *Tío*. Tendrías que verlo en verano. Es insoportable. El sol te nubla el conocimiento y no se puede dar ni un paso. Por eso prefiero el invierno. La gente desaparece de las calles y el frío me despierta el cerebro. Y lo mejor de todo: hay menos horas de luz. En la oscuridad lo veo todo más claro.

Volvió a mirar en torno.

Ni rastro de la golden retriever. Ni de su dueña.

—Parece que hoy te quedas sin tu compañera de juegos.

Extendió los brazos en el respaldo y levantó el rostro hacia el cielo. Abrió la boca. Las gotas repiquetearon en sus dientes.

—¿Sabes una cosa, *Tío*? —dijo, sin moverse—. Te he echado de menos.

Se enderezó en el acto. Sorprendido, dio un vistazo a izquierda y derecha. Nadie. Volvió a doblarse hacia el perro.

—Me estás haciendo perder la cabeza —dijo, agarrándolo por ambas mejillas. Lo sacudió levemente, de lado a lado—. Si camina como un pato, habla como un pato y no sé qué más como un pato, ¿qué es?

El pastor mallorquín aguardó bajo el intenso frío, asintiendo con cada jadeo como si tuviera un muelle en el cuello.

—¿Un perro, por ejemplo?

Se echó a reír.

Apoyó la frente en la suya.

—*Tío*, ¿tú nunca ladras?

El perro le soltó un lametazo.

—Oye, tampoco te pongas besucón, ¿vale?

Se puso de pie. Notó el pinchazo del hambre.

—Vayamos a cenar. ¿Te apetece una butifarra requemada?

Durmió inquieto. Se sentía agotado, pero el sueño se le escapaba una y otra vez mientras su mente lo acosaba con imágenes perturbadoras. El rictus de Susana al deslizar la losa, los gusanos caminando por el rostro rígido de Carolina, la cabeza de su sobrino Marc con los sesos desparramados por un disparo a bocajarro.

Antes de amanecer, dejó de pelearse con el cerebro y se levantó del sofá. Fue a la puerta de la terraza. Contempló el mar, la extensa llanura negra. Los fantasmas, siempre los jodidos fantasmas. Los maldijo en silencio.

Rememoró otro mar, el de su infancia en Port de la Selva, donde vivió durante seis años con sus abuelos maternos. Esbozó una sonrisa desvaída. El viejo pescador tenía una obsesión: proteger la cabeza de Milo de lo que él llamaba «las imágenes nocivas». De este modo, cuando se sentaban a la mesa para comer y sintonizaba el telediario, siempre estaba presto a cambiar de canal con rapidez si aparecían imágenes de cadáveres, niños heridos por las bombas o mujeres golpeadas por una turbamulta. Milo protestaba, diciendo que veía lo mismo o cosas peores en las películas; entonces su abuelo, invariablemente, replicaba: «Eso es ficción, y esto realidad. No es bueno que tu cabeza almacene imágenes tan terribles, tienes que mantenerla limpia». Congeló la sonrisa. Sí, la mente limpia, se dijo. La mantuvo casi impoluta hasta los doce años. Hasta que regresó a Barcelona con su padre y su hermano. Hasta que el afecto y el cariño fueron sustituidos por la tensión y la violencia. Hasta que la atmósfera malsana y el avance de la esquizofrenia se convirtieron en el pan de cada día. Y por último, hasta que su trabajo terminó de ensuciarla con la realidad en directo.

El pastor mallorquín recostó el lomo en sus piernas.

Retornó al presente.

Transcurridos unos instantes, le frotó el hocico.

—Escucha, me voy a nadar un rato. —Lo señaló con el índice y adoptó un tono severo—. Te dejo venir conmigo si me prometes que no te meterás en el mar.

El perro sacudió la cola.

Con el chapuzón, fue igual que si le clavaran mil agujas por todo el cuerpo. Sintió la cabeza estallar, el corazón a punto de saltarle por la garganta, los músculos paralizarse por la impresión. Las primeras brazadas casi le hicieron desistir del intento.

Pero fue acompasando la respiración, recuperando la sensibilidad de brazos y piernas, y poco a poco el ejercicio empezó a resultarle placentero. A medida que se adentraba en el mar, nadando entre la negrura del fondo y del cielo, se preguntó si aquello no era masoquismo puro. Una especie de castigo. Se detuvo a media brazada. Boqueando, se dejó flotar, aturdido por la idea.

Al volverse hacia la orilla, descubrió un bulto oscuro abriéndose paso a duras penas en su dirección.

—Hostia puta, *Tío*.

Lo alcanzó a medio camino.

—No tienes palabra.

Regresaron juntos, con Milo soltándole empujones para ayudarlo a ganar tierra firme. Salieron del agua, los dos temblando, y a la carrera fueron hasta el ático. Después de la ducha, una vez el sol hubo despuntado, el sueño empezó a tentarlo. Fue entonces cuando sonó el móvil, escuchó la voz de la sargento de la central de comunicaciones y se despejó por completo.

13

Tomó el metro en la estación de la Barceloneta para no llegar tarde. Los pasajeros consultaban sus móviles, escuchaban música por los auriculares o dormitaban en los asientos; miraban a ninguna parte, unos con expresión ausente, y otros, retadora. Cada uno encerrado en su mundo. Se bajó en Urquinaona para hacer transbordo. Los túneles estaban repletos. La mayoría se afanaba en avanzar, pero otros bloqueaban el paso caminando cansados, con desgana. El aire viciado olía a sudor, a cerrado, y la atmósfera allí abajo era agobiante.

Cogió la línea roja hacia plaza de España.

El vagón estaba atestado. A pesar de ello, un hombre con un acordeón se empeñaba en tocar una musiquilla irritante al compás que marcaba una mujer con una pandereta. Las toses, los estornudos, los empujones. Un anciano, de pie, lo soportaba con mirada estoica. Varios jóvenes, sentados, hablaban a pleno pulmón. Los demás, con los rostros estragados por el sueño o la tristeza, se conformaban con aguantar resignados.

El convoy se detuvo en la parada anterior, se abrieron las puertas, bajó y subió gente, y volvieron a cerrarse. No arrancó. Pasaron unos minutos. Las puertas se abrieron de nuevo. Por los altavoces del andén, un empleado anunció que por causas técnicas se suspendía el servicio durante un tiempo indeterminado.

—¿Causas técnicas? ¡Ya! —dijo una mujer con fastidio—. Uno más que se ha quitado de en medio.

—Cada día lo mismo —se quejó un hombre vestido con un mono de trabajo—. ¿No podrían escoger otro sistema y así no dar por culo a los demás? Quién me paga a mí ahora el tiempo que me descuentan.

Milo imitó al resto del pasaje y se apeó del vagón.

Recorrió el último tramo andando.

Entró en el parque Joan Miró por la calle equivocada y, mientras oía el ruidoso ulular de unas sirenas abriéndose camino entre el tráfico hacia la plaza de España, tuvo que atravesarlo para llegar a la zona de juegos infantiles. Un numeroso grupo de personas señalizaba el sitio exacto.

Divisó a la comisaria jefe cerca de varios agentes, el rostro circunspecto. Vestía anorak azul, voluminosa bufanda del mismo color, pantalones del uniforme asomando por debajo y botas térmicas. Un gorro, de un discordante color hueso, le cubría la cabeza. A pesar de su rango, no le extrañó que hubiera acudido al parque. Había aparecido otro perro empalado y ella quería hacerse ver ante los vecinos, los periodistas, la gente en general; que todos comprobaran que el Cuerpo se tomaba en serio aquel asunto. Convenía tener la prensa a favor. Anna Bassa sabía latín, se dijo sin asomo de ironía. Por el mero de hecho de estar presente, cerraba un montón de bocas. Y de críticas.

Fue directo hasta ella.

—Llegas tarde, inspector Malart.

Milo pensó que no valía la pena explicarle los motivos.

Dio un vistazo por el lugar. Ya habían retirado el cuerpo del animal, en esta ocasión un bulldog francés, pero se aproximó de todas formas al sitio donde lo habían plantado. Se acuclilló, observó el agujero no muy profundo en la tierra, las huellas. Volvió de nuevo donde la comisaria. Preguntó si habían sacado moldes. No, los vecinos habían echado a perder el escenario. No había testigos, y tampoco cámaras que hubieran grabado el episodio. La hipótesis más lógica era suponer que el responsable habría acudido al parque poco antes de amanecer, amparado en la noche cerrada, llevando al perro ensartado dentro de un saco grande de plástico para evitar el goteo de sangre por la calle y el rastro consiguiente. Hablaron en singular. No tenía mucho sentido pensar que por cuarta vez fuera obra de unos gamberros; la clave de una diversión perversa residía en la novedad, quizás en llevarla a cabo un par o tres de veces, pero no en tanta repetición. Anna Bassa le explicó que de nuevo le había partido el cuello al perro, desplazado las vértebras de forma limpia y rápida. Y sí, era evidente que el individuo sentía predilección por los canes pequeños y de corta edad. Lo achacaron a que sus cuellos eran más estrechos,

resultaban más fáciles de manejar en el momento de hacerse con ellos, y livianos a la hora de transportarlos. Por último, repararon en el denominador común: elegía parques abiertos, y siempre la zona de juegos infantiles.

Ambos se quedaron mirando. Poco quedaba por añadir.

La comisaria jefe se aclaró la garganta.

—Los foros y las redes sociales están encendidos. Una asociación en defensa de los derechos de los animales y contra el maltrato ofrece una recompensa de nueve mil euros a quien aporte datos relevantes sobre la identidad del autor.

—Era de esperar —dijo Milo.

Observó el cielo, los nubarrones negros cada vez más cargados de agua. El aire suspendido como una gota de hielo.

—Toda esta violencia gratuita me da náuseas. No entiendo a quienes disfrutan con el dolor ajeno.

—¿Y por Carolina Estrada? —dijo Milo de improviso.

—Por Carolina Estrada qué.

—Si no hay nadie que ofrezca una recompensa para atrapar a su asesino. ¿No hay ninguna asociación en defensa de los derechos de las jóvenes universitarias?

—No saques las cosas de quicio, inspector Malart.

Milo se mordió los labios.

El asunto se estaba desmadrando, pensó, y era él quien sacaba las cosas de quicio. Por nueve mil euros, se dijo que pronto saldrían voluntarios en masa a la calle para vigilar los parques de la ciudad. Era una bonita cifra para los tiempos que corrían.

Desplazó la mirada hacia ella.

—¿Qué hago aquí, comisaria? Esto no tiene sentido.

—¿Todavía buscas un sentido a la realidad?

Milo bajó la cabeza.

—Me refería a mi presencia aquí, jefa.

Ella permaneció con el rostro pétreo, inmutable. Abrió la boca para replicar, pero unas notas de *Els segadors* sonaron en su móvil y se alejó unos metros para contestar. Milo la observó de reojo. Empalidecer por momentos. Dar una respuesta seca y colgar. Por su gesto lento y meticuloso al guardar el

móvil en el bolsillo, Milo adivinó que se avecinaban complicaciones.

La comisaria jefe se aproximó hasta él y le indicó que la acompañara. Caminaron en dirección opuesta al grupo de gente.

—Se ha producido otro asesinato —dijo en voz baja y pausada—. De nuevo por estrangulación. Esta vez la víctima es un abogado, Lorenzo Puig. Han encontrado el cadáver en su piso.

Se puso rígido.

—¿Lorenzo Puig? ¿El tercer socio del bufete donde trabajaba Carolina Estrada?

Anna Bassa asintió. Luego, inspiró con fuerza y dijo:

—Vivía en un edificio de Travessera de les Corts con Numancia, justo encima del parque donde apareció el primer perro empalado.

Milo dejó pasar unos instantes.

—No puede ser coincidencia.

La comisaria jefe negó muy despacio con la cabeza.

El coche de Anna Bassa se detuvo en la esquina opuesta al edificio y Milo se apeó. Aguardó a que arrancara camino de la Central, y luego se dispuso a cruzar el paso de peatones. En aquel momento vio que el furgón forense bajaba de la acera de enfrente para sumarse al tráfico de la calle Numancia. Sonaron unos bocinazos de protesta. Cerca de la entrada del inmueble permanecían dos vehículos de la División de la Policía Científica, tres unidades de los Mossos y una ambulancia con las puertas abiertas. Los curiosos habituales se agolpaban tras la cinta balizadora mientras unos agentes impedían que nadie se aproximara. Milo se colgó la placa al cuello, se abrió paso, y, agachándose para sortear la cinta, se dirigió al portal.

En el amplio vestíbulo, un hombre gesticulaba de manera ostentosa ante dos sargentos que lo interrogaban. Uno de ellos, al ver a Milo, le indicó el piso de la víctima y el camino hacia los ascensores.

—¿Es usted el conserje? —El hombre asintió de inmediato—. Quiero hablar después con usted, no se aleje demasiado.

—Pero ¿cuántas veces voy a tener que repetirles mi declaración? —clamó el portero.

Caminó hasta el fondo, donde el vestíbulo se bifurcaba en escalera derecha e izquierda. Tomó por la primera, subió a uno de los dos ascensores y pulsó el botón de la planta octava. Procurando no pensar en el abismo que se extendía bajo sus pies, se abrió la cazadora y sacudió el cuello. Salió de la cabina, miró en ambas direcciones. El pasillo era largo, con ocho puertas por rellano. Al final del mismo, Milo vio a Boada con la frente apoyada en el marco de una puerta, pálido como un espectro. Anduvo hacia él. A medida que se acercaba, empezó a percibir el hedor.

Le palmeó el hombro.

A causa del sobresalto, el inspector Boada pegó un bote.

—A lo mejor esto no es lo tuyo, Edgar. ¿Lo has pensado?

Se detuvo en el umbral. Tomó aire por la boca y cerró los ojos. Intentó vaciar su mente, borrar cualquier pensamiento. Se concentró en el color azul, un truco que siempre le había funcionado. Una vez con los sentidos alerta, entró en el piso.

Puerta de seguridad, con refuerzo metálico y mirilla. Sin recibidor, dos niveles separando la entrada de la sala. Decoración moderna, de lujo. La calefacción muy alta. El suelo de mármol blanco italiano, alfombras negras. Al fondo, un gran sofá blanco repleto de almohadones negros y blancos con una mesa baja de cristal delante. En la pared izquierda, una gigantesca fotografía en blanco y negro de Nueva York de noche. Enfrente, un mueble de un discordante lacado frambuesa; equipo de música, televisor plano de cuarenta pulgadas y algunos marcos con retratos. Sin libros. Un ventanal de pared a pared, los estores bajados. Por el techo, ojos de luz con reguladores de intensidad. A la derecha, una puerta abierta, y otra en el lado opuesto, dejando ver parte de los sanitarios blancos sobre un suelo de gres negro. A su izquierda, una cocina americana, los armarios blancos, la encimera de mármol negro jaspeado, con tres taburetes negros ante una barra blanca. Sobre esta última, una botella de champán con etiqueta amarilla, tres cuartos vacía, y una copa con dos dedos de líquido desbravado. A un par de metros, una mesa de comedor con cuatro sillas dispuestas. El piso reformado de un soltero donjuán con pasión por el ajedrez. Dedujo que había sacrificado la segunda habitación para ganar una

sala más espaciosa.

—Qué, ¿haciendo tu numerito habitual? —dijo Rebeca.

No contestó.

Los de la Científica, con sus monos blancos de plástico, gorros en la cabeza y fundas en los zapatos, recorrían el lugar con sus maletas plateadas. Manu Márquez le saludó con un gesto y desapareció en el baño.

—¿Por qué tanta prisa en llevarse el cuerpo?

—Eso pregúntaselo a Bonhora.

Milo chasqueó la lengua.

—Subinspectora, te lo pregunto a ti. Y no me apetece recordarte que mi nombre es inspector.

No vio su cara de pasmo.

—Estaba medio descompuesto —explicó Rebeca—. Llevaba muerto desde el viernes por la noche, hacía más de tres días, y con la calefacción tan alta...

—¿Cómo sabéis que se produjo el viernes?

—Hemos analizado su móvil, las últimas llamadas. —Hojeó su bloc de notas—. Después de salir el viernes del bufete, la víctima llamó a las 18.47 horas a un amigo, un tal Borja Rovira. Nos ha contado que Lorenzo Puig lo invitó a cenar esa noche en el Tragaluz a las 21.30 horas, donde había reservado mesa para dos. Aún no lo hemos podido confirmar con el restaurante, está cerrado a estas horas. Por lo visto, pretendía celebrar por todo lo alto su última racha de buena suerte. El amigo, al ver que no se presentaba a la cita, lo llamó al móvil varias veces, sin éxito. Media hora después, harto de esperarlo, se largó cabreado, pensando que le había dado plantón por haberle surgido otro plan más interesante, cosa que ya le había sucedido en más de una ocasión a pesar de las promesas de la víctima. Por este motivo no se le ocurrió pensar que podía haberle pasado nada malo.

—¿Qué opina Bonhora?

—Sin hacerle la autopsia, no suelta prenda sobre la hora de la muerte. Pero en principio dice que puede encajar con el testimonio del amigo.

—Me sigue sorprendiendo tanta celeridad en llevarse el cuerpo. ¿Qué juez ha ordenado el levantamiento del cadáver?

—Un viejo conocido nuestro, Ignasi Nadal, pero se ha inhibido a favor de

Martín Losada, nuestro juez tocapelotas. La opinión general es que la muerte de Lorenzo Puig está relacionada con la de Carolina Estrada.

Milo se pasó las manos por la cabeza.

—¿Causa de la muerte?

—Igual que la de Jaque. Asfixia mecánica. Las mismas marcas en el cuello. Y esta vez Bonhora no tiene ninguna duda de que el asesino lo estranguló por la espalda. Ah, me ha dicho que esta tarde pasará por la guarida y que quiere hablar contigo.

—Se llamaba Carolina, subinspectora —corrigió—, no Jaque.

—A la orden, inspector.

—Déjate de hostias y dime dónde fue hallado el cadáver.

—En el cuarto de baño, de rodillas, con el pecho apoyado en el borde de la bañera, la cabeza dentro del agua. Y medio desnudo, con un albornoz blanco por la cintura.

Milo giró el cuello de golpe hacia ella.

—¿Indicios de agresión sexual?

Rebeca hizo un gesto negativo.

—¿Señales de haber trasladado el cuerpo?

Repitió el gesto.

—¿Quién lo descubrió?

—La mujer de la limpieza. A las ocho, cuando ha llegado como tiene por costumbre. Viene a limpiar el piso los martes y los viernes. Te habrás cruzado con ella en los ascensores camino de la ambulancia. La hemos tenido que llamar porque le ha dado un ataque de ansiedad, por la impresión. El pestazo tiraba para atrás, y no te digo cuando ha visto el cuerpo.

—¿Ha tocado algo?

—Por lo poco que nos ha podido contar, el picaporte de la puerta de entrada y nada más.

—¿Estaba cerrada?

—De golpe, sin girar la llave.

—¿Y la del baño?

—Abierta, como está ahora.

Milo se rascó la barba.

—¿Qué piensas?

—Que pica. Voy a tener que afeitarme un día de estos. ¿Los de la DPC ya han acabado con el suelo?

—Sí, y han encontrado huellas de pisadas con barro. Por la entrada, la sala y el baño. Del número cuarenta y cinco. Ninguna en el dormitorio de la víctima. Ya puedes dejar de hacer la estatua y caminar por el piso, inspector.

Milo se dirigió a la barra de la cocina. Leyó la etiqueta de la botella de champán. Veuve Clicquot. Le preguntó a Rebeca si era bueno. Ella se encogió de hombros.

—Los hay mejores.

A continuación, se acercó al enorme mueble frambuesa. Observó los retratos. En todos aparecía el mismo rostro. Agraciado, de ojos claros, sonrisa bien dibujada, dientes perfectos, con el pelo como recién salido de la peluquería.

—¿Lorenzo Puig?

—El mismo, a quien tú llamaste Groucho Marx.

Arrugó la cara.

—Sí, no estuve muy acertado. Se parece más a Zeppo, el más atractivo de los cuatro. Y el menos divertido.

Rebeca se mordió los labios para no replicar.

Milo aproximó la nariz al equipo de música, un LG. Se fijó que estaba activada la tecla de REPEAT. Extrajo un pañuelo de los vaqueros y pulsó el PLAY del reproductor de cedés. El volumen atronador de una guitarra resonó por todo el piso. Dos miembros de la Científica salieron del baño con rapidez, seguidos por el inspector Sena. Los tres le miraron con perplejidad.

Milo lo apagó enseguida. Adoptó una expresión inocente.

—Solo comprobaba su funcionamiento.

—Se nos acumula la faena —dijo Sena con un resoplido. Sacó su bloc—. Ya hemos hablado con el portero. Según declara, el viernes, aproximadamente a las ocho, vio subir a un hombre, un repartidor, con un ramo de flores para la víctima. No puede decirnos mucho del sujeto, solo lo vio de lado, desde lejos, y apenas unos segundos. Volvía del cuarto del material, cargando la alfombra impermeable y el paraguero para colocarlos en el vestíbulo, cuando lo vio a

punto de subir al ascensor. Le preguntó a voces adónde iba y el tipo dijo que al octavo octava, que llevaba flores para el señor Puig de parte del bufete. Una bufanda le tapaba media cara. Se metió en la cabina, y eso es todo.

—¿No lo vio bajar? —se extrañó Milo.

El inspector Sena hizo una mueca.

—Había ido al sótano en busca de los cubos para retirar las bolsas de basura de los vecinos, algo que suele hacer poco antes de las ocho y media.

—Si ese repartidor es el asesino, tuvo una suerte de todos los demonios —dijo Rebeca.

Meditabundo, Milo regresó al equipo de música.

—¿Una suerte como la de la víctima? —repuso.

—Todo es cuestión de rachas.

Observó el LG un rato. Luego, escrutó la sala a su espalda. Acto seguido, se asomó al dormitorio e hizo otro tanto. Sobre la cama vio tendidos unos pantalones negros, una camisa de color púrpura, un *slip* y unos calcetines negros, y en el suelo unos zapatos relucientes a juego; en la puerta del armario, una americana también negra pendía de un colgador. Todo era de marca.

Fue a la cocina y repitió la operación.

—La suerte es un cuento chino —dijo—. No existe.

Rebeca se impacientó.

—¿Se puede saber qué estás buscando?

Milo se encaminó hacia el baño. Se detuvo en el umbral.

—Márquez, ¿alguno de vosotros ha tocado algo de la sala?

—Todo está tal y como lo hemos encontrado. Nos hemos limitado a tomar huellas, recoger rastros y embolsar pruebas. ¿Vas a enseñarnos ahora a hacer nuestro trabajo?

Milo se forzó a sonreír.

—Me gusta tu estilo, siempre tan bromista. —Apagó la sonrisa—. ¿No habéis retirado nada?

Márquez sostuvo su mirada. Cabeceó.

—No, ni tocado ni retirado. ¿Contento?

—¿Acaso me ves pegar saltos?

—Si quieres, puedo enseñarte las fotografías.

—No será necesario —dijo, dando media vuelta. Un instante y volvió a

asomar la cabeza—. ¿Había huellas en el timbre?

—Nada, ni una parcial siquiera.

—¿Y en el picaporte?

—Unas completas. De la mujer de hacer faenas, lo más probable. Le hemos tomado las suyas para compararlas.

—¿Habéis buscado en la hoja exterior de la puerta?

En vez de contestar, Márquez alcanzó una cámara y buscó una imagen en la memoria. Le mostró un otograma, la huella de una oreja que alguien había dejado al pegar el oído a la puerta. Milo vio la marca de sudor y grasa que habían revelado con cerusa o polvos magnéticos. Un pabellón auditivo perfectamente delimitado. Aquel nuevo sistema de identificación permitiría cotejar la oreja de un sospechoso con el otograma, un método tan eficaz como el de las huellas dactilares pues no hay dos seres humanos que tengan las orejas iguales.

—Por la altura a la que lo hemos hallado, el sujeto es de estatura media, entre metro setenta y metro ochenta; seremos más exactos cuando analicemos la inclinación del pabellón auditivo. No lleva el pelo largo ni *piercings* o pendientes.

—Me quito el sombrero, Márquez. Sois la hostia de profesionales —dijo. Echó un vistazo general al baño, observó un secador de pelo sobre el lavabo, y retiró la cabeza.

En la sala, volvió a escrutar cada espacio con detenimiento.

La subinspectora Mercader se dirigió a Sena.

—Esta vez os toca a vosotros notificar la muerte a la familia. Que os sea leve.

—Como quieras. Pero la única familia que le quedaba es su madre, de ochenta y seis años y con Alzheimer en fase terminal. Está ingresada en un asilo de la parte alta de la ciudad. —Sonrió de oreja a oreja—. No se va a enterar de nada.

—Joder, y encima hay quien opina que la suerte no existe.

Sin darse por aludido, Milo se sentó en uno de los taburetes.

Al cabo de unos minutos, los de la Científica recogieron sus equipos y empezaron a desfilas hacia la salida.

—Todo vuestro —dijo Márquez.

—Respecto al informe... —dejó escapar Milo.

—Cuanto antes.

—Todavía estamos esperando el de la primera víctima.

Márquez apremió el paso para salir del piso. En la puerta se cruzó con Boada, quien, lívido, ocupó un taburete sin abrir la boca. Sena se apresuró a sentarse en el que quedaba libre.

Rebeca se situó ante ellos con los brazos en jarras.

—Bien —dijo—, ¿primeras conclusiones? —Los tres guardaron silencio—. De acuerdo, yo compondré los hechos. Esto es lo que sucedió.

—La víctima salió del bufete el viernes a media tarde. Estaba contento por algún motivo, animado. Decide celebrarlo y llama a un amigo. Por el relato del tal Borja Rovira se desprenden dos cosas: que mantenían algún tipo de relación, con lo cual era gay, algo que no guardaba en secreto, y que era un calavera, vamos, que tenía varios compañeros de baile. En principio, sus tendencias sexuales nos importan un pimiento, salvo por la postura en que fue hallado el cadáver. No podemos descartar el crimen pasional. —Repasó uno a uno los rostros de los inspectores—. Sigo. Lorenzo Puig llega a casa, descorcha una botella de champán y pone música. Escoge la ropa con la que va a salir de fiesta, la extiende en la cama. Va y viene por el piso, bebiendo de la copa, quizás improvisando unos pasos de baile.

Milo hizo un gesto para que se detuviera. Fue hasta el aparato de música y cogió el mando. De nuevo en el taburete, dio al PLAY. Bajó el volumen con rapidez. Sonaron los acordes rasgados de una guitarra, una voz blanca cantando.

—Es bueno —dijo—. Tiene ritmo.

—Un tema clásico —explicó el inspector Boada—. *One Bourbon, One Scotch, One Beer*, la versión que hizo George Thorogood. Yo prefiero la de John Lee Hooker, es más auténtica, menos roquera, y con unos...

—¿Puedo continuar o qué?

Boada, enrojeciendo, puso ojos de cordero y cerró la boca.

Milo bajó varios puntos el volumen.

—Gracias. Decía que Lorenzo Puig está exultante y decide darse un baño.

Empieza a llenar la bañera. Se desnuda, se pone el albornoz. Entonces oye el timbre y acude a la puerta.

—¿Con este volumen? —dijo Milo, subiéndolo al nivel de cuando había pulsado el PLAY la primera vez. El sonido era ensordecedor. A gritos, preguntó —: ¿Puedes oírme?

La expresión de Rebeca mostró desconcierto.

Sena se llevó las manos a los oídos y Milo lo bajó de nuevo.

—Dejémoslo por ahora. Prosigue.

—Acerca el ojo a la mirilla —dijo ella, la voz no tan segura—. Ve las flores, le ocultan la cara del repartidor, y, confiado, pensando que es el empleado de una floristería, abre la puerta. Entonces el asesino lo sorprende y...

—¿Por qué se lo llevó hasta el baño? —preguntó Sena—. Lo más lógico hubiera sido atacarlo en la entrada, aquí o en la sala. Y no hay señales de forcejeo.

—A lo mejor lo conocía y hablaron un rato. Pudo estallar una discusión y, no sé, una cosa llevó a la otra. —Dejó caer las manos por los costados—. Está bien, me rindo, que siga otro.

Los tres se volvieron hacia Milo.

Llevaba el compás de la música con la cabeza.

—Es realmente bueno este tema. Me gusta. Un *bourbon*, un escocés y una cerveza. Condenadamente bueno.

—¿No tienes nada más que añadir?

—Sí —dijo—. Las flores. ¿Dónde están las flores?

14

Concluyeron que de momento no tenían nada más que hacer allí y Sena encargó al inspector Boada que avisara por *walkie-talkie* a los agentes para que subieran a precintar el piso.

—Y luego, que recorran todo el edificio, puerta por puerta, para averiguar si algún vecino se topó con el tipo de las flores. Con un poco de suerte, a lo mejor obtenemos una descripción de ese individuo. Y Malart, no me mires así, quién sabe.

Salieron al pasillo.

—Tenemos que volver a hablar con esos abogados, con el gordo y el flaco —señaló Milo—. El repartidor dijo al portero que las flores eran de parte del bufete. Si sabía que la víctima trabajaba en Pons, Galver y Puig, puede que esté relacionado de una manera u otra con ese despacho. Sea como sea, el bufete es el elemento común de los dos asesinatos.

—Pues tú y yo lo tenemos claro —dijo Rebeca—, sobre todo tú, que te hiciste su amigo del alma. —Y sarcástica, agregó—: Se mostrarán la mar de comunicativos, ya verás.

Reflexionó unos instantes.

—Tienes razón, es una mala idea. —Se dirigió a Sena y Boada—. Mejor que vayáis vosotros, y cuanto antes. ¿Qué tal ahora mismo? Nosotros iremos a hablar con el conserje.

—Escuchad —dijo Rebeca—, esos dos me dan mala espina. Tenéis que someterlos a un tercer grado, ¿entendido? No me fio un pelo de ellos. Boada, duro con esos cabrones, ¿está claro? —Enarcó las cejas—. ¡Venga, en marcha!

Milo disimuló una sonrisa mientras Boada arrancaba a caminar, como movido por un resorte, seguido por un Sena que no paraba de hacer muecas.

Se recostó en la pared. Hundió las manos en los bolsillos.

—Oye, respecto a lo de anoche... —dijo Rebeca.

—Ahora no, subinspectora —atajó, ensimismado.

Se preguntaba por enésima vez qué podía empujar a una persona a matar a otra. En el acto, se sintió como un imbécil. Era algo que veía todos los días. Se mataba por cualquier motivo. Dinero, venganza, poder, sexo. Y también por nada. Cerró los ojos. No podía sacarse de la cabeza el ritmo de aquella canción. De improviso, tuvo unas ganas acuciantes de beber una copa. Una detrás de otra. Y le daba igual que fuera un *whisky* o una cerveza, incluso un *bourbon* estaría bien, aunque no le gustara demasiado. Cualquier cosa con tal de olvidar que era un imbécil.

Dos agentes salieron del ascensor y caminaron hacia ellos. Echando mano a un rollo de cinta adhesiva, obturaron los pasadores del marco, cerraron la puerta y comenzaron a precintarla.

Milo y Rebeca se alejaron con paso cansado.

En el ascensor, ella comentó de forma rutinaria y fría que si el asesino calzaba un cuarenta y cinco debía de ser un tipo alto.

—Según Márquez, no tan alto —dijo Milo.

—Al menos, sabemos que llevaba guantes. No dejó huellas en el timbre. Es un profesional.

—O tenía frío en las manos.

Rebeca respiró hondo.

—Pero no me negarás que el tipo de las flores fue la última persona que vio a la víctima con vida. Y por la hora en que dejó de contestar al móvil, podemos deducir que se trata del asesino.

Milo se encogió de hombros. No estaba muy convencido.

—Eso y nada es lo mismo.

—No te entiendo.

—Si las flores no están en el piso, puede que la víctima ya estuviera muerta cuando el repartidor tocó el timbre. Y como nadie le franqueó la puerta, se largó. Podríamos investigar las floristerías del barrio, pero será una pérdida de tiempo. Pueden provenir de cualquiera de las cientos que hay en la ciudad.

—Entonces, ¿qué coño sabemos? —dijo, frustrada.

Con la vista clavada en el suelo, Milo murmuró:
—Lorenzo Puig. Otro que tampoco lo vio venir.

Encontraron al conserje barriendo el vestíbulo. Un grupo de vecinos se apiñaba a prudencial distancia de los escobazos. Con el ceño fruncido, y de evidente malhumor, les explicaba lo ocurrido. Cuando vio a Rebeca hacerle una seña para que se aproximara, apoyó la escoba en la pared y separó los brazos.

—¡Ya estamos de nuevo! Les he dicho todo lo que recuerdo a sus compañeros. ¿No tienen bastante?

—¿Dónde podemos hablar a solas?

Después de varias protestas, señaló con resignación su garita. Fueron tras él. En el pequeño cuarto, el hombre corrió la ventanilla de cristal, tomó asiento en la silla, y aguardó a que Rebeca cerrara la puerta. Estaban tan apretujados que Milo tuvo la sensación de hallarse en el metro a hora punta.

Escuchó la vaga descripción que dio del repartidor.

—No muy alto, menos que usted —lo señaló—. Y de su edad, diría yo, aunque soy muy malo con estas cosas. Era fornido, pero puede que fuera por las ropas de abrigo. Apenas le vi la cara por culpa de la bufanda... y porque llevaba el ramo de flores en alto. Fue solo un par de segundos. Me respondió que iba al octavo octava, de parte del bufete, y lo dejé subir. ¿Qué quería que hiciera? Aquí hay un montón de vecinos, son quince plantas, ocho puertas por rellano, y yo estoy solo, no doy abasto.

—Háblenos de esas ropas de abrigo —dijo Rebeca.

—Pues... un chaquetón de ante, marrón oscuro, muy grueso, con solapas de borrego. Me sorprendió que un repartidor llevara una prenda tan cara. Y guantes, sí. Se los vi en la mano que sujetaba el ramo. Y un paraguas negro colgado de la muñeca.

—Y no lo vio bajar.

La voz de Rebeca sonó a reproche y el portero se irritó.

—No, no lo vi bajar. Era la hora de retirar las basuras y fui en busca de los cubos. ¿Pasa algo? Solo hacía mi trabajo.

—¿Se fijó en sus zapatos? —dijo Milo.

El conserje lo miró con el estupor reflejado en los ojos.

—¿Sus zapatos? ¿Qué les pasa a sus zapatos?

—No piense. Diga lo primero que le venga a la mente.

—Oiga, yo no... Qué quiere que le diga. Eran normales, negros. —Eché un vistazo al calzado de Milo, a las botas de leñador canadiense, duras, pesadas —. No como los suyos.

—¿Quiere decir que no eran de invierno?

—Pues diría que no, vamos, que no eran de esos térmicos, como los míos, ¿ve? —Alzó un pie—. Van forrados por dentro, con una de esas mandangas modernas para mantenerlos calientes. Son caros, pero con un trabajo como el mío se agradecen.

—¿Le pareció que le venían grandes?

—No sé qué decirle. Apenas los vi.

—Háblenos de la víctima, Lorenzo Puig —dijo Rebeca.

El conserje se rascó la nuca.

—Era buena gente, de lo mejorcito del edificio. Siempre me daba un sobre por Navidades, no como otros, que si te he visto no me acuerdo. Tenía clase. Se paraba ante la garita y me preguntaba cómo me iba todo. Era muy bromista, ¿saben? Y elegante. No recuerdo haberle visto nunca sin ir de punta en blanco. Me sabía mal que se marchara del inmueble. Un vecino siempre de buen humor y generoso no se da todos los días.

—¿Pensaba abandonar el edificio?

El hombre miró a izquierda y derecha antes de responder.

—Aquí las cosas han cambiado mucho —dijo, bajando la voz—, ya no son como antes. No hace tanto, los vecinos eran gente distinguida. Este es un buen barrio y los pisos eran caros, no estaban al alcance de todo el mundo. Entonces empezaron a largarse a la zona alta, a ponerlos en alquiler, y llegaron todos esos..., todos esos sudamericanos y orientales. Y oigan, no me malinterpreten, no soy racista ni nada de eso, pero la categoría bajó en picado. Es lo que decía el señor Puig, que la propiedad se estaba desvalorizando. Por eso buscaba un piso donde mudarse, en una zona más..., no sé cómo llamarla; en fin, ustedes ya me entienden. En algunos de estos pisos llegan a vivir más de ocho personas. La verdad, no sé cómo se lo montan. Como los chinos. Quizás uno encima del otro, como sardinas en...

Milo se puso rígido.

—¿Viven personas de origen chino aquí en el edificio?

El hombre asintió con viveza.

—Tres familias, que yo sepa. Pero pueden ser más, ya les digo. —Desvió la mirada hacia los buzones. A medida que hacía resbalar el dedo por las placas fue recitando—: En el quinto sexta, en el octavo tercera, en el duodécimo segunda...

—El octavo —dijo Rebeca, el pulso acelerado—. El mismo piso que Lorenzo Puig.

—¿La familia china de la octava planta tiene una niña pequeña? —preguntó Milo.

El conserje alzó las cejas.

—Sí, en efecto, ¿cómo lo sabe? Los Liang. El matrimonio y la hija de seis años. Una preciosidad de cría. Se llama Xiao Wen, que en su idioma significa «pequeña cultura», ¿no es una delicia? Aunque en público la llaman Lola, no sé por qué. Es como una muñeca. Tienen un restaurante no muy lejos de aquí. Ellos no son como los otros chinos del inmueble. Los Liang son muy amables conmigo, pero no se relacionan con los vecinos del país. De hecho, no se relacionan con nadie, ni siquiera con...

—¿La niña tiene un cachorro beagle? —interrumpió Milo.

—Pero como vecinos da gusto verlos —continuó el portero—, no causan ningún problema. Incluso se bajan sus propias bolsas de basura a la calle, sí, como lo oyen, y eso que es trabajo mío. Cosa de su cultura, digo yo. ¿Un beagle? No sé qué raza es, pero sí, tiene un cachorro muy travieso. A veces me la encuentro jugando con él en el pasillo, cuando subo a recoger las basuras. Pero no molestan a nadie, ¿eh? Hace días que no los veo.

—¿Ha visto salir a los Liang esta mañana?

—No, diría que no, claro que con tanto lío no he parado ni...

Milo abrió la puerta del garito. Rebeca fue tras él.

Pulsó el botón de llamada de los ascensores.

—Olvídense de que les cuenten nada —dijo el conserje a su espalda—. Es su cultura, ya les digo. Los chinos no hablan con la policía.

En la cabina, Milo volvió a notar aquella extraña opresión en la boca del estómago. No le gustaban las alturas. Los precipicios.

—¿Crees que esa niña puede ser la dueña del primer perro empalado? — preguntó Rebeca. Malart permaneció callado, inspirando y espirando para relajarse. Ella prosiguió—: No podemos obligar a hablar a una cría de seis años. Y si sus padres también se niegan a colaborar, tenemos las manos atadas.

Las puertas se abrieron y Milo salió en tromba al pasillo.

Estaba desierto. Rebeca empleó un instante en orientarse. Luego, torció a la izquierda en busca del número tres. Se detuvo ante la puerta y arrimó la oreja. Le pareció oír ruidos dentro. Pulsó el timbre. Aguardaron. Volvió a pulsarlo. Milo la imitó y también enganchó el oído. El silencio era completo. Le hizo una seña y ella empezó a aporrearla. Poco después, la puerta se entreabrió unos centímetros. El rostro de un hombre con rasgos orientales apareció detrás de la cadenilla de seguridad.

—¿Los señores Liang?

El oriental asintió con un cabeceo seco.

—Somos de la policía —dijo Rebeca, mostrando la placa—. Queríamos hablar con ustedes unos minutos, ¿podemos pasar?

—Nosotros no llamar policía.

—Estamos investigando un asesinato cometido en esta misma planta — señaló al final del pasillo, la última puerta—. La víctima era uno de sus vecinos, el señor Lorenzo Puig. Solo serán un par de preguntas.

—No ver nada, no saber nada —dijo, iniciando el gesto de cerrar la puerta. El pie de Rebeca se lo impidió.

—Señor Liang, necesitamos su colaboración, ¿entiende?

—Todos gripe, enfermos. No saber nada.

Rebeca comenzó a perder la paciencia.

—Podemos hablar aquí o en su restaurante, ¿qué prefiere?

El hombre enmudeció.

—O también en comisaría. Usted elige.

Pareció dudar. Giró la cabeza hacia dentro y soltó una parrafada en chino. Una voz femenina le contestó. El tono era de enfado, tenso. Se volvió hacia

ellos.

—No saber nada, no ver nada —dijo, la voz monótona.

Milo se interpuso entre Rebeca y el hombre.

Sin rodeos, aplicó el manual de interrogatorios.

—Sabemos que su hija Lola, Xiao Wen, tiene un perro, un cachorro beagle, uno igual al que apareció empalado en el parque de aquí abajo. Queremos ver a su beagle, eso es todo.

El señor Liang permaneció en silencio.

—¿Nos lo podría enseñar?

El oriental siguió callado.

—Bien, no puede —dijo Milo. Decidió improvisar, tirarse un farol—. También sabemos que la niña estaba jugando en el pasillo con su mascota cuando se tropezó con el asesino de Lorenzo Puig. Señor Liang, es importante que hablemos con su hija.

El rostro del hombre continuó impasible.

Milo respiró hondo.

—Sabemos que le vio la cara y él la amenazó con hacer daño a su perro. Por este motivo se lo llevó consigo. Si nos pudiera facilitar una descripción de ese individuo, nos sería de gran ayuda para detenerlo.

—Gripe una semana, Lola no salir —dijo, pronunciando las frases con rapidez, como ráfagas cortas.

Milo clavó la mirada en sus ojos. Leyó el miedo. Y algo más. La desconfianza. Hablar con aquel hombre era igual que hacerlo con una pared.

Rebeca fue a decir algo, pero le paró los pies.

—De acuerdo —cedió—, no le molestamos más. Pero si cambia de opinión, puede llamarnos a comisaría.

Rebuscó sin éxito una tarjeta en los bolsillos. Rebeca le pasó una de las suyas. Se la entregó a través de la abertura.

—Aquí tiene nuestro número. Las veinticuatro horas del día.

El oriental la cogió de forma apresurada y asintió con un nuevo cabeceo seco.

—No ver nada, gripe una semana.

Milo retrocedió un paso.

—Que se mejore —dijo.

Ella quitó el pie a regañadientes y el hombre cerró la puerta.

—Te has rendido demasiado rápido —le reprochó.

Milo se llevó el índice a los labios y señaló hacia las escaleras. En la planta séptima, Rebeca arremetió con sus críticas.

—Te has mostrado blando, yo hubiera seguido insistiendo.

Milo bajó de dos en dos los escalones, resistiendo la tentación de asomarse al hueco que caía a plomo hasta la planta baja y que lo atraía como un imán.

—Y no le habrías sacado una palabra.

—Si esa niña vio al asesino, como has dicho, yo hubiera aplicado alguno de nuestros recursos para hacer hablar a la gente. No tenemos nada sin su declaración, ¿es básica para resolver el caso!

—O no.

Rebeca continuó protestando, pero Milo no abrió la boca.

En la calle, caminó hasta la esquina. Los coches de la DPC habían desaparecido, así como la ambulancia y la cinta balizadora. Solo permanecían dos de las unidades de los Mossos.

La subinspectora se detuvo a su lado, jadeando.

—Necesitamos hablar con esa cría.

Milo negó con un cabeceo.

—Piensa. ¿Qué nos podría decir una niña de seis años acerca del aspecto de un hombre que la aterrorizó? —Volvió a sacudir la cabeza—. Hasta que no obtengamos de otra fuente un retrato robot de ese tipo o lo detengamos, no nos serviría de gran cosa. Además, no es imprescindible para saber lo que pasó.

—Soy toda oídos.

Cerca de ellos, un hombre bien vestido removía con la mano dentro de una papelera. Milo torció el gesto.

—Tal como yo lo veo —dijo—, el asesino cerró la puerta del domicilio de Lorenzo Puig y se topó con la pequeña Lola jugando con el beagle en el corredor. Tenía dos opciones: o la silenciaba allí mismo, o la amenazaba con tomar represalias si se lo contaba a alguien. Tuvo que improvisar, y se decantó por la última opción. ¿Por qué? Ni idea. A lo mejor tiene corazón y le gustan los niños, no lo sé. Por eso se llevó al cachorro, para asegurarse de que la niña guardara silencio.

—Y durante la noche —dijo Rebeca—, decide mostrarse más duro y enviar un mensaje claro y contundente. A toda la familia Liang. Y el sábado, antes de amanecer, planta al perro empalado en el parque debajo del edificio. Como advertencia.

El hombre bien vestido extrajo un periódico mojado, se lo puso bajo el brazo y cruzó el paso de peatones.

Milo afirmó con una lenta sacudida del cuello.

—Cerró un cabo suelto.

—Pero no del todo.

—Esa familia china no abrirá la boca. Lo sabe.

Rebeca frunció el ceño.

—¿Y por qué sigue matando perros?

Milo hundió las manos en los bolsillos.

Dio un vistazo en torno. Señaló calle arriba, hacia el mercado. A una señal roja con una M blanca dentro de un rombo.

—Esa es la parada de metro más cercana, ¿verdad?

Ella asintió.

—A lo mejor sí tenemos otra fuente para obtener una imagen de ese tipo. Tal vez cogió el metro y las cámaras lo registraron.

Mientras extraía el móvil, Rebeca repuso:

—Los perros están prohibidos en los transportes públicos.

Milo pulsó el nombre del sargento Crespo.

—Era un cachorro, pudo llevarlo en brazos.

—Entonces también pudo coger el autobús.

—No jorobes, ¿vale? —Miró al suelo—. Toni, más deberes.

Le encargó que revisara las cámaras de la estación de Les Corts a partir de las ocho de la tarde del viernes, así como las de los convoyes que circularon a esas horas por la línea verde.

—Buscamos a un varón con un cachorro beagle en brazos. Puede ser fornido, vestir chaquetón de ante marrón oscuro y solapas de borrego, y llevar también un paraguas y un ramo de flores. Pero de esto último no hagas mucho caso, el detalle clave es el perro.

Cortó la comunicación. Se dirigió a Rebeca.

—Ni se te ocurra hablar de la suerte.

—Una cosa es definitiva —dijo ella—. La hospitalidad oriental es un mito. Otro cuento chino.

Bajaron del autobús y anduvieron a paso rápido hasta llegar al cruce de Pau Claris con Mallorca. Se situaron en la esquina opuesta al bufete Pons, Galver y Puig, junto a un árbol.

—No sé qué hacemos aquí —dijo Rebeca, arrebuajándose en su anorak—. Sena y Boada ya los están interrogando.

—Son abogados, no dirán todo lo que saben.

—¿Y crees que Cristina Sanz sí lo hará?

—Es joven, a lo mejor todavía no ha perdido la ética.

Rebeca fijó la mirada en la primera planta del inmueble. Transcurridos unos minutos, concluyó que estaban perdiendo el tiempo. Y todo por culpa del bocazas de su compañero.

—Si no les hubieras dicho tu opinión a esos tipos, ahora estaríamos en la sala de cristal hablando con ellos, bien calentitos, en vez de estar en la calle pelados de frío a la espera de que esa joven salga a comer en su hora libre.

—Nadie te obliga a estar aquí —dijo Milo, sin inflexión.

—Podríamos llamarla para que baje antes.

—Tendría que dar explicaciones y no quiero perjudicarla en su trabajo por nuestra causa.

Aguardaron. Un perro, encerrado en el balcón de un edificio, se puso a ladrar a la calle de forma lastimera. En un banco, una adolescente tecleaba su móvil con expresión concentrada, y más allá un joven negro sacaba cañerías y toda clase de hierros desde el interior de un gran contenedor mientras otro los apilaba en un carrito de supermercado lleno hasta los topes. En la pared, una pintada les llamó la atención: las putas insistimos en que los políticos no son hijos nuestros. Media hora después, vieron a Cristina Sanz salir por el portal y encaminarse por la calle Mallorca. Fueron tras ella. La abordaron a media manzana. Tras el sobresalto inicial, la joven accedió a hablar con ellos. Propuso un lugar que nadie de la oficina solía frecuentar.

—Es por el menú —explicó—, siempre es el mismo.

Tomaron asiento en una mesa del fondo, y el camarero enseguida les llevó

una hoja plastificada. Cristina escogió los platos con celeridad, y se los pidió al camarero; Rebeca y Milo le dijeron que tomarían un café con leche, para ella, y un agua de Vichy fría, sin hielo ni limón, para él.

A sus preguntas, la joven les respondió que los dos socios habían reunido a los empleados del despacho y les habían notificado la muerte de Lorenzo Puig, dejándolos a todos en un estado de consternación y sorpresa. Con voz trémula, quiso saber si sucedía algo en el bufete, si debía preocuparse.

—Ya son dos los que han sido asesinados —dijo.

Rebeca intentó tranquilizarla al respecto. Pero no lo consiguió. La joven dejó sin acabar el primer plato y apenas probó el segundo. Rechazó tomar postre y pidió un café, solo.

—Con todo esto he perdido el apetito —dijo—. El sueldo no es gran cosa, la verdad. No sé si vale la pena continuar en el bufete. Y además es un trabajo duro, desagradable en ocasiones, pero alguien tiene que hacerlo, ¿no? —Se llevó una mano a la cabeza—. Sigo enviando mi currículum a otras empresas, pero las respuestas tardan en llegar. No sé, a lo mejor tendré que irme al extranjero. —Dejó escapar un suspiro—. Este país es una mierda. Estoy harta de tragedias.

La tragedia, se dijo Milo, era que una joven preparada como la que tenía delante tuviera que plantearse marchar al extranjero para encontrar un trabajo digno mientras la ministra de Empleo negaba que hubiera emigración, sino movilidad exterior. Esa era la verdadera tragedia, concluyó para sí, que la incompetencia de los gobernantes iba a destrozar a toda una generación, arrebatándoles el futuro, al tiempo que se conformaban con soltar frasecitas falsas para tranquilizar a una población amordazada.

—Haz las maletas y lárgate, Cristina —dijo—. Y cuanto más lejos, mejor. A un país civilizado.

Ambas lo miraron con extrañeza.

Rebeca extrajo su bloc de notas. Se aclaró la garganta.

—¿Qué podrías contarnos de Lorenzo Puig?

Lo describió como un tipo jovial, con carisma, un encantador de serpientes. Alguien acostumbrado a exhibir su sonrisa de anuncio para convencer a cualquiera o para destensar una situación conflictiva antes de que estallara.

—En el despacho era muy eficaz, os lo aseguro. Sabía despejar el ambiente con una nota de humor. Era muy hábil, un gran relaciones públicas. Y podía ser todo lo gay que fuera, pero cuando se ponía serio, ni Dios le chistaba. —Se quedó pensativa. Al cabo, agregó—: No puedo imaginarme que alguien quisiera hacerle daño, era un tipo inofensivo, siempre pavoneándose ante todos de su buena suerte en el juego.

—¿Era jugador?

—Un ludópata, diría yo. Por la oficina se rumorea que se gastaba auténticas fortunas en el Casino y en partidas clandestinas. Era la comidilla del bufete. Pero por lo que contaba, parecía que tenía buena estrella. El jueves pasado, sin ir más lejos, presumió como un pavo real de la buena racha que tuvo en la última partida de cartas la noche anterior en un domicilio particular. Yo no sé si exageraba, pero afirmó haberse levantado de la mesa con más de cuarenta mil euros.

Rebeca soltó un silbido admirativo.

—Eso es mucho dinero.

—Es lo que él dijo, aunque era un poco fantasma. No quiero faltarle al respeto, pero no siempre podías creerte todo lo que decía. Que si fiestas con gente importante por aquí, que si su agenda por allá. Necesitaba presumir, por su autoestima supongo. —Se encogió de hombros—. Era de esa clase de personas.

Milo tragó de forma sonora el agua mineral. Soterró el gas que le subía por la garganta y se inclinó hacia delante.

—Ayer nos dijiste que Carolina Estrada era de playa, no de montaña. —Cristina asintió—. ¿Solía ir a menudo?

—Algún que otro sábado o domingo por la mañana. Iba al Maresme, sola. Al menos es lo que me contaba. Le gustaba perderse paseando por la orilla.

—¿Cómo iba? ¿En tren, en coche?

—En coche, tenía un utilitario blanco de segunda mano.

—¿Puedo pedirte un favor?

La joven vaciló.

—Pues no sé, ¿qué clase de favor?

—Que entres en el ordenador de la mesa de Carolina y revises sus últimos movimientos, las páginas web que visitó, cosas así; cualquier acción no

relacionada con su trabajo. Podría sernos útil. Pero solo si no te supone ningún riesgo para tu empleo.

—No hay problema —dijo—. Puedo hacerlo esta tarde, a última hora, cuando los jefes se hayan marchado. Carolina era mi compañera y, bueno, es lo menos que puedo hacer por ella.

Milo volvió a palparse los bolsillos en busca de una tarjeta.

—Ya se la doy yo, inspector —dijo Rebeca.

—Perfecto. —La interceptó, le cogió el bolígrafo y escribió el número de su móvil en el reverso—. Y ya que estás, pide la cuenta. —Se levantó—. Te invitamos nosotros, Cristina.

—¿Nosotros?

Salió a la calle con el móvil en la mano.

Marcó el número del sargento Crespo. Cuando se puso al aparato, le pidió que mirara el listado de pertenencias halladas en el bolso de Carolina Estrada. Aguardó unos instantes.

—Lo tengo delante. ¿Qué quieres que busque, inspector?

—Unas llaves de coche.

La línea se mantuvo en silencio un par de segundos.

—Negativo.

A continuación, le encargó que buscara en Tráfico cualquier vehículo a nombre de la joven universitaria.

—Ya me dirás —dijo. Y colgó.

15

El inspector Sena abrió el bloc de notas y empezó a explicar el resultado de sus visitas juntó al inspector Boada a los morosos conflictivos de su lista.

—Iré por orden —dijo—. Josep y Alicia Monferrer, los dos parados, sin cobrar la prestación, tres hijos. El marido dijo que esa joven se merecía lo que le había pasado, que no lo sentía en absoluto. Ambos tienen coartada. El viernes al mediodía salieron con sus hijos de la ciudad y permanecieron todo el fin de semana en casa de los padres de ella, en Sant Feliu de Llobregat. Fueron en tren, no tienen coche. Hemos hablado con los padres y lo han confirmado. El siguiente es Mohamad Begum, un libanés de cincuenta y cuatro años, y su mujer, Patricia. Más o menos lo mismo. Los dos parados, un hijo, sin entradas de dinero. Viven de la ayuda que les envían los padres de él desde Beirut, y obtienen comida y ropa de varias organizaciones solidarias de aquí. En su opinión, habría que llevar ante el juez a las personas que acorralan a los ahogados por la situación económica, como ellos, y denunciarlos por crueldad. El marido declaró que no podía alegrarse por la desgracia ajena, pero, y cito textualmente, «quien siembra vientos, recoge tempestades». El viernes a partir de las siete no se movieron de casa hasta el día siguiente. Nadie puede corroborarlo. Tampoco tienen coche, no pueden permitirse el lujo. El tercero y último es Iván Barroso, parado, de cuarenta y ocho años, y su mujer peruana, María, de cuarenta y seis. Estos se negaron a responder a nuestras preguntas. Ni él ni ella quisieron hablar. Él dijo que si lo acusábamos de algo, que lo citáramos a declarar en comisaría, pero que hasta entonces no pensaba colaborar con los perros del sistema. —Levantó los ojos del bloc—. Con lo de «perros» se refería a nosotros, os lo digo por si necesitabais la aclaración. Es lo que nos llamó, y luego nos cerró la puerta en las narices. No

quisimos armar bulla. Cojea de una pierna y a su esposa la vimos hundida en una depresión. Ya tienen bastante con lo suyo. Y hasta aquí los de nuestra lista. ¿Y los vuestros?

La reunión tenía lugar en la sala de revista de la Central. Además de los inspectores Sena y Boada, se hallaban presentes el inspector jefe Singla, Milo y Rebeca. Esta última hizo un rápido resumen de sus visitas del día anterior mientras Milo observaba la pizarra magnética. Al lado del de Carolina Estrada, alguien había puesto el retrato de Lorenzo Puig, cada uno con sus nombres debajo, escritos en letras de molde. Sus ojos fueron de ella a él, y regresaron a ella. Aquel rostro seguía atrayéndolo sin explicarse la razón. Volvió a estudiar sus rasgos. Cada vez le resultaban más próximos y aquello lo incomodaba.

Rebeca terminó su relato y todos guardaron silencio.

—Algunos no tienen coartada —señaló Boada.

—Pero cuesta imaginarlos cometiendo un crimen de estas características —dijo Sena—. Hace falta mucha sangre fría, y si algo tienen en común todos estos hombres y mujeres es que son gente golpeada por la crisis, herida en su dignidad, devastados por una situación que no esperaban. Si apenas logran mantenerse en pie, no los veo estrangulando a una joven.

—La sed de venganza puede dar mucha fuerza —dijo Rebeca—. Malart y yo damos fe de ello, ¿o no recordáis el caso Gaudí? —Reprimió un escalofrío—. Pues eso, que salvo a los que tienen coartada, no podemos descartar a nadie por ahora.

El inspector jefe Singla se apretó el puente de la nariz.

—Y esta mañana, otro estrangulamiento —dijo—. Uno de los jefes de la primera víctima. ¿Les habéis sacado algo a los del bufete?

Sena hizo un gesto a Boada y este carraspeó antes de hablar.

—Según los dos socios, Lorenzo Puig era un hombre de trayectoria profesional y personal intachable. No tenía enemigos. Se relacionaba con lo más granado de la ciudad, los apellidos ilustres, y por su edad y carisma ambos le auguraban un porvenir sin límites, incluyendo las altas esferas. Por lo visto, ya había dado pasos para iniciar su carrera política. —Echó un vistazo a su libreta de notas—. Sabían que era gay. Y el bufete no le envió ningún ramo de flores. Esto es todo.

Milo se enderezó en el asiento.

—¿Esto es todo? ¿No hablaron de su afición al juego?

Boada y Sena negaron al unísono.

Rebeca se irritó.

—Sabía que esos dos tipos no eran de fiar —dijo—. Tendríais que haberles apretado más las clavijas, coño.

—¿De qué hablas?

—Por lo que hemos averiguado, ese tipo intachable era un jugador, algo así como un ludópata. El miércoles pasado acudió a una partida clandestina, suponemos que de póquer, y se levantó con más de cuarenta mil euros. El jueves presumió en la oficina y...

—Y el viernes fue estrangulado en su casa —terminó Sena.

—Pero no había señales de forcejeo en el piso —dijo Boada—, ni de que nadie lo hubiera revuelto en busca de dinero.

—¿Lo viste con tus propios ojos desde el pasillo? —ironizó Rebeca—. Lo único que digo es que cuarenta mil euros son un buen motivo, cuarenta mil buenos motivos.

El silencio volvió a adueñarse de la sala.

—Y una becaria del bufete es asesinada, más o menos a la misma hora y por el mismo sistema —dijo Singla—. Aquí hay un patrón que no puede ser por azar. Debemos investigar si las víctimas mantenían alguna relación fuera del trabajo, y también ese despacho de abogados, revisar debajo de las alfombras.

—Tenemos más información de la becaria —dijo Rebeca. Les puso al corriente de su visita a Elisa Roca—. No era tan inocente como pensábamos. Trabajaba de puta los fines de semana, sacándose pasta larga, y a espaldas de su familia. Les daba todo el sueldo que cobraba en el bufete, pero se guardaba para ella la parte del león. Y su familia, entretanto, viviendo en la miseria. Una buena chica esa Jaque, sí. Muy buena chica.

—Carolina, se llamaba Carolina —dijo Milo, arisco—. Está fuera de lugar sacar conclusiones morales, Mercader. Y ella es una víctima. No lo olvides.

—No lo olvido —se encaró—, pero no me negarás que es demasiada coincidencia que una becaria oiga el jueves que uno de los socios ha ganado

una fortuna a las cartas y al día siguiente aparezca asesinado.

—¿Y para qué quería ella ese dinero? ¿No dices que obtenía tanta pasta los fines de semana?

—A lo mejor era muy codiciosa.

—Había otras personas en la oficina, no era la única que estaba al tanto de esa información.

Rebeca puso unos ojos como platos.

—La estás defendiendo —dijo—. ¿Qué te pasa con esa chica, inspector? ¿Acaso te has colgado de ella?

Milo apretó los labios. No iba a caer en su trampa y contestar. Cualquier respuesta desencadenaría nuevas preguntas y no tenía ganas de entrar en un juego que no conducía a nada. Sin embargo, tuvo que reconocer para sus adentros que él también se preguntaba lo mismo. Se volvió hacia Sena.

—¿Algún resultado de la búsqueda puerta a puerta en el edificio donde vivía Lorenzo Puig?

—Ningún vecino admite haberse cruzado con el tipo de las flores. Todo el mundo ve a todo el mundo, pero nadie ve a nadie. O es invisible, o sabe escurrirse como un gato. Ah, y hemos confirmado la reserva que hizo en el restaurante. Llamó a las 18.35 horas, mesa para dos.

Se volvió hacia Singla.

—¿Tenemos ya el informe de la Científica sobre la primera víctima?

El inspector jefe negó con un lento movimiento de cabeza.

Milo se levantó de un salto.

—Joder, así no se puede trabajar.

Se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas.

—Inspector Malart —dijo Singla. Milo se detuvo—. Tienes que ir a la Ciudad de la Justicia para explicar al juez Losada los avances de la investigación. Ya ha llamado dos veces para reclamarlo. Que no haya una tercera.

—¿Avances? ¿Qué avances? —Sostuvo la mirada del inspector jefe. Bajó los ojos—. Mensaje recibido.

Salió de la sala, cerró la puerta a sus espaldas, y se recostó en ella unos instantes. Oyó la voz de Singla ordenando los pasos que había que dar a continuación. Dejó escapar el aire con suavidad, sin hacer ruido. Luego,

caminó hacia su mesa con los hombros caídos.

Se dejó caer como un peso muerto en la silla. Multitud de piezas rondaban por su cerebro, flotando en un baile caótico, mientras él se debatía entre dos perfiles contradictorios de Carolina Estrada. Y con los datos que disponía, ninguno encajaba.

El sargento Crespo se plantó ante su mesa.

—¿Es buen momento para contarte lo que he averiguado?

Se sentó con la espalda recta.

—Adelante, Toni. Solo estaba matando el tiempo, pero no se deja, como dijo aquel.

Crespo frunció el ceño. Reflexionó un instante.

—Chandler, claro —dijo, relajando las cejas—. Bien, empezaré por el final. En Tráfico no hay ningún vehículo a nombre de Carolina Estrada. —Hizo una pausa. El rostro de Malart permanecía sin expresión, hermético—. Todavía no he podido ponerme con lo de las cámaras del metro y buscar a un tipo con un beagle en brazos. —Milo chasqueó la lengua—. No doy abasto, inspector. Pero sí he localizado a Mario Calatrava, el último a quien llamó la víctima el viernes poco antes del mediodía, y he hablado con él. —Soltó una tosecilla—. ¿Sabías que esa joven universitaria se dedicaba a...?

—Estoy al corriente, sargento. Continúa.

—Era un cliente suyo, el de los viernes por la noche. Tres horas, incluyendo cena en un restaurante y..., y el postre. Desde las diez hasta la una de la madrugada. Lo llamó para cancelar la cita. Gripe, le dijo. Aplazó el encuentro para el viernes siguiente, y le aseguró que lo compensaría con algo muy especial. Es un alto ejecutivo de una multinacional, y ahora está en Brasil. No sabía que se llamaba Carolina Estrada, él solo la conocía por el nombre de Jaque. Según sus palabras, no la notó enferma por teléfono, más bien la oyó contenta. Pero solo fue una impresión. Era la primera vez que ella cancelaba una cita. Al tipo le supo fatal, quería darse una alegría antes de coger el avión el sábado a primera hora y...

—Me hago cargo —cortó Milo—. Siguiendo tema.

El sargento Crespo pasó una página en el dossier abierto que sostenía en las

manos. Le explicó que había ido a casa de Elisa Roca y volcado la información que contenía su ordenador, la cuenta de usuario a nombre de Jaque, en un disco duro externo.

—No aporta demasiados datos. Trabajos de la universidad, su currículum, visitas a su correo personal. Nada llamativo.

—¿Qué te ha parecido su compañera de piso?

Crespo se ruborizó.

—Hemos estado hablando de informática. No es una experta, pero... es muy espabilada. Y agradable. Quería que le explicara cómo *hackear* y, claro, me he negado. Se ha mostrado muy insistente. Bueno, y algo más, ya sabes. Es muy guapa.

—Olvídala, sargento, no es tu tipo. Solo es piel. ¿Qué más?

Crespo pasó una nueva página del dossier.

—He navegado por las redes sociales. Solo tenía cuenta en Twitter. Jacqueline. Pero no era muy activa. —Bajó la vista y leyó—: Ciento catorce tuits, siguiendo a trescientos veinticuatro, entre los cuales hay desde poetas hasta emprendedores, la mayoría mujeres. Con quinientos doce seguidores, y lo mismo, aunque en este caso la mayoría son hombres. Veinticuatro mensajes directos, todos sin responder. Y cero favoritos. La foto de portada no es su rostro, sino una peculiar fotografía cenital: una paradisíaca playa de aguas transparentes cercada por una barrera de coral.

—¿Y qué tiene de peculiar?

—Que está infestada de tiburones.

Intercambiaron una mirada.

—Continúa —dijo Milo, la voz neutra.

—En su perfil se describe a sí misma como: «Estudiante, becaria, alma perdida. Tiene que haber un mundo mejor. Odio las lágrimas». ¿Te leo algunos de sus tuits?

—Mejor me haces un resumen.

El sargento se encogió de hombros, pensativo.

—Unos son desgarradores, sin esperanza. Otros son optimistas, pero siempre con un poso de tristeza. En algunos se muestra cortante, incluso cruel, pero también los hay de la típica joven soñadora, aunque son los menos. —Le tendió unas hojas—. Aquí tienes los que he considerado más significativos.

Milo les echó un vistazo.

—Mucha gente la define como una persona reservada, y en cambio ella se abría en una red social. —Dejó los papeles en la mesa, junto al ordenador—. Los leeré luego. Más cosas.

—Como avance, te diré que subió algunas fotografías. Siempre de playas, con el mar como protagonista, y también de varias ciudades, como Montreal, Sidney y Johannesburgo. —Volvió la vista a la carpeta y cogió un pliego grapado. Se lo entregó—. Es el listado que me pediste de la gente que ha perdido un hijo en fecha más o menos reciente. Por el caso de los perros empalados. Me he remontado tres meses. ¿Es suficiente?

Milo asintió al tiempo que se lo devolvía.

—Tienes que cruzar esta lista con la de los morosos conflictivos. Solo es un tiro al aire, pero nunca se sabe. A lo mejor da resultado.

Crespo negó con la cabeza.

—Ya lo he hecho, sin éxito. No salta ningún nombre.

Milo hizo un gesto de contrariedad.

—Había que intentarlo. —Se incorporó—. ¿Algo más?

Asintió.

—El viernes por la mañana, alrededor de las nueve y media, Carolina Estrada ingresó 26.500 euros en su cuenta corriente del Banco Sabadell. He llamado a la entidad. Se han mostrado algo reticentes, pero al final he logrado que me dijeran que la joven tenía una caja de seguridad. Una caja que cerró minutos antes de realizar dicho ingreso. —Le tendió una hoja—. ¿Sus ganancias de su otro trabajo como Jaque?

Milo la agarró mientras volvía a sentarse muy despacio. Le dio una ojeada fugaz. Levantó la mirada hacia el sargento.

—Y a las diez y cuarto —añadió Crespo—, su tarjeta de crédito registra un gasto de 1.600 euros en una agencia de viajes.

Tragó saliva.

—¿Has hablado con esa agencia?

Asintió de nuevo.

—Un billete de avión, solo ida, en clase turista, para el día siguiente, el sábado. Con destino a Sidney.

Milo no supo qué decir.

—Carolina Estrada se preparaba para huir del país, inspector.

Transcurrieron unos segundos. Al cabo, como regresando de un trance, se levantó.

—O simplemente emigraba. Movilidad exterior, sargento. En busca de un mundo mejor.

—¿A mitad de curso?

Se le encogió el estómago como si hubiera recibido un puñetazo. Dio un paso, se detuvo. Vaciló un instante.

Al fin, dijo:

—Oye, si la subinspectora Mercader te pregunta por mí, no me has visto.

Se alejó raudo camino de los ascensores.

«La guarida», como se conocía al antiguo laboratorio forense y de análisis de pruebas, se hallaba en el sótano 2 de la comisaría. Cuando jefatura decidió integrar todos los efectivos de la División en una única sede, inaugurando un complejo de última generación en la N-150, entre Sabadell y Terrasa, supuso el cierre definitivo de las viejas instalaciones. Todos sus efectivos fueron trasladados a la General, que constaba de cinco edificios equipados con las más modernas tecnologías, y el lugar fue abandonado. Sin embargo, Goyo Bonhora seguía manteniendo impoluto su despacho, donde solía refugiarse, según decía, «para encontrar un poco de sosiego y pensar con tranquilidad».

Milo salió del ascensor y se internó por un pasillo levemente iluminado, dejando atrás las salas cerradas donde tiempo atrás se repartían las distintas unidades. Avanzó hacia una luz que se distinguía al fondo, como un faro en la oscuridad.

Se detuvo en el umbral y golpeó el marco con los nudillos.

—¿Interrumpo?

Bonhora levantó los ojos de unas fotografías.

—¿Desde cuándo pides permiso para entrar? —dijo—. Te veo en baja forma, Milo Malart, no te reconozco.

—Y tú deberías estar realizando la autopsia a la nueva víctima —replicó Milo. Tomó asiento ante la mesa llena de expedientes y cachivaches—. ¿Te has vuelto un perezoso?

—Ventajas de la veteranía. —Sonrió de oreja a oreja mientras se quitaba las gafas—. Ahora delego en mis ayudantes. Es un chollo.

Milo se frotó los ojos con gesto cansado.

—Te veo preocupado —dijo Bonhora. Se reclinó en su cómoda silla ergonómica—. Adelante, desembucha.

Taciturno, negó con una sacudida lacónica.

—Sería perder el tiempo.

—«Los salarios no están bajando, sino moderando su crecimiento» —dijo el forense. Milo lo miró perplejo—. Hemos empezado el partido, ¿no? Pero, por lo que oigo, en vez de citas, hoy será de necesidades. Tu turno.

Milo relajó la expresión. Los partidos a los que se refería Bonhora eran ya un clásico entre ellos. Los solían mantener de vez en cuando, como distracción; un breve rifirrafe verbal para poner a prueba sus reflejos mentales. La rivalidad era inofensiva, pura evasión del estrés de sus respectivos trabajos. Aunque no estaba de humor, entendió las intenciones del forense jefe.

Esbozó media sonrisa.

—«Los parados utilizan las prestaciones para comprarse televisores de plasma».

Bonhora ladeó la cabeza.

—No está mal, sin embargo la mía es mejor: «El aborto tiene algo que ver con ETA, pero en fin, no demasiado».

—No tienes nada que hacer. Escucha: «Somos el gran éxito económico del mundo». Intenta superarla.

—Fácil me lo pones. «Es importante que haya pijos y ricos, son los que más gastan y consumen».

Milo se inclinó hacia delante.

—«Nuestros votantes dejan de comer antes de no pagar la hipoteca».

—«Todo es rotundamente falso, salvo alguna cosa» —citó Bonhora, enderezándose en su asiento.

—«Los del sur de Europa han vivido por encima de sus posibilidades».

—«¡Que se jodan!». Y de rebote: «Delinquiró a título personal». Pelota de partido.

Milo se acarició el mentón.

—Ahí va la definitiva. —Tomó aire y dijo—: «Sí, podemos».

La cara del forense jefe exhibió su sorpresa.

Se quedó rígido, reflexionando. Al cabo, mientras volvía a reclinarse, su rostro se destensó. Asintió muy despacio, como si lo admitiera a su pesar.

—Juego, set y partido. —Suspiró—. Aunque me cabrea reconocerlo, tú ganas.

—¿De veras? —Bajó la cabeza—. Yo no estaría tan seguro.

Bonhora alcanzó un dossier.

—¿Te has fijado? Todas estas frases juntas forman un párrafo con un sentido muy perverso de la situación. Depravado, incluso. Si no fueran reales, diría que son el discurso de un cómico con desorden mental. —Hizo un chasquido con la lengua—. Bien, dejémonos de frivolidades y vayamos a lo serio. —Se puso las gafas y abrió la carpeta—. Como sé que te gusta ir al grano, no voy a aburrirte con detalles.

Distribuyó delante de Milo una serie de fotografías del cadáver de Carolina Estrada sobre la mesa de autopsias. De cuerpo entero, desnudo y limpio, y primeros planos de su cara, del cuello y de los moratones.

Bajo la atenta mirada del forense, Milo observó las imágenes sin pestañear. El cuello de cisne. El rostro ya destensado. Los huesos marcados, las costillas. La pelvis puntiaguda. Las manos cuidadas. El tamaño de las muñecas.

La fragilidad.

Su frente empezó a perlarse de sudor.

—Es un caso clásico de asfixia mecánica —dijo Bonhora—. Aplastamiento de tráquea, laringe y demás. Se utilizó una fuerza desmedida, casi le rompe el cuello. Lo que sí le rompió fue el hioides, algo no tan habitual. La víctima se orinó encima, una incontinencia que suele darse en los estrangulamientos. Su muerte fue rápida, sufrió lo justo. El asesino no prolongó su agonía.

—¿Restos de ADN?

—Ninguno. He raspado las uñas y el pelo, y analizado sus ropas, el cuello del abrigo, camisa y jersey. No hay restos de materia celular. Demasiada exposición a la lluvia, el agua los degradó. —Sacudió la cabeza al tiempo que golpeaba con el índice la fotografía de un primer plano de las marcas oscuras

en el cuello de la víctima—. Llegará el día en que seremos capaces de extraer huellas dactilares de la piel, pero hasta entonces lo...

—No me interesa la ciencia ficción —interrumpió—. ¿Opuso resistencia?

—No tuvo tiempo. El asesino se le acercó por la espalda y...

—¿La atacó por detrás?

—Ahí es donde quería yo llegar. Tú mides metro noventa más o menos, ¿verdad?

16

Bonhora se quitó las gafas, rodeó la mesa y lo hizo levantar. A continuación, se subió con esfuerzo a la silla donde Milo había estado sentado y le indicó que se situara delante, de espaldas a él. Por último, colocó las manos en su cuello.

—Por las marcas de los dedos, sucedió de este modo.

—Espera —dijo Milo, sin moverse—. ¿Cuánto medía ella?

—Un metro setenta y dos, según la ficha.

—Con los tacones que llevaba cuando apareció en Collserola, calculo que un metro ochenta como máximo. Y la altura estándar de una silla es de cuarenta y cinco centímetros. ¿Me estás diciendo que el asesino mide más de dos metros veinte?

—A las pruebas me remito.

—O se subió a una silla, como tú —dijo—. Bonhora, ya puedes soltarme.

—Resulta tentador, ¿sabes? Tengo tu vida en mis manos. El cuello, a pesar de su importancia, es una de las partes más frágiles del ser humano. Es la vía del oxígeno a los pulmones, de la sangre al cerebro, y del alimento y la bebida para el cuerpo; y, sin embargo, pese a su valor, digamos, estratégico, es sumamente vulnerable. Basta una sencilla maniobra y lo partes; la enseñan en los GEIS. Se trata de aplicar el mismo concepto que el garrote vil, un ligero desplazamiento de las vértebras cervicales. ¿Te lo demuestro?

—Otro día, Goyo. ¿Me sueltas o te suelto yo?

—También podría asfixiarte sin muchos problemas.

—Siempre y cuando yo no hiciera nada por evitarlo. Una víctima no se está quieta.

—A lo mejor la hizo arrodillar.

—Se habría revuelto. Ante un peligro de muerte no te quedas inmóvil. Puedes aplicar varios recursos de defensa... Como este —dijo, liberándose de la presa con relativa facilidad.

Bonhora lo miró con aire ofendido.

—Porque no te estaba apretando en serio —dijo. Se apoyó en uno de los hombros de Milo y bajó de la silla pesadamente—. Envejecer es una jugarreta, estamos mal diseñados.

—Como el cuello. Otro error de diseño.

Bonhora se dirigió a su silla.

—Y como la dentadura —dijo—. Sirve para masticar, pero la comida es la razón de su deterioro. Por cierto, la víctima tenía la boca en perfecto estado. Eso cuesta mucho dinero. —Se puso las gafas de nuevo—. ¿Quieres saber el contenido de su estómago, cuál fue su última comida?

Milo apartó el aire con la mano.

—¿Te has enterado de lo de los perros?

Bonhora asintió antes de responder.

—En la General no se ponen de acuerdo si la intención del mataperros fue la asfixia mecánica o desnucarlos. Sobre todo con el primero. En los otros no hay duda de que quiso romperles el cuello, y lo hizo de forma rápida y limpia, para que no sufrieran. Su muerte fue casi instantánea. Los palos que empleó para ensartar a los cuatro provienen de escobas partidas en dos; afiló los extremos con un cuchillo, y listo. Ninguno tiene huellas. —Hizo una pausa. Al cabo, agregó—: Muchas escobas tiene ese tipo.

—¿Puedes precisar la hora del crimen de Carolina Estrada?

—Es complicado, muy complejo. Después de analizar muchos niveles y variables, te diré que entre las siete de la tarde y las diez de la noche del viernes. No puedo precisar más.

—Más o menos el mismo intervalo que la segunda víctima.

Bonhora afirmó, pensativo.

—Con él aún será más complicado. Por la descomposición.

Milo recogió las fotografías. Les dio un último vistazo. De nuevo se estremeció al ver su extrema delgadez. Tan frágil.

Las dejó sobre la mesa. Respiró hondo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó, la voz queda.

—Dilatación anal.

Distorsionó el rostro.

—¿Cómo?

—La víctima practicaba sexo anal con frecuencia, es todo lo que digo. Te informo por si el dato te puede servir de algo.

—Hijos de la gran puta.

—¿A quiénes te refieres?

Se levantó de golpe y empezó a dar vueltas por el despacho. Los clientes, se dijo, la especialidad de Jaque. Así es como ella se estaba labrando el futuro mientras los dirigentes del país ponían cara de aquí no pasa nada y se llenaban la boca con cínicos eufemismos, concluyó con rabia. Apretó los puños, papá Estado es un putero, y su pantomima, siniestra. Se detuvo en seco. ¿Había estado hablando en voz alta? Se volvió con rapidez.

Observó el estupor en los ojos del forense jefe.

—Milo, de amigo a amigo, creo que desbarras. Que... que te estás obsesionando con esa chica.

Enrojeció. Y de nuevo, sin saber por qué, le invadió una ira intensa, cegadora.

—No me toques los cojones.

—Pollo, te doblo la edad —dijo Bonhora con enfado—. Así que no me hables de esa forma. Haz el favor de calmarte.

Milo dudó entre dar media vuelta y marcharse, o permanecer allí, metiendo la pata y haciendo el ridículo.

Tomó asiento con fuerza.

—Escucha —dijo Bonhora—, esa mujer vivía su sexualidad sin tapujos, sin restricciones. Eso podría explicar su muerte.

En la cabeza de Milo se encendió una pequeña luz.

—Podría haber estado practicando un juegucito con un cliente. Asfixia erótica. ¿Hallaste restos de fluidos?

—No, y no sé nada de clientes —dijo el forense jefe—. A lo mejor estaban en los preliminares. —Frunció el ceño—. Todo es muy contradictorio, pero podría encajar con lo que te he dicho antes. Una de dos, o el asesino es muy alto o estaba a una altura superior.

—¿Por ejemplo una postura sexual?

—Siempre y cuando ambos estuvieran de pie.

Milo parpadeó.

—¡Pues ya me dirás cómo entonces! De pie, él a una altura superior, de espaldas... Sencillamente, no lo veo.

Bonhora se encogió de hombros.

—A mí no me preguntes. Es lo que indican las pruebas, y las pruebas nunca se equivocan.

—Solo las personas que las interpretan; dos más dos no siempre son igual a cuatro —dijo, colérico. Negó con un golpe seco—. No, no estaban practicando sexo y se les fue la mano. Y oye, ¿qué parida es esa de que me doblas la edad?

—A que soy dos veces más experimentado que tú. Por lo pronto, yo no pierdo los nervios. Sé controlarme.

Aquello lo desactivó en el acto.

Hundió la cabeza en los hombros y bajó la mirada. No entendía qué le estaba sucediendo. Sus cambios de humor, los ataques de rabia, la irritación permanente. Solo sabía dos cosas: que necesitaba aire fresco, salir de aquel despacho con urgencia, y que era un completo imbécil.

Se incorporó.

—Tengo que irme.

—Una pregunta primero —detuvo Bonhora—. Lo que has dicho antes, eso de que no podemos, ¿lo piensas en serio?

Milo afirmó en silencio, el semblante severo.

—Es triste —dijo el forense jefe—. Y desesperanzador. Tú todavía eres joven.

—Estoy cansado de la gran mentira.

Caminó hacia la puerta. Sin volverse, dijo:

—Tenemos otro grave error de diseño. Deberíamos nacer con retrovisores. Para ver lo que se nos viene encima.

Salió del ascensor y atravesó el amplio vestíbulo de la planta baja mirando al suelo. Poco antes de llegar a la salida, Rebeca salió a su encuentro.

—Sabía que intentarías darme esquinazo.

—No estoy de humor, subinspectora.

Trató de esquivarla, pero ella se interpuso en su camino.

—Crespo me ha puesto al corriente de sus averiguaciones.

—Felicidades. Ahora, si te apartas...

—Inspector, Carolina Estrada está involucrada de algún modo en el asesinato de la segunda víctima. Tenía móvil, oportunidad y medios. Sabía que Lorenzo Puig había ganado una considerable cantidad de dinero, y que un jugador lo guardaría en casa, a mano, disponible para invertir el efectivo en más partidas clandestinas o en el casino. Y por su otro trabajo, sabemos que era capaz de hacer cualquier cosa por la pasta. Tramó un plan y preparó la huida. Está claro como el agua.

—¿Y los medios?

—Pudo habérselo encargado a un compañero de la universidad, a uno de sus clientes, o también a uno de sus morosos. Una mujer como ella sabría cómo manipular a un hombre a su antojo, controlarlo sin problemas. Cualquiera la obedecería como un perrito, ¿acaso no lo hacían todos?

Milo soltó un bufido.

—¿A uno de esos ejecutivos forrados, con sueldos de vértigo? ¿A un joven universitario y sin experiencia? ¿A uno de esos desdichados que la odiaban? No digas bobadas.

Rebeca lo contempló un instante.

—Singla ha ordenado investigar a todos sus contactos telefónicos, y Crespo ya está con los registros, para seleccionar los más frecuentes. ¿También el inspector jefe opina bobadas?

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Ella entornó los ojos, atónita.

—Inspector...

—Hay otra posibilidad —cortó—. Uno de los participantes de esa partida clandestina pudo querer recuperar el dinero que perdió, ¿no lo has pensado? Eso descartaría a Carolina Estrada, y su marcha, que no su huida, pudo ser solo una coincidencia.

—Ya, y eso lo dices tú, el que no cree en coincidencias.

—Siempre hay una excepción.

Rebeca puso los brazos en jarras.

—Entonces, según tu teoría, son dos asesinatos independientes, no tienen nada que ver el uno con el otro. —Separó los brazos—. Pero ¿tú te estás oyendo?

—Yo no he dicho que tenga una teoría.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar que esa chica no era trigo limpio?

Milo le lanzó una mirada furibunda.

—Porque me jode, eso es todo.

—Tío, has perdido la cabeza.

—Que te den, subinspectora.

La dejó plantada. Llegó en dos zancadas a la puerta de cristal y la empujó con fuerza. Caía un intenso aguacero. Irritado, lo pagó con el primero que se puso a tiro.

—Agente, ¿qué cojones hace vigilando sus zapatos? ¿No le enseñaron nada en la academia?

Se subió el cuello de la cazadora y atravesó corriendo la calzada entre los bocinazos de los coches. Caminó bajo las cornisas en dirección a la parada del autobús. En el paso de peatones se cruzó con un hombre de edad intermedia que hablaba solo, gesticulando airado contra el pavimento. Luego, avanzó sorteando viandantes que, como él, iban sin paraguas. Más adelante, se volvió un par de veces. A la tercera, vio que el autobús se aproximaba y corrió para no perderlo. Iba repleto de gente, con la calefacción al máximo. El aire era irrespirable. La humedad. Se agarró a una barra y cerró los ojos, procurando acompasar la respiración. Los vaivenes del vehículo provocaban una y otra vez los empujones de los pasajeros. Una y otra vez. Se concentró en el azul, en unas aguas transparentes, tranquilas como un espejo. No le funcionó. En la siguiente imagen, el azul estaba coronado de espuma blanca, las olas chocando contra las rocas. El oxígeno era puro. Cargado de energía. Revitalizador. Aquello era otra cosa. Se zambulló en un mar de alfileres. Sonrió. El pasaje a su lado lo miró con desconfianza. Pero él, flotando ingrávido, no se dio cuenta. Empezó a nadar con ímpetu, alejándose de la gente. Del mundo. Hacia lo hondo. Cada vez más lejos.

Los vio salir del portal. Desde la esquina opuesta, vio que el flaco llevaba una

gabardina inglesa, un sombrero marrón oscuro y un paraguas también londinense; el gordo, en cambio, vestía un grueso chaquetón azul marino y no portaba nada para protegerse de la lluvia. Ambos cargaban con sus respectivos maletines. El flaco abrió el elegante paraguas y le hizo un gesto al otro, como para acompañarlo, pero su socio negó con la cabeza. Se despidieron, y cada uno fue en dirección contraria.

Se decidió con rapidez. El gordo. Jordi Galver. La G ocupaba el segundo lugar en el logo del bufete.

Sin perderlo de vista, anduvo por la acera en paralelo. Al llegar a la esquina lo vio entrar en un *parking*. Cruzó la calzada y bajó la rampa corriendo. Se detuvo en la primera planta. El abogado caminaba consultando su móvil, con aire distraído. Poco antes de llegar a la pared del fondo, se paró ante un BMW de color plata, aparcado entre otro vehículo y una columna. Con parsimonia, se guardó el móvil en el bolsillo interior de la americana, extrajo un llavero y activó la apertura con el mando. Las luces del coche parpadearon un par de veces. Luego, dejó el maletín en el suelo, se sacó el chaquetón, abrió la puerta trasera y lo soltó sobre el asiento, haciendo lo mismo con el maletín. Dio un portazo y se desabotonó la americana. Acto seguido, se volvió con las llaves en la mano.

Se dio de bruces contra Milo.

—Abogado.

La primera reacción de Galver fue mirar a izquierda y derecha, los ojos dilatados. Con alarma. Luego, una vez su cerebro realizó la sinapsis de que no se trataba de un ladrón, sino de un policía, relajó la expresión del rostro y forzó una sonrisa.

—¿Qué... qué hace usted aquí?

—Quiero hacerle un par de preguntas.

—Inspector, este no es el lugar ni el momento —dijo, engolando la voz. Abrió la portezuela del conductor—. Si me disculpa, me están esperando.

Milo cerró la puerta de un manotazo.

—No, no le disculpo. —Dio un paso hacia él—. Podemos hacer las cosas de dos maneras: o me responde aquí y ahora o mañana en comisaría.

Observó su rostro. Barajando las opciones.

—Se me olvidaba —agregó—. Irán a buscarle tres unidades de los

Mossos y aparcarán en la acera, bajo su prestigioso bufete. Y nunca se sabe, pero es posible que también se presenten las cámaras de BTV y TV3. Solo se lo digo para que se imagine el cuadro. Una noticia así siempre interesa a los medios.

—¿Me... me está amenazando?

El abogado metió la mano en el bolsillo de la americana en busca del móvil.

Malart le frenó el brazo.

—Mire, hoy tengo un mal día. No se lo voy a explicar por segunda vez. Usted elige: responder ahora o el escándalo mañana.

Jordi Galver palideció. Calibró la situación.

—No tenemos nada que ocultar, el bufete siempre ha colaborado con ustedes. Somos los más interesados en aclarar estos lamentables hechos.

Lo soltó.

—¿Dónde se celebró la partida clandestina?

El abogado retiró la mano vacía de la americana. Se frotó el brazo.

—Eh, verá... Yo no estaba al corriente de las andanzas de mi socio. El señor Pons mantenía una relación más estrecha con él.

Milo se desabrochó la cremallera de la cazadora.

Galver aceleró la velocidad de sus palabras.

—Le aseguro que apenas sabía qué hacía Lorenzo en su tiempo libre. No..., yo ignoraba su pasión por el juego. El señor Pons podrá informarle cumplidamente al respecto, ya le digo.

El inspector Malart apoyó una mano en la columna.

—Se lo repito, abogado. —Se inclinó hacia él—. Hoy no es un buen día y de usted depende que sea peor. Lo que me diga quedará entre nosotros. Esta conversación no ha existido.

Galver volvió a mirar a izquierda y derecha. Ni un alma.

—¿Dónde tuvo lugar la partida clandestina?

El abogado bajó los ojos.

—Estoy esperando.

—En casa de Elias Margarit, el conocido industrial.

Milo disimuló el impacto que le causó oír aquel nombre.

—¿Se celebraban con frecuencia o solo de forma ocasional?

—Los miércoles, una vez al mes.

—¿Quiénes participaron?

Galver hizo que no con la cabeza. Tres sacudidas.

—¿Quiénes participaron? —repitió Milo, la mirada opaca.

—No lo sé, lo juro. —Fijó la vista en un lugar indeterminado, por encima de su hombro—. Lorenzo era un poco fantasma, hablaba de gente importante, con influencia. Por lo que oía, iban cambiando, nunca eran los mismos.

Malart retiró el brazo de la columna. Muy despacio. Se enderezó al tiempo que exhalaba el aire de forma sonora. Elias Margarit. Maldijo su mala estrella. Chasqueó la lengua mientras daba media vuelta. Se alejó con paso cansino.

—¡Es usted un malnacido! —vociferó Galver.

Sin hacerle caso, Milo introdujo las manos en los bolsillos y caminó hacia la rampa. Le sonó el móvil. Número desconocido.

Contestó.

—Inspector, soy Cristina Sanz. Acabo de entrar en el ordenador de Carolina. Visitó la página web de la embajada de Australia. Lo hizo dos veces, una a primera hora de la tarde del viernes y la otra un par de horas después. Fue su único movimiento no relacionado con nuestro trabajo en el bufete.

Milo le dio las gracias y colgó. Pensativo, observó la rampa un instante. La cuesta pronunciada.

Tomó aire, y empezó a subirla.

El metro lo dejó a varias manzanas de la mansión, en el barrio de Tres Torres, en la zona alta. El aguacero se había convertido en llovizna, y Milo avanzó sin poder resguardarse bajo ninguna cornisa pues los edificios de aquellas calles no terminaban en la acera, sino que estaban separados de la misma por amplios parterres de arbustos y franjas ajardinadas. Sabía perfectamente dónde vivía Elias Margarit, no era la primera vez que acudía a su casa. Se detuvo al llegar a la calle Rosari. En la esquina se alzaba la preciosa torre modernista. Dos plantas, una tercera abuhardillada, jardín, arboleda. Los altos muros de piedra que la rodeaban tenían más valor que todo el edificio de la

calle Atlántida. Había dos entradas; una suntuosa verja para las personas, y una puerta metálica moderna, abatible, para los vehículos. Se dirigió a la primera y pulsó el único botón del portero automático. Alzó la cara hacia la cámara que lo enfocaba. Un piloto rojo brillaba, la luz fija. Rojo de alarma.

La verja se abrió con un chasquido.

Milo caminó por las losetas repartidas sobre el cuidado césped. A su izquierda vio varios coches aparcados. Subió los cuatro escalones de mármol y aguardó ante la gran puerta de doble hoja.

Le hicieron esperar. Como se imaginaba.

Al cabo, oyó que alguien accionaba el picaporte al otro lado.

Una mujer abrió la puerta. Sonreía.

—Milo, querido, qué agradable sorpresa —dijo Irene, su ex.

17

No reaccionó. Perplejo, permaneció con la boca abierta, sin atinar a responder.

—Pero pasa, no te quedes ahí parado como un espantapájaros —dijo ella con su voz musical, señalando el interior.

Llevaba el cabello rubio más corto, peinado de otra manera. En vez de su melena ensortijada, ahora lucía un pelo liso muy favorecedor. La misma boca sensual, los ojos azules, la piel sin una arruga. Por ella no parecía haber pasado el tiempo. Alta, la silueta torneada, de compleción armoniosa, natural. Vestía una camisa blanca sin mangas, a conjunto con una falda plisada, larga hasta las rodillas, y unos zapatos de tacón que todavía estilizaban más su delgada figura de bailarina de *ballet*. El talle estrecho, los brazos finos, las muñecas delicadas. Lívido, con el pulso acelerado, se preguntó por enésima vez cómo una mujer como aquella había acabado con un hombre como él. No tenían nada en común. Irene Margarit poseía clase, dinero, belleza. Quizá por ese motivo se habían separado después de doce años de matrimonio.

Dio un par de pasos. El calor lo golpeó como un martillo.

Carraspeó.

—¿Vives aquí, con tu padre?

—Tonto —dijo, soltando unas risas—, papá da una fiesta y yo hago de anfitriona. Santo cielo, si estás empapado. Sácate la cazadora, por Dios, que vas a coger una pulmonía.

Le desabrochó la cremallera y le bajó los hombros, estirando de las mangas hasta que logró hacerse con ella.

—Y el jersey, madre mía, también está mojado. —Se lo subió por el torso y luego pugnó por liberarlo de su cabeza—. ¿Se puede saber dónde te has

metido? —Le revolvió el pelo—. Vamos, acompáñame al *office*. Lo pondré todo en la secadora y lo tendrás listo en unos minutos. ¿Te estás dejando barba? No te queda mal, te hace interesante.

Desconcertado, fue tras ella sin pronunciar palabra. Atravesaron la espaciosa cocina, donde una legión de cocineros y sirvientes vestidos de negro se afanaban de un lado para otro, y desembocaron en un cuarto repleto de electrodomésticos. Irene introdujo la ropa en uno de ellos para alarma de Milo, quien dudaba mucho que ella supiera si una cazadora de piel podía meterse en una secadora.

—Te diría que también te sacaras los pantalones. —Se echó a reír—. Pero resultaría embarazoso si alguien nos viera, ¿no?

Consciente de lo ridículo de la escena, él se cruzó de brazos y asintió sin saber qué hacía allí ni cómo había terminado en camiseta delante de su ex, oyendo el zumbido de una máquina dando vueltas. Como su cabeza.

—He venido a hablar con tu padre —dijo. En el acto lamentó el tono demasiado abrupto que había utilizado—. Si no lo pillo en mal momento, por supuesto.

Ella curvó los labios. Señaló su arma en la cintura.

—¿Estás de servicio?

—Vengo en son de paz, Irene. No quiero problemas.

—No es cierto. Los problemas y tú siempre vais de la mano.

—¿Qué tal te van los negocios?

La vio cruzarse de brazos, llevarse una mano a la barbilla.

—¿Continúas con tus prejuicios contra nosotros?

—¿Sales con alguien?

Su ex entornó la mirada.

—Estás de servicio, ya veo —dijo. Se dio la vuelta y paró la secadora. Le tiró la ropa—. Voy a buscar a papá. Le diré que le esperas en la biblioteca. Seguro que te acuerdas del camino.

Se marchó con un taconeo rápido, la falda oscilando a cada contoneo de la cadera. Percibió el rastro de su perfume. El mismo que siempre le había encendido la piel.

Sudando, se puso el jersey todavía húmedo, comprobó que la cazadora había resultado indemne y salió de aquel cuarto más grande que su ático. En la

cocina, preguntó a una mujer de rasgos orientales y piel morena dónde estaba la biblioteca. Memorizó las instrucciones. Una vez en el distribuidor, escuchó de fondo unas voces que conversaban animadamente. Tomó por un corto pasillo con las paredes adornadas por valiosas litografías y tapices con aspecto de haber pertenecido a un museo.

Nada estaba saliendo como se había imaginado.

Entró en la sala repleta de libros y fue directo a un sillón de orejas. Tomó asiento con un suspiro. Cerrando los ojos, se dijo que siempre había un peor. Como interrogar a uno de los cuatrocientos apellidos ilustres que manejaban la ciudad desde sus puestos de poder. La élite. Espirar, inspirar, espirar, se aconsejó. Sobre todo, no perder el control. Enfocó la mirada en la estancia. Repasó los lomos. La mayoría estaban encuadernados en piel, con florituras doradas, agrupados por colores. Le resultaron aburridos y desvió la vista. A su lado, sobre una mesita, descubrió un periódico. Lo desdobló. El proceso soberanista en portada. Lo abrió por la parte central y leyó los titulares. Un cuadro de Monet había sido vendido en Londres por casi cuarenta millones de euros. Pasó la página. Según un informe de Unicef, en Cataluña malvivían 400.000 niños bajo el umbral de la pobreza. Pasó más páginas. Nada sobre la muerte de la joven universitaria. Buscó el horóscopo: «Será un día de emociones positivas. Estarás romántico, generoso, expansivo, positivo y alegre. Un martes plácido y sin problemas».

Elias Margarit irrumpió de súbito.

—Te concedo cinco minutos y solo porque me lo ha pedido mi hija. Aparta de ahí, te has sentado en mi sitio.

Por el industrial sí que había pasado el tiempo. Lo revelaban pequeñas señales: un ligero encorvamiento de la espalda, el rostro más relleno, una apostura menos dinámica. Todas juntas conformaban un Elias Margarit avejentado. Observó su corta estatura, la cabeza despejada y el pelo cano de las sienes, la nariz aguileña, los ojos de un azul metálico, fríos, afilados como un cuchillo de hielo. Era el mismo hombre arrogante de antaño, con la misma actitud aristocrática de quien se sabía por encima de los comunes, pero parte de su arrolladora personalidad se había quedado por el camino, y aquello, sin poderlo evitar, le satisfizo. Era una demostración de que su poder no era ilimitado.

—Te veo bien, Elias.

—Cuatro minutos y medio.

—Las partidas de póquer de los miércoles —dijo Milo—. Quiero saber los nombres de quienes participaron en la última.

Impertérrito, el industrial lo miró con indiferencia.

—Estamos investigando el asesinato de Lorenzo Puig. Uno de los jugadores pudo tener algo que ver, tal vez le sentó mal perder tanto dinero y quiso ajustar cuentas.

—¿Tanto dinero? —se burló—. Sigues estando en la inopia, no sabes nada.

—Y una mierda. Quiero esos nombres.

Elias sonrió al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Y si no te los doy?

—Te recuerdo que esas partidas clandestinas son ilegales.

—Al juez que suele jugar con nosotros le encantará saberlo —dijo el industrial. Juntó las yemas de los dedos—. A ver, cómo te lo puedo explicar. Todo es muy inocente. Nos juntamos unos amigos y, para relajarnos, jugamos unas manos. El que gana, se va contento. Y el que ve reducido su capital, también, porque ha pasado un rato distraído. Nadie pierde. ¿Tú juegas?

—Yo siempre voy en serio.

—Te complicas demasiado la vida:

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Calderilla, diez mil por cabeza. Seis jugadores a la mesa.

—Y Lorenzo Puig levantó unos cuarenta mil.

—Cuarenta y cuatro mil, para ser exactos. —Volvió a sonreír, pero solo con los labios—. Lo que cualquiera de nosotros se gasta en una cena, una cifra que no supone ninguna tragedia.

—Con esa cantidad podrían sobrevivir varias familias.

—Y a mí qué me explicas, que se busquen la vida. La supervivencia está sobrevalorada hoy en día. No entiendo tanto empeño. Lo más digno es apartarse y dejar paso a los fuertes.

—Como los empresarios, jueces, banqueros... ¿algún político también? —Elias se encogió de hombros—. Todos los que participan en esas partidas inocentes. Quiero sus nombres.

—Tres minutos.

Milo se rascó la barba. Lo contempló fijamente.

—No, aquí hay algo que no me cuadra. Primero está ese Lorenzo Puig. Él era de segunda o tercera división, no como vosotros, que sois de la liga celestial. Y luego tú. Por lo que te conozco, no arriesgas un céntimo sin haber calculado antes las ganancias. Y no acostumbras a perder.

—Para ganar hay que jugar. Y apostar fuerte.

Caminó hasta Elias. Se detuvo a medio metro.

—Pero tú no eres un jugador. Y podrías serlo. Frío, cerebral, calculador, sabes descubrir los puntos flacos de tu rival, lanzarte como un lobo a su yugular cuando está herido. —Se dobló hacia él—. Dominas el arte del engaño, de la manipulación. Pero tú no juegas. —Acercó el rostro al suyo—. Tú compras y vendes voluntades. Y tu casa es el escenario perfecto, unas partidas inocentes de póquer. Los ilustres beben, se relajan, ganan unas manos, hablan... ¿tal vez más de la cuenta?

—Dos minutos, jodido metomentodo.

Milo se enderezó.

—Lorenzo Puig era tu chico de los recados. Le enviabas al palco del Barça, por ejemplo, con la caña de pescar y su sonrisa de anuncio. ¿Quién rechazaría una invitación del todopoderoso Margarit? Así cerrabas la incorporación de los nuevos jugadores. Lo que empiezo a preguntarme es si Lorenzo, un experto en esto del póquer, no se dejó llevar y ganó demasiado. ¿Te estropeó el guión? ¿Te echó a perder la velada?

—Tonterías. Continúas siendo un chiflado. Minuto y medio.

—Los cojones un chiflado. Y en tiempos de crisis, no está el horno para perder nada. Usas dos barajas, las dos marcadas. Y el trepa de Lorenzo metió la pata. Debió de dolerte.

Elias se incorporó del sillón con cierta dificultad.

—Tienes que conocer al nuevo novio de Irene, hacen una pareja maravillosa. Está aquí, ¿quieres que te lo presente?

—Otro día. Los nombres, dame esos nombres.

—Gerard, Oriol, Carmen, Josep Antoni, Alicia, Jordi... Son tantos que no puedo recordar sus apellidos —dijo—. Me hago mayor, mi memoria ya no es la que era. Último minuto.

—Tendrías que haberle advertido a Lorenzo que no se confiara cuando la vida le repartía una buena mano. —Caminó hasta la puerta—. La vida suele guardarse un as en la manga. Tú. —La abrió—. Esto no ha acabado aquí.

—Yo creo que sí. Si me necesitas, no me llames.

—Despídeme de Irene. Tu tiempo se ha acabado.

—Despídete tú de Irene. ¿Te he hablado de su nuevo novio?

El portazo resonó en toda la casa.

Llegó a la salida en dos zancadas. Ya no se oían de fondo las voces charlando animadamente. Accionó el picaporte y bajó los cuatro escalones de un salto. Continuaba cayendo una suave llovizna. Se puso la cazadora, se subió el cuello, y anduvo por el centro de la calzada hacia la estación de metro.

El pastor mallorquín salió como una exhalación a recibirlo. Casi lo derribó al suelo. Entre jadeos y movimientos de cola, cruzándose entre sus piernas camino de la sala, Milo solo tuvo tiempo de dejar el arma en el cajón y beber un trago de agua. Salieron del ático a toda velocidad, y el perro fue directo al primer árbol que vio. Luego, algo más tranquilo, se lanzó a correr por el paseo. A lo lejos, Milo vio que un golden retriever salía a su encuentro.

La mujer del tres cuartos amarillo caminó en su dirección luciendo una amplia sonrisa. Milo se debatió entre hacer otro tanto o aguardarla donde estaba. Sus pies le llevaron hacia ella.

Se encontraron a medio camino.

—Seguimos siendo unos optimistas, Milo Malart. Continuamos sin llevar paraguas cuando está lloviendo.

—Ah, pero ¿está lloviendo? —Abrió la mano con la palma hacia el cielo—. Solo son cuatro gotas, Leire.

—Recuerdas mi nombre.

Se encogió de hombros mientras miraba jugar a los perros.

—Era Leire o Laura.

—Vale, ya lo has estropeado —repuso, el tono jovial. Se percató de la tensión en su rostro, de la postura agarrotada de sus hombros—. ¿Un mal día en la comisaría?

Milo sintió el frío penetrante, con la humedad calándole hasta los huesos.

La miró con desconfianza y ella alzó los brazos, en plan de broma. Al verlo rígido, le explicó que había buscado su nombre en la red, descubriendo los vídeos de un programa de televisión donde había aparecido a resultas del caso del Verdugo de Gaudí. Milo continuó inmóvil, sin reaccionar. Leire, entonces, prosiguió diciendo que por aquello le sonaba su cara, que sabía que lo había visto en alguna parte. A continuación, le contó que ayer no acudió al paseo Marítimo por ese motivo, pero que hoy se lo había pensado mejor y decidido darle una segunda oportunidad, que es lo que solía hacer con las personas.

—Se armó una buena contigo, inspector Malart.

—¿Una segunda oportunidad? —dijo, arisco.

—Eres policía.

—¿Y?

Leire hizo una mueca de incomodidad.

—Digamos que las fuerzas policiales me provocan cierta desconfianza. —
Y con rapidez, agregó—: No es nada personal.

—¿Crees que voy a atacarte, a llamar a unos compañeros para reducirte en el suelo, a sacarte un ojo quizá?

Su voz resonó gélida, y ella se apresuró a justificarse.

—Después de lo ocurrido, a muchos ciudadanos les ocurre lo mismo. Son ya dos muertos por vuestra mala praxis.

Se refería a dos casos muy sonados en la ciudad. Un empresario, en estado de embriaguez, había fallecido cuando ocho agentes lo habían reducido en el suelo de una calle del Raval. Y semanas después, otro tanto había sucedido en la plaza de Molina, en esta ocasión a un actor con problemas de salud mental.

—¿Puedo saber a qué te dedicas?

—Dedicaba. Era concejala del ayuntamiento.

Milo se echó para atrás, llevándose las manos a los bolsillos.

—¿Vas a robarme la cartera?

Leire borró de inmediato la sonrisa de su cara. Antes de que pudiera abrir la boca, Milo arremetió:

—Los políticos sois el cáncer de la sociedad. Estáis vendidos al poder financiero. Y oye, no es nada personal. Muchos ciudadanos opinan lo mismo.

Ambos se miraron con fiereza, sin apartar los ojos.

—No todos somos iguales.

—No, no todos somos iguales.

Ella dio un paso hacia él. Enfadada, lo señaló con el dedo.

—¿Sabes por qué me mudé de mi piso en Ciutat Vella? Porque entraron unos desconocidos y lo pusieron patas arriba. ¿Y sabes por qué lo pusieron patas arriba? Porque, como concejala del ayuntamiento, me negué a hacer la vista gorda ante unas irregularidades que detecté en un proyecto urbanístico. Intenté hablar con el alcalde. Después de un montón de rechazos, fui a su despacho y le puse al corriente del asunto. Me dijo que diera carpetazo, que lo dejara estar. No lo hice. Entonces sucedió lo del piso. Pero yo seguí en mis trece. Y cuando me ordenó que parara de tocar las narices, dimití. Cogí mis cosas y me fui. Debo de ser la única política del país que ha dimitido. Pero, a cambio, empecé a recibir extrañas llamadas en casa, siempre a deshoras, y la asaltaron dos veces más. Para amedrentarme y que cerrara la boca. Y sí, al final me rendí —dijo, punteando el plexo solar de Milo con un dedo a cada frase—. Por temor. Y me mudé a la calle Sal, en tu barrio. Estoy harta de rendirme. Así que no me hables de cáncer de la sociedad, ¿me oyes? No necesito que nadie me dé clases de ética.

Milo agarró su muñeca y la frenó en el aire.

—Vas a hacerme un agujero en el pecho —dijo, la voz desprovista de tensión—. Y no quiero más cicatrices.

Ella enarcó las cejas.

—Sí, yo también podría contarte algunas batallitas. Y también sé lo que es enfrentarse con los jefes y salir perdiendo por los politiqueos. ¿Has denunciado esos asaltos?

—Por supuesto. Pueden acojonarme, pero no que me olvide de mis derechos.

Ella se desasíó. Acto seguido, le cogió de la mano. Intentó mirarlo a los ojos, pero Milo bajó la vista. Segundos después, fue él quien buscó su mano libre. La apretó con calidez.

—Somos dos bichos raros, cada uno en su profesión.

—Dos culos de mal asiento —concluyó Leire.

—Uno de muy buen ver, el otro ya algo decaído.

Coincidieron las miradas, un momento, y se echaron a reír.

—Hace tiempo que nadie me dirigía un piropo —dijo ella.

—¿Cómo sabes que hablaba del tuyo?

Llamaron a los perros, y los cuatro se dirigieron a la calle Sal. Leire se opuso a que la acompañara, pero Milo insistió.

—Es una iniciativa estrictamente policial —dijo. Y al notar su incredulidad, añadió—: Un miembro del orden no te mentiría.

—¿La política no era yo?

Avanzaron por las calles desiertas bajo una lluvia fina. En un soportal, unos hombres y mujeres preparaban los cartones para pasar la noche, parapetándose tras los carritos y otros bultos de gran tamaño. Más adelante, ambos leyeron un grafiti: «Policías asesinos fuera del barrio». Siguieron andando sin hacer comentarios. Milo se volvió tres veces, detalle que a Leire no le pasó inadvertido. Le dijo que se lo había visto hacer en otras ocasiones y le preguntó si se había metido en algún lío. Él se limitó a encogerse de hombros. Cuando repitió el gesto por cuarta vez, lo imitó. No vio a nadie detrás y se lo comentó.

—No ver una amenaza no significa que no exista —dijo él.

Ella se detuvo.

—¿Crees que pueden asaltar el piso al que me he mudado?

—Averiguar tu nueva dirección es fácil, basta con seguirte. ¿Frecuentas los mismos lugares?

Leire asintió.

—Me estás asustando.

Milo contempló las bolsas debajo de sus ojos, las estrías en la piel, los estragos del cansancio. Aquella mujer no dormía un sueño reparador desde hacía semanas.

—Esos tipos solo buscan que mantengas el pico cerrado. Si hubieran querido hacerte daño, ya lo habrían hecho.

—Es lo mismo que me dijo la policía.

—Pero eso no quita que vaya y eche un vistazo. Por si acaso.

Prosiguieron. Al rato, ella le contó que estaba diseñando una nueva plataforma política junto a otras personas con ganas de cambiar las cosas.

—Una especie de Parlamento Ciudadano, para devolverle el poder a la

gente de a pie y decir basta a un Estado que tiene secuestrada nuestra democracia. Hay que regenerar el sistema.

—Suená bien —dijo Milo—. Utópico, pero bien.

—¿No crees que lo vayamos a conseguir?

—Somos un país de ranas. Por más que la gente sepa que son escorpiones, sigue dejándolos subir a su espalda. El problema es que saben nadar.

—Podemos convencer a la gente.

Milo guardó silencio.

—Está harta de los corruptos incompetentes. La situación ha llegado a su límite. Los que tienen mucho, quieren más. Los que tienen poco, comparten. Y los que no tienen nada...

—Se tiran al metro.

Poco antes de llegar a la plaza del mercado, ella señaló otra pintada. «Quien siembra la miseria, recoge la rabia».

—Lo que te decía, la gente no soporta más un sistema que ha dejado de ser político para convertirse en una industria de la corrupción, en algo parecido a una mafia. Es la sociedad civil quien mantiene a los desamparados; el Estado no, el Estado solo mantiene a los bancos. Se regodean tanto en su ineficacia, la injusticia es tan grande que...

—Leire —interrumpió—, a mí no tienes que convencerme.

Se adentraron en la calle Sal. Ella indicó una banderola roja que pendía de la pared de un edificio, sobre una tienda.

—Es una librería —dijo—, especializada en género negro.

—Negra y Criminal, la conozco. Me acerco los sábados y les compro alguna novela a Montse y Paco. Son una institución.

Leire extrajo las llaves y maniobró con la cerradura.

—¿Tú? Después de pasarte la jornada investigando homicidios, ¿aún tienes humor de leer novelas policíacas?

—También las leen los asesinos, y mi obligación es estar al día. — Dejaron pasar a los perros, y luego entraron en el estrecho vestíbulo—. Además, hay autores que son muy divertidos.

Los cuatro subieron por la angosta escalera hasta la primera planta. Ella abrió la puerta. Milo le dijo que esperara, que sujetara a los perros, y entró a echar un vistazo. El piso era pequeño, acogedor, muy bien caldeado. Un baño,

cocina americana, la sala y un dormitorio. Todo recién restaurado. El desorden le llamó la atención. Había libros por doquier, ropa, trastos, zapatos, los cajones abiertos. Todo revuelto como una leonera.

—La verdad, no estoy muy seguro de si han entrado asaltantes o no —dijo. Leire le replicó algo desde el rellano que no oyó bien.

Una vez hubo comprobado que todo estaba despejado, ella accedió al interior precedida por la golden retriever y el pastor mallorquín. Lo primero que hizo fue quitarse el mojado tres cuartos amarillo y dejarlo tirado en el sofá. Luego hizo otro tanto con las botas, las cuales quedaron en medio de la sala.

En un paragüero, junto a la puerta, había tres paraguas. Malart los señaló como si fueran la prueba de un crimen.

—¿Y esto? —dijo.

—Para las visitas... ¿Habéis cenado?

Milo buscó una excusa a toda prisa. Se quedó en blanco. Lo único que se le ocurrió decir fue que mañana le esperaba un día muy complicado y que lo mejor era dejarlo para otra ocasión.

—Pero igualmente tenéis que cenar, ¿no? —dijo Leire, acariciando a los dos perros. Sin aguardar la respuesta, se dirigió a la reducida cocina—. Té aviso, mis habilidades culinarias son muy sencillas. ¿Qué tal una ensalada y algo de pescado a la plancha con espárragos trigueros?

Se le hizo la boca agua.

Durante la cena, ella se interesó por su dieta habitual, y Milo le contó en qué consistía su menú de invierno.

—Eres un comestor, con tu planta deberías alimentarte más y mejor —dijo ella, ruborizándose a continuación.

Mientras él devoraba los platos, Leire le explicó más detalles acerca de su proyecto político y los motivos por los cuales había tomado esa decisión. Según ella, quienes mandaban en el país solo estaban al servicio de sus intereses mientras la primera causa de muerte en Cataluña, por delante de los accidentes de tráfico, ya era el suicidio. Aquello no podía continuar así. La mentira era demasiado escandalosa, y quitarse de en medio o guardar silencio no podían ser las respuestas. Antes de que la situación estallara, tenían que crear un plan alternativo y la única salida era devolverle el poder a la

sociedad civil. Afirmó que el Estado se había convertido en el enemigo del ciudadano, y que si no lo hacían ellos nadie acudiría a salvarlos. «Estamos solos». Milo fue asintiendo de forma mecánica, sin prestar mucha atención. Nada más terminar la cena, llevó los platos a la cocina y luego se apresuró a marcharse. Leire bajó con él y *Tío* para abrirles el portal. Mientras el pastor mallorquín salía a la calle, ella se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

—Escucha, yo no me engaño —dijo—. Sé que no soy como las mujeres cañón con las que debes de salir, y no vas a bajar el listón. Así que tranquilo, somos mayorcitos. —Acto seguido lo empujó con dulzura, pero con firmeza, al exterior—. Ya nos veremos por el paseo —se despidió, cerrando la puerta.

Milo y el perro se quedaron mirándose el uno al otro.

—*Tío*, ¿tú has entendido algo?

18

En la pesadilla, la bailarina de *ballet* danzaba desnuda, la piel como un celofán envolviendo los huesos, sobre un suelo cubierto de cartones. Pero en vez de zapatillas de baile, con punta plana y cintas rosas, calzaba tacones de aguja. A su alrededor, una docena de trajeados aplaudían sus pasos. Con cada movimiento, las piernas escuálidas de la joven sin rostro se combaban a punto de troncharse. Cayó de rodillas. Uno de los trajeados corrió a situarse detrás de ella, con los pantalones en los tobillos y jaleado por los demás. Penetrar su cuerpo era como frotarse en la hendidura de una roca y el hombre aulló. Sin dejar los vaivenes, se sujetó a su cuello de cisne. El esqueleto comenzó a desmontarse, a caer los huesos como un castillo de naipes, con un ruido sordo. Agarrado a su garganta, el hombre apretó. Y apretó hasta romperla. Aún así, ella siguió con sus gritos, la cabeza colgando. ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! El hombre volvió con violencia la cara.

Un lengüetazo lo despertó. Echado en el sofá de la sala, vio que a su lado el pastor mallorquín se removía inquieto, sin perderlo de vista. Fuera todavía estaba oscuro. Llovía.

—No pasa nada, *Tío* —jadeó Milo—. No pasa nada.

Puso los pies en el suelo.

Embotado, tardó unos minutos en borrar aquellas imágenes de su mente. Después terminó de vestirse y salió del ático, seguido por el perro.

El helor de la noche le mordió la piel antes de zambullirse. Nadó furioso hacia lo hondo, un tramo más largo de lo habitual.

Luego, desfondado, flotó inerte sobre los vaivenes del mar, el aire punzante en la cara. Al cabo, hizo el camino de vuelta, ayudó al pastor mallorquín en su avance por el agua helada y ambos llegaron resoplando a la

orilla.

Tras darse una ducha, vio amanecer con la frente apoyada en el cristal. El día iba a ser gris otra vez. Sin duda, enero era el mes más triste de los doce. Sonó el móvil. Era Rebeca. Le explicó que había aparecido otro perro empalado; en esta ocasión, en un parque en la confluencia de avenida de Roma con Urgel.

—De nuevo en uno abierto. Y como siempre, delante de la zona de juegos infantiles. Un bodeguero, de año y medio. Ya van cinco. ¿Qué coño le pasa a ese salvaje?

—¿Han encontrado huellas de pisadas?

—Un par, ahora están sacando los moldes. Y en el cruce hay una cámara de Tráfico. Crespo ya ha salido hacia la Central para analizar las imágenes. Aunque tú digas que no existe, ojalá tengamos suerte y hayan registrado a ese comemierda.

—No es necesario que me presente en el parque.

—Tenemos una cita con el juez Losada, a media mañana.

Milo observó el cielo encapotado. La luz color sepia. Irreal. La vida parecía estar suspendida, el tiempo. Pero sabía que tan solo era una ilusión.

Tomó aire.

—Subinspectora, quizás ayer me pasé de la raya contigo y...

—Ni se te ocurra disculparte —dijo ella—, es señal de debilidad y ya me das bastante grima. Me lo enseñaste tú. Y una cosa más, inspector, no llegues tarde.

Colgó.

El pastor mallorquín recostó el lomo en sus piernas.

—Tío, va a ser un día jodido. —Le acarició la cabeza—. No tengo una bola de cristal, pero algo me dice que la jornada de hoy no va a ser plácida precisamente.

El perro le lamió la mano. Parecía sonreír.

Dudó entre coger el autobús o el metro, pero enseguida se decantó por el primero. Iba a estar igual de abarrotado, los empujones y el hedor iban a ser los mismos, aunque por lo menos los sufriría viajando por la superficie. Y de

paso, se ahorraría la posible parada por «motivos técnicos». La tragedia diaria.

Realizó el trayecto ensimismado.

Al bajar del autobús, oyó el móvil en el bolsillo. Anna Bassa.

—Comisaria jefe —dijo, tomando por una calle.

—Tienes que detener esta locura como sea, inspector Malart. Ya son cinco los perros empalados. Como sea. Prioridad absoluta, ¿queda claro? Si es necesario, te relego de los otros casos.

—No hará falta, comisaria jefe. Barajo varios sospechosos. Pronto podré decirte algo definitivo.

—¿Estás en el parque?

—De camino.

Anna Bassa hizo una pausa.

—Espero resultados —dijo.

—Los tendrás. —Se detuvo—. Tienes mi palabra.

Cortó la comunicación. Observó el edificio de la calle Alcolea. Según sus propias palabras, Isabel Estrada todavía estaría en casa. Apoyó la mano en el portero automático.

—Correo comercial —dijo.

Entró en el angosto vestíbulo y subió los peldaños hasta el cuarto. Tocó el timbre de la puerta segunda. Aguardó unos segundos. Nadie. Volvió a pulsarlo. De nuevo, nada. Arrimó el oído. Oyó la televisión. Emilio, el hombre que solo veía la tele. Insistió. A su espalda, oyó que se abría una puerta.

Una anciana asomó la cabeza.

—No le abrirán —dijo.

Le enseñó la placa. La anciana la miró con desconfianza.

—Isabel ha salido a comprar. Y Emilio no sabe.

—¿Cómo dice?

La anciana amplió la abertura dos palmos.

—Que con tantos pasadores de seguridad el pobre Emilio no sabe abrirla. No creo ni que entienda que el timbre haya sonado. —Lo miró de arriba abajo—. ¿De veras es usted policía?

Milo extendió el brazo y le acercó la placa.

—Del Grupo Especial de Homicidios, señora.

La mujer encendió la luz del recibidor. La observó con atención, los ojos yendo y viniendo de la placa a su rostro.

—Una no puede fiarse hoy en día, y con su pinta... —Dejó la frase sin acabar. Abrió la puerta por completo. Milo arrugó la nariz por el tufo a cerrado—. Viene por lo de Lina, claro.

—¿Le importa que le haga unas preguntas?

Asintió despacio, ajustándose la bata a la altura del cuello.

—Esa familia tiene desgracia. Lo de Emilio hace diez años, y ahora lo de Lina. No se puede luchar contra la desgracia. Solo queda la resignación. —Se santiguó con un gesto fugaz—. Nadie sabemos lo que nos aguarda. En manos de Dios, ya sabe.

—¿Estaba en casa el viernes hacia las ocho de la tarde?

—Solo salgo por las mañanas, y eso si no llueve. Bajo a la compra y regreso a casa. Vivo sola, soy viuda sin hijos, y no hay ascensor. Mis piernas solo soportan un viaje. Tengo ochenta y dos años, joven.

—¿Oyó algo extraño?

La anciana arrugó el rostro.

—No, solo la tele, a todo meter. Yo estaba viendo un culebrón, uno de esos mexicanos, con gente malísima. No me gusta nada, pero quiero saber cómo acaba. Y su tele —indicó con la barbilla el piso de los vecinos— estaba a todo volumen, un concurso. A mí los concursos no me dicen nada, me duermen.

—¿Sabe si algún otro vecino de la escalera oyó algo?

—Somos muy pocos, dos puertas por rellano y cuatro plantas. Algunos pisos están vacíos, y la mayoría somos ancianos.

—Y usted solo oyó la tele de los Estrada.

—Sí, tuve que subir la mía. Las paredes no son muy gruesas.

Milo pudo imaginar a la anciana. Sola, la televisión como toda compañía, y la desgracia en la pared de al lado, despertando su instinto chismoso. Oyendo a los vecinos, espiándolos.

—¿Sabe si discutían?

—No soy una cotilla, oiga.

—Pero seguro que de vez en cuando, sin usted pretenderlo, llegaba a sus oídos alguna conversación.

—No soy sorda, si se refiere a eso. Y con dos jóvenes en casa, una oye

según qué cosas.

—Me hago cargo.

—Son muy buenos hijos, no vaya usted a pensar mal. Eloy es muy tranquilo, obediente. Trabaja en un taller aquí en el barrio, en Tenor Masini. Pero Lina ya era mayor, quería hacer su vida, y en esa casa se respira la desgracia, ya se lo he dicho. Es muy triste lo de Emilio, ya no es el que era. Pero así es la vida.

—Entonces, discutían.

La anciana volvió a ajustarse el cuello de la bata.

—Por tonterías, todo el rato. Que si no quiero lavar los platos, que si le toca a Eloy poner la mesa, que si estoy harta de trabajar para nada... Yo, de haber sido ella, ya me habría ido de casa hacía tiempo.

—¿Por qué lo dice?

—Joven, bonita, lista, con todo el futuro por delante. La desgracia llama a la desgracia. Y ya ve lo que ha ocurrido —dijo, poniendo cara de triunfo.

Oyeron el ruido de la puerta de la calle.

—Le juro que no entiendo a qué esperaba a largarse con todo ese panorama. A los jóvenes no les conviene ver la otra cara de la vida. Los hunde. ¿O no es así? Les quita fuerzas.

Alguien con pasos lentos y arrastrados subía por la escalera.

—¿Y el viernes por la tarde vio a Carolina salir de casa?

—Ni entrar ni salir.

—¿No echó un vistazo por la mirilla?

—¿Para qué? Mire, aquí llega Isabel. Cargada como una mula, como siempre.

La anciana salió al rellano para saludarla. Resoplando de cansancio, Isabel encaró exhausta el último tramo de escalones.

La vecina lo empujó con una mano hacia ella.

—No sea maleducado y vaya a ayudarla con las bolsas, ande.

Milo así lo hizo, y ambas mujeres intercambiaron un saludo mientras Isabel introducía la llave en la cerradura. Al cabo, se despidieron, y Milo se encontró en la sala de los Estrada, mirando a Emilio, quien tenía los ojos clavados en el televisor.

—Es usted muy amable —dijo Isabel, cerrando la puerta.

La habitación de Carolina estaba ordenada, todo en su sitio. La cama hecha, la ropa en el armario, las carpetas amontonadas a un lado de su pequeña mesa, los bolígrafos dentro de un cubilete. Ninguna fotografía a la vista. Ojeó los lomos de los escasos libros que reposaban en un estante. Todos eran de Derecho, ninguna novela. Pocos objetos personales; un oso de peluche sobre la almohada, un cesto lleno de pintañas, un mapa de los cinco continentes clavado con chinchetas en la pared frente a la cama. Miró debajo del somier. Una maleta de tamaño mediano, con ruedas y tirador, de color rojo geranio.

—La compró en rebajas, en el mercado —dijo Isabel desde la puerta—. Yo le dije que era tirar el dinero, que para qué quería una maleta, pero mi Lina era muy tozuda y se la compró.

Milo se puso de pie.

—¿No tenía un álbum de fotos?

—¿Lo ve? Esa era otra de las manías de mi Lina. Odiaba que le sacaran fotos. Y no sé por qué, era muy fotogénica. Pero ella, dale que te pego, que no quería fotos, y se salió con la suya, excepto por unas pocas, de pequeña, hasta que cumplió diez años.

Milo abrió el estrecho armario de dos hojas. En el espacio de la izquierda, vestidos, chaquetas, pantalones, muy poco de cada; y en el suelo del mismo, varios pares de zapatos y zapatillas deportivas. En el de la derecha, tres estantes donde se amontonaban de forma ordenada, y perfectamente doblados, jerséis, camisetas y otras prendas. Unos montones muy reducidos. Debajo, una cajonera. Ropa interior, pañuelos, calcetines, medias, guantes. También muy poco de cada. Lo cerró.

—Su hija no gastaba mucho en vestuario.

—No están los tiempos para gastos —dijo ella, la voz queda.

Milo tomó asiento ante su mesa.

—¿Y tampoco tenía ordenador?

A su espalda, Isabel negó con un gesto.

—Decía que ya se las apañaba con los de la biblioteca de la universidad. Y cuando entró a trabajar, con el del bufete.

Revisó las carpetas. Contenían apuntes de varias materias. La letra era apretada, redonda, minúscula. Muy pocos tachones. Abrió los cajones y

repasó su contenido. No halló papeles de la embajada australiana ni registros bancarios ni nada que se pareciera remotamente a un visado. Tampoco el billete de avión.

Se incorporó y señaló la puerta.

—¿Qué tal si volvemos a la sala?

Tomaron asiento en el deslustrado sofá. El hombre ante el televisor mantenía la misma postura, sin apartar los ojos de la pantalla. Milo reprimió un escalofrío. Una corriente de aire helado le daba en la nuca. Se subió el cuello de la cazadora.

Soltó una tosecilla y se agarró las manos.

Tragó saliva.

—¿Sabían que su hija estaba preparando un viaje?

El rostro de la madre se transfiguró por la sorpresa.

—¿Un viaje? ¿Qué tipo de viaje?

La temperatura de la sala se redujo varios grados.

—Por lo que hemos averiguado, pensaba salir del país una temporada larga. ¿No les había dicho nada?

La mujer sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No puede ser, la Lina nos lo habría contado. ¿Un viaje? ¿Un viaje adónde? ¿Y qué quiere decir una temporada larga?

Milo se encogió de hombros.

—Ignoramos si pensaba regresar —dijo—. Pero sí hemos confirmado que planeaba ir a las antípodas.

Isabel lo miró con estupor.

—¿Y dónde está eso?

—En la otra punta del mundo. En el extremo más alejado.

Parpadeó perpleja. Extendió el brazo y apretó la mano de su marido. Se volvió hacia él.

—¿Tú lo oyes, Emilio? Este hombre dice que la Lina pensaba irse y abandonarnos. ¿Te lo puedes creer?

El hombre siguió quieto, sin inmutarse.

A Milo le abrasaba una pregunta en la garganta. Titubeó. Pero le pudo la curiosidad.

—¿Nunca se mueve, ni para ir al baño?

—Lleva pañales —respondió ella, seca. Le lanzó una mirada de disgusto. Tras un cabeceo, dijo—: Pero eso debe de costar mucho dinero y la Lina nos daba todo su sueldo. Nosotros..., yo... ¿Cómo lo iba a pagar? Un viaje tan lejos tiene que valer una fortuna. Todo esto tiene que ser un error.

Milo reparó en el sutil cambio en la forma de llamar a su hija, De un «mi» Lina, cariñoso y familiar, había pasado a un impersonal «la» Lina. Y justo a partir del momento en que había oído que ella tenía planeado marcharse de casa, probablemente para no volver. Se apenó por aquella joven. Nadie merecía un giro de las lealtades tan repentino. Y menos, de una madre.

Carraspeó.

—¿Sabían si tenía algún otro trabajo?

La mujer desorbitó los ojos.

—Cuándo, si no tenía tiempo. No paraba con los estudios y el empleo del bufete, siempre iba con la lengua fuera. La Lina era una buena chica, nos entregaba todo su salario.

—Le quedaban libres los fines de semana.

—Pero ¿de qué clase de trabajo habla? Se han equivocado, ¿me oye? —Se levantó muy nerviosa. Dio unos pasos. De súbito, se detuvo y se encaró con él —. ¿Qué está insinuando?

Milo se incorporó. Con voz monótona, le explicó que solo eran preguntas de rutina, parte de la investigación.

—¡Paparruchas! —gritó ella—. Lo del viaje, todo eso de que pensaba marcharse, ¡es mentira! ¡Un invento chino!

—Señora, procure calmarse. ¿Alguna vez le revisó el bolso?

—¿Por quién me toma? Le dejo entrar en casa, ver su habitación, ¿y así me lo agradece? ¡Salga de aquí!

Milo caminó cabizbajo hacia la salida. Estaba claro que era un torpe redomado en las distancias cortas. Quitó la cadena, desplazó el pasador y abrió la puerta.

Ella la cerró con un portazo. Las paredes retumbaron.

Consciente de que la vecina lo estaba espiando por la mirilla, la saludó con una mano y, mientras la señora Estrada continuaba desfogándose a gritos en su casa, se dirigió a las escaleras y comenzó a bajarlas. Maldijo el hecho de no saber desenvolverse en aquellas situaciones. Lo suyo era mantenerse en

un discreto segundo plano. Fue al llegar a la segunda planta cuando cayó en la cuenta de qué significaba aquello: había echado en falta la compañía de la subinspectora Mercader. Apremió el paso. Y nada más salir a la calle, inspiró una bocanada de aire fresco.

Bajó del autobús y caminó de prisa hacia la Ciudad de la Justicia, el gran complejo de ocho edificios donde se concentraban la mayoría de los servicios judiciales de la ciudad. Divisó a Rebeca en las escaleras de la entrada. Con cara de pocos amigos.

Extrajo el móvil, llamó al sargento, y fue a su encuentro.

La saludó con un gesto al tiempo que se llevaba el índice a los labios.

—Toni, más deberes. Busca en los archivos a delincuentes y asesinos con el mismo *modus operandi*, o similar, empleado con Carolina Estrada y Lorenzo Puig.

—Ya estoy en ello, inspector. Ayer me lo encargó el jefe Singla. —Milo enarcó las cejas—. He terminado de analizar las imágenes del metro. —Separó el móvil de la oreja para que ella pudiera escuchar—. Ni las cámaras de la estación de Les Corts, ni las de los vagones que circularon a esas horas por la línea verde, registraron a ningún individuo con un beagle en brazos. Tampoco a nadie que coincida con la descripción que me diste.

—Se fue andando.

—O cogió el autobús —intervino Rebeca.

—También puede ser que viva cerca —dijo Crespo.

—O lejos, y no quiere gastar dinero en un bono T-10. No son baratos después de la última subida de tarifas.

—O es lo suficientemente inteligente como para pensar en las cámaras del metro —dijo ella.

Milo guardó silencio unos segundos.

—No, diría que improvisó sobre la marcha —repuso en voz baja—. Las tripas me dicen que no es cuestión de inteligencia.

Rebeca puso los ojos en blanco mientras hacía una mueca.

—¿Has sacado algo de las cámaras de Tráfico en el cruce de Urgel con avenida Roma, lo del perro plantado esta mañana?

—Las imágenes son muy borrosas, subinspectora. Se ve a un tipo debajo de un paraguas que cruza el paso cebra, en dirección al parque, cargando un bulto a la espalda, algo que parece un saco negro. Luego desaparece del ángulo de las cámaras.

—¿Cómo iba vestido?

—De oscuro, pero todo es muy difuso, ya os digo. No se le ve el rostro en ningún momento.

—¿Y su complexión?

—Robusta, aunque no podría asegurarlo.

—¿Has podido distinguir cómo iba calzado? —dijo Milo.

—¡Tú y tu manía por los zapatos! —soltó Rebeca, hastiada.

—Zapatos negros, o botas —dijo el sargento—. Apenas se puede vislumbrar nada. —Hizo una pausa—. Corrijo un detalle. Debajo del paraguas asomaban los bajos de un tres cuartos, un punto más claro que los pantalones.

—¿Podría ser un chaquetón marrón oscuro?

—Podría ser, sí.

Rebeca y Milo intercambiaron una mirada.

—¿El tipo de las flores? —dijo ella.

—Quién sabe —murmuró—. Sargento, necesito una cosa más, y también va de cámaras. Rastrea las de la esquina de la calle Rosari con Nena Casas, quiero saber las personas que acudieron a la torre modernista el miércoles pasado, hacia las nueve o diez de la noche. Las matrículas de los coches que entraron en casa de Elias Margarit. No es tarea fácil, ni siquiera sé si hay cámaras por la zona.

—¿En Tres Torres? Como mínimo las hay privadas, seguro. Veré lo que puedo hacer, *hackear* cualquier terminal no es difícil.

—Por eso no tengo ordenador en casa.

—¿Tú no navegas?

—Yo solo nado.

Colgaron.

—¿Tu exsuegro? —preguntó Rebeca—. ¿Crees que está metido en el asunto?

—Ese hombre está metido en todo. Y aún es mi suegro, Mercader. Irene y yo solo estamos separados. —Señaló uno de los edificios del complejo—.

¿Entramos? No quiero hacer esperar al juez.

Milo echó a andar.

Rebeca salió tras él con las manos clamando al cielo.

—Tienes un morro que te lo pisas —dijo—. No se me ha olvidado que has vuelto a llegar tarde. Tu truco de la llamada telefónica no ha colado, que lo sepas.

—No se te escapa una, subinspectora. Por cierto, no te lo vas a creer: esta mañana te he echado de menos.

19

A izquierda y derecha del amplio corredor se repartían los despachos de los diferentes Jueces de instrucción. A medio pasillo, Milo le dijo a Rebeca que primero quería saludar a una persona.

—Será solo un minuto.

Entraron en una sala que hacía las veces de antedespacho.

Sentada a una mesa, y parapetada tras una montaña de dossieres, Alba Conte, la secretaria de la jueza Cabot, tenía la cabeza sumergida en un grueso expediente. Antes de que despegara la vista de los papeles, Milo se aproximó sin hacer ruido.

—Siento el retraso, pero la jueza me está esperando.

—¡Inspector Malart! —exclamó, abriendo mucho los ojos. Se levantó de golpe, salió de detrás de la mesa arreglándose el moño y le dio un abrazo—. ¡Cuánto tiempo sin verlo por aquí!

Incómodo ante aquella muestra de alegría espontánea, y sin saber bien qué hacer, Milo le dio unas palmaditas en la espalda.

—No quería alterar la paz de su santuario.

Ella se separó, lo cogió por los hombros y adoptó una expresión severa.

—¡Por Dios, no diga estas cosas! Después de lo que hizo por nosotros, usted siempre es bien recibido.

Milo sonrió. Rondando la cincuentena, de baja estatura y rostro afilado como una profesora del siglo XIX, Alba Conte no siempre se había mostrado tan amable con él. Meses atrás, cada vez que se presentaba para ver a la jueza sin cita previa o con retraso, la mujer solía regañarle con dureza, defendiendo con uñas y dientes, como una cancerbera inexpugnable, la puerta del despacho de Susana Cabot y su agenda, ya de por sí bastante apretada. Pero con la

resolución del caso Gaudí limaron asperezas, y desde entonces no había regresado a sus dominios.

Lo soltó al tiempo que señalaba el montón de expedientes.

—Como ve, aquí seguimos saturados de trabajo. —Y en voz baja, agregó—: El sustituto de la jueza no es tan eficiente.

Milo amplió la sonrisa. Para la señora Conte, ningún sustituto de la jueza le llegaría nunca a la suela de los zapatos. Sentía verdadera devoción por ella, una fidelidad sin límites.

—Pasaba por aquí de camino a ver al juez Losada y he querido saludarla. Hace usted muy buena cara.

La mujer volvió a llevarse una mano al moño.

—No sea usted zalamero, inspector. Ya sabe que sus trucos no funcionan conmigo. ¿Conoce la gran noticia? —Él negó con un gesto—. ¡La jueza Cabot se reincorporará dentro de tres semanas! Esta espera de tantos meses se me está haciendo eterna.

Milo torció la sonrisa.

—¿No estaba al corriente? —interpretó la secretaria.

—Hace tiempo que no hablo con ella. Siempre que pienso en llamarla, surge algo y se me va de la cabeza. Prometo hacerlo sin falta un día de estos. —Rebeca lo miró extrañada—. Pero es una magnífica noticia, quiere decir que su recuperación va viento en popa. Bien, no la molesto más, ya vamos con retraso.

—Hablando de retraso —dijo Alba Conte. Regresó a su mesa, abrió el último cajón, y sacó un pequeño paquete envuelto con un lazo—. Tenga, un detalle para usted, de parte de todos nosotros. Lo guardaba para cuando viniera por aquí.

Cohibido, Milo lo alcanzó.

—No sea tímido y ábralo, inspector.

Era un reloj de fantasía, con correa azul de plástico y la cara de Homer Simpson dibujada en la esfera.

—No sé qué decir.

—Pues no diga nada y lárguese, ya no tiene excusa para hacer esperar a nadie. —Puso cara de traviesa al tiempo que señalaba el reloj—. El despacho del juez Losada es saliendo de aquí a mano derecha, todo recto por el pasillo,

la sexta puerta.

Lo abrazó de nuevo y se despidieron.

Enfilaron el amplio corredor.

—No acabo de explicarme cómo es posible que tengas amigos —dijo Rebeca—. Te lo juro, es un misterio.

Milo tiró el envoltorio en una papelera y se guardó el reloj en la cazadora sin hacer comentarios. Unas puertas más allá, entraron en un antedespacho muy parecido al que acababan de abandonar. La mesa del secretario no estaba atiborrada de dossieres.

El hombre alzó la cabeza hacia ellos.

—Inspector Malart y subinspectora Mercader —dijo Rebeca—. Tenemos cita con el juez Losada.

El secretario descolgó un teléfono. Mantuvo una breve conversación. Después de asentir un par de veces, colocó muy despacio el auricular en el soporte. Les indicó unas sillas.

—Si son tan amables, les atenderá en unos minutos.

Tomaron asiento.

Tras un cuarto de hora de espera, Milo gruñó por lo bajo.

—Este juez es un rencoroso, ya me lo advirtió Susana Cabot. Nos va a hacer perder toda la mañana. Y todo por cinco miserables minutos de retraso.

Rebeca volvió a mirarlo con extrañeza.

Se le ocurrió una pregunta. Sin embargo, dijo:

—Duele probar tu propia medicina.

La subinspectora Mercader informó al juez Losada de todas sus averiguaciones, así como de los pasos que habían dado. Luego, se enderezó en la silla y, mirando a Milo de soslayo, dijo:

—Respecto al asesinato de Carolina Estrada, andamos a oscuras sobre quién pudo tener un móvil para acabar con su vida. Hemos confirmado que salió del bufete a las siete de la tarde, que fue a su casa, donde cambió de bolso, y que la abandonó hacia las ocho, según declara su madre. Pero a partir de ese momento se pierde su pista. Debería de haber llegado al lugar de su otro trabajo a las nueve de la noche, como nos dijo su compañera de... de

piso. No hay testigos durante este intervalo de una hora.

El juez se arrellanó en su cómoda butaca reclinable. Tras unos segundos de reflexión, se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa. Juntó las yemas de los dedos.

—Esa joven, dedicándose a lo que se dedicaba, y manteniendo una doble vida a espaldas de sus padres, podría haber sido capaz de cualquier cosa, incluso de haber sometido a chantaje a alguno de sus clientes, lo que constituiría un móvil de primera magnitud, no me lo negarán.

El asiento de Milo parecía estar ardiendo.

—Señor juez —dijo—, sus clientes eran fijos y ninguno la dejó. No tendría sentido. Además, ambas los utilizaban para publicitar sus servicios y así ampliar su cartera. —Sacudió la cabeza—. Hemos descartado ese móvil.

Rebeca se aclaró la garganta.

—Pero sí estamos razonablemente seguros de que Carolina Estrada tuvo algo que ver con la muerte de la segunda víctima. Como usted diría, tenía móvil, medios y oportunidad. —Le explicó su hipótesis—. El dinero pudo despertar su codicia, y también contar con un cómplice para hacer el trabajo sucio.

Milo negó con la cabeza.

—Te equivocas de medio a medio.

—¿Han pensado en su compañera de piso? —dijo el juez.

—A ver, si no calculo mal —dijo Milo—, cada una de esas dos jóvenes se sacan al año unos setenta mil limpios, quizás ochenta mil, más o menos su sueldo y una parte del mío juntos. ¿Para qué se iban a complicar la vida por cuarenta mil a repartir entre dos? Cuarenta y cuatro mil, para ser precisos. Es absurdo.

—Te recuerdo que Carolina Estrada se dedicaba al asunto desde hacía unos cinco o seis meses —replicó Rebeca—. Sus ahorros se elevaban a algo más de veinticinco mil. Pudo querer doblarlos o triplicarlos de una sola vez.

Milo volvió a removerse en su silla.

—Carolina tenía un sueño: escapar a Sidney. Librarse de su familia, de este país en ruinas. Conseguir un futuro, bien lejos, en las antípodas. Y encontró una salida, una forma. —Hizo una pausa. Pensó en la joven, en su urgencia por largarse, por huir del ambiente de su casa; las estrecheces, las

malas caras, la miseria, el olor nauseabundo, las discusiones con su madre. Estaba seguro de que le pesaba abandonar a su hermano, pero ya había aprendido a controlar sus emociones, a ser fría y mentalmente resistente—. En su lugar, yo habría hecho lo mismo.

—Pero eso es caro —dijo Rebeca—. Y para lograrlo, aceptó la propuesta de su compañera. Un trabajo degradante. ¿Qué más habría hecho para acelerar las cosas? Inspector, ¿tú también matarías para alcanzar tu sueño?

Milo inspiró con hondura. Se mordió los labios.

La subinspectora Mercader se volvió hacia el juez.

—Verá, antes no iba usted muy desencaminado. De hecho, el inspector jefe Singla ha ordenado investigar todos los contactos de la joven universitaria.

El juez Losada observó a uno y otro.

—Me alegra saberlo. —Se ajustó las gafas con varillas de color calabaza—. Entonces, puedo concluir que siguen convencidos de que la muerte de esa joven y Lorenzo Puig están relacionadas, ¿es así?

—No —dijo Milo.

—Sí —respondió Rebeca.

El juez se enderezó con las manos en alto.

—Sería de agradecer que se pusieran de acuerdo.

—Seguimos líneas de investigación paralelas —dijo Rebeca—, a la espera de descartar la errónea. Una, basada en intuiciones. Y la otra, impulsada por las pruebas.

—Ya veo —dijo. Señaló a Milo—. Y usted es el imaginativo, ¿me equivoco?

—Juez, me limito a sumar los indicios. Si Carolina contó con un cómplice, ¿por qué este mató a Lorenzo Puig si solo quería robarle? Le recuerdo que no había signos de lucha. Indicio uno. Indicio dos: ¿y por qué también la mató a ella? ¿Para quedarse con todo el dinero? Sin embargo, las muertes de ambas víctimas se produjeron más o menos a la misma hora, y aunque todavía no está confirmado, de momento parece que la joven murió poco antes que el abogado, cuando el cómplice todavía no tenía el botín. Indicio tres: ¿tal vez ella quiso impedir el robo?, ¿tuvo un ataque repentino de remordimientos? No, hay muchas cosas que no cuadran. «Un indicio es un indicio, dos indicios son dos indicios, tres indicios son una prueba».

—Chorradas —dijo Rebeca.

—Suscribo la opinión de la subinspectora.

Milo soltó una tosecilla.

—La cita no es mía, sino de Sócrates.

El silencio se adueñó del despacho.

—Tu supuesta prueba se viene abajo con un simple detalle —dijo Rebeca—. El cómplice no era un profesional. Ella organizó el robo, pero el tipo fue un chapucero. Se le fue de las manos. Y tú mismo lo has dicho, el orden de las muertes no está confirmado. Asesinó a la joven para cerrarle la boca, y de paso se quedó toda la pasta. «Los crímenes han de taparse con nuevos crímenes». Lo dijo Séneca. Fin de la historia.

Milo se encaró con ella.

—O mataron al abogado para silenciarlo. Ese fue el verdadero móvil, y Carolina Estrada no tuvo nada que ver.

El juez aplaudió de forma afectada.

—Señores, me estoy divirtiendo mucho con ustedes, pero esta discusión comienza a ser bizantina. Por lo que veo, todo se reduce a resolver si el atacante era o no un profesional. —Se dirigió a Milo—. Según su hipótesis, si el objetivo era matar al abogado, el dinero permanecería en su casa. ¿Lo hallaron?

Milo parpadeó, desconcertado.

—No la registramos —dijo Rebeca—. Al no ver señales de haber sido revuelta, dimos por supuesto que... —Se levantó—. ¿Me permite que haga una llamada rápida?

Asintió. Mientras ella se alejaba unos metros con el móvil en la mano para consultar la cuestión con el inspector Sena, el juez se reclinó en el respaldo y formuló una pregunta a Milo.

—Dada la condición de homosexual de la víctima, y la postura en que fue hallado el cuerpo, ¿han tenido ustedes en cuenta la posibilidad de que se trate de un crimen pasional?

—Juez, las élites no se dejan llevar por la pasión, sino por el interés. Apuesto a que Lorenzo Puig no se relacionaba con nadie que no fuera de clase alta. El dinero llama al dinero. —Ladeó la cabeza—. ¿Usted sabe de apuestas, juez?

La subinspectora Mercader regresó a su silla.

—No, ellos tampoco registraron la casa.

Sin apartar la vista de Milo, el juez enarcó las cejas.

—Pues yo empezaría por ahí —dijo—. No cuesta nada comprobar si el dinero continúa en el domicilio de la víctima. Una vez despejado este interrogante, podremos concluir si fue un robo chapucero o bien un asesinato.

Milo y Rebeca se incorporaron.

—Antes de finalizar la reunión —dijo el juez—, queda un último asunto. —Se acodó en la mesa y los señaló con el índice—. Ha llegado a mis oídos algo que me preocupa. Es un tema delicado que estoy seguro gozará de su comprensión. Vivimos un momento de aguas revueltas, con noticias en portadas acerca de relaciones entre políticos y financieros día sí y otro también, muchas de ellas maliciosas. —Se levantó, rodeó su mesa y se situó entre ambos—. No conviene echar más leña al fuego. Lo diré sin rodeos: prohibido tocar a los participantes de esas inocentes partidas de póquer. Bajo ninguna circunstancia mientras no haya ninguna prueba concluyente contra ellos, que no la habrá. ¿Me he expresado con claridad?

Puso una mano en cada espalda y los guio hacia la puerta.

—¿A quién no le conviene? —dijo Milo, sin inflexión.

—Inspector, puedo ser tan cordial o más que mi apreciada colega Cabot, pero con quien me desobedece soy implacable.

Milo se detuvo.

—¿Me está amenazando?

—Tómeselo como quiera. Yo no descartaría tan pronto la posibilidad del crimen pasional. Y ahora, si me disculpan...

Abrió la puerta y ambos salieron. Milo se volvió.

—Lo dice por experiencia, claro.

—¿A qué se refiere?

—A nada en concreto, sólo estaba usando mi imaginación.

La lluvia caía con fuerza cuando abandonaron el edificio. Rebeca fue directa a la parada de taxis. Antes de que Milo pudiera protestar, abrió la puerta del vehículo que encabezaba la cola.

—Tranquilo, pago yo.

Ordenó al taxista que los llevara a Travessera de les Corts con Numancia. Luego, giró la cabeza hacia la ventanilla.

—Menudo tiempo de perros, ¿eh? —dijo el conductor.

—Lo que me joroba es que mezcles temas personales con profesionales. Si te enfrentas conmigo no es porque no estés de acuerdo, sino porque no quieres estar de acuerdo.

—Haré ver que no te he oído —dijo Rebeca, sin volverse—. No pienso ni molestarme en replicar tus sandeces.

—Con este frío no te apetece ni salir de casa —comentó el taxista—. Y la lluvia no para, me cago en la leche.

—Al menos, mantengamos las apariencias —dijo Milo—. Tenemos un caso que resolver.

—¿Tenemos? Pensaba que solo investigabas tú.

Circularon un rato en silencio mientras el taxista los observaba por el retrovisor a cada tanto. El tráfico era denso.

—Eso sí, toda esta agua es buena para el campo —dijo.

—No te imaginaba leyendo a Séneca. Te pega más Stan Lee.

La subinspectora se encaró con él.

—Si el cómplice de esa joven no rebuscó por la casa es porque pudo obligar a Lorenzo Puig a decirle dónde lo guardaba.

—Y dale. Vas a piñón fijo.

De nuevo, ambos desviaron los ojos hacia sus ventanillas.

Avanzaron un trecho sin detenerse.

—¿Han leído lo de esos directivos de una caja? —dijo el taxista—. Se embolsan treinta millones, se declaran culpables de birlarlos, y la justicia los deja libres a cambio de que los devuelvan. Robar sale barato a los de arriba, ¿o no? Esa gentuza es intocable. Es para cagarse en la madre que parió a los jueces.

Milo volvió a la carga.

—Y encima eres una pelota, venga a darle coba. «Como usted diría», «no anda muy desencaminado» —imitó su voz en falsete—. Subinspectora, estás cayendo muy bajo.

—Y tu parabólica, qué. ¿Ya no puedes sintonizar con un asesino? Tendrías

que ir al taller, inspector. ¿Y quién coño es Stan Lee? Te lo digo en serio, no funciona.

El taxi frenó en seco al llegar a la esquina. Mientras ella pagaba la carrera, Milo se apresuró a bajar del coche.

Ella lo alcanzó antes de entrar en el portal del alto edificio.

—Todo esto es una miserable pérdida de tiempo.

—El tipo era un asesino, no un ladrón —dijo Milo—. El dinero está en el piso. Se nos pasó por alto. A todos.

Rebeca levantó los brazos, exasperada.

—Está claro, opinamos diferente. Subamos a comprobarlo.

El conserje les abrió la puerta. Como saludo, se llevó una mano a la sien de forma ampulosa.

—¿Por aquí otra vez? —Vio sus caras de enfado y salió a la calle—. Bueno, yo me voy a comer, que ya es la hora —dijo, despidiéndose con un nuevo saludo militar.

Ambos se internaron en el vestíbulo.

Sonó el móvil de Milo. Número desconocido. Se detuvo.

—Sí.

Ella prosiguió su avance hacia el fondo a la derecha, donde torció para dirigirse al ascensor.

—¿Es usted el hermano de Hugo Malart?

Se le encogió el corazón.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Milo.

—Le llamo desde el centro de salud mental. Su hermano se ha escapado de la enfermería, donde lo habíamos ingresado después de autolesionarse.

—¿Está herido?

—Solo cortes en los brazos, escandalosos pero superficiales.

Le agradeció la llamada y colgó.

—¿Vienes o qué? —dijo Rebeca, asomando la cabeza.

Milo se aproximó.

—Tengo que irme, motivos personales.

—No hay problema, puedo apañármelas sola.

—¿No sería mejor que te acompañaran Sena y Boada?

Ella resopló, crispada.

—Está bien, tú misma. Recuerda: no busques, encuentra.

—Joder, que no es la primera vez que hago un registro.

Milo dio media vuelta. Se detuvo. La llamó a voces.

—¿Qué quieres ahora? —dijo ella, asomándose de nuevo.

—A lo mejor luego voy a necesitar un coche. ¿Me dejas el tuyo o me busco la vida?

—¿Es para algo importante?

—¿Me lo dejas sí o no?

Lo vio tenso, nervioso. A punto de estallar.

—Te buscas la vida —dijo Rebeca. Y desapareció.

El taxi lo dejó en la esquina de Aragón con Enrique Granados, delante del edificio de Hacienda. No le hizo falta buscar demasiado. Hugo estaba en el parque, en su banco de siempre, solo, balanceándose atrás y adelante, bajo la lluvia.

Se apoyó un instante en una palmera. Luego, fue hacia él.

Tomó asiento a su lado.

Permanecieron un par de minutos en silencio.

—Me gusta tu perro —dijo Hugo, la voz pastosa—. ¿No está tu perro? —Hizo otra pausa—. Quiero ver a tu perro.

—No me hagas esto, Hugo.

En ese momento sonó su móvil otra vez. Rebeca. Lo dejó sonar varias veces. Al cabo, decidió contestar a la llamada.

—Dime.

—Tenías razón, el dinero estaba en el piso. Lo he hallado.

Percibió un tono de orgullo a pesar de todo.

—En el mueble frambuesa, no ha sido difícil. En una caja que imita lomos de cedés, en medio de una hilera de otros auténticos. Tengo la caja delante. Y contiene algo más, nunca lo adivinarías. —Ella aguardó algún comentario suyo que no se produjo—. Vale, lápices de memoria. Más de una docena de...

Silencio.

—¿Mercader?

Oyó un ruido sordo al otro lado de la línea.

Lo identificó enseguida. Un móvil al caer al suelo.

—¡Rebeca!

Oyó otro tipo de ruidos. Estertores, gruñidos, un nuevo golpe, esta vez pesado. Y acto seguido, se cortó la comunicación.

—¡Hostia puta! —exclamó al tiempo que buscaba a toda velocidad el número de Singla.

El inspector jefe se puso al aparato al segundo timbrado. Le explicó la situación con brevedad. Colgó. Tres patrullas iban para allá además de una unidad del sistema de emergencia médica.

A su lado, muy lejos, como de otro mundo, sonó una voz.

—Me gusta tu perro. ¿Por qué no veo a tu perro?

20

En un principio pensó en llamar a unos agentes para que ellos se encargaran de llevar a su hermano a casa. Pero unos uniformes alterarían a Hugo, complicando aún más las cosas. Procurando aparentar calma, lo hizo levantar del banco, le pasó un brazo por los hombros y lo condujo hacia el paso de peatones.

—Vamos a casa, Hugo. Sara te cuidará.

—Sara, sí.

Descendieron por Enrique Granados con desesperante lentitud. Hugo, el paso inseguro, renqueante; Milo, con el móvil en la oreja, mirando al suelo mientras Sena le informaba.

—Está inconsciente, pero respira. El SEM se la ha llevado al Hospital del Mar. El tipo ha intentado estrangularla.

El inspector Sena tapó el micrófono con una mano. Las voces sonaron amortiguadas, discutía con alguien.

—¡Coño, Sena! —gritó Milo.

—Es Boada, joder, hay que repetirle todo dos veces. Me lo he sacado de encima para que averigüe con otros agentes si alguien del edificio ha visto al agresor.

Apretó el móvil hasta casi romperlo, los nudillos blancos.

—Boada me importa una mierda. Explícame qué ha pasado.

—Según la primera inspección ocular, creemos que la ha atacado por la espalda. Estaba situada junto a la barra de la cocina, de espaldas y con la puerta abierta.

—No lo ha visto venir.

—Sí, ya conoces a Mercader. Hubiera repelido cualquier ataque. El sujeto

ha irrumpido en el piso, ha acortado en dos zancadas la distancia que la separaba de ella y la ha asaltado. Según los sanitarios, le ha ido de un pelo. Suponemos que ha debido de oír algo en el pasillo, un portazo o voces, se ha alarmado, la ha soltado y se ha largado.

Milo hizo que Hugo se detuviera ante un semáforo en rojo.

—Llevándose la caja que imita lomos de cedés, supongo. ¿Hay huellas?

—Pisadas, del número cuarenta y cinco. Hasta que no vengan los de la Científica no estamos seguros, pero diría que son idénticas a las que encontramos ayer en el piso. Se trata del mismo individuo, Malart.

Cruzaron la calle. La lluvia repiqueteaba sobre el teléfono.

—Lo que no entiendo es por qué ha esperado hasta hoy para venir en busca del dinero —comentó el inspector Sena.

—¿Cómo dices?

—Que si atacó el viernes al abogado, ¿por qué ha tardado cinco días? Ya es extraño que no lo cogiera después de estrangularlo, pero todavía más que haya aguardado tanto tiempo.

Milo permaneció en silencio. Solo había una explicación: estaba esperando instrucciones. Y la única persona que se las podía dar, estaba muerta: Carolina Estrada. Se detuvo en medio de la plaza y cerró los ojos. Se había equivocado en todo.

—El cadáver no fue descubierto hasta ayer martes —siguió Sena—. Tuvo el camino libre todo el fin de semana, sin conserje, sin agentes. Solo tenía que haber forzado la puerta. Pero no, el sujeto aguarda hasta hoy miércoles, cuando estaba el portero, y justo en el momento en que una policía se hallaba en el piso.

—El conserje se había ido a comer —dijo Milo. Ató cabos. Vigilaba desde la calle a que el hombre se marchara. Los ve en el portal, ve al portero hacerles un saludo militar, y despedirse con el mismo gesto. Dos policías. Uno sale al cabo de unos minutos. El otro se queda solo. La mujer. Tenía que actuar antes de que ella encontrara el dinero. Era su última oportunidad—. Mierda.

—Quiero ver a tu perro —dijo Hugo—. Me gusta tu perro.

Terminaron de atravesar la plaza Universidad.

—Malart, tengo que dejarte —dijo Sena—. Llegan los de la DPC.

Colgó.

Sin soltar a su hermano, pulsó otro número. Le explicó a Sara lo ocurrido. Que tendría que ocuparse de Hugo unos días. Terminó diciendo que estaban en la calle, frente al portal.

—¿Puedes bajar a por él?

Guardó el móvil. Alzó la cara. Observó el balcón del cuarto tercera. El hogar donde había vivido sus primeros años con su familia. Y luego, adonde había regresado para ser testigo junto a Hugo del deterioro de su padre. Hugo, seis años allí solo con él. El cinturón, los golpes, la sensación de amenaza constante. Salió cruz para Hugo. Estaba en deuda. Ese piso nunca fue un hogar.

—Tu perro me gusta mucho.

Se situó delante de su hermano. Lo cogió por los hombros.

—Hugo, si le vuelves a poner la mano encima a Sara, te ingreso en el psiquiátrico. ¿Me has entendido?

Su hermano lo contempló con la mirada ausente.

—Último aviso. ¿Me oyes? Hablo en serio —insistió Milo.

Una chispa de aprensión brilló en los ojos de Hugo.

Meneó la cabeza.

—No, el psiquiátrico no. De allí no se sale.

—Nada de alcohol. Sin saltarte las medicinas. Ni una.

Hugo asintió con un blando subir y bajar de la barbilla.

—Promételo —dijo, la voz pastosa.

—Solo si me juras que no vas a tocar a Sara.

—Lo juro. Ahora tú. Júramelo.

Milo afirmó con un gesto.

—Quiero tu palabra —dijo su hermano.

El portal se abrió y apareció una Sara pálida, demacrada. Hablaron unos instantes. Hugo se dejó acompañar por ella con mansedumbre.

Antes de entrar en el oscuro vestíbulo, se volvió hacia él.

—Tu palabra.

—Te doy mi palabra.

Sara y Milo cruzaron una mirada.

Vio su preocupación. El temor.

—Todo irá bien —dijo Milo—. Estamos en contacto.

La puerta se cerró.

Levantó una mano y paró un taxi. Le dijo que lo llevara al Hospital del Mar.

—Cagando leches.

Extrajo el móvil y pulsó el número del sargento Crespo.

Atravesó la planta baja del hospital a la carrera, camino del mostrador de recepción. Pero vio al inspector jefe Singla, aminoró el paso de golpe y se dirigió hacia él.

—Mercader está bien, ha recuperado la conciencia. Ahora la van a subir de urgencias a una habitación.

Milo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Tienes que contarme algunas cosas —agregó Singla.

—Más tarde, jefe, si no te importa. Primero tengo que aclararme un poco la cabeza.

Se dejó caer en un asiento. Respiró hondo. Luego, se dobló hacia delante, apoyó los codos en las piernas y se agarró las manos. Incapaz de permanecer quieto, se incorporó.

—No soporto los hospitales —dijo.

Singla señaló una máquina de bebidas junto a una pared.

—Vamos, te invito a un café.

La espera se les hizo interminable.

Una hora después, llegaron los inspectores Sena y Boada. El primero les informó que los de la Científica habían confirmado que las huellas eran del mismo individuo. A continuación, intervino Boada: nadie en el edificio había visto al agresor.

—Joder con ese tipo, es como un fantasma —dijo Milo—. Y maldita sea, ¿por qué nos hacen esperar tanto tiempo?

Los tres lo miraron sin despegar los labios.

Al rato, Singla le preguntó cómo había ido la reunión con el juez. Les hizo un resumen.

—Estoy de acuerdo con él —dijo Singla—. Tenemos que andar con pies de plomo con esos personajes. Hasta que no demos con algo consistente en su contra, déjalos en paz, Malart. Ya tenemos bastantes complicaciones.

—¿Tú también con el rollo de la relevancia social de esos jugadores de póquer?

—Es una orden del juez y yo acato las órdenes.

—Que les zurzan. No trago el elitismo.

Singla se cuadró ante Milo.

—Basta, inspector Malart. También yo te lo ordeno.

Una enfermera vestida de verde se acercó al grupo para avisarles de que la paciente ya estaba en una habitación. Les dio el número y los cuatro se dirigieron a las escaleras.

Milo aguardó en la puerta.

Diez minutos más tarde, salió al pasillo el inspector jefe.

—Es fuerte como una roca, se recuperará en un abrir y cerrar de ojos, ya lo verás. Le han prohibido hablar en cuarenta y ocho horas, tiene dañada la laringe. ¿No entras?

Milo sostuvo su mirada en silencio.

Singla le puso una mano en la espalda y se lo llevó hasta el final del corredor. En su camino se cruzaron con varios pacientes, vestidos con un ridículo camión blanco abierto por la espalda, algunos abrigados con una bata, que arrastraban goteros de pie rodantes de los que pendían las bolsas de medicación.

Se detuvieron ante un inmenso ventanal con vistas al mar.

—Malart, tú y yo hemos tenido alguna que otra desavenencia en el pasado —dijo. Se acarició el mentón de forma significativa—. Esta podría ser una buena ocasión para ajustar cuentas contigo. Pero no es el caso. Le podría haber ocurrido a cualquiera, no te sientas culpable.

Milo contempló unos segundos las olas grises agitadas por la tormenta, cómo barrían la orilla hasta media playa. En la línea del horizonte, una franja de azul fuerte, turbio. Y el cielo tapado, negro, la amenaza. Le parecía increíble que alguna vez hubiera estado despejado, limpio, claro. Y lo peor de todo, dudaba que en un futuro luciera otra vez intacto, transparente, azul puro.

—La he dejado sola. Me he ido y la he dejado sola.

—Mercader sola vale más que dos hombres juntos.

Milo esbozó media sonrisa.

—En eso tienes razón, jefe.

—La tengo siempre, inspector. Aunque tú no lo creas.

—¿Dejamos el «momento violín»? —dijo Milo. Señaló el pasillo—. Mi compañera me está esperando.

Llegaron ante la puerta cuando Sena y Boada, este último algo ruborizado, salían al corredor.

Milo se coló antes de que se abatiera.

—¿Ya le estás vacilando al nuevo? —dijo—. Estás en celo, chica dura.

Rebeca desplegó el dedo corazón.

Reclinada en una cama articulada, con las rodillas dobladas, tenía la piel de la cara muy blanca, a juego con el camisón, y los ojos hundidos, los labios morados, además de un chichón en la frente. Un gotero terminaba en la vía insertada en el dorso de su mano izquierda. Apoyado en el regazo, un iPad. Pero lo más llamativo era el collarín que llevaba en el cuello.

—Bonita tableta.

Ella se puso a teclear con la mano derecha.

Le mostró la pantalla: «Es de Boada. ¿Tú no me traes nada?».

—De modo que el santurrón te está tirando los tejos. Es rápido el muy meapilas.

Rebeca señaló la segunda frase. Alzó las cejas.

—Las tiendas están cerradas. ¿Te gusta ese tipo? Ya sé que es joven, rubio, con buena planta, que va bien afeitado, pero...

Volvió a señalar la frase.

—De acuerdo, no he pensado en ello, ¿contenta?

Ella sonrió con dificultad.

—Así estás más guapa. Da gusto hablar contigo ahora.

Tecleó una palabra: «Capullo».

—Retiro lo dicho. ¿Has podido ver al agresor?

Movió el índice de lado a lado.

—¿Algún detalle? La altura, un olor, la voz...

Repitió el gesto. Luego, tecleó: «No lo he visto venir. Todo muy rápido. Es muy fuerte, me ha levantado del suelo. Todo negro».

Milo apretó los puños.

—Estabas en lo cierto.

Caminó hasta la cama vacía del otro lado mientras le contaba sus conclusiones. Tomó asiento.

—Como tú sospechabas, Carolina Estrada está implicada, no puede ser de otra manera. Utilizó a un cómplice para hacer el trabajo sucio y algo salió mal. El tipo aguardó el fin de semana y el lunes a que ella le dijera lo que tenía que hacer, como un buen perro. Pero no sabía que estaba muerta. Cuando lo descubrió, fue al edificio del abogado para llevarse el dinero. Ayer martes. Vio que estaba lleno de agentes y decidió esperar hasta el día siguiente, hasta hoy miércoles, una vez estuviera despejado y el conserje se hubiera ido a comer.

Rebeca lo miró con incredulidad. Tras unos instantes, su mano revoloteó sobre el teclado digital.

Milo leyó: «¿Y por qué no se llevó el dinero el viernes?».

Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Hay piezas que no encajan, pero es la única explicación que se me ocurre.

Ella volvió a maniobrar sobre el teclado. Al cabo, le enseñó la pantalla: «¿Y cómo se enteró? Que yo sepa, la muerte de Jaque no ha salido en la tele ni en la prensa».

Milo la miró con fijeza.

—Se lo dijimos nosotros. O Boada y Sena. Es uno de los morosos. —Asintió muy despacio—. Tiene que ser uno de ellos.

Ella levantó las manos en un gesto de interrogación.

—Porque fue entonces cuando cayó en la cuenta de que todo el dinero era para él. Cuarenta y cuatro mil euros. Sin repartir.

Ella volvió a interrogarlo con los ojos. De forma insistente.

—Sí, sé lo que esto significa, claro que lo sé —dijo. Se levantó. Caminó arriba y abajo por el pasadizo entre las dos camas—. El sujeto que te ha atacado es el mismo que estranguló a Lorenzo Puig, y probablemente también sea el mataperros. Pero no es el asesino de Carolina Est... de Jaque. —Se apretó el puente de la nariz—. Y lo que más me cabrea: Elias Margarit no tiene nada que ver en el asunto. Todo esto lo descarta.

Rebeca fue a hacer un gesto, pero el dolor se lo impidió.

—Ya está bien de charla, chica dura. Tienes que descansar.

Ella le mostró la palma de la mano: que se detuviera. Luego, tecleó: «Lo de tu suegro vale, pero lo otro no puede ser. Los dos crímenes están relacionados».

Milo adoptó una expresión de impotencia.

—Si se te ocurre otra teoría, estoy abierto a sugerencias.

La vio apretar los labios morados. El cansancio.

—Te dejo, volveré mañana. ¿Flores o bombones?

Rebeca tecleó un rato largo. «No recuerdo si me dio tiempo a decírtelo. Vi el dinero en la caja de falsos cedés, pero también varios *pendrives*, numerados y etiquetados, parecían mecheros. Y una grabadora digital pequeña. Ya se lo he contado a los demás».

—Sí, me lo dijiste. Venga, te dejo.

«¿Qué vas a hacer ahora?».

Se encogió de hombros.

—Crespo ya me ha enviado al móvil las fotos de los cuatro tipos que visitamos entre nosotros y Sena y Boada; el quinto tiene coartada. Iré a casa de los Liang para intentar que su hija las vea e identifique al tipo que se llevó a su beagle.

«No te abrirán».

—No.

«¿Una citación?».

—¿A una niña de seis años?

«¿Entonces?».

Volvió a encogerse de hombros.

—Ya pensaré en algo.

«No la cagues otra vez».

Milo se frotó los ojos.

—No sé qué me ha pasado con esa chica —admitió. Fue hacia la puerta—. Me voy. —Hizo una pausa. Se giró hacia ella con el tirador en la mano—. Oye, a pesar de la grima, ¿qué tal si te doy un beso? De compañero a compañera.

Ella hizo ver que se lo pensaba. Al cabo, levantó el pulgar.

Se aproximó hasta la cama y apoyó los labios en su frente, sobre el

chichón. Notó la sangre palpar, el calor. Quieto, se dijo que podría pasarse horas enganchado a aquella piel. Por más que ella le resultara cargante, irritante, desquiciante, añoraba su calor. La textura de su calidez. No solo era piel. Sintió que le cogía la mano y la apretaba. Permanecieron unos minutos en la misma postura; él pegado a ella, ella apoyada en él.

Suspiró.

—No lo vuelvas a hacer. Ni en broma.

Rebeca tecleó: «¿Te ponen las ropas que llevaba Tiffany?».

Milo echó la cabeza hacia atrás. Acto seguido, se pasó las manos por la cara. Por último, hizo una mueca y se fue.

21

Entró en el vestíbulo y fue a la garita del portero. Le preguntó si los Liang estaban en casa. El hombre curvó los labios hacia abajo y meneó la cabeza. No los había visto pasar.

Salió a la calle.

Estudió la zona en busca de un lugar donde apostarse, uno cómodo. No había bancos. Eligió un árbol, se acercó, y apoyó la espalda. La lluvia se había tomado un descanso. Para arremeter luego con más fuerza, se dijo. El frío era intenso y la gente andaba encorvada, el paso acelerado, camino de sus casas.

Oyó el móvil. Goyo Bonhora.

—Dime.

—¿Cómo está tu compañera?

—Saldrá de esta, es una chica dura.

—Gran noticia, me alegro.

—¿Algo más?

—He terminado la autopsia de la segunda víctima, ¿tienes cinco minutos?

—Dos. Hazme un resumen.

—Mismas conclusiones que con la primera. Lo atacó por la espalda, fuerza desmedida, aplastamiento de tráquea, hioides roto. Parece su marca de fábrica. También se orinó encima. La única diferencia es que el asesino prolongó su agonía. Lorenzo Puig tragó agua antes de morir asfixiado. El cuerpo no presenta heridas defensivas y no hay rastros de ADN.

—¿Hora de la muerte?

—Ya te lo dije, es muy complicado de precisar. Entre las veinte y las veintiuna horas del viernes. Es lo máximo que puedo ajustar. La realidad no es

como en la series de televisión.

Milo guardó silencio sin apartar los ojos de la entrada.

—No servirían de nada —dijo Bonhora.

—¿De qué hablas?

—De lo que dijiste ayer, lo del otro error de diseño. Aunque tuviéramos retrovisores, no nos servirían de nada. Te olvidas del ángulo muerto, no son infalibles.

Enmudeció.

—La única solución —añadió el forense jefe— sería tener ojos en la nuca. Pero eso es ciencia ficción y sé que la detestas.

Milo oyó cortarse la línea.

Contempló el móvil. Vio que aún disponía de veinte minutos. Llamó al sargento Crespo. Le preguntó si había novedades.

—Tengo los nombres de las personas que acudieron a la partida de póquer del pasado miércoles. No te va a gustar.

—Ya no tiene importancia; pero adelante, estoy vacunado.

Crespo empezó a leer los nombres. A medida que los citaba, Milo empalideció. Conociendo a Elias Margarit, imaginaba que formarían parte del entorno político y financiero, pero no contaba con aquello. Aparte del abogado, de su suegro y de un jugador del Barça, los otros tres, incluida una mujer, eran personalidades de primera línea. Veía sus rostros a diario en los medios.

—Mierda —dijo.

El sargento aguardó sin hacer comentarios.

—Toni, no te voy a preguntar cómo los has obtenido, pero un consejo: esconde esa lista en lo más profundo de un armario.

—Tranquilo, inspector, conozco el lugar perfecto.

—Y no se lo cuentes a nadie.

Acto seguido, le recordó la búsqueda de casos en los archivos con el mismo *modus operandi* empleado en las dos víctimas.

—Añade otro detalle clave: les rompe el hioides.

—Tomo nota —dijo—. He dado con uno que encaja como un guante, un asesino en serie de hace muchos años, un alemán. Comprobaré si cuadra con el dato que me acabas de dar y te digo algo. ¿Necesitas que te haga un avance?

—En otro momento, sargento. Ahora no tengo tiempo.

—Como quieras. Una cosa más antes de colgar: las pisadas del parque halladas esta mañana cerca del último perro empalado coinciden con las del piso de Lorenzo Puig. Es el mismo hombre, inspector. Márquez lo acaba de confirmar.

—Seguimos en contacto.

Cortó la comunicación.

Sin perder de vista el portal, deslizó el dedo por la superficie del móvil y pasó varias pantallas. Al llegar al icono de la galería, inspiró con hondura y lo pulsó. Cuatro retratos, de cuatro hombres. Uno de ellos era el asesino del abogado y de los perros. Repasó sus caras, sus nombres. Ya conocía a dos de ellos. Arnau Milans y Domingo Soler, los dos parados, los dos hundidos por el fracaso, los dos devastados por la crisis. La tercera y cuarta foto correspondían a Iván Barroso y Mohamad Begum, los dos morosos que visitaron Sena y Boada. Según su testimonio, también parados, también víctimas de la depresión, también sobrepasados por la situación. Los cuatro con más de cuarenta años o en la cincuentena, y los cuatro con hijos. Y otro denominador común era que los cuatro estaban desesperados, habían tocado fondo. El sistema los había dejado solos, a ellos y a sus familias. Solo había una nota discordante: Iván Barroso fue el único que se negó a responder a las preguntas. Observó su foto extraída del DNI. Debió de hacérsela años atrás. Sus ojos brillaban y una leve sonrisa asomaba a sus labios. Por lo demás, era una cara normal y corriente; barba, mejillas abultadas, pelo escaso. Deslizó el dedo para regresar a la pantalla de inicio.

Miró el reloj. Faltaban pocos minutos para las ocho.

Se acercaba la hora y los Liang sin aparecer.

Maldiciendo por lo bajo, abandonó el lugar de vigilancia. Se adentró en el vestíbulo. Rodeó la garita, abrió la puerta y mostró al conserje las cuatro fotos. El portero negó con la cabeza.

—Apenas le vi la cara, puede ser cualquiera de ellos.

Subió en ascensor hasta el octavo piso.

Una vez allí, anduvo hasta el final del pasillo, hasta la última puerta. La habían vuelto a precintar. La contempló sin moverse. Notó un escalofrío en la espalda. No confiaba en que su método fuera a funcionar. En realidad, no

estaba seguro de nada.

Rasgó el precinto y empujó la puerta.

Alguien había apagado las luces. Atisbó en la negrura. Dio al interruptor y se obligó a dar un paso. Pero los músculos no respondieron a sus órdenes, como si su otro yo se negara a ponerse en la piel de un asesino y le saboteara, dejándolo paralizado.

Cerró los ojos.

Apartó todos los pensamientos. Con la mente en blanco, se dijo que él, ahora, era uno de aquellos cuatro hombres. Se calzó sus zapatos. «No tengo otra salida. Estoy en situación límite. Es por supervivencia. Mis hijos. Para comer. Me subo la bufanda hasta la nariz, levanto el ramo de modo que las flores me tapen la cara, y toco el timbre».

—Flores para el señor Puig de parte del bufete.

«El abogado me abre, suena una música con mucho ritmo. Va con albornoz. Sonríe, los dientes blancos, brillantes. No parece un tipo duro ni combativo. Tengo que meterle miedo para arrancarle dónde tiene el dinero. No opondrá mucha resistencia. Además, yo estoy desesperado, él no. Lo empujo con fuerza».

Esta vez sus pies lo obedecieron y se internó en el piso.

«Cierro la puerta a mi espalda. El piso es de lujo, de un ricachón. La calefacción está muy alta, es un despilfarro y esto me enfurece. Su mueca de espanto me espolea a actuar con rapidez. Mientras él retrocede asustado, dejo el ramo y el paraguas sobre la barra de la cocina y extendiendo las manos enguantadas hacia él. El corazón me va a cien. Ella me dijo que solo lo asustara, sin pasarme. Que no le hiciera daño. Manotea en el aire, grita. Tengo que acallar sus alaridos para que los vecinos no se alarmen. Lo agarro por el albornoz y voy hasta el aparato de música».

Milo se dirigió al mueble frambuesa como un autómata. El piloto de la función REPEAT estaba encendido. Pulsó el PLAY y sonó la versión de Thorogood. Subió el volumen.

Wanna tell you a story,

About the house-man blues

I come home one Friday.

Had to tell the landlady I'da lost my job.

«A causa del forcejeo, se le ha bajado el albornoz y ahora va con el torso desnudo. Está indefenso, lo sabe. Lo arrastro al baño. Veo que estaba llenando la bañera. La nube de vapor es densa. Lo sujeto por los brazos, le doy la vuelta, y lo obligo a arrodillarse. Le hundo la cabeza en el agua. Cuento hasta diez».

The landlady said «You got the rent money yet?»,

I said, «No, can't find no job,

Therefore I ain't got no money to pay the rent».

She said «I don't believe you're tryin' to find no job».

Said «I seen you today you was standin on a corner,

Leaning up against a post».

I said «But I'm tired, I've been walkin' all day».

She said «That don't concern me».

«Lo saco y lo meto varias veces. El abogado balbucea, jadea. Está dispuesto a decirme dónde está el dinero. No le hago caso».

—Un momento. ¿Por qué no le haces caso? Has venido aquí a por el dinero. Lo necesitas, por eso estás corriendo este riesgo. Tú no eres un ladrón, tú no eres un asesino.

So I go in my room, pack up my things and I go,

I slip on out the back door and down the streets I go

Dio al interruptor. Observó la bañera. Los azulejos negros. No lograba entender la situación. Se sintió intranquilo.

So I stop in the local bar you know people,

I go to the bar, I ring my coat, I call the bartender.

*Said «Look man, come down here», he got down there.
So what you want?*

«Ciego de rabia, me subo a su espalda y le aprieto el cuello. Con toda mi alma. Mi cuerpo entero tiembla por el esfuerzo. Un minuto, dos minutos, tres minutos».

*One bourbon, one scotch, one beer.
Well I ain't seen my baby since I don't know when,
I've been drinking bourbon, whiskey, scotch and gin.
Gonna get high man I'm gonna get loose,
Need me a triple shot of that juice.
Gonna get drunk don't you have no fear.
I want one bourbon, one scotch and one beer.
One bourbon, one scotch, one beer.*

«Ya no respira. Lo suelto, y la cabeza del abogado cae floja en el agua caliente. Cierro el grifo. Respiro acelerado. Me bajo la bufanda y me limpio con la manga el sudor de la frente. Hace un calor de mil demonios en este piso. No como en el mío. Veo que me he mojado el chaquetón de ante y maldigo. A un lado del espejo, encajado en un soporte, descubro un secador de pelo. Lo descuelgo y me estoy un rato tratando de secarlo».

*One bourbon, one scotch, one beer.
No I ain't seen my baby since the night before last,
Gotta get a drink man I'm gonna get gassed.
Gonna get high man I ain't had enough,
Need me a triple shot of that stuff.
Gonna get drunk, won't you listen right here,
I want one bourbon, one shot and one beer.
One bourbon, one scotch, one beer.*

«Es inútil, no hay forma. Apoyo el secador sobre el lavabo. Observo el

cuerpo inerte. No siento nada. Regreso a la sala. Tengo que marcharme de aquí. Paro la música, recojo las flores, el paraguas negro y salgo del piso».

Milo pulsó el PAUSE. Con la respiración entrecortada, se dejó caer en el sofá blanco. Recostó la cabeza, cerró los ojos.

—¿Por qué no buscaste el dinero por la casa?

Repasó la escena en su cerebro. La víctima quiso decirle dónde lo tenía guardado. Para el abogado, su vida valía más que cuarenta y cuatro mil euros. Solo eran calderilla para él. En cambio para el asesino, eran una fortuna, el salvoconducto para salir de la pobreza. Incluso la mitad. O un tercio. Fuera la que fuese la cantidad que había pactado con la joven universitaria, suponía la oportunidad para rehacer su vida. Y la de su familia. ¿Entonces? No tenía sentido.

Abrió los ojos.

—¿Y por qué tiene que tener sentido?

Se enderezó.

—Nada de lo que está ocurriendo tiene sentido.

Contempló la pequeña luz amarilla del aparato de música. Parpadeaba. La mente de un hombre que se sentía hundido, avergonzado por su fracaso, que quizás incluso se hubiera planteado la idea del suicidio como única salida, no tenía por qué pensar de manera racional.

Se incorporó y volvió a pulsar el PAUSE.

*Now by this time I'm plenty high,
You know when your mouth a-getting dry
You're plenty high.
Looked down the bar
I say to my bartender.
I said «Look man, come down here»,
He got down there.*

Volvió al baño. Se sentó a horcajadas sobre un cuerpo invisible y puso las manos alrededor de un cuello inexistente.

*So what you want this time?
I said «Look man, a-what time is it?».
He said «The clock on the wall say three o'clock.
Last call for alcohol, so what you need?».*

—Al entrar, eras un hombre roto, un inútil. Ahora, con el abogado a tus pies, eres otro. Tienes poder. Ese hombre representa lo que más odias: el sistema. Posee mucho dinero y se lo gasta en el juego, por capricho. Su vida está solucionada mientras la tuya pende de un hilo porque no eres capaz de llevar un puto euro a casa. *Su vida*. Y aprietas. Con todas tus fuerzas. *So what you want?* Su vida. Quitársela. Por eso no piensas en otra cosa. *So what you need?* Sentirte bien. Por una vez. Ya no recuerdas la sensación. Y se la quitas. Sin remordimientos, sin arcadas, sin culpa. Y por fin, sin vergüenza.

*One bourbon, one scotch, one beer.
No, I ain't seen my baby since a nigh' and a week,
Gotta get drunk man till I can't even speak.
Gonna get high man listen to me.*

Se incorporó.

Mareado, trastabilló y tuvo que apoyarse en la pared. Vio su rostro en el espejo, los ojos inyectados en sangre. Lívido. Segundos después, regresó a la sala empapado de sudor.

*One drink ain't enough Jack you better make it three.
I wanna get drunk, Im gonna make it real clear,
I want one bourbon, one scotch, one beer.
One bourbon, one scotch, one beer.*

Se quitó la cazadora y el jersey, y apagó la música. Volvió a echarse en el sofá. Tenía la garganta insoportablemente seca. Inspiró y espiró hasta recuperar el aliento.

Luego, extrajo el móvil.

—Ya sé que no debes hablar, así que solo escucha. A ese tipo le gustó lo que sintió: una descarga de satisfacción momentánea muy poderosa y adictiva, un placer de origen químico. Le gustó matar. No se pudo sustraer al hecho. Y olvidó la razón que lo había llevado hasta allí. La sensación fue más fuerte que su necesidad de dinero. Es un hombre que vivió una epifanía. No lo hizo por accidente. No se le fue la mano. Disfrutó. Ahora ha experimentado el poder. Es otro. —Tomó aire—. Has tenido suerte, subinspectora, mucha suerte.

Rebeca tragó saliva al otro lado de la línea.

22

Sintió una sed abrumadora. Fue a la nevera. Bebidas de todo tipo, pocos alimentos, la mayoría envasados. Cogió un botellín de agua, de una marca islandesa, y lo vació de un trago. El líquido le pasó por encima de la garganta sin apagar su sed acuciante. Necesitaba algo diferente, algo con cuerpo, con sabor. Una bebida fuerte. Quizás un *whisky*, con mucho hielo. O un *bourbon*, solo. Sacudió la cabeza. No era el momento. Aunque una cerveza le sentaría de fábula. Las había de varias clases.

Cerró la nevera.

Tomó asiento en un taburete y se acodó en la barra, junto a la botella de champán medio vacía y la copa que dejó el abogado antes de abrir la puerta. Hundió la cara entre los brazos. Hasta aquel momento solo había logrado visualizar los pasos del asesino, imaginar la escena. El forcejeo, la acción de meter y sacar su cabeza del agua, las salpicaduras, el estrangulamiento. Pero no había logrado el principal objetivo. Empezó a cuestionarse si su capacidad de percepción era ya cosa del pasado.

Se irguió.

Las salpicaduras.

Había intentado secarse el chaquetón de ante. Durante un rato. Con calma. Acababa de matar a un hombre y le preocupaba una mojadura en la ropa. ¿Por falta de conciencia?

—Pero tú la tienes, estás angustiado, te sientes culpable de la ruina de tu familia. Por eso has venido.

Fijó la mirada en el mostrador blanco.

No era falta de conciencia. El asesino estaba como en trance, con una extraña serenidad. La experiencia lo había dejado aturdido. Y se le fue el

santo al cielo. Olvidó lo del dinero. Grogui, paró la música, recogió las flores, el paraguas y se marchó.

Retiró los brazos de la barra como si estuviera quemando.

El ramo de flores. Allí lo había dejado al entrar en el piso.

¿Por qué se lo llevó?

Un engranaje hizo clic en su mente. Era un moroso, estaba en la ruina, no tenía con qué comprarlo, y lo necesitaba como pretexto por si el portero le preguntaba, para pasar por un repartidor. Solo había una respuesta. La universitaria le dio un billete, por ejemplo de cincuenta euros, y le ordenó que comprara un ramo. Pero no que luego se lo llevara. ¿Para qué? No, fue un gesto mecánico. Como estaba en una nube, ausente, hizo lo más natural, coger lo que era suyo, sin pensar, y largarse.

Bajó del taburete.

Se puso el jersey, la cazadora, y dejó el piso igual que lo había encontrado. Fue hacia la puerta.

El cómplice, en su estado, agarró el ramo como un robot, se colgó el paraguas negro del antebrazo y, sin tener presente nada más, salió al pasillo y cerró la puerta sin hacer ruido.

—A cara descubierta.

Se olvidó de subirse la bufanda. Y al volverse, vio que lo estaba mirando una niña china que jugaba en el corredor con su cachorro beagle.

«Me agacho hacia ella, acaricio la cabeza del perro y él, juguetón, me olisquea el guante. Es preciosa, una muñeca. Yo no hago daño a los niños, no soy un monstruo. Hay que protegerlos, no son culpables. Sé cómo solucionarlo. Ahora tengo poder, ya no soy un don nadie. Levanto al cachorro con la mano libre y me lo pongo bajo el brazo. Acercó la cara a un palmo de la niña. No se lo digas a mamá. Tú no me has visto. Si lo cuentas, haré algo muy feo a tus padres. Algo horrible. Y para asegurarme, me llevo a tu perro. Pórtate bien y te lo devolveré en unos días».

Acuclillado en el pasillo, Milo visualizó a la cría: los ojos muy abiertos, asintiendo aterrorizada con un lento cabeceo. «Buena niña». Luego, al asesino camino del ascensor con el cachorro bajo el brazo y el ramo en la otra mano,

el paraguas negro colgado de la muñeca. Lo siguió, pero pasó de largo y continuó hasta el piso de los Liang. Arrimó la oreja a la puerta. La televisión estaba encendida. Tocó el timbre. Se hizo el silencio en el interior. Volvió a llamar otra vez. Y otra.

—¡Policía!

La aporreó con fuerza.

Al cabo de unos segundos, el señor Liang asomó media cara por detrás de la cadenilla de seguridad. Milo se apresuró a sacar el móvil con una apabullante sensación de *déjà vu*.

—Señor Liang, solo necesito que su hija eche un vistazo a estas fotos. Es urgente. No tiene que decir nada, solo mirarlas.

—Ella no está en casa.

—Maldita sea, no me toque los cojones.

—¿Tener orden?

Milo negó con una sacudida seca.

—Pero es de vital importancia que...

El oriental le cerró la puerta en las narices.

Volvió a levantar el puño. Lo dejó en el aire. Era inútil. Tendría que buscar otra manera, y pedir una orden de citación no estaba entre ellas. Se alejó hacia las escaleras. La idea de llevar a una cría a prestar declaración a la Central le resultaba odiosa. Ni siquiera para detener a un asesino. Bajó los escalones de dos en dos. No entraba en sus planes asustar aún más a la pequeña. Ya había sufrido bastante.

Llegó a la planta baja sin resuello.

—Qué —dijo el portero—, ¿ha habido suerte?

Cruzó el vestíbulo sin levantar la cabeza y salió a la calle.

No llovía. Pero sí lo hizo el viernes a aquellas horas. Se dijo que para el asesino debió de ser como agua bautismal.

Sus pies lo llevaron hasta la esquina. Se detuvo. Miró alrededor, preguntándose adónde se dirigió a continuación. ¿Al lugar de la cita con la universitaria?

—Estúpido, ni cita ni hostias. Ese tipo estaba ido, sin el dinero. No se acordaba ni de la joven.

Cerró la cremallera de la cazadora y se subió el cuello. El frío apretaba.

One bourbon, one scotch, one beer. Se lo sacó de la cabeza. ¿Qué hizo entonces? Largarse a casa. Pero no en metro. Observó el cruce. Norte, sur, este y oeste. Podría haber tomado por cualquiera. No, hacia la montaña no. Aquello era la zona alta de la ciudad. Quedaban tres. Se encogió de hombros. La dirección de los cuatro sospechosos constaba en la lista.

Arrancó a caminar y cruzó el paso de peatones en rojo.

Decidió regresar al ático andando. Era un recorrido largo y se sentía exhausto, pero le daba náuseas coger un transporte público; por el subsuelo: el hedor, el hombre del acordeón, la falta de oxígeno; por la superficie: los codazos, el hacinamiento, las caras largas. Un poco de ejercicio le iría bien, y el aire fresco lo despejaría. En el siguiente cruce pensó en llamar a Singla para que ordenara la vigilancia de los cuatro hombres. Sopesó la idea. Llevaría su tiempo, harían falta muchos equipos, tres turnos de ocho horas por cada individuo, pero podría dar resultado. Tal vez algún equipo descubriera un cambio en las costumbres de alguno de ellos. Con cuarenta y cuatro mil euros se le ocurrían muchas posibilidades. Y por otra parte, sería bueno tenerlos localizados. Hizo una mueca mitad de guasa, mitad de resignación. El jefe Singla iba a poner el grito en el cielo. Lo llamó sin aminorar el paso. Le resumió sus conclusiones. Después, le sugirió lo de la vigilancia.

Como estaba cantado, le cayó un chaparrón de gritos.

Separó el móvil de la oreja y siguió caminando.

Una manifestación le cortó el paso al llegar a la calle Balmes. Estiró el cuello. La nutrida masa de gente bajaba desde la Diagonal en dirección hacia la plaza de Cataluña. De nuevo, hombres, mujeres, niños y ancianos desfilando en silencio, abrigados hasta las cejas, con una rara dignidad. De nuevo, portando pancartas contra los recortes y reclamando pan, techo y trabajo. Y de nuevo, vigilados por un gran número de furgones de la BRIMO, apostados en cada chaflán, los agentes armados como en una guerra, protegidos con chalecos antibala y cascos último modelo. Una imagen obscena como respuesta al rumor sordo de los pasos de ciudadanos indefensos y pacíficos.

Sin dudarle un segundo, se sumó al torrente humano.

Redujo el paso, lo acomodó al de la marcha, y hundió los puños en el fondo de sus bolsillos, no fueran a resultar una provocación para los aguerridos miembros de la Brigada Móvil. A su lado, una mujer con una niña

de la mano le dirigió una sonrisa cansada. Milo la saludó con un cabeceo, adelantó el cuello y sonrió a la pequeña. Vestía un anorak azul cielo, bufanda roja y un grueso gorro de lana de color crudo; por debajo, asomaban unos mechones de cabello, rubios como el trigo. Su cara era redonda, la piel muy blanca, y en sus ojos claros leyó el miedo. Le devolvió una sonrisita triste. *Fue un ángel.* Sintió un peso en la boca del estómago. *La señorita Estrada fue muy buena conmigo.* Algo se tensó detrás de su frente, entre las sienes. *Me prometió que si sabía de algún trabajo me llamaría.* Se detuvo. *Saldré de esta, y recuperaré a Merche y Rosina.* El torrente humano se bifurcó para sortearlo y luego apretó filas de nuevo. Extrajo el móvil, buscó las fotos, escogió una en concreto. Contempló aquel rostro, la expresión algo bobalicona. El único de los cuatro que pareció lamentar la muerte de la universitaria. Su mujer lo echó de casa. Merche. «Yo no hago daño a los niños». ¿Por qué? «Porque yo tengo uno». Una. Aquel hombre tenía una hija. ¿Rosina? Supuso que más o menos de la edad de Xaio... de Lola. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Se quedó quieto. Como una roca en medio de un caudaloso río de aguas mansas.

23

—No tuve más remedio que echarlo de casa, estaba harta de él, de oír sus excusas, siempre lamentándose de su mala suerte. Era un quejica, un débil. Un cobarde —dijo Merche. Sus ojos despedían resentimiento, un desprecio muy alejado del afecto que le pudo tener algún día a su marido. Se apretó las manos—. Como dice mi padre, un hombre que no es capaz de portarse como un hombre y sacar adelante a su familia, no es un hombre. Usted me entiende, ¿verdad? —Milo se mantuvo inexpresivo—. ¿Sabe lo que tuve que hacer para pagar las deudas? Pedir dinero a mi familia, como si mis padres, los pobres, no tuvieran ya bastante con habernos acogido a mí y a Rosina en su casa. Con la que está cayendo. Usted los ha visto, los dos están jubilados. Y a su edad... Pero me tragué el orgullo y lo hice, por mi hija, no como él, que se derrumbó en el sillón para llorar sus penas, como si a alguien le importara un pimiento lo que le pasó.

Se encontraban en un pequeño recibidor, sentados en unas viejas sillas apolilladas, muy cerca el uno del otro. El piso olía a fritanga. Les había interrumpido la cena, y, solo después de mucho insistir, el padre de Merche había accedido a que hablara con su hija. «Asunto policial», había dicho Milo. Pero las palabras mágicas fueron: «Relacionado con su yerno, Domingo Soler».

—¿Qué le pasó?

La mujer hizo un gesto de irritación. Parpadeando con mucha velocidad, dijo:

—Nada, un atraco en la tienda donde trabajaba. Un Cash Converter de esos, el único negocio que funciona hoy en día. La gente va allí a vender sus cosas y a cambio le dan una miseria. Tiene que conocerlos, están por todas

partes, han salido como setas. El suyo está aquí al lado, en Floridablanca, la travesía de abajo. Ya ve, un atraco a punta de pistola y se le fue la pinza.

Milo sabía cómo era aquel tipo de trabajo. Empleo precario, muchas horas, mucha angustia, sueldo escaso. Los gritos de súplica y las amenazas sucediéndose día tras día. Viendo entrar a tipos colocados, a gente sin nada que dar de comer a sus hijos, ofreciendo el abrigo por veinte euros para salir del paso, y saliendo cabizbajos, diciéndose que mañana sería otro día. Había oído contar que alguien incluso había vendido su pierna ortopédica o el cochecito del bebé, y luego se habían marchado, uno saltando a la pata coja, la otra con la criatura en brazos. Las pequeñas tragedias cotidianas.

—Se sentó en el sillón y ya no hubo forma de sacarlo de ahí.

—¿No pensó que podría estar sufriendo un trastorno de estrés postraumático?

La mujer puso cara de pasmo.

—¿Y eso qué es?

—Lo normal después de que alguien te apunte con un arma y te amenace con disparar. Por la tensión, la presión insostenible. Si también nos ocurre a nosotros, que estamos acostumbrados, imagínese a un civil a quien le sucede por primera vez.

Merche se cruzó de brazos, en actitud defensiva.

—No era la primera vez —dijo, altiva—. Ya había vivido tres atracos, uno de ellos con un machete. Si hubiera sido un hombre con un par de huevos, como mi padre, no se habría venido abajo. Mi padre abandonó el pueblo y se vino aquí a trabajar, en el puerto. Eso sí que es duro. Pero mi padre los tenía bien puestos, no como ese..., ese llorica medio tonto.

—Y lo echó de casa —dijo Milo, la voz queda.

—Sí, lo eché, ¿pasa algo?

—Y lo separó de su hija. Se llama Rosina, ¿verdad?

Ella afirmó adelantando mucho el mentón.

—No quería que..., que hiciera daño a mi niña.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años. Oiga, yo trabajo ocho horas al día cuidando a un anciano por quinientos al mes, sin seguro ni contrato. Rosina come en el colegio y alguien tiene que pagarlo. Y Domingo se quedaba en el sillón, sin moverse. La niña

empezó a cogerle miedo, no quería quedarse a solas con él. Y cuando mi hija iba al baño se cerraba con pestillo, algo que ella nunca había hecho. ¿Lo ve? No hice nada malo, solo protegí a mi Rosina.

—¿A qué colegio va?

Merche lo miró con ojos opacos.

—A la Mare de Déu del Roser, aquí cerca, en Consejo de Ciento con Villarroel. No me arrepiento de nada, a saber de lo que Domingo hubiera sido capaz con ese no sé qué traumático...

—Trastorno de estrés postraumático.

Ella asintió para reafirmar su convencimiento.

—Escuche, a Domingo le falta un hervor, no tiene muchas luces. Al principio, cuando lo conocí, no le di importancia. El amor es ciego, ¿no? Y eso que me lo advirtió mi padre. Pero luego, después del atraco, no sé... Había algo en él que ponía la piel de gallina. Se te quedaba mirando un rato, como si algo le rondara por la cabeza, pero sin verte, ¿me entiende? Como si..., como si te mirara por dentro, o a través, no sé. Y ponía una cara muy rara —le sacudió un escalofrío—, de loco. ¿Y ahora qué habrá hecho ese desgraciado? Nada bueno, seguro.

Milo se levantó de la silla.

—Es lo que estamos investigando.

Le dio las gracias por atenderlo, y alargó la mano hacia el tirador de la puerta.

La mujer añadió algo más.

—Le llamó una chica la semana pasada, de la Oficina de Empleo. Creo que fue el miércoles..., o el jueves, no sé.

Milo se quedó rígido.

—Le dije que ya no vivía aquí, y me pidió su teléfono para hablar con él. —Soltó un bufido—. ¿Domingo un móvil? Si ni siquiera sabría descolgarlo... —Meneó la cabeza—. Le dije que no tenía móvil y le di su dirección, la cueva de ratas donde vive ahora, el almacén de la calle Mercaders.

—¿Recuerda el nombre de esa chica?

Merche elevó los ojos hacia la lámpara del techo.

—Luisa algo, no recuerdo. Gómez, Sánchez, Rodríguez. Luisa Rodríguez, sí. —Volvió a enfocarlo—. Eso es. Luisa Rodríguez. —Se encogió de

hombros—. Si le iba a ofrecer un trabajo a ese inútil, lo menos que podía hacer era darle su dirección, ¿no? Siempre soy yo quien se lo tiene que hacer todo. Supongo que debió de dar este número a la Oficina de Empleo por si surgía algo para él.

Permaneció quieto, la mirada fija en la mujer.

—Señora, no pretendo asustarla, pero Domingo vendrá aquí, en busca de usted y de su hija. Ansía recuperarlas, son el único motivo que le mantiene vivo. Ahora tiene en su poder cuarenta y cuatro mil euros. Aunque usted tranquila, no les hará daño. Son lo que más quiere en este mundo.

Merche dejó caer los brazos por los costados, y allí permanecieron, flácidos, hasta mucho después de que Milo abandonara el piso y saliera a la calle.

Corrió hasta la boca del metro en Gran Vía y cogió la línea roja. No podía dar la voz de alarma, aún no. Lo único que tenía eran sospechas y faltaba confirmarlas. Se bajó en Urquinaona, hizo transbordo, y se subió a un convoy de la línea amarilla. Solo se basaba en una serie de corazonadas y sabía de memoria lo que podían desencadenar en la Central. Se apeó en la primera parada y atravesó la Vía Layetana a la carrera.

Aporreó la persiana metálica del almacén.

El escándalo que armó en la estrecha y poco iluminada calle Mercaders fue considerable, pero nadie se asomó a los balcones ni nadie le abrió. Miró a izquierda y derecha. Volvió a golpear, esta vez la pequeña puerta situada a un lado de la persiana, y nada. Se dirigió al bar de la esquina, el local que solía frecuentar la gente del mercado. Y también Domingo Soler. Irrumpió con determinación, echó una ojeada en torno y fue a la barra.

Mostró al camarero la fofo del marido de Merche.

—¿Sabe por dónde para? ¿Ha estado aquí?

El hombre la miró por encima. No abrió la boca. Milo suspiró, extrajo la placa y pegó un manotazo con ella en la barra.

—Estoy cansado, no te voy a repetir la pregunta.

El camarero, más pálido, volvió a mirarla, ahora con mayor atención, y asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Viene mucho por aquí —dijo—, se sienta en la mesa del rincón. A veces le llevamos un café con leche bien caliente, a cuenta de la casa, claro. Es un buen hombre. Hoy no le he visto. ¿Quiere que pregunte a mis compañeros, al jefe?

—¿Qué puedes decirme de él?

El camarero frunció los labios como si fuera a silbar. Luego, se rascó la mejilla al tiempo que alzaba las cejas.

—Vive aquí al lado, en un agujero. Es un poco cortito, ya me entiende. Pero buena gente. Trabajaba en uno de esos sitios donde vas con trastos y cosas que ya no te sirven y te dan dos duros por ellos. Me contó que los atracaron, dos encapuchados. Uno de ellos le puso un revólver entre los ojos y le dijo que le diera todo el dinero mientras el otro gritaba a la gente que se tirara al suelo. —Se encogió de hombros—. Después de aquello lo dejó, me dijo que ya no aguantaba más. Que llegaba a casa hecho polvo, de los nervios.

—Continúa.

—No hay mucho más que contar.

—Continúa de todos modos.

El camarero volvió a encogerse de hombros.

—Fue a la tienda de nuevo, para que le pagaran lo que le debían. —Esbozó una extraña sonrisa—. Resulta que el jefe había contratado seguratas, uno en la puerta y otro en el interior. Por lo del último atraco. Yo a eso lo llamo tener mala suerte. Y luego, su mujer lo echa de casa. —Cabeceó—. Ese tío pisó mierda, se le cruzó un gato negro o pasó por debajo de una escalera. ¿Y sabe por qué lo digo? Porque antes de encontrar lo del almacén de aquí al lado estuvo vagando una semana por la calle, durmiendo en los cajeros, en un centro de acogida, y también en los dos sitios fue atacado por otros indigentes. ¿Tengo razón o no? Ese tío tiene el gafe encima.

Milo se encajó la placa en el cinturón.

—La suerte no existe —dijo.

—Jefe, no es por llevarle la contraria, pero sí que existe. Tal vez no la buena, pero la mala no tengo ninguna duda. Le podría contar cientos de casos, miles. Los veo a diario. Como el de ese desgraciado. Lo que yo le diga. Mierda, gato negro y escalera. Todo junto. —Hizo una pausa—. ¿Quiere tomar algo?

24

Se detuvo ante el portal de la calle Atlántida. Se volvió, observó por ambos lados y entró en el angosto vestíbulo. Subió con pesadez los cuatro pisos hasta llegar al ático.

Oyó unos arañazos en la puerta.

Al abrirla, el pastor mallorquín se le echó encima. Sin dejar de mover la cola, levantó las patas delanteras hasta apoyarlas en su pecho y le lameteó toda la cara.

—*Tío*, no seas tan besucón —dijo Milo. Sonreía de oreja a oreja a la vez que le daba unas palmaditas en el lomo—. Baja, que me vas a tirar al suelo y hoy estoy reventado.

El perro así lo hizo, pero lo acompañó dando saltos a su alrededor camino de la sala. Milo extrajo el arma con su funda y la guardó en el cajón. Se palpó la cazadora. Notó un bulto, el regalo de Alba Conte, la secretaria de los juzgados. Sacó el reloj, lo contempló un instante y lo metió en otro cajón, junto a media docena de relojes de muñeca.

—*Tío*, no sé qué manía tiene la gente con que sea puntual, antes se secará el océano.

El pastor mallorquín volvió a ponerse a dos patas.

Milo le cogió la cabeza con ambas manos. Apoyó la frente en la suya. La frotó con suavidad.

—¿Qué tal el día, compañero? ¿Has hecho algo interesante? —El perro le soltó un nuevo lametazo—. El mío ha sido jodido, muy jodido. Menos mal que la jornada ya se ha terminado.

Lo soltó.

El pastor mallorquín caminó hacia el recibidor, regresó hasta él y volvió a

dirigirse a la puerta.

—Ya voy, ya voy.

Bajaron a toda prisa las escaleras. El perro salió como una bala hacia el primer árbol. Luego, corrió de un lado para otro persiguiendo sombras.

—*Tío*, creo que nos merecemos una cena por todo lo alto.

Se encaminaron a Casa Leo. Pidió butifarra con judías blancas, dos platos, uno de ellos acompañado con pan con tomate. Después, aprovechó para hojear el periódico. En portada, el proceso soberanista. Pasó de las noticias y buscó el horóscopo del día. «Enhorabuena, has logrado tus objetivos. Como ves, los sueños van tomando la forma que tú deseas». Lo cerró de golpe.

—La madre que lo parió.

Aguardaron en el zaguán.

La noche era fría, silenciosa. No había ni un alma por la calle. Milo agradeció aquellos momentos de paz. Ensimismado, se cruzó de brazos y alzó la vista a las estrellas. Solo vislumbró una apretada capa de nubes color parduzco. A su lado, oía el rítmico jadeo de *Tío*.

Devoraron la cena en un abrir y cerrar de ojos. Acto seguido, enfilaron hacia el paseo Juan de Borbón; el perro, con un ligero trote elegante; Milo, arrastrando los pies. Lo cruzaron, alcanzando la inmensa explanada. Bajaron hacia el muelle de los veleros y yates de lujo. Escogió un banco y, con un resoplido, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el asiento. Estiró las piernas y contempló las evoluciones de *Tío*.

Al fondo divisó el monumento a Colón, situado al final de unas Ramblas que ya no eran las Ramblas, señalando al mar, pero no a América, sino a las islas Baleares. No era ningún error, conocía el motivo, pero él siempre había captado el mensaje. Estaba claro como el agua. Era lo mismo que hacían los masones. Como aprendió durante uno de los últimos casos, en vez de ocultar sus símbolos, los exponían en público, a la vista de todo el mundo; los iniciados los entendían, los legos solo veían la superficie. Aquel índice imperativo señalaba la única salida: el mar. O, en función de su estado de ánimo, ordenaba el camino a seguir: tirarse de cabeza al Mediterráneo. Todos los ciudadanos. Sin excepción. Empezando por el alcalde de turno.

El pastor mallorquín regresó jadeando. Se tendió junto a él. Al cabo de un rato, apoyó la cabeza en uno de sus muslos. Milo lo acarició sin darse cuenta,

de manera mecánica. Su respiración le resultaba relajante. El silencio, la zona desierta, la calma. A pesar del frío, todo le invitaba a cerrar los ojos y dormir.

El perro levantó la cabeza de súbito, las orejas erguidas.

Un hombre se sentó en el banco.

—No entiendo cómo puede comer esa bazofia —dijo.

Milo apaciguó a *Tío* con un siseo. Con el rabillo del ojo, vio que los zapatos del hombre eran de piel, la suela de goma, confortables para largas caminatas. Ideales para hacer labores de seguimiento.

—Es nutritiva, un buen combustible.

El hombre cruzó las piernas.

—Iré al grano. Tenemos el ordenador de Lorenzo Puig, pero queremos las copias que hizo. Los lápices de memoria.

—Cojonudo. —Señaló los veleros—. Yo quiero uno de esos.

—Creo que no me ha entendido.

—¿No vamos a escribir juntos la carta a los Reyes Magos?

—Déjese de bromas, este es un asunto muy serio.

—¿Lorenzo Puig trabajaba para vosotros?

El pie del hombre empezó a moverse con un tic nervioso.

No respondió.

—Dos barajas, ya veo. Lorenzo Puig trabajaba para vosotros.

—Queremos esos *pendrives*, y usted se encargará de recuperarlos y luego nos los entregará.

—Nuevo error. Yo no acepto encargos.

—No tiene otra salida.

—Tercer error. No das una, macho. Sí tengo otra salida. —Hizo un gesto con la barbilla hacia delante—. El mar.

—¿De qué está hablando?

—Colón, el dedo, el mensaje. ¿En qué universidad te han reclutado a ti, en la de Económicas?

Giró el cuello muy lentamente hacia él. Joven, de complexión atlética, pelo corto, rasgos comunes, vestido de forma cómoda. Apoyó un brazo en el asiento y se aupó hasta acomodarse en el banco. El pastor mallorquín se tendió a sus pies.

—Qué hijoputa ese abogado —dijo—. Mira que grabar conversaciones

privadas... ¿Se le ocurrió a él o fue un encarguito vuestro?

—Cuando detenga al individuo que lo estranguló, localizará los *pendrives* y nos los dará. No deben ser incluidos en ningún informe, ¿me ha comprendido?

—Joder, es que no das una ni por asomo. —Entornó los ojos en su dirección—. Tú no serás quien escribe los horóscopos del periódico, ¿verdad?

El hombre descruzó las piernas. Cambiando el peso de una a otra, volvió a cruzarlas.

—Todo ha de mantenerse en la más estricta confidencialidad. Si no cumple las instrucciones, podemos hacer que lo suspendan de forma indefinida con una simple llamada.

—Y un niño también, menos lobos. —Meneó la cabeza con incredulidad—. Vosotros, los de Inteligencia, veis demasiadas películas. Porque eres de Inteligencia, ¿no es así? —El hombre permaneció callado—. Lo que me pregunto es de dónde, si de aquí o de allá. Con tantas banderas me hago un lío.

—Lo sabemos todo acerca de usted, inspector Milo Malart. La muerte de su padre en un hospital psiquiátrico de la provincia de Girona, los problemas de esquizofrenia de su hermano, sus visitas los domingos al domicilio de la jueza Susana Cabot, su expediente disciplinario, el estado de sus cuentas...

Lo interrumpió.

—Mi vida es un libro abierto. —Hizo una mueca—. ¿Y para qué todo eso? No creo que os sirva de nada.

—Tenemos intereses en un amplio abanico de la información.

Milo empezó a crisparse.

—¿Nadie os ha dicho que es de mala educación meterse en la vida privada de los demás?

—No le conviene que le pongamos en nuestro punto de mira.

Milo se palmeó el muslo varias veces.

—Y ahora intentas asustarme. Eres la pera, chaval. Hoy es la segunda vez que me amenazan y ya estoy cansado de este rollo. —Se incorporó. En el acto, el pastor mallorquín hizo otro tanto—. Me muero de sueño, que te den por saco.

El hombre se interpuso en su camino con sorprendente agilidad. Aceró la

mirada. Lo señaló con la mano, el pulgar levantado, el índice extendido, y los restantes dedos replegados.

—Obedezca las instrucciones y se ahorrará muchos problemas. Estamos en todas partes.

Milo tensó los músculos de la cara.

—Primero, te guardas tu pistola de juguete si no quieres que te rompa todos los deditos, capullo. —Le punteó el torso con el dedo corazón—. Segundo, si no quieres quedarte con el culo al aire, no te fíes de tu país, sea el que sea. Está dirigido por hombres y mujeres que se deben a su partido, no a ti. —Nuevo punteo—. Y tercero, no me vuelvas a amenazar. La ley es la ley, pero yo soy yo. —Último punteo—. Se lo dices a tus jefes de mi parte, ¿ha quedado claro? Y oye, si quieres seguir espíandome, tú mismo. Pero poco, ¿de acuerdo? Solo la puntita.

El hombre le sostuvo la mirada.

Un momento y dijo:

—Conseguiré esos lápices de memoria y luego me los entregará en persona, sin pasar por ningún conducto oficial. La alternativa es acabar como detective de hotel en Tailandia, vigilando las pertenencias de los turistas sexuales.

—Ante la duda, yo prefiero hacer ruido. ¿Te enteras? Y oye, son ya muchas las veces que me han dado por acabado.

—No lo olvidaré —dijo el hombre, masticando las palabras.

—Me importa una mierda.

Dio media vuelta y se alejó.

El perro tuvo que apremiar el trote para ponerse a su lado.

No eran aún las ocho de la mañana y Milo ya estaba apostado en su lugar de vigilancia frente al edificio de quince pisos de altura. Entre unas pesadillas y otras, solo había logrado dormir un par de horas recostado en el sofá de la sala. Antes de amanecer, dándose por vencido, había bajado a la playa, nadado durante cincuenta minutos en un mar de hielo, empujando al perro como ya era habitual para que ganara la orilla y regresado al ático para darse una ducha y desayunar algo. En el autobús 59, lo mismo de siempre. Los

empujones, los codazos, las malas caras. Al apearse, por el aspecto del cielo, concluyó que en cualquier momento se rasgaría para descargar una lluvia torrencial.

Observó a la gente que circulaba por Travessera de les Corts.

Niños remolones camino del colegio, madres apresuradas, ancianos con todo el día por delante, jóvenes enfadados con la vista pegada al suelo, ejecutivos con el móvil en la oreja, el maletín en la otra mano y un periódico bajo el brazo.

Alguien salió del portal.

Falsa alarma.

Ignoraba a qué escuela acudía Xoia... Lola, pero intuía que no estaría muy alejada del barrio. Consultó el reloj del móvil. Las ocho y veinte. Cambió el peso de una pierna a otra.

Más personas abandonaron el edificio. Ninguna tenía rasgos orientales. Maldijo en silencio. No podía volver a llamar a su puerta, el señor Liang había dejado rematadamente claro que no le iban a abrir. Solo podía hacer aquello, esperar a verlas, y luego cruzar los dedos. Su único plan era improvisar sobre la marcha. Y si era posible, controlar sus nervios para no asustar a la pequeña Xoai... Lola.

Una mujer china apareció en el portal. Menuda, vestida con sencillez, el rostro ceñudo. De su mano, una niña de unos seis años, la cara como la de una muñeca de porcelana, abrigo rojo, calcetines blancos y zapatos de charol. Echaron a andar hacia la esquina y torcieron Numancia abajo.

Milo fue tras ellas.

Se puso a su altura. Las abordó con la placa en la mano.

—¿Señora Liang? —No respondió—. Soy policía, necesito que me atienda unos minutos. —La mujer menuda tampoco se detuvo—. Es muy importante que su hija mire unas fotografías.

—No poder, prisa en ir colegio. Llegar tarde.

Cambiando de lado, Milo se situó junto a la niña.

Extrajo el móvil, buscó la galería de fotos.

—Su hija no tiene que decir nada, solo mirarlas.

La madre vio su gesto, estiró la mano de la cría y la pasó al otro lado. Aceleró el paso, arrastrando a la pequeña, la mochila azul rebotando en su

espalda.

Milo volvió a cambiar de sitio.

—Xiao... Lola es la única que puede confirmar la identidad del asesino. Luego podrá regresar a su vida normal.

La madre se la cambió de mano por segunda vez.

—Nunca vida normal, él mató a su perro.

—Pero no la mató a ella.

La mujer menuda se paró de golpe, casi descoyuntando el brazo de la niña. Lo miró con odio. Arrancó de nuevo.

Milo reprimió un taco. Se puso a su altura otra vez.

—Escuche, si su hija lo identifica, ese hombre estará entre rejas esta noche. Esta misma noche —resopló—. No podrá hacerles daño. Ella solo tiene que mirar las malditas fotos.

Con el móvil en alto, repitió la operación de situarse junto a la niña. De inmediato, la madre volvió a cambiarla de mano.

Milo se hartó de aquel jueguito.

Dio un par de zancadas y se plantó delante.

—Señora Liang —dijo. La detuvo con un gesto autoritario, usando ambas manos, la mirada sombría—. Empiezo a considerar su actitud como obstrucción a la justicia. No quiero ponerme en plan cabrón y menos con una niña, pero si se sigue negando a que Xiao... Lola vea las fotos, no tendré más remedio que seguirla al colegio, a la clase, al patio, al comedor, a donde haga falta, hasta que mire las putas fotos. Y no se moleste en llamar a la policía, yo soy la policía. —Respiró alterado, las aletas de la nariz adentro y afuera—. Y créame, estoy batiendo el récord de buena educación con usted y con Xiao... Lola.

—Xiao Wen, llamar Xiao Wen.

—Pues eso. Y lo pienso hacer cada día, cada semana, cada mes. Menos en su casa, su hija va a ver mi jodida cara constantemente, ¿me ha entendido? Se la va a aprender de memoria.

—No decir palabrotas, ser feo.

La mujer pareció meditar. Miró a su hija de soslayo. Vaciló.

A su alrededor, la gente desfilaba sin inmiscuirse; igual podría estar robándolas, acosándolas o secuestrándolas. Alergia urbana a meterse en

problemas ajenos, concluyó para sí.

Respiró hondo.

—Bien, último intento antes de continuar con este absurdo. ¿Me permite enseñarle a Xiao Wen cuatro fotos?

—¿Solo mirar?

—Solo mirar.

La señora Liang se dobló hacia su hija. Le habló en chino a toda velocidad, la voz muy aguda. La niña se limitó a escuchar, la carita seria. A continuación, la madre se puso detrás de ella, colocó las manos en sus hombros y clavó la mirada en Milo.

—Tú enseñar fotos Lola.

Milo señaló sus manos.

—Sin tocarla, por favor. No quiero trampas.

La señora Liang apretó los labios y las apartó muy despacio.

—Gracias —dijo Milo.

Vio que la niña lo observaba desde muy abajo, la nuca doblada hacia atrás. Se acuclilló ante ella y la miró a los ojos.

Se aclaró la garganta.

—Xiao Wen, voy a mostrarte cuatro retratos. Lo único que tienes que hacer es mirarlos, ¿de acuerdo?

La pequeña asintió con timidez.

Milo le enseñó la primera. Ninguna reacción. Deslizó el dedo y apareció la segunda cara. Nada. Un adolescente le rozó el hombro y casi perdió el equilibrio. Volvió a deslizar el dedo. La niña ni se inmutó con el tercer rostro. Contuvo el aliento. Le mostró la cuarta fotografía. Domingo Soler. La niña se agarró a la pierna de su madre, dos gruesos lagrimones resbalaron por sus mejillas y hundió la cara en su falda, todo a la vez.

La señora Liang la estrechó contra su cuerpo.

—¿Estar tú contento? —disparó.

Milo alargó la mano hacia la cabeza de la niña. Pero se contuvo a medio camino.

—Lo siento mucho, Xiao Wen.

Se enderezó.

Les dio la espalda mientras pulsaba un número. Aguardó con calma a que

se estableciera la comunicación. Luego, la tranquilidad desapareció como por ensalmo.

25

El dispositivo policial se desplegó como dictaba el protocolo. Los vehículos de los Mossos d'Esquadra cortaron la estrecha calle Mercaders, dos por la esquina de abajo, otros dos al comienzo, en la avenida Francesc Cambó, y otros tantos en la calle de atrás, bloqueando cualquier salida. El edificio quedó completamente rodeado. Dada la cercanía del mercado de Santa Caterina, mucha gente circulaba por la zona a aquellas horas de la mañana y un numeroso grupo de personas se agolpó tras las vallas y cintas balizadoras que la acordonaban para averiguar qué ocurría. Los agentes de la Guardia Urbana tuvieron que emplearse a fondo para impedir que ninguno de los curiosos traspasara el perímetro de seguridad.

La expectación fue en aumento cuando al poco aparecieron dos furgones de los GEI por la avenida, al igual que por la esquina de abajo, y una decena de hombres uniformados de negro, con sus armas de asalto en las manos, unos subfusiles HK MP5 con sistemas de iluminación y láser, descendieron para situarse en posición en cada extremo de la calle. A una señal del inspector jefe Singla, dos hileras de seis hombres del Grupo Especial de Intervención avanzaron al unísono hacia el almacén por ambas direcciones, pegados a la pared del lado del edificio. Mientras los restantes aguardaban como retén de emergencia, las dos filas de GEIS confluyeron al mismo tiempo en la persiana metálica, una por cada lateral, y se mantuvieron a la espera.

Acto seguido, los inspectores Malart, Sena y Boada, con sus pistolas HK en alto, los imitaron hasta situarse a continuación de ellos por el lado norte. Los tres se habían quitado sus ropas de abrigo y llevaban las placas colgando al cuello, rebotando sobre unos chalecos antibala antiguos y desgastados, en contraste con los de los GEI, unos relucientes BSST «UX3» y con nivel de

protección IIIA, sobre los cuales montaban unos modernos chalecos Blackhawk portaequipo. Sin poderlo evitar, Milo echó un rápido vistazo al calzado de los miembros de la Unidad Operativa, unas botas tácticas Oakley Assault de media caña.

Una nueva orden de Singla a través de los intercomunicadores y el GEI más próximo a la persiana metálica gritó a pleno pulmón:

—¡Policía! ¡Domingo Soler, salga con los brazos en alto! ¡El edificio está rodeado!

Los inspectores del GEHME esperaron con el corazón en un puño, Boada sudando a mares.

—Joder, cálmate de una vez —dijo Sena entre dientes—. A ver si nos vas a pegar un tiro.

No se produjo ningún movimiento en el almacén.

Al cabo de unos instantes, uno de los GEI se agachó ante la pequeña puerta situada a un lado de la persiana al tiempo que dos de sus compañeros lo cubrían apuntando hacia la misma con los subfusiles apoyados en el hombro. Tras dos segundos forzando la cerradura, la abrió de una patada, entraron los tres dando voces, y poco después levantaron la persiana desde dentro, internándose los demás en tropel y a toda velocidad.

Los hombres del GEHME intercambiaron una mirada tensa.

—¡Despejado! —gritó uno de los uniformados.

Milo bajó el arma, se la guardó en la funda, y fue el primero de los tres en entrar. Los GEI habían dado a las luces y abierto las contraventanas que daban a la calle posterior. Se detuvo a pocos pasos. Repasó el local con una ojeada. Sena fue tras él, seguido de Boada, quien sacudía el cuello en todas direcciones con movimientos eléctricos y secos, como un jilguero.

—¡Quieres guardar la puta pistola! —dijo Sena.

Boada obedeció al instante con torpeza, empujando con la espalda a Milo.

—Lo sien... siento, inspector Malart.

Milo no dijo nada. Escrutaba con una creciente sensación de angustia el nauseabundo almacén.

Tres dedos de agua cubrían el suelo, enmohecendo las cajas de cartón amontonadas a un lado. Por todas partes, telarañas, excrementos de ratas, restos de animales muertos. El tufo era insoportable. Más cajas de cartón

llenaban unas estanterías, la mayoría reventadas, cayendo los artículos mordisqueados en los charcos de un color verduzco. Manchas de humedad, la pintura desconchada, el techo con boquetes en el encofrado.

Los GEI desfilaron al exterior en silencio, cabizbajos.

Milo avanzó hacia el fondo. En un rincón, distinguió el lugar donde se había instalado Domingo Soler. Un camastro hecho con unas tablas, apuntaladas sobre unos ladrillos, y cubierto con un par de mantas rasposas y sucias, sobre las cuales estaba tirada la caja de falsos cedés, abierta y vacía. El colchón asomaba en uno de los extremos; roto, despanzurrado, con heces. Delante, una repisa donde estaba apoyado un hornillo. A un lado, una garrafa medio llena de agua y una botella de aceite de girasol casi vacía. Al otro, un cucharón, varios cubiertos y una cacerola abollada, todo en alto, sobre unos tablones de madera florecida, al igual que dos paquetes abiertos de arroz, uno de sal y algunos sobres de sopa, atados con cuerdas y suspendidos de unas alcayatas en la pared, a salvo de los roedores. Miró en torno. No vio ningún calefactor ni estufa ni nada parecido. De otro clavo colgaba un viejo transistor, la antena desplegada. Junto al camastro, en el suelo encharcado, dos zapatos negros. Y de una percha, pendiendo también de una escarpia, un abrigo gris, agujereado, y un viejo paraguas negro. Un trasto parecido a una nevera, del tamaño de una alacena, oxidado y a medio cerrar, reposaba sobre una pila de periódicos. Con un pañuelo, estiró la puerta hacia fuera. Le costó por la herrumbre de los goznes. Una vaharada de podredumbre le hizo retroceder. Se lo llevó a la nariz y se aproximó. Dentro había un brick abierto de leche, una rata muerta y un ramo de flores, las hojas marchitas, ennegrecidas.

—Joder, ¿en esta mierda vivía ese tipo? —dijo Sena.

Milo apretó los labios. Ojeó alrededor.

—¿Qué estás buscando?

Se alejó varios metros. Tras unas cajas, descubrió los cepillos, los palos, dos escobas enteras, el saco de plástico negro.

Y sobre unos cartones, sangre reseca. Mucha sangre reseca.

Dio media vuelta y salió de aquel agujero con rapidez.

—Atacó a la subinspectora Mercader, se hizo con el dinero y regresó al almacén —dijo el inspector jefe Singla—. Debió de recoger alguna de sus cosas y luego marcharse.

Milo estaba recostado en una pared. Los ojos cerrados.

—¿Alguna de sus cosas? —Los abrió—. Domingo Soler no tenía nada. No, no volvió para eso. Será corto de luces, pero con cuarenta y cuatro mil euros en su poder lo primero que hizo fue entrar en una zapatería y comprarse un calzado confortable, bien caliente. A lo mejor le supo mal tirar los viejos en un contenedor y vino aquí a dejar sus zapatones, ¿quién puede saber lo que pasa por la cabeza de ese tipo? Pero de una cosa estoy seguro: con toda esa pasta, hasta el más zoquete habría preferido una pensión de mala muerte antes que ese antro infecto.

—Ya hemos dado aviso a todos los hoteles, hostales y pensiones de la ciudad. Tienen su fotografía.

—¿Alguna novedad de la vigilancia en casa de sus suegros?

—Negativo. De momento no ha asomado la nariz.

—¿Y sabes si el sargento Crespo ha localizado a alguna mujer llamada Luisa Rodríguez en las oficinas de empleo?

Singla volvió a negar con la cabeza.

—No les consta ninguna empleada con ese nombre.

Milo asintió para sí.

—Jefe, no te olvides de los centros de acogida. —Empezó a alejarse—. Hazles llegar también el aviso, y su fotografía.

—¿Crees que con tanto dinero escogería uno de esos sitios?

Se encogió de hombros camino de la avenida.

Descolgó la placa del cuello, la fijó en el cinturón, y luego se quitó el chaleco antibalas. Se dirigió a uno de los coches, lo lanzó dentro del maletero y recogió su cazadora.

Mientras se la ponía, oyó la voz de Anna Bassa a su espalda.

—Inspector Malart.

Sin verla, reparó en su cólera contenida.

—No te mentí, comisaria jefe. Ya tienes a tu hombre.

Se volvió hacia ella al tiempo que se subía la cremallera.

—Pero no fuiste al parque donde apareció el último perro.

—Ya tienes a tu hombre —repitió—, al mataperros.

La comisaria Bassa oscureció la mirada.

—Me dijiste que estabas de camino al parque.

Milo se subió el cuello de la cazadora.

—He detenido esta locura, como me ordenaste.

—La orden incluía prioridad absoluta.

—Te di mi palabra de que lograría resultados, y aquí están.

—Me desobedeciste. A una comisaria jefe.

Milo torció la boca. Se rascó la cabeza.

—La prensa estará contenta, como los de las asociaciones en defensa de los animales y los...

—Me mentiste.

Sintió la ira subirle por la garganta, invadir su cerebro, cegarle los ojos. Inspiró y espiró un par de veces.

—A la mierda con eso —soltó—. Como dijo el presidente del Gobierno, todo es falso menos alguna cosa. Y ahora, comisaria jefe, si no dispones lo contrario, me largo. Tengo que detener a un asesino de seres humanos.

Aguardó unos segundos. Ella cabeceó hacia un lado.

—Ala orden —dijo Milo. Y se fue.

Le explicó que la Central ya había emitido la orden de búsqueda y captura, y repartido su foto a todas las patrullas y en todas las comisarías, en el aeropuerto y las estaciones de tren y de autobuses, así como en establecimientos hoteleros y centros de caridad.

—Están peinando la ciudad, no tardarán en cogerlo. Tanto si la quiere abandonar como si piensa quedarse, lo tiene crudo.

Rebeca levantó el pulgar.

Recostada en la cama del hospital, hacía mejor cara; sus mejillas habían recuperado algo de color, se la veía más descansada, y solo el chichón de la frente, de una tonalidad más oscura, revelaba que había sufrido un ataque. Continuaba con el collarín al cuello y, para asombro de Milo, haciendo caso al

consejo de los médicos, sin hablar.

Ella echó mano de la tableta en su regazo y tecleó:

«No me has traído nada».

Milo resopló.

La habitación estaba llena de centros de flores, cajas de bombones y revistas. No se sintió en absoluto culpable.

—Se habrá retrasado el repartidor.

Resonó una carcajada.

La cama de al lado estaba ocupada por una obesa adolescente con la pierna enyesada hasta la cadera. Al ver la expresión de Milo, se llevó una mano a la boca.

Caminó hasta ella, le señaló un iPod encima de su mesilla y le preguntó si era suyo. La joven asintió. Milo le hizo el gesto de que se pusiera los auriculares.

—Si no te importa —dijo—, es una conversación privada.

La joven obedeció sin rechistar.

Milo aguardó a que conectara el aparato, a que subiera el volumen. Entonces, corrió la cortina que separaba ambas camas y se volvió hacia la subinspectora.

«Menudo mal genio», leyó en la tableta.

—Un día difícil.

La vio teclear de nuevo.

«¿Cómo supiste que se trataba de Domingo Soler?».

—Xiao Wen confirmó su identidad.

Rebeca alzó las cejas en un interrogante mudo.

—Se me dan bien los niños.

Escribió una palabra muy corta: «Ja». Después de enseñarle la pantalla, escribió: «Anoche me llamaste desde la casa del abogado». No era una pregunta y Milo no respondió. «¿Funcionó por fin tu parabólica?». Él siguió con la boca cerrada.

Volvió a teclear.

«Funcionó».

—No lo oí. Nada de voces. Volumen apagado. Pero pude deducir sus pasos. Lógica más intuición. Até cabos, eso es todo.

Rebeca señaló de nuevo la última frase.

—Vale, sí. Pero me ayudó mucho estar solo.

Ella puso los ojos como platos. Luego, apretó el puño en su dirección y lo blandió en el aire.

—No me has entendido. Tú no me molestas, pero hay momentos en que necesito estar solo. Y no es nada agradable, te lo aseguro.

«¿Lo viste?».

Asintió muy lentamente.

«Temías haber perdido tu capacidad de percepción, ¿no?».

—Formamos un buen equipo —dijo—. Tú vas adonde te indican las pruebas, yo por otro camino más tortuoso. Tú posees una rutina mental, yo sigo mi instinto... Cuando funciona.

«O sea, ni conmigo ni sin mí».

Taciturno, esbozó una sonrisa desvaída.

«¿Qué te pasa? Te veo raro».

—Es ese tipo, Domingo Soler. No me lo saco de la cabeza. —Le contó la conversación con su esposa, con el camarero del bar, y le describió el almacén, las condiciones en que vivía—. No me extraña que su mente esté trastornada. En vez de meterlo entre rejas, tendrían que ingresarlo en un centro de salud mental.

Las mejillas de Rebeca enrojecieron de indignación.

Tecleó con rabia:

«¡Ese malnacido me atacó, no la diñé de milagro! ¡Estranguló al abogado y empaló a cinco perros! ¡Por mí, que se pudra en la trena el resto de su puta vida!».

Milo meneó la cabeza.

—Esta jodida crisis tiene algo que ver, ¿no crees? Empuja a la gente a la locura, a la sinrazón..., al metro. Los incompetentes que nos gobiernan también son responsables. Pero a ellos nunca les salpica la sangre de estas tragedias.

Ella puso cara de abuceo mientras bajaba el pulgar.

—Oye, no voy a discutir contigo.

«¡Porque sabes que estás equivocado!».

—Y un huevo estoy equivocado. A ese tipo lo apuntaron con un arma entre

los ojos. Y se derrumbó. A partir de ahí, se le abrió un abismo bajo los pies. Cualquier persona, tras sufrir una agresión del tipo que sea, luego siente rabia. No les basta con haber sobrevivido. ¿Y por qué? Porque esa rabia les impide llevar una vida normal. Se la guardan dentro, y ese cáncer acaba por destrozarlos vivos. Lo sabes tan bien como yo. Un apoyo, y más si es de la familia, es clave para recuperarlos. ¿Y qué recibió ese desgraciado? El desprecio de los suyos por no ser capaz de ganar dinero. Lo echaron de casa, lo separaron de su hija, lo trataron como a un apestado. ¡Mis cojones estoy equivocado!

La adolescente de la otra cama abrió medio palmo la cortina.

—¡Y tú qué miras! —dijo Milo, fuera de sí.

La cerró en el acto.

Rebeca levantó la mano y la bajó y subió varias veces. Luego, le indicó que se acercara. Por último, palmeó la cama.

Milo miró la puerta, a ella insistiendo en su blando batir de la mano sobre las sábanas. Vaciló. Soltó el aire de forma sonora.

La subinspectora alzó las cejas. Y esta vez no era una pregunta, sino un ruego.

Tomó asiento a su lado.

Rebeca le pasó un brazo por la cintura. Lo estrechó contra ella. Acto seguido, lo balanceó con suavidad, adelante y atrás, con un dulce siseo. Lo sintió estremecerse. Entonces desplazó la mano a su cara y le acarició la piel rugosa, sin afeitar. Fue en ese momento cuando notó la humedad en los dedos.

Milo se incorporó de golpe. Le dio la espalda.

Oyó su tecleo sordo.

Se pasó la manga por los ojos sin perder de vista la salida.

Ella lo golpeó con la tableta.

«No pasa nada. Por favor».

Fue hacia la puerta. Un paso, dos pasos.

—Milo.

Se detuvo. Los oídos arañados por aquella voz rasgada.

Bajó la cabeza.

—No sé qué es lo que me pasa últimamente —dijo en un murmullo.

Escuchó de nuevo su tecleo. Reculó muy despacio.

«El cansancio, estás agotado».

—Puede. Tu perro no me deja dormir con tanto ladrido.

Más tecleo.

«No he podido buscarle un hogar».

—Tranquila, no hay prisa.

Más tecleo.

«¿Ha conquistado tu duro corazón de piedra?».

Milo hizo una mueca.

—Ni lo sueñes.

Esta vez ella empleó cerca de un minuto en escribir un texto.

«No íbamos tan desencaminados. No había muerto su hijo, pero sí había experimentado algo parecido a una pérdida cuando fue separado de su hija. Puedo comprender lo del primer perro, pero no lo de los otros cuatro. ¿Tú entiendes por qué lo hace?».

Se encogió de hombros.

—Creo que nunca lo sabremos.

«Tiene que haber una razón».

—No siempre sabemos por qué hacemos lo que hacemos. —Suspiró—. ¿Recuerdas? Es la pregunta del millón. Primero lo hacemos, y luego buscamos una explicación de por qué lo hemos hecho. Y no siempre hay un motivo. —Se señaló la cabeza—. Nuestra mente también tiene un ángulo muerto.

26

No sabía muy bien qué hacía allí, apoyado en el maletero de un coche aparcado en batería en la esquina opuesta, con los brazos cruzados bajo una fina llovizna. La iglesia era muy bonita, con su alto y espigado campanario, las palmeras flanqueando el portalón de la entrada. Tras escuchar las palabras de su compañera, lo de los perros y la pérdida del hijo, tuvo una corazonada y sus pies lo condujeron a la parada del autobús. El trayecto en el 59 fue una nueva pesadilla. Aparte de los empujones y codazos de rigor, en esta ocasión tuvo que aguantar la charla a gritos de dos señoras, pegadas a sus sobacos, quejándose todo el rato del nuevo aumento de las tarifas de la luz, de la vergüenza que era «todo aquello de los desahucios», y de que no les extrañaba lo más mínimo lo de esa pobre mujer que había asfixiado a sus dos hijos de corta edad con una almohada, empujada por el horror de verse sola en la calle con dos pequeños, y luego había intentado suicidarse sin conseguirlo. «Sí, tú puedes decir lo que quieras, pero esas criaturas eran inocentes y no se merecían morir. Y si ella estaba en la ruina, pues que salte por el balcón si quiere, pero a los niños tendría que haberlos dejado en paz». «¿Para que el Estado se ocupe de ellos? No seas tonta. Hubiera sido peor para esos angelitos, Dios los tenga en su Gloria». La discusión continuó todo el viaje. Agobiado, bajó dos paradas antes de lo que tenía previsto y recorrió a pie el resto del camino hasta Consejo de Ciento con Villarroel, donde estaba el colegio de Rosina.

Un rótulo azul con estilizadas letras blancas anunciaba el nombre del colegio: MARE DE DÉU DEL ROSER; y debajo, con letras más pequeñas: EDUCACIÓN PRIMARIA Y SECUNDARIA OBLIGATORIA. Unas rejas separaban el patio de la calle. A aquellas horas estaba vacío. Echó un vistazo al reloj del

móvil. Las 12.48. Pensó que no tardaría en salir el torrente de niños y niñas; unos, al patio, a la espera del turno del comedor; otros, a la calle para ir a comer a su casa de la mano de sus padres o abuelos.

Aprovechando que había sacado el móvil, pulsó un número.

—¿Novedades en la búsqueda de Domingo Soler?

—Negativo.

A continuación, Singla le informó de que el sujeto no había dado señales de vida anoche en ningún establecimiento hotelero de la ciudad, ni tampoco en ningún centro de acogida.

—Por lo que parece, lo de dormir en una buena cama y darse una ducha caliente no es una prioridad para ese tipo.

Milo pensó en el aforismo de las sociedades masónicas: «Lo que haces, te hace». Si Domingo Soler llevaba meses viviendo como un pobre, era un pobre con cuarenta y cuatro mil euros en la cartera. Seguía con sus hábitos de indigente, y lo más probable es que hubiera pasado la noche al raso o se hubiera refugiado en algún rincón solitario.

—O es más listo que el hambre y nos ha dado esquinazo, o tiene una suerte de todos los demonios —añadió el inspector jefe—. Nadie lo ha visto por ninguna parte.

—¿Tú te fijas en los mendigos que van por la calle? —No aguardó la respuesta—. Nadie ve a esta gente, nadie repara en ellos. Este es el problema. Casi nadie los ve como personas.

Singla hizo una pausa al otro lado del teléfono.

—Por lo menos —dijo con un suspiro—, esta madrugada no ha empalado a otro cachorro. Le hemos jodido los planes.

Un grupo de hombres y mujeres empezó a arracimarse ante la puerta del colegio y las rejas.

—¿Dónde estás? —quiso saber Singla. Milo se lo explicó—. ¿Otra de tus corazonadas? Odio tus corazonadas. ¿Necesitas que te envíe refuerzos?

—No será necesario. Me temo que esta vez estoy perdiendo el tiempo.

—No se puede ganar siempre.

Colgaron.

El grupo de padres y abuelos fue aumentando en número. Rosina se quedaba a comer en el colegio, había dicho su madre; así pues no saldría a la

calle. Apartó la mirada de la puerta y la fijó en las rejas del patio. Descartó a las mujeres y se concentró únicamente en los hombres. Para refrescar la memoria, buscó el retrato del sujeto en el móvil. Cara rechoncha, barba, ojos redondos y pequeños, ligeramente achinados. Recordó que era de estatura media, de complexión gruesa, fornido, de unos cuarenta años..., sus dificultades para establecer contacto visual.

Un hombre con un chaquetón de ante marrón oscuro y solapas de borrego se agarró a las rejas con una mano, la otra portando un paraguas abierto. Rígido, Milo contempló sus anchas espaldas. Más allá, a su derecha, apareció otro hombre con similar prenda de abrigo, aunque algo más clara. Pero este último se detuvo entre el grupo que aguardaba ante la puerta. Ambos eran de parecida estatura, y por lo abultado del chaquetón le resultó difícil adivinar su complexión. El de las rejas volvió la cara un segundo. Sin barba. El de la puerta se giró hacia otros padres. Barbado.

La lluvia comenzó a caer con fuerza.

Todos los adultos allí presentes desplegaron los paraguas.

En ese momento se oyó un griterío alegre, estridente, lanzado al aire por cientos de gargantas infantiles celebrando alborozadas el fin de las clases matinales, saliendo unos al patio, otros por la puerta, ambos tropeles en desbandada. Y como por arte de magia, afluyeron en la acera docenas y docenas de más padres, madres, abuelos y abuelas, cada uno portando un paraguas abierto para cobijar a los críos.

Milo salió disparado en dirección a la puerta.

La multitud de niños y niñas corrían de un lado para otro, excitados por la lluvia y la sensación de libertad, mientras en la valla se agolpaban sus compañeros, comunicándose a pleno pulmón y colapsando un paso tan o más abarrotado que el de los túneles del metro a causa de los paraguas abiertos.

La lluvia arreció.

Sorteando hombres y mujeres, bastones y mochilas, niños y niñas sin dejar de saltar y cambiar una y otra vez de dirección con movimientos repentinos, alcanzó la puerta. Puso la mano en el hombro de ante marrón más claro. El hombre se volvió con una amplia sonrisa. Llevaba barba, pero sus ojos no

eran ni pequeños ni achinados. Lo dejó estar y se giró noventa grados. El avance hacia las rejas del patio era como entrar en unos grandes almacenes el día de apertura de las rebajas. Pese a la caótica muchedumbre, detenida en la acera de forma incomprensible, logró llegar hasta las rejas. El tipo había desaparecido.

Bajó a la calzada, provocando una orquesta de bocinazos y timbres, y corrió hasta la esquina. Se detuvo en medio del tráfico, las bicicletas esquivándolo por milímetros, los coches parados hundiendo los cláxones, y miró Villarroel abajo, luego Villarroel arriba. Frustrado, observó a continuación Consejo de Ciento por ambas direcciones. Ni rastro del hombre con el chaquetón de ante marrón oscuro y solapas de borrego, y sin barba.

—Joder.

Se apartó para dejar libre la circulación a coches y bicicletas sin hacer caso a los insultos y las protestas. De nuevo en la acera, se preguntó si de verdad lo había visto o tan solo habían sido figuraciones suyas. ¿El tipo se había afeitado?

Cerró los ojos y trató de retener la imagen del hombre ahora que la tenía fresca en el cerebro. No parecía el mismo, algo en su postura había cambiado. Sus hombros ya no estaban inclinados hacia delante, y mantenía la cabeza erguida. *Si era él*. Buscó algún dato más, otro detalle. No se asemejaba en nada a un indigente. Ni por sus ropas ni por su lenguaje corporal.

Abrió los ojos al tiempo que extraía el móvil.

Entonces advirtió la intensa cortina de agua que le estaba cayendo encima. Fue a resguardarse bajo el toldo de un kiosco. Y cuando el jefe Singla se puso al teléfono, le resumió lo ocurrido.

—Sería bueno que las patrullas peinaran esta zona.

—¿Estás seguro de que era él?

Milo tardó unos segundos en contestar.

—No se pierde nada por intentarlo.

—¿Y qué hacía allí?

—Ver a su hija a hurtadillas.

Colgó.

Un nuevo detalle se abrió paso en su mente. El hombre sin barba llevaba paraguas. Uno grande, gris, nuevo. Lo sujetaba con la mano izquierda. Pero no

lo abrió cuando empezó a llover con fuerza. Ya lo llevaba desplegado mientras caía la fina llovizna. Para no mojarse el chaquetón de ante.

—Era él, maldita sea.

Lanzó el puño contra el faldón con flecos del toldo.

Empujó el plato hacia delante en la barra. Solo había comido media butifarra y un tercio de las judías blancas, sin ni siquiera tocar el pan con tomate. El camarero vio su gesto y le preguntó si quería algo de postre. Negó con un cabeceo. ¿Café? Asintió. Uno solo, cargado. Luego, clavó los ojos en las botellas de las estanterías de enfrente. Ordenadas por tipos de alcohol. Coñac, *whisky*, *bourbon*, ginebra, vodka, ron... Varias marcas de cada bebida, las etiquetas vueltas hacia los parroquianos. Atrayentes. Desterró la idea, no estaba dispuesto a darle lo que le pedía el cuerpo. El camarero regresó, le retiró el plato y le puso el café sobre la barra, no sin antes sortear con habilidad el aparador refrigerado donde estaban expuestas las tapas. Le pidió la cuenta, apuró la taza de un sorbo y dejó un billete en el mostrador. Salió a la calle sin comprobar si era suficiente para abonar el importe.

La lluvia continuaba cayendo con intensidad.

Se subió el cuello de la cazadora, metió las manos en los bolsillos y se encorvó antes de echar a caminar bajo las cornisas en dirección opuesta a la Central. Lo último que le apetecía en aquellos instantes era ver al santurrón de Boada. Dudaba de poder resistir el impulso de partirle la cara. No tenía la certeza absoluta, pero aquel meapilas sí tenía casi todos los números para ganar el sorteo. Por otro lado, con la operación de búsqueda y captura en marcha, su presencia en la comisaría no era necesaria. Ya redactaría el informe en otro momento. Antes tenía que resolver varias cuestiones que le rondaban por la cabeza. Consultó la hora en un parquímetro y vio que era pronto. En vez de llamar a la joven y preguntarle si le iba bien que pasara por su casa, decidió acudir directamente, sin avisar. No creía que la pillara trabajando tan temprano. Torció por Muntaner y enfiló hacia Valencia.

—El otro día me dijiste que a Jaque todo le iba bien, sus planes. ¿A qué

planes te referías?

Elisa lo miró ahogando un bostezo.

Acababa de regresar de una comida familiar y se disponía a dormir una siesta cuando habían sonado los insistentes timbrazos de Milo. Iba con vaqueros y descalza, la melena rubia recogida en una coleta, poco maquillada, y un suéter rosa de cuello redondo sobre una camiseta blanca. Su aspecto era como el de cualquier estudiante de las que pueblan las bibliotecas, nada que ver con la Tiffany engalanada de *escort* de la última visita. Estaba sentada de lado en el sofá de la sala, sobre una de sus piernas dobladas, y acodada en el apoyabrazos, con el rostro somnoliento. La temperatura del piso era muy alta y él se había quitado la cazadora y arremangado el jersey de cuello alto. Ocupaba el sillón de enfrente, notando cómo el sudor le resbalaba por la espalda.

—A todo, a nada en particular.

—Elisa, sabemos lo de su viaje a Sidney.

La joven hizo un gesto de asombro apenas perceptible.

—Me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Y yo cumplo lo que prometo. —Se enderezó en el sofá y bajó los pies al suelo—. Oye, necesito un lingotazo. —Se dirigió a la barra situada en un extremo—. No sé tú, pero yo he me he pegado un atracón y si no me tomo una copa para bajar la comida me va a dar algo. —Empezó a prepararse un *gin-tonic*—. Mi madre está empeñada en que estoy en los huesos y me ceba como una mala cosa. El problema es que cocina de coña y no sé decir que no a sus guisos. ¿De verdad no quieres nada?

Milo tardó unos instantes en responder. *One bourbon, one scotch, one beer*. Movi6 la cabeza de lado a lado.

—¿Ni siquiera un agua, un café?

—Un café estar6 bien. Solo.

—Así me gusta —dijo. Rebuscó una cápsula en una caja rectangular, la insertó en la cafetera y puso una taza bajo el surtidor. Luego, apretó un botón—. ¿Seguro que no quieres un chorrillo de algo dentro? Coñac, *whisky*, ron...

—Seguro.

Elisa regresó con las bebidas en una bandeja. La apoyó en la mesilla, se desabrochó el cierre de los vaqueros y cogió su copa. A continuación, se dejó

caer en el sofá y adoptó la misma postura de antes.

Milo se dobló para alcanzar la taza.

—Háblame de Sidney.

—Le entró esa manía hace unos meses. Que si tenía que largarse, que si no lo aguantaba más, que si esto y que si lo otro. Siempre machacando con lo mismo. Eligió varios destinos, y al final decidió el más lejano, en la otra punta. —Dio un largo trago a su copa—. En septiembre, o quizás en octubre, no recuerdo cuándo, empezó a hacer los trámites por internet con la embajada australiana, lo del visado y todo eso. Por lo visto, no lo ponen nada fácil. La cosa es que lo logró, cuando se le metía algo entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirlo, y lo dejó abierto hasta saber las fechas exactas. Era muy cabezota. Creo que tuvo que apuntarse a un curso de inglés en Sidney para que se lo concedieran. Y una vez allí, se matricularía en Derecho y lo iría renovando. —Ladeó la cabeza—. Daba por sentado que encontraría un trabajo, para cuando se le acabara la pasta, ya me entiendes.

Milo devolvió la taza a la mesilla.

—¿Y sabes cuándo pensaba largarse?

Ella hizo un mohín.

—A fin de curso, claro. Por nada del mundo estaba dispuesta a interrumpir sus estudios. Eran lo primero, ya te lo dije. Pensaba seguir en esto hasta junio —abarcó la sala con la mano—, reunir el dinero suficiente para no pasar estrecheces, unos cincuenta mil, y después marcharse al fin del mundo con el pretexto de unas vacaciones. —Sacudió la cabeza—. Te juro que se volvió medio chiflada con ese viaje. Aquí, con dinero, y entrando de forma constante, no se vive como en ningún otro sitio, si sabes lo que te quiero decir.

—¿Tienes idea del porqué de esa obsesión?

Elisa observó el fondo de su copa. La hizo dar vueltas, los hielos tintineando contra el cristal.

—No me lo explico, la verdad.

—¿Quizá quería huir de algo? ¿De alguien?

—Pero ella se llevaba bien con todo el mundo...

—¿Te contó algo sobre su vida en familia?

Vació la copa y se levantó para prepararse otra.

—Su madre era un coñazo, se pasaba la vida detrás de ella, dándole la

bronca por cualquier cosa. Y su padre quieto, mirando la tele todo el día. —Vertió una generosa cantidad de ginebra—. En cambio, su hermano era un sol. Lo quería un montón, y Eloy la idolatraba. —Regresó al sofá removiéndola con un dedo—. No sé... Para Jaque vivir con su familia no era fácil, pero ¿cuándo lo es?, ¿eh?

—¿Y qué tal en el bufete?

Tomó asiento mientras dejaba escapar un bufido.

—Le pagaban una mierda por un trabajo de mierda, es lo único que sé. Pero nunca la oí hablar mal de los socios como personas, ni tampoco de sus compañeros. Solo era un curro, nada más. Iba, hacía su trabajo y se marchaba.

—¿Y en la universidad?

Se bajó la cremallera y estiró la cinturilla de los tejanos.

—Estoy hinchada, maldita sea. No vuelvo a comer un guiso de mi madre ni loca. —Bebió un sorbo, hizo una mueca—. Lo he cargado demasiado. ¿La universidad, dices? Pues lo de siempre. El profesor seboso demasiado atento, los tíos revoloteando a su alrededor como moscones, las tías muertas de envidia... Ya te digo, tal vez tenía a alguna tía rebotada en su contra, pero se llevaba bien con todo el mundo.

—¿También con sus clientes?

Agrandó los ojos color ámbar por la incredulidad.

—¡Si estaban colgados de ella! Salían de aquí flotando, como si hubieran visto a la virgen con un coro de ángeles. —De nuevo bebió un largo trago—. Follar es la única salida para un hombre que se siente impotente, si sabes lo que te quiero decir. —Soltó unas risitas—. Y puedes creerme, con Jaque se quedaban muy satisfechos, pero que muy satisfechos. Por eso los tenía haciendo cola, babeando a su puerta como perritos en celo.

Milo endureció la mirada.

—¿Y tú crees que eso le gustaba?

Elisa pegó en el aire un manotazo de desdén.

—No empieces ahora como la mo jigata de tu compañera. Esto es como un juego, solo es piel. ¿A ti no te gusta follar?

—¿De veras estás convencida de que a Jaque le encantaba abrirse de piernas ante esos tipos?

—¡Pues claro, nadie la apuntaba con una pistola! —soltó, arrastrando las

palabras—. Y servía para esto, te lo juro. Su especialidad los volvía majaretas perdidos. Vaya que sí. —Vio su expresión. Parpadeó. Un momento y sus ojos brillaron—. ¿Porqué os pone tanto eso a todos los tíos?

Milo se incorporó con rabia y fue hasta ella.

—Acabas de contarme que Jaque pensaba reunir unos cincuenta mil, ¿sí o no? —Ella asintió, echándose para atrás—. Que por nada del mundo iba a interrumpir sus estudios, ¿es así? —Elisa subió y bajó su rostro ovalado—. Ya había ahorrado más de la mitad, solo tenía que seguir hasta el verano, cinco meses más. ¿Y qué hizo? —Le apuntó la cara con el índice—. Organizar un robo para obtener el resto. ¿No te dice nada este cambio de planes?

Elisa subió las piernas al sofá, las dobló contra su pecho, se agarró a ellas.

—¿Qué tiene que decirme? ¿De qué robo hablas?

—Que no pudo más, que no lo aguantó. Esa especialidad que tanta gracia te hace la estaba devorando, matando por dentro. —Replegó el dedo—. ¿Solo es piel? Y una mierda.

Se desplomó en el sofá. Reclinó la cabeza.

—No... no te entiendo —dijo ella, la voz ahogada.

Milo cerró los ojos.

—Se quemó. Carolina se quemó.

Elisa siguió hablando. Una parte de Milo oía los sonidos, descifraba las palabras, pero otra se abstraía, desdoblándose, como si pudiera observar la sala desde fuera. Y no lograba hallar una explicación a la furia que despedían sus propios ojos, el porqué mantenía los puños apretados, un motivo que justificara el plomo que de pronto sentía en el pecho, aplastándole los pulmones.

Una mano le sacudió el hombro.

—¿Te pasa algo?

—No, no, continúa —dijo, abriendo los párpados.

—Te decía que si estás dispuesto a tener suerte, la vida siempre te da una segunda oportunidad. Lo oí en una película, y es cierto. A lo mejor, por eso Jaque adelantó sus planes e hizo las maletas. Simplemente, se le presentó la ocasión.

—Mejor no hablemos de la suerte —dijo. Acto seguido, con voz monótona, le explicó, sin entrar en detalles, lo del robo al abogado y cómo acabó—. ¿Tú la conocías bien?

—Qué quieres que te diga. ¿Conoce alguien a otra persona por completo? Mi madre, sin ir más lejos, hoy me ha contado que se ve con otro tipo a espaldas de mi padre. Y tiene cincuenta y ocho tacos, ¿te lo puedes creer? Toda la vida pensando que eran un matrimonio más o menos feliz y ahora me sale con esas.

—A la vejez, viruelas.

—Oye, te veo algo pálido. —Le apretó el brazo—. ¿De verdad no quieres tomar nada? No sé, un chupito...

—No, nada de alcohol. —Se frotó los ojos con los nudillos—. Pero

mataría por dormir un par de horas.

Ella se levantó. Señaló con la barbilla la habitación de Jaque.

—Ahí hay una cama libre, si quieres. —Se acercó por tercera vez a la barra—. Yo voy a prepararme otra copa.

—¿Lo dices en serio? —Ella asintió—. Puedo echarme aquí, en el sofá, ya estoy acostumbrado.

—No seas tonto, mejor en una cama.

—¿Seguro que no te importa?

Elisa se encogió de hombros mientras vertía una cantidad de ginebra más pequeña y añadía tónica hasta el borde.

—En cuanto me la termine, voy a hacer lo mismo que tú. No hay nada como una buena siesta para bajar la comida y coger fuerzas. Esta noche toca el maestro. Faldita escocesa, calcetines largos y tacones.

—Pues te tomo la palabra. —Se dirigió a la habitación con paso cansado—. Estoy hecho polvo.

—¿Demasiadas emociones?

—Demasiadas emociones.

Dio a la luz y entró en la *suite*. Se sentó en una esquina de la gran cama. Contempló los espejos de la cabecera, los del techo.

Oyó a Elisa a través de la puerta abierta.

—¿Estáis seguros de lo del robo?

—No hay otra explicación. —Se acercó al armario. Abrió uno de los laterales, estiró del cajón de abajo. Extrajo las carpetas y revisó su contenido—. Es la única que encaja.

—No sé si me sorprende, la verdad.

—¿Qué quieres decir?

Silencio.

—¿Que qué quieres decir? —insistió Milo.

—Que Jaque, como todo el mundo, tenía un lado oscuro. Nada perverso, no te vayas a creer. Solo que... nada, déjalo estar, no tiene importancia.

—No, por favor, continúa. —Ningún papel de sus gestiones con la embajada, nada del viaje. Dejó las carpetas en su sitio. Luego, rebuscó bajo unas prendas, retiró la foto de Eloy y se la metió en el bolsillo de los tejanos—. Todo tiene importancia.

—¿Husmeando sus bragas? —dijo Elisa desde la puerta.

Sin volverse, Milo cerró el cajón con suavidad, el armario.

—Me has pillado —dijo. Acto seguido, se desató las botas, se las quitó y se echó en la cama. Se impulsó con la cadera hasta acomodar la cabeza en la almohada del centro—. ¿Qué decías acerca de Carolina?

Elisa lo observó un instante en silencio.

—Ejercía ese efecto sobre los tíos. —Dio un sorbo a la copa—. Pero no permitía que nada ni nadie se interpusiera en su camino. —Se cruzó de brazos—. Era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. Cualquier cosa.

—¿Como por ejemplo?

Bebió un nuevo trago.

—Ella llegó enseñada, no estrenó aquí su especialidad, si sabes lo que te quiero decir.

Milo crispó los labios.

—Eso no significa gran cosa.

—No era una mosquita muerta. A pesar de su imagen desvalida y vulnerable, era dura como una piedra. No te engañes.

—¿Acaso tengo cara de primo?

Elisa entornó la mirada.

—¿Te he dicho ya que soy un poco psicóloga?

Milo fingió que tragaba saliva.

—Me estás acojonando.

—No, en serio. Puedo ver que sientes por Jaque mucho aprecio, simpatía o respeto, llámalo como quieras. —Él permaneció callado—. Eso es un punto a tu favor. —Rodeó la cama, apuró la copa y dejó el vaso en la mesilla—. Me gustan los hombres que sienten respeto por nosotras. ¿Me dejas sitio?

Se bajó los vaqueros, estiró de las perneras hasta desprenderlos, y luego hizo otro tanto con el suéter rosa. A continuación se quitó el coletero y su melena rubia cayó en cascada sobre los hombros. Por último, se volvió hacia Milo, quien no se había movido ni un milímetro.

Puso los brazos en jarras.

—¿Algún problema si me tumbo a tu lado? Solo dormir, te lo prometo. — No esperó su respuesta y se acostó junto a él. Apoyó una mano en su torso,

cruzó una pierna sobre las suyas, y se apretó contra su cuerpo—. Yo también necesito descansar, si sabes lo que te quiero decir. ¿Puedes apagar la luz?

Milo estiró un brazo y dio al interruptor.

El leve brillo que llegaba desde la sala rebotó en los espejos iluminando la habitación con tenues fulgores sesgados. Milo se vislumbró a sí mismo en el techo, tratando de discernir si Carolina había sido siempre como una piedra o algo la había endurecido a lo largo de sus veinte años de vida.

Elisa empezó a restregarse contra él.

—Estás pensando en Jaque, ¿verdad?

—Te equivocas, psicóloga de pacotilla.

Ella le dio un suave golpe en el hígado. Segundos después, le susurró al oído que conocía un método infalible para borrarla de su cabeza. «Es mi especialidad», dijo.

—¿Quieres conocerla? —ronroneó.

Milo emitió un ronquido como respuesta.

Caída la noche, recogió sus botas y abandonó la *suite* de puntillas. Se las puso en la sala, agarró la cazadora, recorrió el pasillo y salió del piso cerrando la puerta sin hacer ruido. En la calle, celebró con un suspiro que la lluvia hubiera cesado. Apremió el paso camino de la Barceloneta sin plantearse ni por un momento subir a un transporte público.

A la altura de la Catedral, sonó el móvil. Sara. Hugo había vuelto a hacer de las suyas. Sí, ella estaba bien, solo un poco magullada. Su hermano ahora dormía como un niño. Le preguntó si podía esperar hasta mañana o prefería que fuera en aquel instante a hacerse cargo de él.

—¿Qué vas a hacer?

—Poner fin a esta situación, Sara. Es lo mejor para ti, para él, para todos. Ya es hora de ingresarlo, no hay más remedio.

—Pero un hospital privado es muy caro.

—Tranquila, es un Malart, me toca a mí ocuparme de eso.

Sara reflexionó unos segundos. Al cabo, dijo que mañana, que no había prisa. «O pasado», añadió en un murmullo.

—Sara, es por tu seguridad, ¿no lo entiendes?

Quedaron en que mañana la llamaría para avisarla de a qué hora iría a recogerlo. «A recogernos», dijo Sara. Insistió en que debía ir con ellos, y Milo no logró hacerle cambiar de idea. Colgaron. Buscó el número de Susana Cabot y lo pulsó. Pocos timbrazos después, la jueza se puso al aparato. Le dijo que necesitaba el coche sin darle más explicaciones.

—¿Hugo?

—¿Me lo dejas sí o no?

Le indicó que estaba en la planta 2 del *parking* del edificio, que dejaría las llaves al conserje. Antes de colgar, le repitió que no le urgía que se lo devolviera, y le deseó buen viaje.

Miró la hora. Faltaban pocos minutos para las nueve de la noche. Dudó que el doctor Doria aún se encontrara en el hospital. Pero no perdía nada por intentarlo. Pulsó el número que se juró no volver a llamar en su vida. Sin aflojar el ritmo de sus zancadas, oyó al psiquiatra contestar con su voz pausada, un punto aguda. Recordó su rostro con claridad, igual que si se hubieran visto ayer para que le informara acerca de la evolución de su padre. Perilla, gafas de pasta, calvo, la mirada inteligente. Tras los saludos de rigor, le resumió la situación, las recaídas, cada vez más próximas entre sí, y los ataques de violencia. No, Hugo no había abandonado el alcohol. Le pidió disculpas por mostrarse tan cortante y el doctor le dijo que no se preocupara, que ya estaba acostumbrado. Sí, mañana podría recibirlos para valorar el ingreso. Solo tenía que dar su apellido en recepción. A cualquier hora del día, pues pensaba permanecer toda la jornada en el psiquiátrico. Le dio las gracias y colgó.

Atravesó la plaza del mercado sin separar los ojos del suelo.

Entró en el portal, subió los escalones de tres en tres y abrió la puerta con prisas. Nada más ver al pastor mallorquín, cómo se alzaba a dos patas para lamerle la cara, recuperó el aliento. Y la sonrisa. Desapareció la opresión de su pecho. No se entretuvo en entrar en el ático y ambos bajaron como una exhalación, con Milo jaleándole para llegar el primero a la calle. Aguardó a que terminara de hacer sus cosas en un árbol, y luego, jugando a ver quién se cruzaba con quién, se encaminaron hacia Casa Leo. Pidió lo de costumbre mientras el perro aguardaba en la calle sin perderle de vista. Durante la espera, alcanzó el periódico, pasó la portada con el proceso soberanista

ocupando media página, y hojeó algunas noticias. Una mujer había intentado vender uno de sus riñones a un libanés para un trasplante por cuarenta mil euros. Dos chicas habían apuñalado a una joven para robarle el móvil. Muchas madres de la ciudad no podían dar el pecho a sus hijos por estar malnutridas al vivir en situación de pobreza. Leyó su horóscopo: «Ha llegado el momento de afrontar la situación económica con agilidad y valentía, evitando daños mayores».

—Será capullo.

—¿Quién? —dijo un hombre acodado en la barra frente a una botella de vino peleón—. ¿El portavoz del Gobierno?

—Todos, jefe, todos.

Sacó los platos a la calle y los vaciaron en un abrir y cerrar de ojos. A continuación, los dejó en la barra, dijo a la dueña que se los apuntara en la cuenta, y, antes de que ella le recordara que ya le tocaba liquidarla, abandonó el local.

Enfilaron por una callejuela desierta en dirección a ninguna parte. La noche era gélida, como todas las de las últimas semanas, y agradeció que el frío le arañara la piel de la cara. Por un instante, acompañado por el pastor mallorquín, se sintió ridículamente eufórico, como un niño que sale al recreo después de tener tres exámenes seguidos y sin pensar en los suspensos.

Vio en el suelo una pelota pinchada. La recogió, la limpió contra los vaqueros, y se la enseñó al perro, quien de inmediato puso cara de atención, las orejas alerta. Tras lanzarla lo más lejos que pudo, *Tío* salió como una flecha, la alcanzó y, con un ligero trotecillo chulesco, regresó para dejarla a sus pies. Abría la boca con orgullo, la lengua fuera, retándolo a repetir la acción. Si existía la felicidad, se dijo Milo, tenía que parecerse mucho a aquello. Un momento sencillo, fácil, sin verbos de por medio, solo el instinto, el juego. Sin pensar.

Fingió que se la lanzaba de nuevo con toda la fuerza del mundo, doblándose hacia delante por el impulso, pero antes la había dejado caer por detrás. El perro arrancó, se detuvo, la descubrió al instante, y la mordió con saña, sin soltarla, como negándose a que Milo volviera a cogerla para hacerle trampa.

—*Tío*, está bien, tú ganas. —La liberó de sus dientes y la alzó—. A ver si

atrapas esta. Atento: una, dos y... tres.

La arrojó con toda la potencia que logró acumular en su brazo. La pelota describió un gran arco, para de repente caer como un peso muerto por su falta de aire.

Las pezuñas del perro resonaron en la calle vacía.

Entonces ocurrieron tres cosas inesperadas: *Tío* frenó en seco, se echó a ladrar como un poseso, y Milo notó unas garras apretándole el cuello con una fuerza descomunal.

—No tenías que seguirme —dijo una voz a su espalda, muy cerca de sus orejas—, lo has estropeado todo.

28

De manera absurda, solo se repetía ilusionado una idea. «*Tío* está ladrando, *Tío* está ladrando». Era la primera vez que lo oía, y sus ladridos no sonaban como se los había imaginado, alegres, frescos, claros, sino que rebotaban roncós, graves, afónicos.

Cada vez más lejanos.

Cayó en la cuenta de que el distanciamiento se debía a su progresiva pérdida de conciencia, a que poco a poco el oxígeno estaba dejando de llegar a su cerebro. El hombre le estrujaba la garganta, a la altura de la nuez, con la potencia de unas tenazas mecánicas. En un primer impulso, llevó las manos a aquellas garras. Intentó desprenderlas, estirar los dedos. Sin éxito. Eran rígidos como barras de hierro. Solo disponía de pocos segundos antes de que le tronchara el hioides, le aplastara la tráquea o le desplazara las vértebras cervicales, como un garrote vil manual. Una imagen fugaz le cruzó por detrás de los ojos: Bonhora doblado sobre su cadáver realizando la autopsia.

Goyo Bonhora.

En la guarida, logró zafarse de su presa con facilidad.

Intentó recordar la maniobra defensiva. Pero pensar en aquellos instantes no era tarea fácil. Una espesa penumbra le nublabá el conocimiento.

La voz enfurecida del tipo a su espalda lo despertó.

—No he podido hablar con Rosina por tu culpa. Y yo no te he hecho nada. —Estrujó con ahínco—. ¿Qué te he hecho yo?

Milo le pegó un codazo en el pecho. Pero sus ropas de abrigo eran tan gruesas que el hombre ni lo notó. Fue como golpear un saco de arena. Acto seguido, lanzó el puño como un martillo a su entrepierna. Tampoco dio resultado. Los faldones de su abrigo, de nuevo, amortiguaron el impacto. No

veía lo que el tipo llevaba encima, pero le hacía las veces de una armadura. Casi sin aire, se le ocurrió la última posibilidad para liberarse del agarre mortal, el único flanco vulnerable. Los zapatos. Él llevaba sus botas amarillas, de leñador canadiense, duras. Pesadas. Levantó la rodilla y le soltó un pisotón con toda su alma al tiempo que el pastor mallorquín, con un salto rabioso, le clavaba los dientes en una de las muñecas. La acción simultánea provocó que el hombre soltara una de sus garras, momento que Milo aprovechó para dar un giro sobre los talones hacia su izquierda, trabara su antebrazo con la zurda y le descargara un derechazo en la mandíbula seguido de un cabezazo en pleno rostro.

Domingo Soler se desplomó como una marioneta.

El perro seguía gruñendo sin soltar su muñeca.

Milo inspiró con fuerza, una, dos veces, y le acarició el hocico mientras con la mano libre se frotaba el cuello.

—*Tío*, ya puedes soltarlo —dijo, la voz cascada.

El pastor mallorquín obedeció en el acto.

Tomando más aire, Milo se agachó sobre el cuerpo inconsciente y le dio la vuelta. Una vez boca abajo, se sentó a horcajadas sobre sus piernas, se llevó la mano a la cinturilla y lo esposó por las muñecas, reparando entonces en que podía haber utilizado la HK. Cabeceando, le palpó por la espalda y los costados en busca de armas. Notó unos bultos en los bolsillos exteriores. Los *pendrives*. Y una grabadora. Extrajo los lápices de memoria. Eran más de una docena, todos numerados y etiquetados, similares a unos mecheros. Los contempló un momento, y luego los deslizó en el bolsillo interior de su cazadora. Empujó el corpachón hasta colocarlo de medio lado y palpó su pecho. Otro bulto. Remetió la mano y tocó un fajo de billetes. La retiró como si se la hubiera quemado. Lo puso de nuevo boca abajo, y por último se dejó rodar hacia el pavimento hasta quedarse boca arriba, mirando el cielo negro.

El pastor mallorquín, nervioso, corrió a lamerle la cara.

—Tranquilo, *Tío*, estoy bien.

Le pasó una mano por el lomo y el perro se echó a su lado, apoyando la cabeza en su estómago. Permanecieron unos segundos acompañando juntos la respiración. En la negrura, creyó ver puntos blancos corriendo por el cielo, y rojos, y amarillos, como explosiones de fuegos artificiales.

—Menudo subidón de adrenalina —dijo. Se aclaró la garganta—. Jodido ángulo muerto.

Sacó el móvil. Con la lengua pegada al paladar, habló con la sargento de guardia en la sala de comunicaciones de la Central, le explicó lo sucedido, y le dio las señas, pidiéndole que enviara una unidad del SEM para el detenido. No, él estaba bien. Sediento, pero bien. La sargento no entendió la broma. Colgó.

Continuó tendido en el suelo.

Las explosiones del cielo estaban desapareciendo, sustituidas por la sucia capa de nubes color parduzco. Se acodó sobre un antebrazo y frotó con suavidad el hocico del pastor mallorquín.

—Tío, compañero, eres todo un tío. Te debo una.

El perro alzó la cabeza. Parecía sonreír.

Antes de volver a tenderse, echó un vistazo a Domingo Soler. Respiraba de forma constante, pesado como una roca. Observó su chaquetón de ante marrón oscuro, con solapas de borrego, y sus zapatos nuevos, relucientes, impermeables y con material aislante, no de marca. Sin protección para los golpes.

—Bonitos zapatos —dijo.

En la callejuela, antes desierta y silenciosa, se formó un bullicio considerable. Habían acudido tres unidades de los Mossos, la ambulancia del SEM, todos con sus luces estroboscópicas encendidas de forma innecesaria, y dos coches del parque móvil, sin identificación ni luces llamativas. En los balcones se asomaba gente con los móviles grabando toda la escena por si se daba alguna circunstancia que les pudiera reportar beneficios a la hora de vender las imágenes a alguna cadena generalista. La estrella era, sin duda, Domingo Soler. Ya había dejado de sangrar por la nariz, pero su rostro tumefacto e hinchado podría servir de excusa para aumentar el precio. Dos sanitarios lo atendían. Alguien le había quitado las esposas, que le habían sido devueltas a Milo, y las había sustituido por bridas de plástico. Custodiado por cuatro agentes, mantenía la cabeza baja, en completo mutismo.

—Te ha reconocido en el colegio de su hija y, cabreado contigo por

haberle jodido los planes, se ha dedicado a seguirte toda la tarde, a la espera del momento oportuno para atacarte.

Milo dio un nuevo sorbo a la bebida isotónica. Junto a sus piernas, oyó el jadeo del pastor mallorquín.

—Inspector jefe, eres un *crack* atando cabos.

—Hemos encontrado su paraguas colgado de un alféizar, a pocos metros. ¿Sabes qué es lo mejor de todo? —Milo aguardó a que Singla continuara—. Que mientras tú le perdías la pista, él no solo no perdió la tuya, sino que fue capaz de seguirte sin que te dieras cuenta. —Hizo una mueca—. Malart, estás oxidado.

La comisaria jefe los observaba en silencio, los brazos cruzados, mirando a uno y a otro con expresión indescifrable.

Milo apuró la lata.

—El hecho de haberse afeitado para que su hija lo viera con buen aspecto es lo que me ha confundido.

—Excusas de mal pagador —dijo Singla, sonriendo.

—¿Has tocado alguna de sus pertenencias? —preguntó ella.

Milo entregó la lata vacía a un agente, le pidió otra y un botellín de agua para su perro.

—Me he limitado a cachearlo, por si llevaba armas.

—Así pues, no has tocado ninguna de sus pertenencias —insistió Anna Bassa.

—Las he tocado todas, incluso sus pelotas —dijo—. No iba armado. El dinero sigue en su bolsillo. Todo el dinero.

—No te estoy preguntando por el dinero.

—Entonces qué me estás preguntando, comisaria jefe.

Anna Bassa frunció los labios. Estaba convencida de que Milo entendía perfectamente a qué se refería, pero no podía mostrarse directa y mucho menos ordenar que lo cachearan delante de todos. Acababa de sobrevivir a un ataque, de detener a un sospechoso de asesinato que, además, había asaltado a otro miembro del GEHME, y de recibir las felicitaciones de sus hombres allí presentes. Si lo humillaba en público de aquella manera, perdería el respeto de toda la Central. Tenía las manos atadas, y el inspector Malart lo sabía. Contaba con ello, estaba segura. Le sulfuró hasta la náusea su habilidad para

encarnar al héroe en entredicho frente a la psicología jerárquica.

Lo taladró con una mirada oscura.

—Te pregunto si no has encontrado nada más.

—¿Tenía que encontrar algo más?

El agente le entregó una nueva lata de bebida isotónica y el botellín de agua, y le dio unas palmadas en la espalda antes de marcharse por donde había venido.

Milo abrió el agua, se agachó ante el pastor mallorquín y le dio de beber. Luego, se incorporó, estiró de la anilla y vació la mitad de la lata de un trago.

—Estoy deshidratado —exhaló—. Podría beberme seguidas una docena de estas.

—Es por la adrenalina —dijo Singla—. ¿No has tenido ninguna visión extraña? La deshidratación, más la adrenalina a tope, pueden provocar alucinaciones.

Milo movió muy despacio la cabeza de un lado a otro.

—Solo las de siempre. Ya sabes, muertos bailando.

Anna Bassa apretó los puños y reprimió un comentario.

En su lugar, dijo con tono seco:

—¿Alguno le ha leído sus derechos? No queremos que ningún tecnicismo nos arruine la detención.

—Conmigo estaba inconsciente —dijo Milo.

—Yo me encargo —se ofreció Singla. Antes de encaminarse hacia la ambulancia, clavó los ojos en Milo y le tendió la mano—. Te digo lo mismo que a la subinspectora Mercader: has tenido suerte de no palmarla. Este psicópata le ha cogido gusto a lo de estrangular a la gente. Buen trabajo, Malart.

Milo se la estrechó.

—Tampoco yo lo he visto venir. Y la suerte se llama *Tío*. —Le dio unas palmadas en el lomo. Un instante y levantó la mirada—. Pero no es ningún psicópata, jefe. Solo es un pobre diablo.

Singla chasqueó la lengua. Se volvió hacia Anna Bassa.

—No te quejarás, comisaria. De nuevo en cuarenta y ocho horas y caso resuelto. Estamos en racha.

Bassa se encaró con Singla. El rostro pétreo.

—¿Quién llevará a cabo el interrogatorio?

—El inspector Malart, claro. ¿Por qué lo preguntas?

Ambos oyeron el sonoro deglutir de Milo vaciando la lata.

La comisaria jefe dio media vuelta y se alejó.

Singla se rascó la nuca.

—¿Hace unas preguntas muy raras o solo es una impresión mía? —dijo.

—Las preocupaciones del cargo, no le des más vueltas. Fíjate que ni siquiera ha felicitado a mi perro. Y ha sido él quien ha realizado la detención, él solito.

El inspector jefe se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Milo.

—De ti. Siempre tan serio y circunspecto, y ahora estás de lo más locuaz tras el ataque.

Milo se acuclilló ante el perro. Le acarició el pelo negro.

—Será por el subidón. No creo que haber sobrevivido me haya hecho más sociable. —Y sin volverse, añadió—: ¿Podrás llevarnos a la Central en coche o también tendremos que ir andando?

—¿El chucho viene con nosotros?

29

La sala 1 de interrogatorios era pequeña, aislada, desnuda, sin teléfono ni distracciones. Domingo Soler estaba sentado en una silla poco confortable, sin reposabrazos y con el respaldo a noventa grados, situada en el centro de la habitación. Enfrente, otra silla igual de incómoda, ahora vacía, y a un lado una mesa ocupada por el sargento encargado de transcribir la declaración en un ordenador portátil. En la pared de la derecha un espejo unidireccional, detrás del cual se hallaban la comisaria Bassa, el inspector jefe Singla y el juez Losada, este último con cara de sueño, todos sosteniendo un vaso de plástico lleno de café bien cargado. Dos agentes flanqueaban al detenido.

Tras ficharlo, tomarle las huellas y realizar el resto del protocolo, le ofrecieron la asistencia de un abogado, extremo que Domingo Soler había rechazado con un encogimiento de hombros, así como la de uno de oficio. A continuación, le habían puesto delante una lista con todas sus pertenencias, instándole a que la firmara si estaba conforme, cosa que hizo sin echarle un vistazo. La firma consistía en su nombre escrito con trazo infantil, la letra grande e insegura, seguida por un punto final.

La única muestra que había dado de intranquilidad fue cuando le obligaron a quitarse el chaquetón de ante con solapas de borrego. Alterado, y balbuceando incoherencias, solo consintió después de asegurarle que nadie se lo tocaría, y vio cómo lo colgaban de una percha de madera quedando a buen resguardo detrás de las rejas del almacén de pruebas. A partir de ese momento, se había recluido en un estado de aparente letargo, mostrándose dócil y manso durante los demás pasos del proceso antes de subirlo a la sala de interrogatorio. Ahora aguardaba con la mirada perdida en algún punto indeterminado de la pared.

Milo observaba su rostro en el espejo de los vestuarios. Se bajó el cuello alto del jersey y ladeó la cabeza para descubrir si tenía marcas en la piel. Luego, volvió a lavarse la cara con agua fría por tercera vez. No había forma. Las fuerzas lo habían abandonado de golpe. Una cabezada, se dijo, si solo pudiera cerrar los ojos veinte minutos. Se secó con una toalla de papel, la lanzó a la papelera, y se giró hacia el pastor mallorquín.

—*Tío*, acabemos cuanto antes.

En la oficina se cruzó con Rebeca. La miró con asombro, su collarín. Antes de que pudiera preguntarle qué hacía allí, en vez de en el hospital donde le habían recomendado cuarenta y ocho horas de reposo sin hablar, ella se llevó un dedo a los labios.

—Con treinta y seis hay más que suficiente —dijo, en un susurro afónico—. ¿Estás bien?

—En plena forma, chica dura.

Ella señaló al perro y arrugó la nariz.

—Apesta. ¿No sabes que hay que lavarlos con agua y jabón?

—Él también se alegra de verte. Oye —dijo, encaminándose a la sala de interrogatorios—, ya que estás aquí, puedes hacerle compañía. No tengo con quien dejarlo.

Rebeca lo agarró del hombro.

—Te olvidas el expediente.

Milo dio media vuelta, fue a su mesa, recogió un dossier y rehizo el camino con cara de pocos amigos.

—¿Seguro que estás bien?

—Como nunca.

Recorrió el pasillo, se detuvo ante la puerta de la sala. Agarró el tirador, tomó aire y entró. Fue directo a la silla libre. Domingo Soler no levantó la cabeza. Antes de sentarse, se quitó la cazadora, la colgó con esmero del respaldo y señaló al detenido. Le preguntó a uno de los agentes si le habían ofrecido algo de beber, y este afirmó con un gesto.

Sacudió la mano ante la cara de su agresor.

—¿Está seguro de que no quiere una bebida?

El hombre parpadeó, miró a los lados.

—Mi chaquetón... ¿mi chaquetón está bien? No quiero que se estropee, es muy delicado. Mi chaquetón es de lujo. Me lo dieron en beneficencia. Me queda muy bien, como un señor.

Milo contempló la tira de plástico en el puente de su nariz, el rostro hinchado, las sombras púrpura bajo los ojos. Y su única señal de inquietud: las cejas juntándose entre sí.

—No se preocupe, está en buenas manos. —Se dirigió a los dos agentes—. Podéis marcharos.

Tomó asiento, cruzó las piernas.

Soltó el dossier sobre la mesa situada a su izquierda.

—Sargento, vamos a empezar.

A continuación, recitó el protocolo. Cuando terminó, cambió el peso de una pierna a otra y se inclinó hacia delante. Fue a preguntarle por su familia, pero se controló a tiempo. Aquello no solo no iba a inclinarlo a sincerarse con él, sino que iba más bien a levantar sus defensas. Mientras el sargento esperaba con los dedos doblados sobre el teclado, pensó en algún tema que le sirviera para mostrarse cercano y así hacerle sentir más seguro.

—Me gustan sus zapatos —dijo—. ¿Cuánto le costaron?

—Son de rebajas, poco. Son muy cómodos, y calientes. Había muchos modelos, pero escogí estos. Los llevo más limpios que usted sus botas amarillas —dijo, sin establecer contacto visual.

—Tiene razón, soy un desastre con el calzado. Nunca he sabido cómo limpiarlas.

—La imagen es importante. Le pueden despedir si su imagen no es buena. —Bajó la voz, se dobló hacia él—. Yo, de usted, me afeitaría. La imagen lo es todo para que te den un trabajo. —Se llevó una mano a la mejilla—. ¿Qué le parece mi afeitado? Me lo hizo un barbero, después de ir a la zapatería. —Se enderezó—. Si no quiere que lo despidan, haga como yo. Puedo darle la dirección. Es un barbero muy profesional.

Milo observó sus expresiones, los rasgos. Nada en su rostro revelaba la más mínima señal de temor o incomodidad.

Era momento de iniciar la confrontación.

—Señor Soler, sabemos que estranguló a Lorenzo Puig en su domicilio. Tenemos evidencias claras de que usted es el culpable. —Hizo una pausa. Estudió su conducta. Nada—. El otograma hallado en la puerta coincide con su oreja, hemos comparado la suela de los zapatos que dejó en el almacén con las pisadas del piso y también coinciden. Un testigo lo ha identificado, situándolo en el lugar y hora del crimen, y tenía en su poder el dinero que sustrajo del piso de la víctima, descontando la pequeña cantidad que empleó en sus gastos.

—Los zapatos eran de rebajas. Ya se lo he dicho. Y el barbero no es caro. Pensaba que sí, pero no lo es. Ah, y el paraguas.

Ninguna muestra de tensión, ninguna de resistencia. Su pasividad indicaba que era culpable. Es lo que dictaba el manual. Pero esto ya lo sabía Milo por el peso de las pruebas.

—Queremos que nos diga por qué mató a Lorenzo Puig.

Domingo Soler miró más allá de su hombro.

—Usted no sabe cómo es esto. Vas por la calle, ofreces mecheros, pañuelos de papel, y la gente ni te ve, todo el mundo te rechaza. Y los que te compran, te compran por lástima. Algunos ni siquiera se llevan lo que han comprado. Y yo no pido limosna. No sabe cómo es esto. No, no lo sabe.

—En la caja de falsos cedés que ayer miércoles se llevó del piso de la víctima había otros objetos además del dinero —dijo. Cruzó los dedos. Necesitaba que quedara constancia en la transcripción. Y también que nadie de los que se hallaban tras el espejo reparara en la asociación de ideas—. ¿Qué hizo con ellos?

El detenido abrió la boca como un pez.

Milo contuvo el aliento.

Lo vio alzar levemente las cejas. Comprender. Soltó el aire.

—¿Los mecheros? Los vendí por la calle, a medio euro.

—¿Todos? —El hombre asintió—. ¿Y la grabadora?

—¿Esa cosa tan rara? No la quiso nadie.

Respiró con hondura.

—¿Dónde pasó la noche de ayer miércoles?

Se removió en la silla.

—Por ahí. —Hizo una pausa—. Lejos de la gente.

Retomó la confrontación directa.

—Señor Soler, ¿por qué estranguló a Lorenzo Puig?

La socialización de que mentir es moralmente incorrecto era el gran aliado del interrogador. Provocaba un conflicto interno en el interrogado que se traducía en ansiedad. Y la única forma de liberarla era admitiendo los hechos, compartir los motivos.

Domingo Soler permaneció impassible.

—Es lo que todo el mundo hace, ¿no? Lo oigo por todas partes, cada día. En los bares, en las tiendas, por todas partes. Es lo que la gente dice. Nos asfixian. Y es verdad, yo lo sé.

Ningún cambio en su semblante, ningún aumento de ansiedad. Era como hablar con la pared. O con un muerto. El manual de Inbaud, Reid y Buckley podría servir para hacer confesar a un asesino. Y el de Ekman para detectar cuándo mentía un sospechoso. Pero ninguno de los dos era útil para sonsacar a un infeliz como Domingo Soler.

Lo intentó una vez más.

—Pero usted fue a su domicilio para robarle el dinero.

—El dinero, sí —dijo—. El dinero es la respuesta. He buscado toda clase de empleos, pero siempre me rechazan. Y no lo comprendo. Yo soy alguien responsable, muy responsable, y capacitado. Puedo hacer muchas cosas, ¿sabe?

—Pero el viernes no se llevó el dinero.

Domingo Soler desvió la vista al suelo.

—No sé por qué me rechazan. Ahora solo cogen a jóvenes.

—Y en vez de un robo, llevó a cabo un homicidio.

Meneó la cabeza muy despacio.

—Así que encuentre un trabajo, a servir para algo, solucionaré lo de mi casa. —Fijó los ojos en los dedos del sargento moviéndose sobre el teclado—. Solo es un problema temporal.

El cansancio se adueñó de Milo. La temperatura de la sala, la voz monótona del detenido, el bajón tras los últimos acontecimientos. Estiró la mano y agarró el dossier. Pasó unas páginas. Fingió leerlas con atención. Al cabo, las devolvió a la mesa y se encaró de nuevo con Domingo Soler. Utilizó otro registro.

—Carolina Estrada conocía tu situación desesperada. Averiguó dónde vivías y te propuso lo del robo. Tú aceptaste.

—No me engañé con eso. Puedo ser un poco lento, pero no tonto. Ella no lo hizo por mí, lo hizo por ella. Treinta mil era su parte, la mía catorce mil. Me pareció justo. Podría comprar a medias con otro una licencia de taxi. O con otros. Ya le digo, el dinero es la respuesta. Obedecí todas sus instrucciones.

—Todas no. Te llevaste las flores.

Pestañeó, confuso.

—Eran mías, yo las compré. Pensaba regalárselas a Merche.

—Pero al olvidarte de coger el dinero, tuviste que esperar a hacerte con él y se marchitaron. No eres tan responsable.

Aquel cambio de actitud provocó un leve temblor de ira en los labios del detenido. Apartando el manual de su cabeza, Milo decidió continuar en esa dirección. Profundizar en su punto flaco. Justo donde más le dolía.

—No me extraña que tu mujer te echara de casa, no sirves para nada. El trabajo era muy sencillo: asustar al abogado, sonsacarle dónde guardaba el dinero y llevártelo. Cinco minutos, diez como máximo, y asunto resuelto. —Empujó la silla para atrás, provocando con las patas un chirrido enervante, y se levantó—. Y en cambio tardaste cinco días en lograr el dinero. ¿Un poco lento? Estás parado, Domingo. Eres un parado.

Volvió el cuello lentamente hacia Milo. Clavó los ojos en sus botas. Se frotó las perneras del pantalón con las manos.

—Conseguí todo el dinero. Todo. Ya no necesitaba a ningún socio para lo de la licencia. Podría ir a casa de mis suegros con mi propio taxi y dejarlos con la boca abierta. Iba a ganarme su respeto, a recuperar a Merche y Rosina, y..., y la vida me sonreiría de nuevo, se habría acabado la pesadilla. —Las manos se convirtieron en puños—. Pero tuviste que meter las narices y seguirme. ¿Qué te hecho yo, eh? Dime, ¿qué te he hecho?

Milo dio la vuelta a la silla y se sentó a horcajadas.

—Sabemos que no mataste a Carolina Estrada.

Al otro lado del espejo, Singla preguntó a Rebeca qué demonios estaba haciendo el inspector Malart, si se había vuelto loco o qué. Ella murmuró: «Está improvisando, va justo al revés».

—Tú no sabías que estaba muerta. Por eso aguardaste en tu agujero tantos días: a que ella te diera instrucciones.

Domingo se destensó en el acto. Hundió los hombros y dejó caer los brazos por los costados.

—Yo... yo no. La señorita Estrada no se merecía morir. Yo... yo lo sentí mucho. Lo hice, sí. El dinero era todo para mí, para el taxi, para que Merche y Rosina, y yo..., los tres juntos, de nuevo. Lejos de aquí. En el sur. Allí la vida es más barata. Y yo odio el frío. Odio Barcelona. Y con el resto del dinero podríamos mudarnos. Una nueva vida.

Milo echó la cabeza para atrás.

—¿Has dicho que lo hiciste? Entonces, ¿por qué esperaste hasta el miércoles para ir en busca del dinero?

—Por los perros. Tenía que cambiar mi suerte. Con el sacrificio. —Su voz resonó con claridad, impregnada de una escalofriante calma—. Como los dioses. Tenían que ser almas inocentes, y yo no hago daño a los niños. No soy un monstruo. Eran lo que tenía más a mano. Y después del primero, funcionó.

Ahora fue Milo quien parpadeó, aturdido. Aquello no se lo esperaba. Era evidente que aquel hombre tenía la mente deteriorada, que la situación lo había sobrepasado con creces, que las experiencias vividas lo habían catapultado a un pozo negro sin esperanza, pero no imaginaba hasta qué extremo la paranoia había invadido su cerebro. ¿Estaba hablando de superstición? ¿De sacrificios paganos, como en la Antigüedad? De golpe, asumió que la lógica insana de Domingo Soler no estaba tan alejada de lo que veía cada día en los telediarios.

—Hoy no he sacrificado un alma blanca —dijo, con tristeza—. Y la suerte me ha dado la espalda. Has aparecido tú.

Milo carraspeó.

—Mientes, tú no pudiste matar a Carolina Estrada.

—Yo las quiero. Merche y Rosina son mi mundo y las quiero. Me tienen miedo, pero las quiero más que a mi vida.

—¿Y qué hiciste con su cadáver?

—Todo lo he hecho por ellas.

—¿Por qué lo tiraste al mar?

—Ahora se apartarán de mí para siempre.

—¿Cómo la mataste?

Domingo Soler alzó la cabeza. Tenía la mirada extraviada. Se encorvó con una mueca de dolor al tiempo que extendía los brazos y juntaba los codos. Le enseñó las manos.

Y por primera vez, sus ojos se cruzaron.

Eran oscuros como el cañón de un naranjero.

30

Milo salió de la sala enfadado, poniéndose la cazadora. Entró en tromba en el cuarto anejo. Los cuatro rostros se volvieron hacia él mientras el pastor mallorquín corría a situarse a su lado.

—Espero que ninguno se haya creído lo último que ha dicho ese tipo. Su mente está tan perjudicada que reconocería ser el asesino de los marqueses de Urquijo.

—Pues yo he oído perfectamente cómo admitía haber matado a la joven universitaria —dijo el juez Losada.

—Ese tipo está idiotizado, ¿no lo ve?

—Inspector Malart —intervino la comisaria jefe—, una confesión es una confesión.

—¿Y cómo llevó el cuerpo a Collserola? No tiene vehículo. Nada encaja. —Separó los brazos al tiempo que enumeraba sus argumentos. Luego, dijo—: Comisaria, Domingo Soler no estranguló a Carolina Estrada. Si cierra el caso, el verdadero asesino quedará libre. ¿Es eso lo que quiere?

El juez soltó una tosecilla.

—Inspector, las pruebas forenses indican que el *modus operandi* de ambas víctimas fue el mismo. Y el detenido ha declarado que con la totalidad del dinero en su poder podría hacer realidad su proyecto de cambiar de vida. Tenemos móvil, tenemos oportunidad y tenemos...

—No tenemos nada —dijo Milo—. Señor juez, con todo el respeto, solo han sido las palabras de un enajenado.

Se produjo un tenso silencio.

—¿Qué opinas, inspector jefe Singla? —preguntó Bassa.

—Yo estoy con mi hombre, comisaria. Su razonamiento me convence, y no

es la primera vez que demuestra que su intuición es válida.

Anna Bassa arrugó el ceño.

—Mañana por la mañana, a primera hora, teníamos previsto dar una rueda de prensa en la Central para comunicar la noticia de la detención del mataperros y asesino de las dos víctimas.

—Pues que la declaración no incluya a Carolina Estrada, comisaria —dijo Milo—. El cambio de planes es mínimo. No podemos dar a los medios una noticia sin estar completamente seguros, ¿no cree? Nuestra credibilidad está en juego.

La comisaria no rehuyó su mirada. Al cabo, asintió.

—Bien, haremos como tú dices, inspector.

Milo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ahora, si me disculpan, ha sido un día muy largo y estoy que no me aguanto —dijo, encaminándose hacia la puerta.

—Inspector Malart, queda otro asunto. Los *pendrives*.

Milo soltó el tirador. Se acercó al grupo.

—Según su testimonio —dijo—, los vendió por la calle pensando que eran encendedores.

—¿Y los supuestos compradores no dijeron nada, no se quejaron?

—De qué, ¿de obtener un *pendrive* por unos céntimos?

De nuevo se hizo el silencio.

Lo rompió la comisaria jefe.

—Es decir, te crees una parte de su declaración y otra no.

Malart percibió su ira contenida sin inmutarse.

—Dicho así, das la impresión de que lo haga por capricho cuando lo único que me mueve es el sentido común. Lo demás es ver fantasmas donde no los hay.

Anna Bassa ensombreció el semblante.

—Has sido muy hábil al lograr que fuera incluido en la transcripción —dijo—. ¿También estabas improvisando?

—Jefa, reconozco que no he estado muy fino. Me he dejado llevar, nada más. Lo siento, son cosas que pasan.

—Cosas que pasan.

—¿Puedo irme ya a casa? Estoy rendido.

Asintió muy despacio.

Milo abandonó el cuarto seguido por el perro. Rebeca fue tras ellos. Le propuso llevarlos a la Barceloneta en su coche. Él aceptó mientras pulsaba el botón del ascensor.

Cuando entraron en la cabina, señaló su collarín.

—Te queda bien, hace juego con tus ojos.

Circularon a media velocidad por unas calles vacías de tráfico, en dirección al mar. Rebeca conducía con calma, deslizándose por Balmes como por un tobogán mientras caía una lluvia incesante. El pastor mallorquín dormitaba en el asiento posterior.

—Esos pobres cachorros —dijo—, plantados en los parques como pequeñas figuras totémicas. Me hago cruces al pensar en ello. Y todo, por los desvaríos de ese jodido chiflado. Sacrificios para obtener buena suerte, ¿te lo puedes creer? Ofrendas para salir de la crisis, como antaño.

Milo permaneció callado, tenía otras cosas en la cabeza. Oyó la voz de su compañera preguntando con voz ronca si todo aquello no era como regresar a los tiempos de la Edad Media, con la superstición y la ignorancia campando a sus anchas y la locura fanática ocupando el lugar del raciocinio.

—¿Señales del fin de una era? Todo esto me pone enferma.

Milo miró por la ventanilla, los cajeros automáticos repletos de gente en busca de un techo donde pasar la noche.

—Es la desesperación —dijo—, hay que sentirla para saber lo que es eso. En un momento de tanta precariedad, donde incluso peligró el alimento, ¿qué te esperabas? ¿Violines y tutús? No, salvajismo y barbarie. El barco se hunde, todo vale.

Echó un nuevo vistazo por los retrovisores.

Rebeca se percató de que lo hacía por cuarta vez.

—¿Crees que nos están siguiendo o solo es una paranoia más de las tuyas?

—No ver una amenaza que se aproxima no significa que no esté ahí. Hace poco se lo dije a una amiga. —Ladeó el cuello con dificultad. La miró fijamente—. Ya sabes de qué hablo, ambos lo hemos comprobado.

Cruzaron la Gran Vía y desembocaron en plaza de Cataluña.

—¿Una amiga?

—En el hospital, cuando le contaste a todos lo del contenido de la caja de falsos cedés, ¿también estaba Boada?

—Sí, ¿por qué? —dijo en voz baja, enfilando hacia el mar.

—No te fíes de ese tipo. Tiene amos.

—Oye, el hecho de que haya tonteado un poco con él no es motivo para que te pongas en plan celoso. Mañana le devuelvo la tableta y sanseacabó.

—Tú hazme caso y calla. No te conviene hablar.

Al llegar al inicio de la Barceloneta le dijo que se detuviera, que harían el resto a pie. Se apeó, mantuvo la portezuela abierta para que el perro bajara y se despidió de ella.

—Procura descansar, necesitas dormir como mínimo veinte minutos — ironizó Rebeca, en un susurro.

Milo hizo una mueca y cerró la portezuela con suavidad. Aguardó a que se alejara. Entonces, sin dejar de mirar a su espalda, se dirigió a la calle Sal.

Sentada en el sofá con las piernas dobladas contra el pecho, Leire lo observó medio adormilada, sin acabar de comprender. Vestía sudadera gris, pantalón azul de pijama y calcetines de Hello Kitty. Sobre la mesilla, descansaban los lápices de memoria. Sus ojos legañosos iban de los *pendrives* a Milo.

—¿Sabes qué contienen?

—Mierda, seguro.

—¿Y para qué me los das?

La había despertado, explicado qué eran, contado por encima cómo los había obtenido, y luego los había sacado del bolsillo de la cazadora para soltarlos en la mesilla. Ahora empezaba a arrepentirse de haber llamado a su puerta. Quizás entregárselos no había sido una buena idea.

—Son munición para ti y tu gente, esos nuevos políticos con quienes me dijiste que estabais diseñando lo del Parlamento Ciudadano. Si vais a entrar en guerra con los políticos de siempre, os pueden ser útiles.

—¿Y qué quieres que haga con ellos?

—Incendiar la ciudad, el país, el Estado. Lo que te apetezca. Apuesto a que ahí hay gasolina de sobra. Ahora solo falta saber si tú y tus amigos tenéis

los cojones de ser una cerilla.

Ella bajó los pies al suelo.

—Un momento, Milo, un momento. Ayer no te vi el pelo por el paseo, como tampoco esta noche, y ahora te presentas de madrugada con tu perro en mi casa, me pegas un susto de todos los demonios, y me hablas de guerras, incendios y cerillas, así, de sopetón. Dame unos minutos para ordenar las ideas, ¿te parece? Creía que pasabas de mí, te veo en la puerta, pienso que vienes a por un revolcón, llámame tonta del culo, y en vez de eso... me sueltas todos esos lápices de memoria y me dices que a ver si tenemos cojones para no sé qué. Un poco de calma, ¿quieres?

Milo resopló con impaciencia.

—A ver, la otra noche me dijiste que había que cambiar las cosas, que el silencio no podía ser la respuesta, y que había que devolver el poder a la sociedad civil, ¿no es así?

Leire se enderezó, tensa.

—En efecto, y antes de que me lo preguntes, sí, continúo opinando lo mismo. En un país civilizado, ninguno de nuestros gobernantes seguiría en su puesto. Habrían sido despedidos con deshonra de forma fulminante, borrados del mapa o metidos en la cárcel. En cambio aquí, siguen riéndose de nosotros, tan panchos. Hagan lo que hagan, da igual. ¿Y por qué? Porque están protegidos. Y así no hay forma. Por eso hay que cambiar las cosas, y buscar otra fórmula para desterrar para siempre esta estafa que se empecinan en llamar crisis y, de este modo, recuperar la fe de las personas. Y la única manera es...

Milo extendió los brazos hacia ella, las palmas por delante.

—Para ya la campaña electoral, por favor —dijo. Su cerebro estaba a punto de estallar y se negaba a admitir más sermones—. Ya sé todo eso de los políticos, los sinvergüenzas y los corruptos. Tengo claro que estás tú, los que son como tú, y los otros, los de siempre. Simplemente tomo partido por vosotros. No porque crea que lo vayáis a hacer mejor, sino porque sois la única salida que tiene la gente. Sé que estáis cargados de buenas intenciones, pero no me des la tabarra con tus mítines. Quiero hechos, y los quiero ver pronto. Mi opinión es que las cosas no cambian, no pueden cambiar. Sí, lo que oyes, y no pongas esa cara. No podemos, así de claro. Y si a estas alturas

tengo que explicarte cómo funciona el mundo, apaga y vámonos. —Hizo una pausa, tomó aire—. Pero puedo estar equivocado. Si te doy estos *pendrives* es para equilibrar la balanza, nada más. El juego es sucio, es política, ¿o qué te pensabas? Tampoco creo que vayáis a conseguir gran cosa con ellos. Esa gente es intocable. Pero prefiero vuestra opción antes que dárselos a un periódico. Los periodistas también tienen amos, y además publican los horóscopos, lo que no dice mucho a favor de su rigor y solvencia. Si los quieres, perfecto. Y si no, también. Pero no me calientes más la cabeza, ¿de acuerdo?

Leire observó su respiración agitada, los ojos enrojecidos.

Volvió a replegar las piernas contra el pecho.

—Creo que empiezas a no gustarme —dijo.

—Y así es como acaba el mundo para mí. —Dio media vuelta, hizo un gesto al pastor mallorquín y abrió la puerta—. No con un beso, sino con un portazo.

31

Solo logró dormir tres horas. Luego, como de costumbre, bajó a la playa antes de que hubiera amanecido, se metió en el mar de alfileres y nadó con furiosas brazadas, pero en aquella ocasión menos tiempo del habitual. La falta de sueño le pasó factura. Exhausto, ayudó al perro a regresar a la orilla y volvieron al ático, él arrastrando los pies. Una ducha, un desayuno frugal, y salió a la calle en busca de un taxi. La portería del edificio de Susana Cabot estaba cerrada, pero el conserje vivía en un piso de la planta baja y lo despertó a timbrazos. A bordo del flamante Mercedes clase M, condujo hasta plaza Universidad. Aparcó delante del inmueble, llamó a Sara y le dijo que estaba abajo. La ayudó a sentar a Hugo en el asiento posterior, y luego ella rodeó el coche y se acomodó al lado de su marido.

Arrancó en dirección hacia la autopista del norte.

—Le he dado doble dosis de sedantes, para que no se altere durante el viaje. Por eso lo ves tan tranquilo.

Milo observó a Sara por el retrovisor. Su ojo derecho estaba negro y en la mejilla destacaba una rascada, como la que hace la hebilla de un cinturón. Los estragos del dolor y el cansancio estaban impresos en cada célula de la piel de su rostro. Hugo apoyó la cabeza en su hombro y ella le pasó un brazo por encima, acunándolo con ternura.

Milo volvió la vista al frente y se concentró en el placer de conducir, una sensación que hacía tiempo no experimentaba.

Abandonaron la ciudad por la Meridiana y enfilaron hacia Girona, fluyendo por una autopista casi vacía. Apenas se oía el ronroneo del motor. Milo le preguntó si quería que pusiera la calefacción. «Voy bien», dijo ella. Pisó el acelerador hasta que la aguja marcó ciento cuarenta kilómetros, veinte

más de lo permitido, una velocidad que según se decía no alertaba a los radares. Circularon en silencio. Hasta que oyó a Sara decir que a lo mejor la solución de Marc no era tan mala idea. Milo apretó con fuerza el volante. El cuentakilómetros marcó ciento ochenta. Marc, el hijo de Sara y Hugo, se había volado los sesos. Solo era un adolescente de quince años. Con su HK del Cuerpo. Algo que jamás se perdonaría aunque viviera diez siglos.

—Sara, tienes que resistir.

—¿Para qué? —dijo. Su voz era tranquila, como si la inundara una extraña paz interior—. Marc murió, Hugo ha desarrollado la esquizofrenia, no tengo trabajo, no tengo nada, a nadie.

Doscientos kilómetros por hora.

—Me tienes a mí. ¿No cuento?

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Solo digo que sería bueno descansar.

Avanzaron como una exhalación por el carril de la izquierda.

A medida que se aproximaban al hospital psiquiátrico, el cielo adquiría una tonalidad más azul, como si los nubarrones hubieran decidido abrirles un camino de luz. Por hablar de algo, Milo le explicó que tenía un perro, un pastor mallorquín, negro como el azabache. «Tendrías que verlo, es más inteligente y sensible que muchas personas». Luego le habló de su valor, de su compañía, de su calidez. De su lealtad.

Ciento cuarenta kilómetros por hora.

—Estás que no te reconozco —dijo Sara—. Pareces otro.

Entonces le contó la manía de *Tío* de meterse en el mar, tras él.

Sara se extrañó.

—¿Un pastor? A los pastores no les gusta el agua.

—Pues al mío sí. Aunque nadar no sea lo suyo, la verdad.

—Milo, los pastores son guardianes de rebaños —dijo Sara—. Para eso fueron criados, lo llevan impreso en sus genes. Son animales de campo. El agua les atemoriza, y más el mar.

—¿Entonces por qué lo hace? Yo no le obligo.

—Si dices que es tan leal, a lo mejor se sobrepone al miedo y se mete en el mar para protegerte. Por instinto. Eres su amo.

Doscientos veinte kilómetros por hora.

Los nudillos de Milo se tornaron blancos, casi transparentes.

Alejado de los psiquiátricos tradicionales, el Narcís Casas, ubicado en las afueras de Girona, no era el clásico edificio lóbrego e inquietante. De concepción moderna, con unos pulcros jardines rodeando el recinto, constaba de tres edificios, de dos plantas cada uno, unidos entre sí formando una zeta. Paredes acristaladas, iluminación natural, amplios espacios; todo allí perseguía romper con los estereotipos del pasado. Las zonas de paseo tenían senderos pavimentados para circular en sillas de ruedas, que serpenteaban entre los árboles, así como bancos repartidos de forma irregular, al sol y a la sombra. Los pacientes, desperdigados por el césped, vestían ropas azafrán pastel, abrigados por batas acolchadas del mismo color, cada cual abstraído en su mundo. Unos miraban al cielo, otros caminaban con la vista clavada en el suelo, encorvados. Ninguno hablaba. Quienes sí lo hacían eran los enfermeros, vestidos de blanco, que sin apartar los ojos de los residentes encendían sus cigarrillos y charlaban entre ellos.

Milo aparcó en la entrada y fue al mostrador de recepción. Dio su apellido, preguntó por el doctor Doria, y, al cabo de unos minutos, se presentaron dos enfermeros que ayudaron a Hugo a bajar del coche; luego, lo sentaron en una silla de ruedas y la empujaron hacia el fondo mientras les indicaban a Milo y Sara que fueran a la sala de espera de la primera planta, frente al despacho del doctor.

Milo se dirigió al coche, acompañado por Sara, quien no quería quedarse sola ni un momento. Lo dejaron en el *parking* y entraron de nuevo en el edificio. Milo reprimió un escalofrío. Los recuerdos se agolparon en su mente. Sara lo cogió de la mano y juntos caminaron hacia la sala de espera. Tomaron asiento sin pronunciar palabra, sin soltarse. La sala tenía vistas al jardín. Mientras el doctor hacía un reconocimiento a Hugo, ambos dejaron vagar la mirada por el amplio pasillo, sentados muy juntos, casi respirando al unísono.

Allí fue la última vez que vio vivo a su padre. Meses después de ingresarlo en el mismo hospital. En una habitación, sentado en una silla de ruedas junto a la ventana, mirando sin ver a ningún sitio. Su rostro abotagado, sin transmitir señales de vida. Nada en sus ojos, nada en su expresión. Los

labios, mal cerrados, dejando escapar un reguero de saliva. La cabeza, ladeada, colgándole sobre un hombro torcido mientras las piernas, con las rodillas pegadas, se inclinaban en ángulo cerrado. Un pie descalzo apoyado de lado sobre un estribo, el otro en el empeine del primero. Los brazos inertes sobre los muslos, las manos abiertas, desmadejadas. Ni rastro del padre de antaño, del hombre robusto que imponía miedo y respeto con una sola mirada. Desconectado, inmóvil. *Su futuro*. No pudo decirle nada. Pero su padre sí. De improviso, con voz rota, se volvió lentamente hacia él y dijo: «Sácame de aquí, no seas nenaza». Luego, estiró una de las comisuras de sus labios, en una sonrisa grotesca, y el hilo de saliva aumentó de caudal y cayó sobre su pijama color azafrán pastel. Diez días más tarde, le llamaron al móvil para comunicarle que se había degollado con un trozo de cristal.

Un tembleque le sacudió todo el cuerpo.

Sara le apretó con fuerza la mano.

—Para empezar, les diré que sus cortes en brazos y piernas no revisten importancia —dijo el doctor Doria—. Cortarse libera endorfinas que les alivian el dolor interior, relajándolos. —Entrelazó las manos y bajó la vista a un dossier abierto—. Respecto a la revisión preliminar, me temo que no tengo buenas noticias. El paciente...

—Mi hermano.

El doctor carraspeó. Acto seguido, les explicó que Hugo presentaba una compleja desorganización neuropsicológica y graves alteraciones de su funcionamiento psíquico, lo que se traducía en un deterioro cognitivo y una pérdida de correspondencia entre el proceso de formación de ideas y la expresión de emociones. Y debido a su profunda depresión, se habían acentuado los delirios y alucinaciones, dando lugar a laxitud asociativa, aplastamiento afectivo y aislamiento social.

—En cristiano.

—Que es un peligro para él y su entorno —dijo—. Es un caso muy parecido al del primer paciente Malart.

—Mi padre.

El doctor Doria carraspeó de nuevo.

—Para las personas aquejadas de esquizofrenia, la depresión es una severa dificultad. Suelen caer en ella durante o después de sufrir episodios psicóticos. En el primer caso, al actuar bajo la influencia de delirios, pueden oír voces que les ordenen acabar con su vida; y en el segundo, el suicidio se da cuando el paciente piensa con claridad, cuando es consciente de su estado y consecuencias, y vislumbra la persona en que se ha convertido.

Sara y Milo intercambiaron una mirada. Sentados ante la mesa del doctor, en un amplio despacho iluminado por luz natural, ella buscó su mano. Milo se la agarró.

—Los síntomas característicos que presenta, como los trastornos del lenguaje y la atención, están ligados al lóbulo frontal, mientras que las alucinaciones y los delirios están asociados a una disfunción del lóbulo temporal o de las estructuras que conforman el sistema límbico, como la amígdala y el hipocampo.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Milo. El doctor asintió—. ¿Qué le ocurriría a mi hermano si le extirparan una parte del lóbulo frontal?

Sara lo miró con alarma; el doctor, con desconcierto.

—Eso son métodos de la prehistoria —dijo.

—Lo sé, lo sé, pero respóndame, haga el favor.

—Pues que perdería el habla, además de otras capacidades cognitivas, así como su personalidad, dejando de ser el mismo.

—¿Mantendría las funciones orgánicas?

—Sí, claro, con esporádicos lapsus de lucidez.

—¿Y todavía tendría fuerza en brazos y piernas?

—Por descontado. Pero no entiendo a qué vienen estas...

—¿Podría mostrarse agresivo?

—Eventualmente, sí.

—Bien, volvamos a Hugo. ¿Soluciones?

El doctor lo miró, perplejo.

—Estamos al comienzo de un largo camino —dijo—. Con la enfermedad latente, a su hermano le ha perjudicado mucho su excesivo y continuado consumo de alcohol.

—Y el gen, el jodido gen —dijo Milo, con tono hosco.

—La genética no lo es todo, señor Malart. Según los últimos hallazgos, en

la esquizofrenia influyen los tóxicos, el estrés, las experiencias de la infancia... —Hizo rodar las manos—. Y con la situación actual, las cosas se han agravado. La probabilidad de sufrir un trastorno mental es del 14,4% en las mujeres y del 6,9 % en los hombres, lo que supone un 10,7% de la población, como media general. —Exhibió una sonrisa—. Según la OMS, una de cada cuatro personas padecerá algún tipo de trastorno mental a lo largo de su vida, y un 3 % de los adultos tienen un trastorno mental grave. Es el precio de esta vida de locos.

—¿Y estas estadísticas le alegran?

El doctor Doria carraspeó por tercera vez.

—Volviendo a su hermano, nuestra recomendación es que permanezca hospitalizado, tanto por su seguridad como por la de su entorno. Será medicado con fármacos antipsicóticos, combinándolos de forma simultánea con numerosas sesiones individuales de tratamiento psicoterapéutico, las cuales incluirán la enseñanza de técnicas de adaptación y solución de problemas a fin de dotarlo de estrategias de afrontamiento.

—¿Se recuperará? —quiso saber Sara.

—Es de difícil pronóstico, pero somos optimistas. Creemos que su calidad de vida puede mejorar de manera significativa, sí. Lo que no quiere decir que alcance una recuperación total. Cuando reingrese a la vida cotidiana quedará a su cuidado, por lo que es importante que ustedes aprendan lo máximo acerca de los problemas asociados con la enfermedad en aras de lograr el mejor ajuste social posible, para evitar recidivas. Pero ahora es pronto para pensar en esto, veremos cómo va su evolución.

—¿Recidivas? —dijo Sara, en un hilo de voz.

—Sí, recaídas, suelen ser habituales. Pero ya les digo, aparquemos este tema para una próxima entrevista. Mi consejo es que se quede con nosotros durante una temporada, siempre y cuando ustedes, como familiares más cercanos, se muestren de acuerdo, naturalmente. —Se dirigió a Milo—. ¿Le pasamos las facturas a su número de cuenta como la otra vez?

Milo afirmó con un gesto seco.

—Bien, pues asunto resuelto. —Se volvió hacia Sara—. Señora Malart, si es tan amable, ¿podría dejarnos solos un momento? Quisiera hablar con su cuñado de un asunto privado. Será cosa de cinco minutos, si no le importa. Si

quiere, puede aprovechar para despedirse de su marido, una enfermera la acompañará a su habitación.

Sara soltó la mano de Milo y abandonó el despacho.

El doctor cerró el dossier. Se acomodó contra el respaldo.

—Hablemos de usted. Habíamos quedado en mantener visitas de forma periódica para controlar la aparición de posibles síntomas tras lo sucedido con su padre.

El inspector Malart sostuvo su mirada en silencio.

—¿Ha observado en su día a día alguno de esos síntomas?

Milo desvió los ojos hacia los jardines. Contempló el verde ondulante, el azul despejado del cielo, las oscuras colinas a lo lejos.

—Señor Malart, ya se lo dije. Como hijo de un paciente aquejado de esquizofrenia, usted posee cierta vulnerabilidad ante esta enfermedad. Y teniendo en cuenta el singular estrés emocional al que está sometido por su trabajo, sus posibilidades de desarrollarla aumentan. —Se echó hacia delante—. Le repito la pregunta: ¿ha manifestado en su vida cotidiana alguno de los síntomas característicos? Es importante actuar a tiempo. Clave, diría yo.

—¿Como por ejemplo?

—¿Ha oído voces o tenido alguna alucinación auditiva?

Negó con una sacudida de cabeza.

—¿En algún momento ha sentido un negativismo extremo?

Volvió a negar.

—¿Pérdida de la realidad o sensación de extrañeza frente al mundo externo, a algo que debería resultarle reconocible, apareciendo el entorno como algo nebuloso, insólito o irreal?

Nueva negación.

—¿Ha experimentado aislamiento, un gradual retraerse en su propio mundo?

—En absoluto.

—¿Ni dificultades de relación interpersonal o de adaptación?

—No.

—¿Embotamiento afectivo? —Negó—. ¿Repentinos ataques de ira,

seguidos por falta de energía y bajo nivel de actividad?

—No, y no.

—¿Procesos laxos de pensamiento, desorganización, abandono de la higiene personal?

—No, no y no.

—¿Baja respuesta emocional, delirios?

—No, y no.

—¿Manía persecutoria?

Milo dibujó una amplia sonrisa en los labios. No contestó.

—¿Puede controlar esa paranoia?

Se levantó de golpe.

—No estoy aquí como paciente, se acabó el tercer grado.

El doctor lo imitó.

—Como usted quiera, llámeme si tiene algún problema. ¿Le parece que ahora vayamos a ver a su hermano?

Recorrieron el ancho pasillo con paso rápido. El sol que se colaba por los ventanales restallaba en el embaldosado provocando una miríada de brillos cegadores. Milo señaló el suelo y comentó que creía estar teniendo alucinaciones.

—Me gusta su sentido del humor —dijo el psiquiatra.

Se detuvo ante una puerta de color gris. A la altura de los ojos, una ventanilla permitía atisbar en su interior. El doctor no le dio tiempo a echar un vistazo. Al entrar, Sara se giró, los ojos empañados de lágrimas.

—¡Hijo de puta, me lo prometiste! —dijo Hugo, desde la cama. Unas gruesas correas lo mantenían sujeto—. Díselo, Sara. De aquí no se sale. El que entra ya no sale. —Se volvió hacia él—. ¡Me diste tu palabra, hijoputa! ¡Me diste tu palabra! ¿Por qué me quieres castigar a mí también?

32

El tráfico en dirección a Barcelona era más denso que en el viaje de ida. Conducía Sara, Milo no se había visto con ánimos. Recluido en sí mismo, en un hermetismo mudo, apoyaba la frente en el marco de la ventanilla, agarrándose con ambas manos al cinturón de seguridad, los ojos abiertos.

—¿Quieres que paremos a comer algo? —dijo Sara.

Meneó el cuello con un movimiento flojo.

—Intenta dar una cabezada, te sentará bien.

No contestó.

Necesitaba olvidar, pensar en otra cosa. En el trabajo, por ejemplo. Desactivó el presente y, ahora que disponía de nuevos datos, trató de hacer lo que siempre le había funcionado. Contemplar las piezas desde dentro, cambiar el ángulo de visión, sentir como si él fuera una de ellas. *Como si él fuera ella.* Y en esta ocasión, en vez de abandonar las líneas rectas, justo todo lo contrario. Mantuvo la vista clavada en la línea blanca del arcén. *Hizo las maletas.* El ronroneo del motor ejerciendo de mantra en su cerebro. *Era dura como una piedra.* Un sonido relajante, predisponiéndole a la concentración. *Hijo de puta.* Una línea recta, perfectamente delimitada. *El instinto.* Una línea inacabable. *Eventualmente agresivo.* Una línea que le conducía en una sola dirección. *Los papeles de Sidney, el billete.* Hacia la única dirección posible. *Una puerta con cadenilla y pasador.* No todas las piezas encajaban, pero confiaba en resolverlo sobre la marcha.

Dejó de agarrarse al cinturón de seguridad.

Se enderezó.

—¿Pasa algo? —dijo Sara.

—Todo se solucionará, ya lo verás.

Extrajo el móvil. Pulsó el número de Rebeca.

—¿Dónde te has metido, inspector? Te has perdido la rueda de prensa y la comisaria jefe está que trina.

—Necesito que pidas una orden de registro. —Sacó la foto de Eloy del bolsillo de los tejanos. Contempló su rostro—. Le dices al juez Losada que es para la calle Alcolea, no recuerdo el número, cuarto segunda, el domicilio de los Estrada.

—¿Y qué motivo le doy? Es un tocapelotas y...

—Improvisa —cortó—, utiliza tu imaginación. Pero consíguela. Ahora son —consultó el reloj— las cuatro y veinte, nos vemos allí a las ocho.

—Por si te interesa, ya me he recuperado. Estoy de nuevo en activo. Con collarín y algo afónica, pero de servicio.

—Y avisa a Sena y Boada, los vamos a necesitar. Pero que se presenten a las ocho y media. ¿Entendido?

—¿Vamos a detener a alguien?

Observó la cara de la fotografía.

—Sí —dijo. Y colgó.

Buscó en la agenda de contactos otro número.

—Sargento Crespo, ¿tienes un momento?

—Acaban de llegar los dos informes de la Científica. ¿Quieres que te haga un resumen?

—Solo del de Carolina Estrada.

Escuchó con impaciencia hasta el final.

—¿Cinco días para esta mierda? No aporta nada nuevo.

—Inspector, no son el CSI. ¿Querías algo?

Milo le preguntó por su búsqueda en los archivos de casos con *modus operandi* similar al empleado con las dos víctimas.

—Me hablaste de uno que encajaba como un guante.

—Sí, lo tengo por aquí. —Rebuscó entre un montón de dossieres hasta dar con él—. ¿Te hago un resumen?

—No, por una vez me lo lees entero. De cabo a rabo.

Torció por la estrecha calle Tenor Masini y buscó el taller mecánico con la mirada por ambos lados. La despedida con Sara en plaza Universidad había sido extraña; un beso, un abrazo y un frío «ya nos veremos» por parte de ella. Luego se había dado la vuelta con rapidez y desaparecido en el portal. Milo permaneció quieto unos segundos, contemplando cómo se cerraba la puerta. Acto seguido, se puso tras el volante del Mercedes y condujo hacia el barrio de Sants.

Descubrió el taller. Tenía la persiana abierta, y aminoró la velocidad para doblar por el vado y frenar tras introducir más de medio coche. Se apeó, comprobó que apenas invadía la acera y entró en el taller. Un vehículo estaba levantado sobre unos rieles elevadores, y un operario trabajaba en sus bajos. Le preguntó por Eloy Estrada. Sin volverse, el mecánico le señaló al fondo.

Vestido con un grasiento mono azul, el joven estaba doblado sobre el capó abierto de un taxi. Un pañuelo tiznado de negro le sobresalía del bolsillo trasero.

—¿Eloy Estrada?

Se incorporó.

—Inspector Malart. —Le mostró la placa—. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

El muchacho extrajo el pañuelo y se limpió las manos. Echó una ojeada a la placa. Después, lo miró con desconfianza.

—Soy menor de edad —dijo—, ¿no debería estar delante mi madre si tengo que responder a sus preguntas?

—¿Aunque sean sobre carburadores, chico listo?

—Ah, es una consulta técnica.

Su rostro se destensó de golpe.

—Pues claro, qué te pensabas. Esto es un taller, ¿no?

El parecido con su hermana era asombroso, salvo por las marcas de acné en sus mejillas, propias de un adolescente de quince años. Rasgos suaves, la expresión inocente, desvalida.

—Usted dirá —dijo, guardándose el pañuelo.

Le explicó lo que le había sucedido a su coche en el *parking* de la Central, le especificó la marca y el modelo, y añadió que en veinte años nunca le había pasado nada similar.

—Me dejó tirado.

—Es lo que pasa. Veinte años son muchos.

Milo hizo un cabeceo, como dándole la razón.

—Llamé al taller oficial y me dijeron que se había roto el cuerpo de la mariposa. Los muy cabrones me piden tres mil euros por un carburador nuevo, mano de obra aparte.

—Los talleres oficiales se pasan tres pueblos.

—Sí, se salen del mapa. Lo que quería saber es si tú me podrías encontrar uno de segunda mano y solucionarme el problema. Y cuánto me cobrarías, por supuesto.

—Pillar uno usado no será difícil, pero el precio tendré que consultarlo con el jefe. Ahora no está, deberá pasar otro día.

Milo dibujó una mueca de disgusto.

—¿No tienes una idea de cuánto podrá costarme la broma?

Eloy separó los brazos al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Quizá doscientos, trescientos euros? —sugirió Milo.

El joven soltó un estornudo.

—Salud.

—Es este jodido tiempo. Tanta agua me tiene hartado.

Milo repitió el cabeceo.

—Sí, no es bueno caminar por el bosque bajo la lluvia.

Eloy empalideció.

—¿De qué habla?

—Tu hermana no te dejó tirado. Diga lo que diga tu madre, Carolina no lo hizo.

—A Lina le importaba una mierda. —Arrugó el ceño—. A esa puta todos le importábamos una mierda. Solo iba a la suya.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo lo sabe? —dijo, con rabia.

—Primero, por esto. —Sacó su foto del bolsillo—. La encontré entre las cosas que se pensaba llevar consigo. Tú ya sabes que se marchaba de viaje, ¿verdad? —Asintió, morrudo—. Pues bien, tu retrato era la única foto de la familia que iba a formar parte de su equipaje.

—Odiaba las fotos.

—Menos la tuya. —Observó el sutil cambio de su expresión, el primer atisbo de dolor—. Y segundo, porque aún vivía con vosotros. —Eloy alzó las cejas—. Tu hermana tenía dinero, ahora no viene al caso cómo lo obtenía, pero en vez de irse y compartir piso con una amiga, se quedó con vosotros. ¿Encaja esto con el perfil de alguien que solo va a la suya? No, en absoluto. ¿Y sabes por qué? Por ti. Para no dejarte solo con tus padres.

—Pero se iba de viaje. A la otra punta del mundo.

—¿Y cómo sabes que una vez instalada en el extranjero no te iba a llamar para que fueras con ella?

Eloy lo miró con la duda bailándole en los ojos.

—No le des más vueltas, te quería mucho. No paraba de hablar de ti a sus amigos. Y como la vuelvas a llamar puta, te parto la cara, ¿me has entendido, chaval?

Eloy asintió, intimidado por la fiereza de su mirada.

—Bien, ¿qué tal si ahora nos sentamos y hablamos un poco? ¿No tenéis aquí una oficina o algo parecido?

Sentados uno frente al otro en un cuartucho, lleno de archivadores y situado en un altillo, Milo le preguntó cómo la vio el viernes pasado a la hora de comer, si estaba extraña, si notó en ella algo raro o fuera de lo habitual.

—Estaba muy achuchona y besucona. No paraba de darme besos. Y dijo que me quería, varias veces. Parecía muy contenta.

—¿Y a tu padre?

—¿A mi viejo? —Negó con una sacudida—. Él solo ve la tele, es como un mueble. Solo está ahí, en el sillón.

—Pero hace un tiempo se escapó de casa, ¿no es así? Lo digo por la cadenilla de seguridad y el pasador; son nuevos.

Eloy volvió a relajar los hombros.

—Sí, fue antes de las Navidades. Cerré de golpe, sin acordarme de pasar la llave, y el viejo aprovechó para darse el piro. Se perdió por la calle, alguien del barrio vio su cara de susto y llamó a la Guardia Urbana. Ellos nos lo trajeron de vuelta. Por eso pusimos el pasador y la cadenilla, no los sabe abrir.

—Ahora háblame del coche de Lina.

El muchacho sonrió, orgulloso.

—Fue un regalo mío. Un Corsa blanco, de quinta mano por lo menos. Un trasto viejo que estaba aquí, en el taller. Le pregunté al jefe si me lo podía quedar y me dijo que si lo arreglaba por mi cuenta era mío. Busqué piezas por desguaces, lo ajusté de arriba abajo, y arrancó. Me costó cuatro chavos. —Se envaró, muy ufano—. Se lo regalé en verano, por su cumpleaños. A Lina le gustaba mucho ir a la playa, pasear por la arena. Escaparse, decía ella. Lo aparcaba en la calle, para no gastar. Le hizo mucha ilusión.

—Un señor regalo, sí. ¿Le hiciste el cambio de nombre? —El muchacho negó despacio con la cabeza—. O sea que lo llevaba sin papeles, sin pagar impuestos. Te salió tirado, en efecto.

—No somos ricos.

—¿Y dónde guardaba las llaves?

Eloy curvó los labios hacia abajo, sonrojándose.

—En su bolso no estaban —dijo Milo—. Sería el lugar más natural para una chica, ¿no te parece?

El muchacho volvió a estornudar.

—Salud.

Lo observó con fijeza. Su nerviosismo.

—¿Alguna cosa que contarme?

Movió la cabeza de lado a lado. Un golpe seco.

Milo se incorporó.

—Tu madre llega a casa más o menos a las ocho y media, ¿verdad? Y tú hacia las nueve.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

Dobló el cuello para no darse contra el techo y bajó las escalerillas con cuidado. Eloy lo siguió con paso ágil y rápido.

Lo acompañó hasta el Mercedes.

—Menudo cochazo. Deben de pagar bien en los Mossos.

—Ni te lo imaginas, este solo lo saco para ir por la ciudad.

Abrió la portezuela. Se detuvo. Se volvió.

—¿Has pensado que tú también eres sacrificable?

Eloy dilató los ojos.

—Usa el coco —dijo Milo—, te conviene comprenderlo. Es un consejo.
—Tomó asiento tras el volante. Antes de cerrar la puerta, agregó—: Lina te quería. Te lo repito para que te quede bien claro. Para que no te quede ninguna duda. Por si te apetece darle vueltas. Nos veremos pronto.

Cerró la portezuela, dio al arranque y puso marcha atrás.

Al llegar a la esquina, se detuvo. Llamó al sargento Crespo.

—Toni, necesito que hagas una consulta a la Guardia Urbana. ¿Ya has hablado con Tráfico?

Tamborileó sobre el salpicadero mientras escuchaba. Al cabo de unos segundos, frenó los dedos en el aire.

33

Contempló el inmueble de la calle Alcolea un par de minutos y luego pulsó el botón del cuarto primera. La vecina de los Estrada le abrió el portal. Subió los cuatro pisos lentamente. Al llegar al rellano, encontró a la anciana asomando la cabeza por la puerta entreabierta. Le dijo que venía a hablar con Isabel Estrada, que sabía que aún no estaba en casa. Declinó la invitación de esperarla en su piso, le dio las gracias, y le indicó que la aguardaría allí. «Usted mismo, joven», dijo ella, cerrando con suavidad. Milo apostó a que la mujer permanecía con la oreja pegada a la puerta. Tomó asiento en el último escalón.

Diez minutos después, oyó los timbres de los interfonos resonar por toda la escalera. Luego, el chasquido del portal al abrirse, los pasos de alguien subiendo los peldaños.

—Correo comercial —dijo Rebeca, sentándose a su lado—, nunca falla. —Resopló—. ¿Me puedes decir qué hacemos aquí?

Milo se llevó un dedo a los labios.

—¿Oyes algo?

—La tele de los Estrada, un poco. ¿Por qué?

—¿Podrías identificar el programa?

—Pues..., no. —Aguzó el oído—. ¿Anuncios, una tertulia?

—El viernes pasado, a estas horas más o menos, la vecina oyó la tele a través de la puerta de su casa. A todo volumen. Un concurso. ¿Y cómo se explica? Porque la puerta de los Estrada estaba abierta. De par en par.

—¿Y?

—Hasta ahora nos preguntábamos adónde fue Carolina tras cambiar de bolso y salir de su casa. Ya lo sabemos.

—¿Ya lo sabemos?

—No fue muy lejos. De hecho, llegó justo donde estamos sentados. Este escalón fue la última etapa de su largo viaje.

Rebeca se levantó de golpe.

—Tal como yo lo veo —dijo Milo, la voz cansada—, Carolina llegó a las siete y media tras salir del bufete, donde a primera hora había cerrado las fechas del visado por estudios y luego, dos horas después, había entrado en la web de la embajada australiana, comprobado que todo estaba en orden, e imprimido el visado, que guardó en su bolso. Por la mañana, en vez de ir a clase, había ido al Banco Sabadell a retirar todo el dinero que guardaba en su caja de seguridad, había ingresado los veintiséis mil quinientos euros en su cuenta, y había guardado el volante del ingreso también en su bolso. Luego, fue a una agencia de viajes, compró un billete de avión para Sidney con la tarjeta, solo ida, en clase turista y para el día siguiente, el sábado por la mañana, y lo metió en el bolso de nuevo. A continuación, vino a casa. Su madre no estaba. Tal vez fue entonces cuando aprovechó para hacer la maleta, o quizá lo dejó para después, por la tarde, no lo sé. Tampoco se iba a llevar tantas cosas, y la mayor parte las tenía en el piso de Elisa.

Se frotó los ojos. Respiró hondo. Rebeca aguardó.

—Además, iba a obtener treinta mil euros del robo al abogado, ya se compraría en Sidney lo que le hiciera falta. Iba a empezar una nueva vida, y lo más probable es que no quisiera llevarse casi nada que le recordara la miseria que había vivido hasta ahora. Llamó al cliente con quien tenía concertada una cita para esa noche y la canceló con una excusa. ¿Te la imaginas? Está alegre, eufórica. A la hora de comer, sirve los platos a su padre, a su hermano. Luego, recoge la mesa, se despide de Eloy sin que él repare que se trata de una despedida, y se va al bufete. Se muestra como siempre, reservada, eficaz. Pero está impaciente, no puede evitar echar constantes vistazos al reloj. Lorenzo Puig se larga del despacho a las seis, su hora habitual los viernes, y ella cruza los dedos. Por fin, dan las siete y Carolina se marcha.

—Vale, hasta aquí todo está corroborado por los testimonios y las pruebas —dijo Rebeca—. Llega a casa a las siete y media. Termina de hacer la maleta, o la hace en ese momento, y entonces ¿qué?, ¿cuál era su plan? ¿Reunirse con Domingo Soler?

Milo asintió muy despacio.

—No pensaba regresar a casa después de verse con él. Comprobó que llevaba todos los documentos en el bolso negro con cierre de hebilla, el mismo que hallamos junto a su cuerpo en Collserola, y agarró la maleta. Si tú hubieras planeado huir de tu familia, ¿pasarías la última noche en Barcelona con ella? Por la mañana te oirían salir con el equipaje, estallarían las broncas.

—No, me ahorraría el mal rollo. Preferiría pasar esa última noche en el piso de mi amiga, en mi *suite*.

—Y saldrías de casa el viernes hacia estas horas. Aquí surge un nuevo interrogante. ¿Cómo tenías pensado acudir al lugar de la cita con Domingo Soler? ¿Cargada con la maleta y el bolso?

—Antes habría ido en taxi a casa de Elisa para dejarla.

—¿Y ponerte entonces a darle explicaciones? ¿Para luego coger otro taxi, ir la cita y volver en otro al picadero? Carolina tenía un coche, un trasto viejo, regalo de Eloy. ¿Cuál sería la opción más sencilla?

Rebeca no empleó ni un segundo en reflexionar.

—Cargar la maleta en el maletero, ir en mi coche a la cita con ese tipo, y, luego, con el dinero en mi poder, al piso de Elisa.

Milo clavó los ojos en la subinspectora.

—Es decir, las llaves del coche deberían estar en su bolso.

—Pero allí no estaban.

—No.

—Las cogió el asesino para llevar el cuerpo a Collserola.

—No necesariamente.

Ambos escucharon el ruido del portal al cerrarse. Y a continuación, unos pasos subiendo pesadamente los escalones, una respiración fatigosa. Al rato, apareció por el recodo el rostro de Isabel Estrada. Sus ojos mostraron alarma, luego aprensión. Por último, desafío.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

La temperatura en la sala era muy baja, la humedad, y un tembleque sacudió el cuerpo de Milo. Pero no fue por el frío. La escena volvía a repetirse: Emilio Estrada en su sillón ante la tele, inmóvil, los ojos vacíos; su mujer Isabel con

una mano posada en la suya, que a su vez estaba apoyada sobre el gastado reposabrazos. Ella evidenciaba su cólera lanzándoles miradas de odio, la barbilla echada hacia delante.

—¿Es que nunca nos van a dejar en paz?

—Dejaremos de molestarla enseguida —dijo Rebeca—, así que nos responda a unas cuantas preguntas.

—Ya les he dicho todo lo que sé —dijo, con desprecio.

—No, todo no —dijo Malart.

Isabel apretó los labios, enfurruñada.

Milo la observó un instante. Trató de imaginarla cuando era joven, cuando no tenía la piel ajada ni aquellas bolsas bajo los ojos, cuando su pelo no era gris y grasiento y aún no había dejado de cuidarse. Una chica llena de sueños, quizás agraciada, con toda una vida por vivir. Pero las cosas no le habían salido como había soñado, y el destino la había endurecido, convirtiéndola en una mujer amargada, descreída, y tal vez en algo peor.

—Señora Estrada —dijo—, hemos revisado las cuentas de su hija. Sus importes son muy bajos, apenas unos pocos euros y...

—¿Unos pocos euros? Eso no es posible.

—¿Qué no es posible, señora Estrada?

La mujer enrojeció.

—La Lina me dijo que había ahorrado un dinero.

—¿Cómo, si les entregaba todo su sueldo? ¿Con qué trabajo? Usted misma me dijo que no le quedaba tiempo libre. —La miro con severidad—. Señora, dejémonos de mentiras. Usted supo que tenía una pequeña fortuna cuando vio el resguardo en su bolso. Y esto solo pudo ocurrir el pasado viernes hacia estas horas, después de que ella hubiera muerto, cuando recogió su bolso y encontró dentro el volante del ingreso, el visado, el billete de avión y la tarjeta de crédito, y los escondió en alguna parte de esta casa, menos en el cuarto de Carolina.

—Eso no es cierto —escupió.

—Subinspectora, diles a los inspectores Sena y Boada que ya pueden subir para proceder al registro.

Isabel se levantó impulsada por la ira.

—¡No pueden hacer esto sin una orden!

Rebeca le plantó un papel en el pecho.

—Aquí tiene su orden —dijo, la voz algo rasgada.

Acto seguido, los llamó al móvil al tiempo que pulsaba el telefonillo situado junto a la puerta para abrirles el portal. Medio minuto después, los dos inspectores hicieron su entrada en el piso y comenzaron a registrarlo sin mediar palabra.

Isabel Estrada permanecía de pie en el centro de la sala, la cara distorsionada, los ojos desorbitados.

—Cometió muchos errores, señora. Imagino que por la improvisación. Los guantes de su hija, por ejemplo.

—¿Qué les pasa a sus guantes?

—Una joven que se cuidaba tanto las manos no habría salido de casa una noche tan fría sin ellos. Ahí le pudo su afán de aprovecharlo todo. Y luego está lo de las llaves del coche...

En aquel instante entró Eloy. Vio el registro y se quedó clavado. Cruzó una mirada de desesperación con su madre.

—¿Mamá? —musitó.

Sena abrió un cajón del aparador y retiró una bolsa blanca de plástico con la marca de un supermercado. Revisó su contenido. Un pasaporte, los papeles del visado, una tarjeta de crédito, un billete de avión, un resguardo bancario.

—Los tenemos —dijo.

—Yo... yo no maté a mi Lina —dijo la mujer—. ¿Cómo puede pensar una cosa así? Es... es sucio.

Milo la atravesó con la mirada.

—Por tanto, solo quedan dos candidatos: o su hijo Eloy, o su marido. Pero su marido no cuenta, ¿verdad? Él solo ve la tele. Así que Eloy es nuestro ganador.

Se hizo el silencio.

La madre no dijo nada.

Toda la sangre desapareció del rostro de su hijo.

—¡Mamá! —gimió.

—Te lo he avisado antes, Eloy —dijo Milo.

Los ojos del muchacho le imploraron en busca de ayuda.

—¿Tienes algo que decirme ahora?

Eloy asintió, lívido como un cadáver.

—Fue él. —Señaló al hombre que veía la televisión—. Fue mi viejo. Él fue quien estranguló a Lina.

Isabel se lanzó con furia contra Eloy. Rebeca la detuvo. La inmovilizó por los brazos.

La madre se revolvió como una fiera herida.

—¡Calla, mal hijo! ¡Cómo te atreves a acusar a tu padre!

34

Los llevaron a la Central para ser interrogados. Nada más llegar, Milo renunció a ocuparse de ninguno de los dos interrogatorios. El jefe Singla lo observó derrotado, las señales del cansancio, y no insistió. Mientras el sargento Crespo llamaba para que acudieran dos abogados del turno de oficio, Singla ofreció a la subinspectora Mercader la oportunidad de encargarse de Eloy, quien se mostraba más que dispuesto a colaborar, y el hueso duro de roer de una callada y desafiante Isabel Estrada al inspector Sena. Rebeca preguntó, como al desgaire, si había algún problema en hacer un cambio. Singla y Sena se miraron, ambos se encogieron de hombros, y su propuesta fue aceptada.

—Es que me gustan los retos —dijo.

Emilio Estrada fue trasladado a uno de los calabozos, a la espera de recibir la visita de los de la Científica, y su vigilancia fue encargada al inspector Boada. Cuando llegaron los abogados, Eloy y Sena ocuparon la sala 2 de interrogatorios con uno de ellos, e Isabel y Rebeca la 1 con el otro abogado. Singla, junto al juez Losada, la comisaria Bassa y un silencioso Milo, ocuparon la sala intermedia, con visión a los dos espejos unidireccionales.

Eloy habló por los codos, liberándose de la opresión que lo había atenazado durante la última semana. Sena solo tuvo que formularle la primera pregunta para que el joven, como si una mano invisible hubiera abierto una espita en su garganta, volcara todo lo ocurrido, explicando su intervención en el suceso hasta el más mínimo detalle. Sena tuvo la impresión, por momentos, de que el muchacho incluso se sentía feliz por confesarlo.

Según su relato, llegó a casa poco antes de las nueve de la noche y se encontró a su madre muy nerviosa en la sala, el cuerpo de su hermana en el

suelo, a sus pies. Alterada, le contó que había llegado hacía media hora, que había visto a Lina tirada en los escalones, sobre un charco de orina, con la maleta y el bolso cerca de ella. No respiraba. La puerta del piso estaba abierta de par en par y el concurso de la tele sonando a todo volumen. En estado de choque, entró en el piso. Vio el sillón vacío, no estaba su marido. Lo primero que se le ocurrió fue agarrar el mando y bajar el sonido. Enseguida comprendió lo que había pasado. No podía permitir que Emilio fuera a la cárcel. Sin verter una lágrima, pues aquel no era el momento, salió al rellano, cogió a su hija por las axilas y la arrastró hasta meterla en el piso. Luego, recogió la maleta y el bolso, y también los entró a la casa. Por último, con un mocho, fregó los escalones y cerró la puerta. Según le dijo, solo tenía una idea en la cabeza: proteger a la familia. Mientras aguardaba a que él llegara, llevó la maleta al cuarto de Lina; ya colocaría más tarde cada cosa en su sitio. De nuevo en la sala, abrió el bolso. Vio el billete a Sidney, el pasaporte. Rebuscó en su cartera y descubrió el volante del ingreso. Veintiséis mil quinientos euros. Retiró el resguardo, la tarjeta, el dinero en efectivo. Para fingir un robo. También sacó el billete de avión, el pasaporte y los papeles del visado. Lo metió todo en un cajón del aparador. Fue entonces cuando llegó él.

—Yo estaba ofuscado, no entendía nada. Quería mucho a Lina, pero mi madre insistió en que la cosa ya no tenía remedio. Me dijo que pensaba dejarnos plantados, la muy cabrona. Así la llamó, «la muy cabrona». Que yo le importaba una mierda, que todos le importábamos una mierda. Que planeaba abandonarnos sin decirnos nada, y cargada de pasta. Que era una egoísta. Una traidora. Yo me tragué las lágrimas y me dejé convencer.

Su madre le dijo lo que había que hacer. Primero, que fuera en busca de una manta vieja que había en el lavadero. Mientras, le quitó al cuerpo la cadena de oro de la primera comunión, los caros guantes de piel, y luego ambos lo envolvieron. Ataron el bulto con unas cuerdas. A continuación, le dijo que debían salir en busca de su padre. «Sabe Dios por dónde estará el pobre». Bajaron a la calle. Lo hallaron en la plaza de Sants. Lo retenían unas personas que, al verlo caminando bajo la lluvia con paso inseguro y ausente, sin abrigo ni paraguas, y en zapatillas y sin dirección fija, lo habían hecho refugiarse bajo una cornisa al tiempo que avisaban a la Guardia Urbana. Les dieron las gracias y se lo llevaron a casa sin aguardar la llegada de los

urbanos.

En el piso le cambiaron de ropa, estaba empapado, y le dieron de cenar. Lo acostaron, ella cenó algo, él no pudo probar bocado, y esperaron a la madrugada. Entonces su madre le ordenó que fuera en busca del coche de Lina y que lo aparcara delante del portal. Eloy le cogió las llaves del bolso y fue a por el viejo Corsa. Luego, entre los dos, sacaron el bulto del piso, lo bajaron a la calle y lo metieron en el maletero.

—Le pregunté adónde lo llevaba. A Lina le gustaba mucho el mar, y le dije que la playa sería un buen sitio. Pero mi madre me dijo que no, que mejor a Collserola. Que buscara un lugar apartado y lo dejara fuera del sendero, en un sitio de difícil acceso. Que lo tapara con hojas, y listo. Y que no me olvidara de dejar el bolso abierto, así la policía creería que había sido un robo. Después tenía que recoger la manta y las cuerdas y tirarlas en un contenedor camino de vuelta, lejos de casa y del parque.

—Y seguiste sus instrucciones al pie de la letra.

Eloy asintió con un cabeceo avergonzado.

—¿Qué quería que hiciera?

—Continúa —dijo el inspector Sena.

—Me paré en un sendero. La lluvia caía a mares. Me lo cargué al hombro. Lina pesaba poco, ¿sabe? Era muy ligera.

El inspector Sena no hizo ningún comentario.

—Subí unos veinte metros por la montaña. Lo dejé junto a un árbol. —Se llevó las manos a la cara—. Pero no fui capaz de esconderlo bajo las hojas. —Las bajó de golpe—. Yo la quería, ¿comprende? Era mi hermana. Estaba tan pálida, parecía tan pequeña, tan poca cosa. Como si se hubiera encogido.

Se detuvo unos momentos, la voz rota por los sollozos.

Sena le alargó un vaso de agua que vació con avidez.

—Sigue.

—La tendí boca arriba, le crucé las manos sobre el pecho, y dejé el bolso a su lado, abierto. Me santigüé y me fui.

Sena lo contempló unos segundos, con el semblante severo.

—Y luego hiciste como si no hubiera pasado nada.

Eloy asintió, los labios temblando.

—¿Ha confirmado la Guardia Urbana la llamada de aviso del hallazgo del padre vagando por Sants? —preguntó el juez Losada.

Milo asintió.

—No es la primera vez que se escapaba —dijo—. Sabe abrir una puerta cerrada de golpe, como la del portal, pero no los pasadores ni la cadenilla.

—¿Qué crees que sucedió? —dijo Singla.

Milo se cruzó de brazos.

—Emilio Estrada es un hijo de puta. Supongo que Carolina, como despedida, debió de decirle alguna lindeza por el estilo. Luego, feliz, sin imaginarse lo que se le venía encima, abrió la puerta y salió de casa. La fue a cerrar a su espalda, sin volverse, cuando sintió sus manos en el cuello. Soltó la maleta y trató de zafarse de aquellas garras. No pudo clavarle las uñas, llevaba guantes. Dio un par de pasos por el rellano, llegó hasta las escaleras. Se agarró al pasamano. Estiró, pugnó por bajarlas. Descendió un par de escalones, quizá más. La teoría de Bonhora era acertada, aunque no se trataba de un gigante, sino que su padre estaba a una altura superior. A Carolina se le acaba el aire, empieza a verlo todo borroso. En los oídos, las bromas del presentador del concurso. Las piernas le fallan poco a poco, el esfínter. Pierde el conocimiento, pero las garras no la sueltan. Una vez en el suelo, muerta sobre los escalones, por fin las manos se apartan de su cuello. Deduzco que algo así es lo que debió de suceder.

—Y entonces el padre, dejando la puerta abierta, baja hasta el portal y sale a la calle —dijo la comisaria jefe—. Lo que no me explico es cómo un hombre en su estado pudo hacer una cosa semejante ni por qué.

Milo oscureció los ojos.

—Por instinto.

Los tres lo miraron con perplejidad.

Acto seguido les refirió un caso acaecido diez años atrás. Un camionero alemán, en sus rutas por Francia, Alemania y España, asesinó a diecinueve prostitutas. Las estrangulaba por la espalda, les rompía el hioides, y luego tiraba los cuerpos en los arcenes, sin señales de agresión sexual. Cuando fue detenido, confesó haber matado a tres de ellas en la provincia de Lérida, pero los Mossos d'Esquadra le imputaron cinco asesinatos. Hasta su fallecimiento en una celda, nunca admitió esas dos muertes de más. Estos dos asesinatos

tenían un patrón diferente: antes de ser estranguladas, ambas prostitutas fueron sodomizadas.

—Emilio Estrada era camionero, y el accidente que lo dejó en este estado ocurrió en Lérida, hace diez años. Lo hemos confirmado con Tráfico. Después, no aparecieron más prostitutas estranguladas con dicho *modus operandi*. Hasta ahora. Los de la Científica le tomarán muestras de ADN para compararlo con el que hallaron en las dos víctimas del pasado. Coincidirá, estoy seguro. Y dejarán de ser dos casos abiertos.

El juez Losada tragó saliva.

—Por eso ha dicho que era un hijo de puta.

Milo aceró la mirada.

—Ambas prostitutas eran más bien gruesas. Carolina empezó a adelgazar hace diez años. Saquen ustedes sus propias conclusiones.

La comisaria jefe sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero un hombre a quien le han extirpado parte del lóbulo frontal no...

—Sí —dijo, el tono sin inflexión—. Puede tener esporádicos lapsus de lucidez. Y sí, también puede mostrarse eventualmente agresivo. He contrastado ambos datos. Pudo dejar de ser el mismo, pero no perdió su instinto asesino. El impulso más allá de lo racional, su parte más primaria, telúrica, inexplicable. Quizá Carolina se lo despertó, no sé, yo no soy un filósofo.

—¿Y por qué la madre lo ocultó? —dijo el juez—. Ese hombre, hoy, no es responsable de sus actos.

Milo se apretó el puente de la nariz.

—Todavía no lo comprenden, ¿verdad? Para no perder la ayuda del Estado por dependencia. Si lo internaban en un centro, Isabel Estrada habría dejado de ingresar doscientos cincuenta y seis euros al mes. Por eso lo ocultó. Y después de sacrificar a su hija, intentó hacer lo mismo con Eloy. Por doscientos cincuenta y seis putos y míseros euros.

A través del espejo, vieron a Isabel gesticular airada ante las preguntas de la subinspectora Mercader. Activaron el sonido.

—¡Solo pretendía proteger el futuro de mi familia! Por eso trabajo como una bestia. ¡Para darles de comer!

Milo soltó un bufido.

—Y eso lo dice una madre que el viernes pasado se sentó a cenar a pocos

metros del cadáver de su hija, envuelto y atado en el suelo como un bulto. ¿No habían caído? Lo acaba de decir Eloy.

—Esa mujer ya no es un ser humano —murmuró el juez.

—¿Y eso le extraña?

Milo abandonó cabizbajo la sala intermedia y se dirigió a su mesa. Empezó a redactar el informe. Diez minutos después, dejó de escribir. Alcanzó unos papeles que estaban junto al ordenador. Se los había entregado el sargento Crespo días atrás. Contenían información sobre la cuenta de Carolina Estrada en Twitter firmando como Jacqueline. Leyó su perfil: «Estudiante, becaria, alma perdida. Tiene que haber un mundo mejor. Odio las lágrimas». Lo observó con la mirada fija, sin ver las palabras. Recordó sus ojos de color gris verdoso, la belleza triste. Con una sacudida, desterró aquella imagen de su cerebro. Antes de guardarlos, leyó su último tuit: «Sidney, allá voy. Nos veremos pronto». Los metió en un cajón y lo cerró con fuerza.

Volvió a doblarse sobre el teclado.

Al cabo de noventa minutos, Rebeca se sentó sobre su mesa.

—Esa mujer es la hostia —dijo—. Nos exige que hagamos las gestiones necesarias para que la agencia de viajes le devuelva el importe del billete a Sidney, los mil seiscientos euros. ¿Te lo puedes creer? Y no contenta con eso, quiere que también nos encarguemos del papeleo para que todo el dinero de Jaque pase a su cuenta como heredera legal. Esa madre es una hiena.

—Carolina, se llamaba Carolina —dijo Milo, la voz queda.

—Vale, como quieras. Pero al final he conseguido que se desmoronara —dijo, orgullosa—. Ha confesado hasta la última coma. Qué, ¿soy una gran interrogadora o no?

—La mejor, chica dura.

Continuó tecleando.

—¿Te falta mucho para acabar?

Milo no apartó la vista de la pantalla.

—Todavía tengo para un rato.

—Joder, había pensado en ir a celebrar el final del caso. Tú y yo. Para hacer las paces. Ha sido una semana movidita, ¿no crees? En mi opinión ya es hora de que nos demos una fiesta.

—Suenan muy tentador, pero hoy no puedo, subinspectora.

Ella arrugó la cara.

—Entiendo, tienes una cita.

Milo asintió sin parar de teclear.

—Tú te lo pierdes, gilipollas. —Se bajó de la mesa—. Por cierto, esta mañana me han llamado unos amigos. Están encantados con quedarse el pastor mallorquín.

Milo detuvo los dedos en el aire.

—Ya no hace falta —dijo.

—Pero es un hogar ideal para él, son una familia que...

Se volvió hacia ella.

—Te he dicho que ya no hace falta.

Rebeca levantó los brazos y se alejó caminando de espaldas. Tropezó con el sargento Crespo, se giró, y abandonó la oficina.

—¿Qué mosca le ha picado?

Milo se encogió de hombros.

—Mañana se reincorporan Rojo y Cervera —dijo Crespo.

—Buena noticia. —Puso punto y final al informe. Se repantigó en la silla—. ¿Aún trabajando a estas horas?

El sargento agrupó unas hojas en diferentes dossieres.

—Me han ordenado reunir información sobre la segunda víctima, el abogado Lorenzo Puig. He descubierto cosas bastante interesantes. Por ejemplo, que era confidente del...

—Del CNI. —Crespo alzó las cejas—. Lo que no sé si del de allí o del de aquí. Con dos barajas, el tío.

—El CNI catalán es solo un rumor —dijo, serio de golpe.

—Ya, y nadie lo está diseñando.

—Pura leyenda urbana impulsada por el CNI español como parte de un plan antisoberanista. Ha invertido más de una decena de millones de euros en financiar a periodistas críticos con el proceso, subvencionar a medios también

opuestos y divulgar datos negativos sobre dirigentes nacionalistas.

—Hablando de Inteligencia, ¿tienes idea de cómo logró Boada el traslado al GEHME? —Crespo no respondió—. Lo digo porque dudo que se debiera a méritos propios.

—Y según tú, ¿por qué se lo concedieron entonces?

Milo exhibió una expresión de candor.

—Toni, yo nunca me entero de nada, ya me conoces.

El sargento terminó de archivar los papeles.

Milo se despezó en la silla como un gato.

—Con todo este lío de banderas, a ver si al final nos retiran las competencias de seguridad y nos ponen a las órdenes de la Guardia Civil.

Un ligero rubor tiñó las mejillas del sargento Crespo.

—Esto no va a ocurrir —dijo.

Milo se levantó. Cogió la cazadora. Lo miró fijamente.

—Sabes mucho tú de servicios secretos, ¿no?

—¿Tú crees? —dijo Crespo, el rostro inexpresivo.

Condujo por la ciudad disfrutando de los últimos momentos al volante del Mercedes. Sin apenas tráfico, enfiló Balmes arriba muy despacio para prologar al máximo el placer de la conducción. Dejó atrás la Ronda y tomó por la calle Bertrán. Con un suspiro, frenó ante la entrada del *parking*, accionó el mando de apertura, y lo aparcó en la planta 2. Luego, se dirigió al ascensor y pulsó el botón de llamada. Subió hasta el último piso. En el rellano, tocó el timbre de la única puerta.

Susana Cabot le abrió con cara de enfado.

—¿Tú crees que estas son horas de presentarse?

—Si no quieres que te devuelva el coche, me lo dices y en paz. ¿Puedo pasar o me vas a castigar sin dejarme entrar?

La jueza se apartó para que pudiera acceder al interior.

Caminó hasta la sala. De inmediato se percató del desorden. Varias mantas tiradas sobre el sofá, platos con restos de comida sobre la mesilla baja, una botella de vino por la mitad junto a un vaso vacío. El aparato de música apagado, como el televisor. Las cortinas corridas. Olor a cerrado, a falta de

higiene.

La calefacción estaba muy alta y se quitó la cazadora.

—¿Rumiando tus penas? —dijo.

Susana extendió la mano abierta, y Milo depositó las llaves.

—Me has pillado dando una cabezada. Si me hubieras avisado, habría adecentado un poco el ático. ¿Quieres beber algo?

—No, ya lo haces tú por los dos.

—Oye, no te pongas en plan broncas, ¿vale? —Se sentó en un extremo del sofá—. Me duele la cabeza.

Milo lanzó con hastío la cazadora contra una silla.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Que a qué ha venido? Te has rajado, jueza. Me dijiste que te reintegrarías al despacho en una semana y lo has aplazado tres más. Te estás rindiendo, prefieres quedarte encerrada aquí, con tu autocompasión, que salir a la calle y enfrentarte a la realidad. Y esto me enfurece. Me saca de mis casillas.

La jueza cogió una manta y se tapó con ella hasta el cuello.

—Tú no lo entiendes, es lo que me pide el cuerpo.

—«Es lo que me pide el cuerpo» —la imitó, en falsete—. ¿Qué mierda de argumento es ese? Al cuerpo nunca hay que darle lo que pide. Si lo haces, estás perdida. A un fumador le pide nicotina, a un yonqui caballo, a un alcohólico... ¿y se lo tienen que dar? No me toques los huevos. Nuestros cuerpos son unos cabrones, nunca hay que hacerles caso.

—¿Has vuelto a leer libros de autoayuda? —disparó.

—No, esto es de mi cosecha. Si el cerebro lo controla todo, nosotros debemos controlar nuestros cerebros. Y tú, si no recuerdo mal, tenías cabeza, no la perdías nunca. Sí, viviste una experiencia traumática, lo sé, pero igual que mucha gente que hay ahí fuera. ¿Y sabes qué hacen? Tratar de superarla.

—Me alegro por ellos.

Milo respiró hondo.

—No tienes derecho, jueza. Esa gente ha sido desposeída de todo, está destruida, despersonalizada. Es pasto de la depresión, del alcoholismo y de la ansiedad, de los trastornos mentales. Son gente que ansia hacerse invisible, morirse de una vez, quitarse de en medio. Que viven en auténticas perreras,

frías y desangeladas, y eso los que aún no han perdido sus casas, mientras que tú te abrasas de calor aquí dentro, al igual que los demás afortunados que todavía tenéis un buen salario.

—¿Me estás culpando de algo?

—Jueza, no te enteras de nada. —Señaló hacia la terraza—. El mundo se está desmoronando ahí fuera. ¿Quieres saber lo que he visto esta semana? A un hijo matando a su padre, a un padre matando a su hija, a un individuo enajenado por esta indignidad llevar a cabo monstruosidades, a una madre sacrificando a sus hijos por cuatro céntimos, a tipos dejándose llevar por sus instintos animales. Sí, he visto el miedo, la superstición, el primitivismo. Y la barbarie no puede ser la respuesta. La locura no puede ser la respuesta. La desesperación no puede ser la respuesta. —Se detuvo un instante, jadeando—. Pero también he visto la dignidad de la protesta, la belleza de la resistencia. A gente decidida a no darse por vencida, a personas peleando contra la adversidad por recuperar el control de sus vidas mientras viven en la más inmunda pobreza, a jóvenes acorralados tratando de huir a cualquier precio. Y todos, a pesar de saber que no son dueños de su destino, que el azar les puede quitar el timón de golpe, cambiarlo todo de forma drástica. Que no está en sus manos. Que no tenemos una visión completa de lo que se nos avecina. Que el jodido ángulo muerto nos impide respirar tranquilos. Pero luchan, Susana, luchan. Mientras tú estás aquí, en tu cueva de lujo, bien abrigada con tu dolor, como una cobarde, sin atreverte a vivir, a sufrir, a ponerte de pie. Sin dignidad.

Los ojos de la jueza permanecieron fijos, sin parpadear.

—Todo esto es lo que te estás perdiendo —dijo Milo—, lo que he visto. Y te lo aseguro, esto no es *Blade Runner*, es la realidad, algo mucho más siniestro. —Cogió su cazadora—. Ahora me voy, ya te tocará a ti sermonearme otro día. Estoy agotado.

—Milo —dijo ella, la voz ahogada—. Por favor, no te vayas.

—Lo siento, jueza. No soporto la deslealtad.

36

Al llegar a casa, el pastor mallorquín lo recibió en la puerta. Le puso las patas delanteras en el pecho y le lameteó la cara, pegando saltos, moviendo la cola sin cesar y ladrando de alegría. Todo el repertorio completo.

Bajaron a la calle de inmediato.

Fueron a cenar a un sitio nuevo, El Filferro, muy cerca de Casa Leo. Milo pidió lo de siempre. Mientras esperaba, vio un periódico sobre la barra. El proceso soberanista ocupaba toda la portada. Hizo una mueca. Preguntándose si no había otra noticia más importante, algún tema más prioritario, sintió la tentación de leer su horóscopo. Titubeó unos instantes. Al fin y al cabo, aquello también era una superstición, se dijo, una contradicción de la realidad. Además, no acertaba nunca, ni por casualidad. Replegó el brazo.

Comieron en la calle, observando la noche.

Luego, jugaron un rato en la plaza del mercado. De nuevo en el ático, Milo se quitó la cazadora y las botas, y guardó el arma en un cajón. Se echó en el sofá, el perro a su lado, y encendió el televisor. Aparecieron las noticias. El ministro de turno hablaba de la ley de seguridad ciudadana. Cambió de canal en el acto.

—Tío, no es bueno que veas este tipo de imágenes, tienes que mantener la cabeza limpia. —El pastor mallorquín soltó un ladrido—. Así me gusta, que estés de acuerdo.

El hombre del tiempo anunció heladas para aquella noche.

—Dime algo que no sepa.

Zapeó varias veces hasta que sintonizó el canal que echaba *Los Simpson*. El perro ladró de nuevo.

—No puedo estar más conforme.

El sábado amaneció con una luz extraña, eléctrica, gris plomo. Se zambulló en un mar plano como un espejo. Nadó hacia lo hondo con movimientos calmados, sin prisa, batiendo brazos y piernas con una cadencia suave. Luego, hizo el muerto unos segundos tratando de recuperar el aliento entrecortado a causa del helor. Antes de levantar la cabeza, supo que el pastor mallorquín no andaría muy lejos. Fue hasta él, ahora a toda velocidad. Y en esta ocasión, en vez de arrastrarlo hasta la orilla, lo acompañó todo el rato, mimetizando su lento y torpe pataleo.

Se metió en la ducha sin cerrar la cortina, y la aguantó con la mano al tiempo que animaba al perro a entrar en ella. Acto seguido, dio al grifo, reguló la temperatura, y se dedicó a enjabonarlo a fondo.

—*Tío*, debes tener buen aspecto, limpio como una patena.

El pastor mallorquín lo miró ofendido, como preguntándole por qué le hacía aquello, por qué lo había traicionado.

Al terminar ambos de lavarse, lo secó con una toalla y fue a vestirse. Tomó un desayuno ligero, bebió un par de cafés, y salieron a la calle, esta vez con *Tío* de la correa. Atravesaron la ciudad caminando. A paso lento, sin apresurarse, disfrutando del largo paseo. Poco antes de llegar al cruce de Numancia con Travessera de les Corts, empezó a llover. Corrieron hasta el portal del edificio de quince pisos de altura. En el interfono, pulsó el botón del octavo tercera. La señora Liang contestó con su voz aguda. Después de una corta conversación, Milo oyó un chasquido y empujó la puerta. Subieron al ascensor, el pastor mallorquín mirándolo con cierta inquietud. Recorrieron el pasillo. La señora Liang les aguardaba con la puerta abierta, la pequeña Xiao Wen medio escondida detrás de sus piernas. Al ver al perro negro, la mirada dulce, almendrada, puso los ojos como platos.

Milo se acuclilló entre los dos.

—Xiao Wen, te presento a *Tío*. —Acarició el lomo del pastor mallorquín—. *Tío*, te presento a Xiao Wen. Tu nueva dueña.

Tío ladeó la cabeza hacia Milo.

—Aquí tienes un buen hogar, te lo aseguro. —Alzó los ojos—. ¿Verdad, señora Liang?

—No temer nada, nosotros cuidar mucho de perro.

—Eso espero, señora. Soy policía, no lo olvide.

La señora Liang se echó a reír, pensando que era una broma.

Milo puso ambas manos en la cara del perro.

—*Tío*, vendré a visitarte de vez en cuando. Te lo prometo.

—Xiao Wen estar muy feliz. Gracias, señor policía.

Milo le tendió la correa a la niña. La pequeña no supo qué hacer con ella y la soltó. En cambio, se abrazó al cuello de *Tío*.

—Le gusta bañarse en el mar, *Los Simpson* y el pan con chocolate. Pero lo que le vuelven loco son las butifarras.

Xiao Wen empezó a conducirlo al interior del piso.

Tío se adentró cabizbajo, muy despacio, la cola entre las piernas. Volvió la cabeza en su dirección, los ojos tristes. Milo notó el corazón en un puño. Se incorporó, balbuceó una despedida y se alejó con rapidez por el pasillo.

Bajó las escaleras corriendo.

La lluvia lo recibió en la calle. Arreciaba, y unos gruesos goterones le cayeron en la cara. Se subió el cuello de la cazadora, hundió las manos en el fondo de los bolsillos y echó a caminar hacia ningún sitio. En la siguiente manzana, se detuvo ante un bar. Miró a su espalda por encima del hombro, a ambos lados, y entró. Tomó asiento en un taburete, a la barra.

Se le acercó el camarero.

—¿Qué desea?

Milo sintió la garganta seca. En las últimas veinticuatro horas había soltado demasiados discursos. Miró la hora, todavía no eran las doce. Se encogió de hombros.

—Un *bourbon*, un *whisky* y una cerveza —dijo.

El camarero lo miró estupefacto.

—¿Podemos? —preguntó Milo.

—Claro que podemos.

Mientras le servía las tres bebidas, sonó su móvil. Leyó el nombre. Susana Cabot. No contestó. La jueza necesitaba tomar decisiones, a solas, y él, hechos, no palabras. Cuando el teléfono se quedó en silencio, le quitó el sonido.

Contempló los tres vasos sin moverse. Se preguntó adónde le llevaba

aquello. *Me diste tu palabra, hijoputa.* Sabía perfectamente la respuesta. Alargó la mano hacia uno de ellos. Temblaba. Los ojos almendrados mirándole con decepción, la cabeza gacha, la cola baja. *De ahí tu afán de cortar lazos con quienes se encariñan contigo.* La condena. En la calle sonaron unos gritos infantiles, risas. El camarero se asomó y dijo que estaba cayendo aguanieve. No, había otra respuesta. Los niños. Soltó el vaso en la barra. La mano le continuó temblando, toda la piel erizada.

El camarero señaló hacia fuera.

—¿No los oye? —dijo—. Están como locos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi gratitud a Víctor Otero, Jaume Fornell, Alberto Prats, Manel Haro, Úa Matthíasdóttir, Anik Lapointe y Carlos Pujol por poner a mi disposición sus conocimientos y experiencia. Además de la paciencia, todas estas personas tienen en común una virtud: te hacen pensar, te hacen pensar mucho. De igual modo, y de forma especial, a Roser Herrera: sus consejos antes y después resultaron clave. Y por último, a Teresa Serra, la madre de todas las oraciones, cuya intervención fue imprescindible.

NOTA DEL AUTOR

La bióloga «atrapatrinosa», que aparece en el capítulo 5, existe y se llama Eloïsa Matheu. De ella obtuve toda la información acerca de los pájaros y los trinos que se pueden escuchar en la sierra de Collserola, así como los efectos de otros sonidos de la naturaleza en los seres humanos.

www.sonidosdelanaturaleza.com

www.eloisamatheu.com



ARO SÁINZ DE LA MAZA (Barcelona, España, 1959). Cursó estudios de Economía y Derecho en la Universidad de Barcelona, ciudad donde reside habitualmente. Es autor de novelas para jóvenes y no tan jóvenes, así como de libros de relatos, de divulgación, y coautor de dos recopilaciones de cuentos tradicionales.

En la actualidad compagina su profesión de escritor con la de editor y corrector, además de dar conferencias ocasionales sobre el mundo literario y editorial. Ha intervenido en la edición de más de una cincuentena de títulos de diferentes géneros (novela negra, narrativa infantil y juvenil, biografías, novela, autoayuda, divulgación...). Asimismo, ha ejercido de tutor narrativo para varios autores.

Entre sus obras publicadas tenemos las novelas *Nada es azul* (1997), *La mujer de Judas* (1998), *El paseo de los tristes* (2001), *El jugador de frontón* (2001), y el libro de relatos *La culpa la tiene la tonta de Eva* (2002).

El ángulo muerto (2016) es la segunda entrega de la serie *Milo Malart*, que tuvo su espectacular inicio en *El asesino de La Pedrera* (2012).